



31° Concurso

Historias de NUESTRA TIERRA

ANTOLOGÍA

Cuentos, poemas y dibujos del mundo rural

CONVOCATORIA 2023

31° Concurso

Historias de NUESTRA TIERRA

ANTOLOGÍA

Cuentos, poemas y dibujos del mundo rural

CONVOCATORIA 2023



Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA.
Ministerio de Agricultura

Coordinación de contenidos
Área de Cultura y Extensión, FUCOA

Diseño gráfico y diagramación
Área de Diseño, FUCOA

Ilustración de portada
Victoria Neriz Fuentealba

Edición
Historias Campesinas: Héctor Velis-Meza
Poesía del mundo rural: Francisca Werth Coello
Me lo contaron mis abuelitos: Manuel Peña Muñoz
Corrección de texto: Área de Cultura y Extensión, FUCOA

Ilustradores
Sara Vilorio Noroño
Daniels Charnay López
Mariel Sanhueza Venegas
Dannaé Álvarez Rivas
Tomás Olivos Achurra
Valeria Araya Tamayo

Derechos reservados
El presente libro no puede ser copiado, reproducido, distribuido, publicado, difundido ni en todo ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio mecánico, ni electrónico, de grabación, fotocopia, microfilmación u otra forma de reproducción sin la autorización escrita de FUCOA.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 2024-A-1730
ISBN: 978-956-7215-82-9
Marzo 2024, Santiago de Chile.
Imprenta; AlImpresores

ÍNDICE

Presentación

ME LO CONTARON MIS ABUELITOS

Jurado	12
Palabras del jurado	13

PREMIOS NACIONALES

El día de su nacimiento, Arturo Silva Muñoz, Región del Maule	15
Una aventura que casi me deja sin abuelo, Sebastián Leviñanco Guichaquelén, Región de Los Lagos	17
Los secretos del faro San Isidro, Juan José Palacios Estacio, Región de Magallanes	21
El asentar de mis ancestros, Valentina Díaz Maturana, Región de Arica y Parinacota	23

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

El Ojo de Arica, Yamilet Mamani Ayca	26
Mi experiencia con la novia de Azapa, Benjamín Rojas Olivares	28
La travesía del pequeño picaflor, Darissa Colque Mamani	29
Ella, Martina Rivas Fuenzalida	31

REGIÓN DE TARAPACÁ

Las campanas de oro, Joaquín Collao Soto	33
El lago del pueblo, Antonia Márquez Ramos	34
El pastor y el diablo, Bárbara Casas Viza	35

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

El vampiro de Rancagua, Mila Yurac Waltemath	36
El alma del desierto, Mila Yurac Waltemath	37
El cuero de la laguna El Peral, Mila Yurac Waltemath	38

REGIÓN DE ATACAMA

Como que el cerro te atrapa, Eduardo Castillo Rojas	40
El cerro Bramador, Cristóbal Álvarez Ponce	44
La bella y misteriosa dama de Huasco Bajo, Catalina Morales	46
La semilla perdida, Maydel Araya González	48

REGIÓN DE COQUIMBO

La cueva de San Julián, Nayeli Cifuentes Fajardo	50
El gigante que llegó al pueblo, Nabih Castro Órdenes	52

REGIÓN DE VALPARAÍSO

Amael y el brujo emplumado, Martina Herrera Lillo	53
Una visita especial, Tania Zurita Pacheco	56
Recuerdos de la abuela, Catalina Godoy Sepúlveda	57

REGIÓN METROPOLITANA

El duende del tranque, Agustina Vargas Miranda	59
La inundación, Emily Ormazábal Farías	61
Fundo Las Águilas, el ternero Pepito, Emilia Donoso Henríquez	64

REGIÓN DEL LIBERTADOR GENERAL BERNARDO O'HIGGINS

Declarada desierta por decisión del jurado nacional

REGIÓN DEL MAULE

A pata pelá, Amelia González Sepúlveda	66
La travesía de una familia migrante, Diego Rodríguez Achuelo	68

REGIÓN DE ÑUBLE

El cazador de culebras, Mariana Acuña Arce	70
La señora Mercedes, Emilio Villegas Schmidt	71
Ayelén, el hada del bosque chileno, Rocío Gajardo Torres	72

REGIÓN DEL BIOBÍO

Mi abuelita media bruja es, Agustina Yáñez González	73
Una cita con la Luna, Antonieta Cid López	74

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

Las expresiones del mar, Francisco Cravero Huenuqueo	75
La desobediencia, Stefanía Chávez Jara	77
Mafún, el casamiento Mapuche de mis tatas, Agustina Morales Lincoñir	78

REGIÓN DE LOS RÍOS

El toro de la laguna, Tamara Caniupan Aqueveque	79
Antiku pellin, Valentina Caniupan Maqueñir	80
Espíritus de Huitag, Álvaro Caniupan Maqueñir	81

REGIÓN DE LOS LAGOS

La bruja de Chahuilco, Tomás Vallejos Sandoval	82
El rescate de la ballena, Christopher Legue Velásquez	85
Un brujo en el fogón, Jeferson Gallardo Domínguez	86

REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

El niño y el águila, Guillermo Fuentes Altamirano	88
Historia de un aserradero olvidado en la Patagonia, Juan Mansilla Calbucán	90
La primera mujer piloto, Francisca Aravena Hernández	91

REGIÓN DE MAGALLANES Y DE LA ANTÁRTICA CHILENA

El misterio de Magallanes, Benjamín Aguilar Coronado	92
Magallanes y el misterio más grande, Ignacio Sotomayor Barrientos	94

HISTORIAS CAMPESINAS

Jurado	98
Palabras del jurado	99

PREMIOS NACIONALES

Viola cascanueces, Dixie Olgún Lazcano, Región de Valparaíso	101
Río Ñuble, Gabriel Hernández, Región de Ñuble	105
El deseo en cadena, Blanca Gómez Muñoz, Región Metropolitana	109
Dulce de rosa mosqueta, Juan Iturriaga Brito, Región de O'Higgins	111
Lavado ajeno, Nicol Romero Torres, Región de Valparaíso	115
Amancay, Vanessa Bahamondes Pereira, Región de La Araucanía	119

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

Aguas del Jurasi, Elvis Yampara Lovera	122
Mi puerto, Eva Muñoz Pizarro	124
María y el cóndor, Katalina Robles	125
Buscando el tesoro del Alicanto, Benjamín Vergara Ruiz	126

REGIÓN DE TARAPACÁ

Doña Mechita y sus costuras, Juan José Flores Cárcamo	129
Historias de mi abueli. Un héroe sin capa ni espada, Alejandra Rocha Cofré	130
El angelito, Loreto Fernández	132

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

Amores prohibidos, Juan Saavedra Rojas	134
El resarcimiento pampino, Ana Bravo Tirado	137
Los zapatos de Eduardo, Sandra Araya	140

REGIÓN DE ATACAMA

El ciclo, Sergio Gallegos Rojas	145
El súper abono, Víctor Castillo Villegas	149
El abuelo Yatiri, Gabriel Rives Heine	151

REGIÓN DE COQUIMBO

Oasis, Ricardo Díaz Fredes	154
La cabra con sombrero, Rodrigo Arriagada Jorquera	157
Morir en agosto, Juan Cuevas Maldonado	160
Los Vilos, Marcos Toncel	162

REGIÓN DE VALPARAÍSO

El de la carretilla, Kristina Slipchenco	163
El regalo, Rose Butto Gallardo	165

REGIÓN METROPOLITANA

La carreta invisible, Milka Caroca Lazo	167
Agapornis, Tomás Piñones	169

REGIÓN DEL LIBERTADOR GENERAL BERNARDO O'HIGGINS

Leche clara, Constanza Binimelis Negrete	172
Vine por la invitación, Edgar Jara Galaz	174
El entierro de don Juan Lagartija, Hugo González	177

REGIÓN DEL MAULE

Bueyes perdidos, Ángel Mendoza Núñez	180
Lorenzo y su visita, Manuel López Huemur	183
El cuero, Jorge Uribe Ghigliotto	185

REGIÓN DE ÑUBLE

Jorge del Carmen y su historia, Sara Roldán Lillo	188
Tan frágil ella, Claudia Sandoval Millar	191

REGIÓN DEL BIOBÍO

La noche desgarrada, Guillermo Hermosilla Cruzat	193
El navegante inglés, Dannit Cifuentes	194
Una espina, Jorge Contreras Sobarzo	197

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

La novia muerta, Aníbal Barrera Ortega	199
Las tejitas calientes, Ximena Cayuqueo Becerra	202
Una disputa a muerte, Edita Pérez Maldonado	204

REGIÓN DE LOS RÍOS

El reloj de mamá, Claudia Kalleg	207
La pisada del diablo, Krissna Solís Ochoa	209
La mar, Fernando Valenzuela Ruiz	211

REGIÓN DE LOS LAGOS

El Caleuche de hierro, Jorge Guerrero Díaz	214
¡No metas el dedo!, Jorge Caroca	217
Al final del camino, Camilo Palma Erices	220

REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

Los chanchitos en el hospital, Rosa Gómez Miranda	222
Mi abuelo desapareció, Rosa Gómez Miranda	224
Pobreza, José Muñoz Serón	227

REGIÓN DE MAGALLANES Y DE LA ANTÁRTICA CHILENA

Separados, Moira Aicon González	230
Con mi pluma y mi pilchero, Carlos Burnes Torres	233
La cruz del faro, Pedro Gospodnetic Velásquez	236

POESÍA DEL MUNDO RURAL

Jurado	242
Palabras del jurado	243

PREMIOS NACIONALES

Constelaciones oscuras, Aída Santelices Kostopulos, Región de Antofagasta	245
Retrato de una mujer aymara, Walter Flores Velásquez, Región de Arica y Parinacota	247
Las islas se mueven, Fernando Valenzuela Ruiz, Región de Los Ríos	249
Lihuén: de pétalos y sangre somos, Marianela Cayuqueo Becerra, Región de La Araucanía	253
Tata, Luis Ibarra González, Región de O'Higgins	255
Qala phurk'a, Gustavo Tapia Araya, Región de Antofagasta	257

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

Las hijas del sol, Estefanía Bernedo Plazolles	261
El huerto soñado del campesino azapeño, Hernán Chávez Cabello	263

REGIÓN DE TARAPACÁ

Desierto vivo, Edna Fernández Sánchez	265
El primer paso, Héctor Barraza Ahumada	266
En campos de totora, Camila Ramírez Novoa	267

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

Canción de viento y arena, Cristian Cabrera Muñoz	268
Río Loa, Rodolfo Marangunic Miranda	270

REGIÓN DE ATACAMA

Sueño de Atacama, Andrés Pulgar Marín	271
La mujer de los aromos, Calos Zepeda	273
Fantasma de la pampa, Elian Fuentes Barrera	275

REGIÓN DE COQUIMBO

Amor diaguita, Luis Herreros Infante	276
Elegía, Ismael Rojas Carvajal	277
Susurros rurales, poesías y delicias en tierra chilena, Johanny Calderón	278

REGIÓN DE VALPARAÍSO

Tesón, Pablo Molina Guerrero	280
Despedida de una hoja de canelo, Mario Pino Contreras	281
En el alma de mi abuelo, Ruth Barrales Chapa	282

REGIÓN METROPOLITANA

Vástagos y visitaciones, Argania Inostroza Álvarez	284
Tu canción me obliga, Javier Almeida Gálvez	286
Alerce, Bernardo Grez Quintanilla	288

REGIÓN DEL LIBERTADOR GENERAL BERNARDO O'HIGGINS

Campesino, no huaso, Francisco Castro Soto	291
El niño en las alturas, Alexandra Hormazábal Rubilar	292
A la huerta de mi abuelo, Tomás Marambio Retamal	293

REGIÓN DEL MAULE

Un sábado de feria en coplas y décimas, Paulina Sepúlveda Barra	295
Traductor de olas, Pablo Fuentealba Peñailillo	297
Carretas en el recuerdo, Nelson Fuentes Vásquez	299

REGIÓN DE ÑUBLE

Inquilino, Rolando Mancilla Veliz	301
Décima encuertetada por mi tierra, Luis Araya Sepúlveda	303
Mamá gallina, María Reyes Díaz	305

REGIÓN DEL BIOBÍO

El mortero del abuelo, Cecilia Muñoz Franulic	306
Doña Tocha, Arturo Belmar Monares	307
Mi rancho tengo en el cerro, Oscar Torres Jara	309

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

La epopeya de Juan Meripil poeta, Mario Valenzuela Rojas	311
Trova para el buey, Álvaro San Martín Mera	314
Mis raíces, Marlene Torres Cañupan	316
Visitante iridiscente, Angélica Beltrán Barraza	317

REGIÓN DE LOS RÍOS

Cosecha, Edmundo González Umaña	318
Luna y danza de las raíces, Oscar Díaz Antillanca	320

REGIÓN DE LOS LAGOS

Circular, Juan Pablo Huirimilla Oyarzo	322
Las canoeras del Rahue/Malen wamputufo Rahue mo, Sara Aucapan	325
Nuestras islas, Ramón Ruiz	326

REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

El velorio del Efraín, Judith Toro Soto	328
El bagual, Moisés Araneda Galarce	330
Escuela rural, Juan Carlos Bahamonde Gómez	331

REGIÓN DE MAGALLANES Y DE LA ANTÁRTICA CHILENA

Gusano del silencio, María Barrientos Bahamóndez	332
Entre los ecos de aquellos, Claudia Paredes Navarro	334
El viento y yo, Moira Aicon González	335

CATEGORÍA DIBUJO

Jurado	340
Palabras del jurado	341

EDUCACIÓN BÁSICA

El león de fuego, Daniela Opazo Menares	342
Un lobo aullando en luna llena, Natanael Constanzo Loncomilla	343
La historia de mis abuelos, Sofía Farfán Moreno	344
La oveja, Elizabeth Herrera Melipillán	345
El Alicanto, Lissy Hernández Toro	346
Ritual de conjuros, Matías Yáñez Calderón	347
Cosechando trigo, Florencia Werner Silva	348

EDUCACIÓN MEDIA

El Tue Tue de los porotos, Aiko Mejías Nishimura	349
Siete millas mar adentro, Agustín Zapata Lorca	350
Bastían y el pato, Elealdo Zieballa Ahumada	351
Caminata ancestral, Sofía Zúñiga Rodríguez	352
El último espíritu femenino Selknam, Antonia Gómez Oyarzún	353
El muelle de los brujos, Camila Yakasovic González	354
El Gigante de Tarapacá, Franz Parrado Arnez	355

PRESENTACIÓN
MINISTERIO DE AGRICULTURA

En 31 años del concurso Historias de Nuestra Tierra, las creaciones que han participado en forma de cuentos, poesía o dibujo, han trazado la vida de nuestra ruralidad con sus matices, tradiciones y leyendas. En las obras recibidas, sus autores y autoras han registrado un cúmulo de narraciones y versos que dan cuenta del acervo de sabiduría popular del que el mundo rural es depositario por generaciones.

Nos queremos detener en dos aspectos que están contenidos en los trabajos recibidos. Uno, que los hombres y mujeres de nuestra tierra describen un mundo que cambia, en el que asoman nuevas situaciones y realidades, en el que la mujer se perfila desplegando un potencial que va más allá de la actividad doméstica; es decir, la ruralidad no es un conjunto de tradiciones inmutables y si bien los valores que la caracterizan se mantienen hasta hoy, está enriquecida con expresiones distintas que brindan nuevos matices y colores a nuestro campo.

Y aunque la vida en el campo es exigente, lo que se muestra en relatos de esfuerzo y también de dolor descritos en decenas de historias, también rezuman brotes de alegría y disfrute, que alían la vida diaria. En la versión 31 de Historias de Nuestra Tierra, poemas como *Tata* o *Amor diaguita* o narraciones como *Los zapatos de Eduardo*, dibujan la esperanza y el goce de la mano del reconocimiento, el tributo a la belleza o la ilusión.

El mundo rural es eso, tradición y cambio, pesares y goces en un balance de solidaridad, preocupación por el otro y esfuerzo que están presentes cada año en las obras de este querido concurso Historias de Nuestra Tierra.

ESTEBAN VALENZUELA VAN TREEK
Ministro de Agricultura

CLAUDIO URTUBIA CORNEJO
Director Ejecutivo FUCOA

Santiago, marzo 2024





Me lo contaron mis abuelitos

Cuentos escritos por niños, niñas y jóvenes
menores de 14 años

JURADO NACIONAL
CATEGORÍA CUENTO MENOR



JOSEFINA HEPP

Es agrónoma, máster en Protección y Manejo Ambiental de la Universidad de Edimburgo y doctora en Ciencias de la Agricultura de la Pontificia Universidad Católica de Chile. También es escritora de libros infantiles informativos y de ficción, como *La época de las semillas* (2020), *De brujas caprichosas y hadas desencantadas* (2022) y *Auxilio, socorro. Historia de un malentendido* (2020), que escribió junto a su padre.



LUZ REYES

Es directora ejecutiva de IBBY Latinoamérica y el Caribe y presidenta de IBBY Chile, coordinadora Premio de Literatura Infantil y Juvenil Medalla Colibrí 2014-2021 y la colección de libros para mediadores de lectura “Alas de colibrí”. Profesional en el programa de Bibliotecas Escolares CRA del Ministerio de Educación y actualmente se desempeña como profesional de la coordinación de fomento lector del Sistema Nacional de Bibliotecas Públicas del Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio.



MANUEL PEÑA

Es escritor, profesor de castellano y especialista en literatura infantil y juvenil. Autor de libros de cuentos, novelas, crónicas y poesía infantil de tradición oral. Premio Gran Angular por la novela *Mágico sur*. Profesor de programas de magísteres de las universidades Andrés Bello, Alberto Hurtado y San Sebastián. Profesor de seminarios y talleres literarios dictados en Chile y Latinoamérica.

PALABRAS DEL JURADO
CATEGORÍA CUENTO MENOR

“Siempre he creído que mi abuelita media bruja es, ya que
siempre adivina lo que va a suceder”
Fragmento de *Mi abuelita media bruja es*, Región del Biobío.

Tomé esta cita del cuento “Mi abuelita media bruja es”, ganador de la Región del Biobío, ya que, en su sencillez y poética, esconde varias de las virtudes que como jurados vimos en esta categoría en la convocatoria 2023.

Las palabras e historias que se reflejan en los cuentos ganadores honran un mundo especialmente rural, que incluso parece imaginado, y que transita entre el misterio y lo mágico; entre este mundo y el otro; entre lo posible y lo imposible. Sobre todo, resguardan y evocan la memoria de su territorio.

Se destaca el fuerte vínculo que une a los niños y niñas escritores con sus abuelos (as) o familiares mayores. Estos últimos, como bibliotecas vivas, abren sus páginas a tradiciones e historias increíbles, como el día de su nacimiento, hábitos y tradiciones de una época determinada, su convivencia con un vampiro, cómo estuvieron al borde de la muerte o sus poderes místicos. Son historias que tejen la misma manta narrativa patrimonial.

Es motivo de celebración ver cómo niños y niñas, con este alimento narrativo, crean las obras que hoy destacamos, y cómo su voz potente contribuye a este registro de la tradición oral y del patrimonio inmaterial, que demuestra estar más vivo que nunca. Será entonces tarea de todos y todas alimentar y hacer crecer esta voz.

Luz Reyes Quintero
Presidenta del jurado



Ilustración: Mariel Sanhueza

El día de su nacimiento

Arturo Silva Muñoz

Primer lugar nacional

Primer lugar regional

Región del Maule

Hualañé

12 años

Siempre nos contaba la misma historia, cómo había nacido y en qué condiciones. Siempre dando énfasis a lo difícil que es el campo y lo sacrificado que era todo en su querida tierra de Vichuquén.

Mi abuelo nació en el campo, hace mucho, mucho tiempo atrás. Su familia vivía en Rarin, entre plantaciones de árboles y crianza de animales. Era un lugar muy alejado del pueblo, tanto que, para llegar, había que andar a caballo de dos a tres días.

El año en que nació mi abuelo fue muy duro, tuvieron el peor invierno del que él se puede acordar, fue tan complejo que las gallinas no ponían ni un huevo, era tan helado que las vacas no daban leche, fue tan lluvioso que las ovejas no tuvieron crías, y las plantaciones se quemaron de las heladas que hubo. En fin, fue el invierno más duro que él recuerda.

En ese invierno, él nació. Un día oscuro de lluvia, con tanto frío que ni cien braseros calentaban la casa. Su madre empezó temprano con dolores y complicaciones por el parto; fue tan difícil que su padre no dudó en ir a buscar a la partera. Con un dulce beso se despidió y la dejó en manos de sus hermanas que poco sabían de traer hijos al mundo ya que aún eran jóvenes. Se puso su vieja manta, la chupalla para paliar la lluvia, las botas con espuelas para animar al caballo a que volara y se fue. Esa fue la última vez que supieron de él, ese fue su último beso con un tormentoso “vuelvo al tiro”.

El recuerdo del día de su nacimiento le llega siempre con lágrimas en los ojos, con un nudo en la garganta y con un apretón del corazón; es tan difícil escucharlo contar qué pasó con su padre. Le dijeron después ya de grande, todo lo que pasó ese día.

Al salir de la casa, su padre tomó el caballo más brioso que tenía. Esta bestia volaba por el campo, ni sus huellas se notaban en la tierra de tan rápido que andaba, pero ese día algo pasó. La casa de la partera estaba al otro lado del estero, que en ese momento no era un simple hilo de agua, no. Dicen que parecía un mar, y que era de intrépidos o locos cruzarlo, pero este padre no sabía de locuras, él sólo quería buscar quién ayudara a su amada.

El caballo estaba chúcaro; algo pasaba que no quería cruzar, algo sentía, pero no era escuchado. Este hombre clavó sus espuelas en él y lo forzó a cruzar, cabeza gacha y paso a paso, tratando de pelear con el vendaval y el aguacero, suplicando poder cruzar el estero, rezando para poder llegar al otro extremo. Y ahí, cuando alcanzaron a pasar la mitad de este puente hecho de madera y clavos, escucharon un sonido estruendoso, sin saber si eran relámpagos, o las almas del purgatorio. Se quedaron ahí, pasmados, oyendo y tratando de entender qué era. Pasaron unos segundos y miraron hacia la cordillera.

Ahí se dieron cuenta que venía una ola gigante, tan grande como un cerro, tan fuerte como un terremoto, tan brava como un león; oscura, llena de troncos, ramas y piedras, robando todo lo que encontraba en su camino. Incluso los animales bramaban pidiendo clemencia. Se veía en este mar, patas, cabezas y cuerpos mezclados, sin saber a qué o a quién pertenecían; era simplemente desolador. En el medio del puente, su padre y la bestia quedaron. En dos minutos sus cuerpos fueron arrastrados por esta ola, en un minuto su vida se fue en el mar, en treinta segundos nada más se supo de ellos. Ni un adiós, ni un abrazo, ni un beso; solo una historia, llamada el día de su nacimiento.

Una aventura que casi me deja sin abuelo

Sebastián Leviñanco Guichaquelén

Segundo lugar nacional

Primer lugar regional

Región de Los Lagos

Chaitén

13 años

Hola, mi nombre es Sebastián, un niño de séptimo básico que vive en una isla llamada Chuit, perteneciente al Archipiélago Desertores de la comuna de Chaitén. Pertenezco al Chile insular, donde el territorio se corta en trocitos, dejando a la vista trozos de montes verdes, playas, arrecifes y embarcaciones de colores en las rampas de cada isla. En este lugar que habito, me gusta correr y jugar a las lanchitas a orilla de playa, en los días de sol y viento.

Uno de esos días me dio curiosidad por saber de las antiguas rutas de navegación a vela y las historias que allí sucedieron en los tiempos en que no había otra forma de comunicarse y transportarse. Sólo era a través de chalupas y chalupones¹ a vela que complementaban con remos.

Le pregunté a este viejecito amigable que día a día me recibe con ojitos chinos y amplia sonrisa detrás de la estufa:

—Abuelo, ¿tienes alguna aventura de navegación en chalupones veleros?

Entonces mi abuelo cebó un mate, se acomodó en el *flojero*² detrás de la estufa y comenzó su relato de aquel temporal que casi lo mandó para el otro mundo. Desde su maravilloso pozo de recuerdos, sacó información e inició su mágica aventura que me hizo imaginar cada escena:

—Salimos de Achao con viento norte y nos sorprendió la noche cuando íbamos en la cuadra de Apiao y vino la tempestad. No conocimos costa por la lluvia, la noche oscura y el temporal. Yo calculé cuando entramos a la punta de Chulín porque el viento le pegaba más *racheado*³. No le dije nada a mi compañero que venía asustado y sin gobierno. Con el *finao*⁴ Tito al gobierno y yo en los aparejos —recuerda mi abuelo Alfonso—. De repente miré al costado y parece que vi una luz y me quedé mirando. Luego prendió otra vez y le dije a mi compañero: “oye, allá adelante en la parte norte de nosotros alumbra un faro,

¹ Chalupón: embarcación de madera, con dos proas y velas. El chalupón velero permitió la navegación por los mares de Chiloé, entre los siglos XIX y XX (nota de la edición).

² Flojero: mueble asiento, de forma alargada, que se encuentra en la parte trasera de la estufa a leña. El flojero es tan confortable, que permite el descanso sosegado y el dormir (nota del autor).

³ Racheado: se dice cuando el viento no sopla parejo, pero entrega instantes de mucha fuerza que puede peligrar la embarcación (nota del autor).

⁴ Finao: persona que viajó al otro mundo (nota del autor).



Ilustración: Dannaé Álvarez

pa' mí, parece que es el faro naranja de Isla Talcán". El *finao* Tito me dijo: "No, es el faro de Chulín". Quedé pensando y le dije: "No lo creo porque por la distancia que traíamos estaríamos varados en las piedras."

Mi abuelo continuó su relato:

—Seguimos navegando y a la otra alumbrada ya vimos que había pasada para ambos lados. El *finao* Tito me dijo: "cambiemos". Y yo le dije: "mejor corrámonos hacia adentro, hacia la mitad del canal, porque si no, no vamos a alcanzar a pasar la punta gruesa, nos va a tirar a tierra". Así que, tiramos hacia dentro, viramos la embarcación más al centro del canal cercano a la playa Tendedor de Isla Talcán. La chalupa se dio vuelta, pero logramos remontar. No estaba en nuestro destino morir en el mar. Varamos en buena playa, hondable y sin peñas grandes. Ahí amanecimos arriba, nos sacó la mar casi al lado del monte.

Cuando amaneció fui a ver el chalupón, creí que se había roto, pero tenía todas sus partes. Susto que pasamos, pero corrimos con suerte. Luego buscamos agua y tomamos mates. Le dije al *finao* Tito: "vamos *pa'* dentro a ver si encontramos a alguien en la isla que nos ayude a tirar el chalupón".

Llegamos donde don Alfredo y nos preguntó qué andábamos haciendo a esa hora. Le contamos que nos habíamos perdido y reconocimos costa acá. Nos invitó a tomar café a su casa, al terminar le dijo a su hijo que fuera a buscar los bueyes. Enyugamos⁵ y fuimos a la playa. Llegamos a la playa y empezamos a cortar estacones de arrayán que habían cerca y los llevamos como pudimos. El chalupón lo tiramos hacia abajo cerca del mar y le dije a don Alfredo: "le voy a ayudar a desenyugar los bueyes", pero no me lo permitió, para que yo alistara el chalupón para devolvernos a la isla.

Cuando llegamos a la isla, varamos en buena playa y con marea alta. Al vernos nuestra gente, se pusieron a llorar y les dijimos: "¡qué sacan con llorar! ¡Denle gracias a Dios que estamos vivos!".

⁵ Enyugar: poner yugo a los bueyes. El yugo es una pieza de madera tallada que sirve para mantener unidos desde los cachos a una yunta (nota del autor).



Los secretos del faro San Isidro

Juan José Palacios Estacio

Tercer lugar nacional

Primer lugar regional

Región de Magallanes

Punta Arenas

13 años

En una pequeña ciudad de la misteriosa Región de Magallanes, rodeada de frondosos bosques y majestuosas montañas, se encontraba el famoso faro San Isidro. Esta construcción, erigida en el punto más austral del continente americano, siempre había estado envuelta en un halo de misterio y leyendas.

Cuenta la historia que hace muchos años, un marinero naufragó en las costas de Magallanes y fue encontrado por los habitantes de la ciudad. El marinero, temeroso y desorientado, relató haber visto un extraño fenómeno en medio de la noche: una luz brillante que provenía del faro del fin del mundo. Según él, esa luz lo había deslumbrado y lo había llevado a estrellar su barco contra las rocas.

Desde aquel entonces, comenzaron a surgir extrañas historias sobre el faro. Algunos decían haber visto sombras moverse en su interior, mientras que otros aseguraban que los relatos del marinero eran sólo producto de su imaginación. De una u otra forma, la ciudad entera se encontraba intranquila y atemorizada por este enigma.

En medio de todo este halo de misterio, Viviana, una joven periodista recién llegada a Magallanes, decidió investigar y descubrir la verdad detrás de aquel faro legendario. Con su libreta de notas y cámara en mano, se adentró en la oscuridad de la noche y se dirigió hacia el faro, al acercarse, Viviana sintió un escalofrío.

Con valentía y determinación, Viviana comenzó a investigar. Se acercó a un grupo de pescadores que solían pescar en las cercanías y les preguntó por cualquier incidente relacionado con el faro. Los pescadores, con miradas esquivas, se negaron a hablar del tema. Parecía que el misterio del faro estaba muy arraigado en la ciudad y nadie parecía dispuesto a revelar nada.

Frustrada, pero no dispuesta a darse por vencida, Viviana decidió buscar información en la biblioteca local. Entre los viejos libros y documentos, encontró una entrada que llamó su atención: *"El Faro del Fin del Mundo, el guardián de los secretos"*. Intrigada, leyó con avidez la historia del faro.

Según la historia escrita en el antiguo libro, aquel faro no solo era responsable de guiar a los barcos a salvo, sino que también era el guardián de un antiguo tesoro. Se decía que un grupo de piratas había escondido su botín en alguna parte de Magallanes, pero nadie había sido capaz de encontrarlo. El faro, con su poderosa luz, servía como protección y guardián para el tesoro oculto.

Animada por el descubrimiento, Viviana se dispuso a encontrar aquel tesoro. Estudió los mapas antiguos y se aventuró en el bosque en busca de pistas. Tras horas de búsqueda y siguiendo las indicaciones del mapa, encontró una pequeña gruta oculta entre las rocas. Al entrar a la gruta, se encontró con una escena sorprendente. El lugar estaba lleno de monedas de oro y piedras preciosas, un auténtico tesoro pirata. Sin embargo, su emoción pronto se convirtió en terror cuando una sombra se acercó a ella desde la oscuridad.

La sombra resultó ser un anciano, el guardián del tesoro. Con voz temblorosa, le contó a Viviana la verdadera historia del faro. El faro del fin del mundo, en realidad, era un faro maldito. El brillo excesivo de su luz era la manifestación de la maldición de los piratas que habían escondido su tesoro allí. El anciano le advirtió a Viviana que abandonara aquel lugar, que aquellos que se acercaban demasiado al faro eran engañados por su brillo y quedaban atrapados, vagando eternamente como sombras. Convencida de las palabras del anciano, Viviana huyó de la gruta, dejando atrás el tesoro y el faro.

A partir de aquel día, Viviana decidió alejarse del misterio del faro y dedicar su vida a la escritura de historias de Magallanes y su gente. El misterioso faro del fin del mundo había dejado de ser su obsesión, pero siempre viviría en su memoria como el lugar donde descubrió uno de los misterios mejor guardados de la Región de Magallanes.

El asentar de mis ancestros

Valentina Díaz Maturana

Premio especial Pueblos Originarios

Región de Arica y Parinacota

Arica

14 años

Cuenta el cuento que allá lejos, en tierras donde habita el zorro vivaracho, donde muchos helicópteros⁶ juegan arriba del maizal, descansan en el Cementerio de Churiña, mis ancestros, mi linaje materno. Mi madre me cuenta la historia más linda de cómo llegaron mis tatarabuelos y bisabuelos a esas tierras ancestrales, y dice así...

Mi tatarabuelo Manuel Mamani decidió en una fría mañana en la Provincia de Turco, Bolivia, equipar a su burrito fiel, su compañero de viajes. Sabía que su decisión era definitiva; era hora de asentar en un nuevo lugar. Preparó su *chuspa*⁷ con papa *chuñito*, charqui y maíz tostado, también llevaba semillas, una guadaña y agua en su *canterito*.

Mientras mi bisabuelo Tomás Mamani jugaba con las piedritas del *thakhi*⁸, poco antes de partir, Tata Inti⁹ apenas asomaba sus majestuosos rayos solares tocando las mejillas partidas de mi bisabuelo.

En el primer día de viaje, mi bisabuelo Tomás notó que lo seguían. Al mirar detrás de un cactus candelabro vio un zorro muy astuto que no le paraba de hablar a un conejo, ¡hasta que se lo comió! Mi bisabuelo asustado se fue corriendo. Volvió con su padre y siguieron con la marcha. “*Jalantaqullana suyú*”, decía mi tatarabuelo Manuel: “¡Se está poniendo el sol!

Hicieron una fogata para refugiarse del frío y comer. En eso se escuchó un lamento, un llanto y apareció una pequeña niña con las manos cubriendo su cara.

—¿*Kunamastasa*¹⁰? —preguntó mi tatarabuelo —¿Qué quieres?

Y la niña se acercó más y más.

—¡Un gentil! —dijo mi bisabuelo Tomás.

⁶ Helicópteros: libélulas (nota de la autora).

⁷ Chuspa: bolsa pequeña (nota de la edición).

⁸ Thakhi: camino (nota de la autora).

⁹ Tata Inti: padre sol (nota de la edición).

¹⁰ Kunamastasa: es una expresión en aymara que significa “¿cómo estás?” (nota de la edición).



Al gritar, la pequeña niña de ropas viejitas salió corriendo para no volver más.

Al día siguiente Tomás fue por agüita cristalina del *jawira*¹¹ y escuchó una voz divertida que decía: “¡Pajita, no me toques! ¡Pajita! ¡Por favor! ¡No me toques!”

El zorro astuto se había comido varios animales y bebió agua. ¡Estaba empachado! Tomás se reía mucho y lo más impresionante fue que la pajita brava tocó su *patanka*¹² y salió volando por todos lados.

La movilidad del maíz, del ají, la coca, el pescado salado, la papa, las semillas fueron los que unieron a mis ancestros, que unieron la meseta andina con la costa.

Cuando se acercaban a territorio chileno, mi tatarabuelo Manuel le dijo a mi bisabuelo:

—¡Métete al canasto! ¡Anda pues! —Y se ocultó dentro del canasto tapado con los alimentos.

Vieron pasar llamas, alpacas y vicuñas alcanzando el paso a 4.500 metros sobre el nivel del mar. Tomás, calladito, no tenía identificación y no querían tener problemas con los militares chilenos. Así llegaron hasta Putre después de unos cinco largos días de caminata y aventuras.

Tomás fue creciendo, ayudaba a pastar, carnear y trabajar en las siembras junto a su padre. Su mamita había fallecido cuando él era pequeño.

Con los años mi bisabuelo conoció a una *suma warmi*¹³, mi bisabuela, la señora Gregoria Mamani. Juntos hicieron una vida de muchos sacrificios y bajaron al sector intermedio de Millune, Valle del Lluta. Vivían bien ahí, pero vieron la necesidad de estar más cerca de Central, donde yacen caminos troperos y comerciales. Mi bisabuela decía: “llegamos e hicimos todo solos, nadie nos dio nada, empezamos como un dedo sin nada”.

Entonces encontraron un bello lugar de tierras fértiles, llegaron a Molinos, cuna de cuentos, como el chancho colorado, del canto del *jawira* por las noches, del tío que aparece en quebradas y tantos cuentos más. En Molinos se asentaron y criaron a toda su familia y animales. Mi abuela me contaba de todas sus vivencias en aquel lindo pueblo mágico y mi madre, la historia que le contaban mis bisabuelos.

Hoy estamos agradecidos de nuestros ancestros y los honramos cada día. Mi madre Valerie Maturana Mamani sigue con las tradiciones aymaras y nos enseña sobre la *Pawa*¹⁴.

¹¹ Jawira: río, en lengua aymara (nota de la autora).

¹² Patanka: barriga en lengua aymara (nota de la autora).

¹³ Suma warmi: mujer hermosa en lengua aymara (nota de la edición).

¹⁴ Pawa: ritual de agradecimiento (nota de la edición).

El Ojo de Arica

Yamilet Mamani Ayca

Primer lugar regional

Arica
14 años

En las tierras áridas de Arica, un lugar bañado por el sol y acariciado por las brisas del desierto, existió una antigua tribu conocida como los aymara. Estos valientes y sabios hombres y mujeres eran reconocidos por su profunda conexión con la naturaleza y su capacidad para comprender los secretos del universo.

Entre las leyendas que envolvían a los aymara, una destacaba por encima de todas: la historia del misterioso amuleto llamado “El Ojo de Arica”. Se decía que este poderoso objeto otorgaba protección y prosperidad a quien lo poseyera, pero también era capaz de castigar a aquellos que lo utilizaban con fines egoístas o malvados. Durante generaciones, los aymara custodiaron con devoción el Ojo de Arica, considerándolo un símbolo sagrado de su tribu. Sin embargo, un día todo cambió. Un cazador codicioso llamado Rodrigo, seducido por las historias de riquezas y poder que rodeaban al amuleto, decidió robarlo.

Con el corazón lleno de ambición, Rodrigo huyó hacia las profundidades del desierto, creyendo que podría aprovechar el poder del Ojo de Arica para satisfacer sus deseos más oscuros. No obstante, su acción desencadenó una tristeza inmensa en la tribu aymara, quienes se sintieron devastados por la pérdida de su tesoro máspreciado.

En medio de la desesperación y la pena, surgió una figura valiente y decidida: Isabella. Esta joven audaz se ofreció de voluntaria para emprender la peligrosa búsqueda y recuperar el Ojo de Arica. Con una determinación inquebrantable en su corazón y el eco de la leyenda resonando en su mente, Isabella se adentró en los vastos paisajes desérticos. Día tras día, noche tras noche, enfrentó los desafíos implacables del desierto. Tormentas de arena amenazantes, criaturas salvajes y peligros ocultos no lograron detener su avance. Su espíritu intrépido la guiaba a través de cada obstáculo, impulsándola hacia adelante.

Después de una larga travesía llena de sacrificios y pruebas, Isabella finalmente llegó a una cueva secreta oculta entre las imponentes montañas. Allí encontró a Rodrigo, quien había sido consumido por la codicia y la maldad. Un escalofrío recorrió su espalda al ver la mirada despiadada del cazador. Una feroz batalla se desató entre ellos mientras luchaban por el control del Ojo de Arica. Isabella demostró ser más astuta y ágil, esquivando los ataques feroces de Rodrigo con gracia y valentía. Con un movimiento audaz, logró arrebatarse el amuleto al cazador codicioso. En ese preciso instante, un rayo de luz dorada envolvió a Isabella, mientras el Ojo de Arica brillaba con intensidad. El poder del amuleto fluyó a

través de ella, otorgándole fuerza sobrenatural y sabiduría ancestral. Se convirtió en una portadora del legado de los aymara, una protectora de las tierras y de aquellos que habitaban en ellas.

Con su nueva habilidad y guiada por la justicia y la sabiduría, Isabella derrotó a Rodrigo y emprendió el regreso triunfante a su tribu. Al llegar, fue recibida con alegría y gratitud infinita. Los corazones de los aymara se llenaron de esperanza nuevamente, sabiendo que el espíritu valiente y protector de Isabella estaría siempre presente para velar por su bienestar.

La historia de Isabella se convirtió en una leyenda que trascendió el tiempo, inspirando a generaciones futuras a buscar la justicia y la sabiduría en su interior. Su valentía y determinación se convirtieron en un faro de luz en medio de la oscuridad, recordándonos que incluso en los momentos más difíciles, siempre hay una chispa de esperanza.

Hasta el día de hoy, se dice que el espíritu de Isabella sigue cuidando las tierras áridas de Arica. Su presencia se siente en cada brisa cálida que acaricia las mejillas de aquellos que caminan por el desierto. Su historia nos recuerda que, sin importar qué desafíos enfrentemos, nunca debemos renunciar a nuestros sueños ni olvidar el poder que reside dentro de nosotros mismos.

Así concluye el relato de Isabella, una heroína cuyo coraje y determinación dejaron una huella imborrable en la historia de Arica y en los corazones de todos aquellos que escuchan su leyenda.

Mi experiencia con la novia de Azapa

Benjamín Rojas Olivares

Segundo lugar regional

Arica

13 años

Cierto día, como de costumbre, mi hermano menor y yo acompañamos a mi tío al valle de Azapa a sembrar choclos, lo cual disfrutábamos mucho, más todavía el viaje en auto que hacíamos para llegar, porque aprovechábamos de hacer paradas para comer. Tiempo después, mientras metíamos las manos en la tierra, mi tío nos preguntó:

—¿Conocen la historia de la novia de Azapa? —y como ambos le contestamos que no, comenzó a contarnos detalle por detalle de qué se trataba.

Mi tío nos dijo que cuando bajáramos a Arica, íbamos a pasar por la animita de la dichosa novia y, aunque al principio estaba entusiasmado, mi hermano menor se asustó mucho porque se decía que la mujer acostumbraba a subirse a los autos de los conductores que no se detenían a su paso. Claro que yo no me creí ese cuento.

De noche, cuando bajábamos de vuelta a la ciudad, al mirar por la ventana noté que mi tío se había desviado por otro camino, así que le pregunté el motivo, olvidando la conversación que habíamos tenido horas antes. Después de mi pregunta hubo un corto silencio, hasta que mi tío respondió:

—Por este camino está la animita de la novia de Azapa.

Asentí con la cabeza y seguimos hablando como si nada y cuando pasamos por la animita, mi tío frenó de repente y mi hermano muy asustado comenzó a llorar. Por eso nos tuvimos que ir. Nunca supe si la historia que nos contaron era real o no, de lo que sí estaba seguro era del reto que me iban a dar por haberme olvidado de cerrar la llave del agua cuando sembramos los choclos.

La travesía del pequeño picaflor

Darissa Colque Mamani

Tercer lugar regional

Arica

12 años

En la temporada de migración, para los picafloros mayores, que ya habían volado más de una vez en su vida, era algo natural, pero para los más jóvenes esto era un gran paso hacia la adultez. Las emociones de todos los picafloros que iban a volar por primera vez eran gigantes. Entre ellos se encontraba un picaflor pequeñito muy particular llamado Amaru, que no tenía madre ni padre, razón por la cual el resto del grupo se burlaba de él, pero eso a Amaru no le importaba, pues su único anhelo era volar y nada ni nadie se lo iba a impedir.

Llegó el día en que su sueño se volvería realidad. Todos los jóvenes picafloros estaban en el valle de Chaca esperando dar su primer paso a la adultez. Volarían desde ese lugar hasta el santuario de Azapa. Todos se despidieron de sus familias y emprendieron el vuelo siguiendo a la guía llamada Axata, la cual era una experta en la ruta que iban a tomar. Como era costumbre, los picafloros se burlaron de Amaru, pero en esta ocasión fue por ir más atrás que todo el grupo. Axata lo defendió y les dijo a sus burlones compañeros que todo lo que decían se les podía devolver en cualquier momento de la vida. Todos permanecieron en silencio, pero la tristeza que el pequeño tenía no desapareció, porque sabía que solo se habían callado por lo que la guía les había dicho.

El vuelo continuó, cuando de repente cayó una garúa. Felizmente, el grupo encontró un refugio, pero en medio de todo, un picaflor empujó a Amaru hacia la lluvia mientras los otros se reían. Él pensaba que ese sería su fin, que no se lograría salvar, pero en un abrir y cerrar de ojos, Axata fue a salvarlo con una rapidez propia de los picafloros, dejándolo seguro en el refugio. La guía, muy enojada, les dijo a los demás que cómo habían sido capaces de casi matar a uno de ellos y que una vez que se calmara la llovizna, el único que seguiría el viaje sería Amaru porque lo que le habían hecho al pequeño era muy peligroso e inmaduro de su parte y no se merecían ir al santuario.

Pasó la llovizna y los picaflores muy arrepentidos se disculparon con Amaru, tal vez eso no cambiaría la decisión de Axata, pero para la próxima vez estarían listos para dar el gran paso. Amaru se sintió triste porque ellos estaban igual de emocionados por llegar al santuario, así que le dijo a la guía que mejor se iba con el resto de los picaflores, pero ella le respondió que no tenía que sentirse mal por eso, que ellos cometieron un grave e irresponsable error, pero al menos pedir perdón era algo positivo y demostraba algo de madurez. Después de mucho pensarlo, a Amaru le volvieron los ánimos y siguió.

Al día siguiente ya habían llegado al santuario de Azapa y Amaru estaba encantado con todo el pintoresco paisaje que se abría ante sus ojos. Axata lo llevó a visitar lugares a los que a ella le parecían hermosos. Llegada la tarde emprendieron el viaje de vuelta y el pequeño memorizó todo el trayecto porque sentía que, en el futuro, el santuario de Azapa sería su nuevo hogar.

Ella

Martina Rivas Fuenzalida

Mención honrosa

Arica

14 años

Él me dijo que había conocido a una chica en un viaje al valle de Azapa. Era rara la circunstancia en la que se conocieron. Mientras él esperaba a un grupo para dirigirse a Las Peñas, apareció ella. Tenía media cara cubierta y solo se podían ver sus ojos radiantes como esmeraldas. La joven le advirtió que a altas horas de la noche no se podía andar solo por la pampa y el pasó la noche en su casa. Pero cada vez que me hablaba de ella, parecía hipnotizado. Él cambió bastante desde ese extraño viaje. Muchas cosas de mi hermano cambiaron, como su personalidad que era cada vez más explosiva, irritable e irresponsable, en circunstancias que él siempre había sido ejemplar.

Días antes de su desaparición, iba a volver a verla. Decía que la extrañaba y que sin ella no podía vivir; como si su vida dependiera de ello. Lo quise acompañar para conocerla y se puso furioso diciendo que yo solo se la iba a quitar, que no me metiera en sus asuntos. Se me hacía tan extraño...

Al caer la noche lo seguí, quería saber qué pasaba con esa extraña mujer. Se dirigió hacia una animita y esperó unos minutos. Llegó una mujer, no podía ver muy bien porque había mucha niebla. El ambiente era pesado y solo lo distinguía a él, pero de pronto su cara cambió drásticamente y volteó con ojos de desquiciado a mi escondite. Se acercó como si fuera un animal, me fui corriendo lo más rápido que pude lastimándome con los vidrios y botellas que estaban reventadas en el suelo.

Cuando estaba seguro de que ya no me seguía, miré hacia atrás... No debí haberlo hecho, fue una imagen desgarradora, él sin sus ojos y ella con su vista brillante como esmeralda.

Era hermosa, la dama más perfecta que nunca había visto; sus labios, su cuerpo, su cara, todo era hermoso en ella, me enamoraron sus magníficos ojos verdes. En un instante me tomó del cuello y me azotó contra una roca múltiples veces. No me podía mover y aunque lo intentara, su belleza me cegaba. Recuerdo que me encontró un guardia en las afueras del cementerio, me llevó hacia un auto y todo se desvaneció.

Mi hermano desapareció. Lo sé porque ella llegó al hospital esa mañana, se posó en el mesón junto a un florero con rosas marchitas, cayendo en lágrimas como si fuera una víctima más.

Quisiera que todos supieran la verdad, que dejaran de buscar porque él no volverá, ojalá pudiera ayudar, pero esa mujer me dejó paralizado, respirando y comiendo por un tubo por el resto de mi vida o lo que queda de ella.

Pasaron algunos años y lo extraño es que cada vez más me siento culpable por siempre estar celoso de él y por nuestras peleas. Como de costumbre, la joven se presenta todas las noches a las doce en punto. Dice ser una vieja amiga; no envejece, sus ojos siguen radiantes. Me dijo su nombre hace algunos años y lo olvidé, pero no importa porque sé que algunos la llaman “La novia de Azapa”.

Las campanas de oro

Joaquín Collao Soto

Primer lugar regional

Alto Hospicio

8 años

Cuenta la leyenda que en un poblado al interior de la ciudad de Iquique, llamado Parca, se narraba una gran historia. Esta consistía en que, pasada la medianoche, se escuchaba entre los cerros y quebradas el resonar de unas campanas que estaban hechas de oro.

Éstas campanas despertaban el interés de todo aquel que las escuchara y por eso deseaban obtenerlas, por su gran riqueza.

Todas las personas sabían de su gran valor, pero a la vez, de la maldición que escondían. Aun así, todos anhelaban encontrarlas. Dicha maldición era despertar la codicia y ambición de todo aquel que deseaba obtenerlas. El sonido de las campanas se intensificaba aún más en las personas que osaban apropiarse de ellas.

La mayoría de los lugareños temían dicho sonido, ya que por años fueron testigos de la desaparición de todo aquel que pretendía encontrarlas, es por eso que antes de la medianoche, cerraban sus puertas y ventanas por temor a que les ocurriera algo malo.

Las personas que seguían su sonido llegaban a un supuesto pueblo, que de la nada se les aparecía en su camino. La gente de dicho pueblo salía en su ayuda para ofrecerles comida y un lugar donde poder descansar.

Exhaustos de tanto caminar, aceptaban de inmediato, ya que se encontraban plenamente rendidos. Al llegar la mañana y con los primeros rayos de sol nortino, se despertaban incrédulos y desorientados al darse cuenta de que estaban a la intemperie en medio del desierto. Desesperados y asustados, intentaban volver, pero la escasez de agua y comida los debilitaba aún más, y al no poder lograr regresar, perdidos en el desierto pampino, morían de hambre y sed, sin que nadie más supiera de ellos.

Al pasar el tiempo y dado que estas personas no aparecían, los familiares los salían a buscar, encontrando sus cuerpos sin vida en medio del desierto. Y así es como se ha dado a conocer la historia de “Las campanas de oro” del poblado de Parca.

El lago del pueblo

Antonia Márquez Ramos

Segundo lugar regional

Pozo Almonte

13 años

Cuenta la leyenda que antiguamente, en el pueblo de La Tirana, había un lago abandonado al que habían prohibido visitar por razones desconocidas.

Miku era una niña totalmente encantadora. Siempre salía a jugar con sus amigos, disfrutando de su juego favorito: “los detectives” o simplemente contar historias. A Miku, le gustaba investigar y ese era su gran sueño. Una niña tan inteligente e indomable, sin dudas lo lograría.

Hubo una noche en que Miku jugaba con sus amigos como de costumbre y todo iba bien, cuando de pronto, el balón fue volando por los aires y cayó justo en aquel misterioso lago. A pesar de los letreros y advertencias que ya conocía, se arriesgó y sacó el balón sin mayores problemas y siguió jugando con sus amigos.

Cuando ya era media noche y se encontraba tranquilamente durmiendo, Miku despertó por unas voces que repetían la palabra “lago” en forma rumiante. A pesar de estar muy asustada, corrió al misterioso lago, cuando vio a su alrededor, todo estaba muy empavonado y oscuro. Caminó con velas hasta llegar a la orilla, miró asustada y sintió arrepentimiento de estar ahí. A sus espaldas vislumbró una gran sombra, era tan enorme que salió corriendo del lugar.

Al día siguiente les contó aquella vivencia a sus amigos, quienes decidieron acompañarla para que Miku pudiese enfrentar a este horrible ser.

Se reunieron a medianoche en un parque y juntos caminaron hacia el lago. Quedaron paralizados al ver que la sombra nuevamente se había impuesto sobre ellos, pero esta vez no tuvieron escapatoria. Aunque lo intentaron, no pudieron arrancar de aquel lago que los condenó a ser árboles por el resto de sus vidas, dejándolos en el poblado de un árido desierto.

El lago se secó en su totalidad. Algunos en el pueblo cuentan que solo está escondido y es lo que hoy conocemos como las napas subterráneas, alimentando culposo a tamarugos y algarrobos por lo que hizo a Miku y sus amigos en la pampa del Tamarugal.

El pastor y el diablo

Bárbara Casas Viza

Tercer lugar regional

Camíña

10 años

En un pueblo, un pastor estaba pastando sus ovejas por el cerro. Cansado se durmió en las piedras y cuando se despertó, vio que las ovejas comían y que el atardecer llegaba. Luego se levantó y se fue con las ovejas hasta la casa.

Mientras el pastor estaba regresando a su casa, vio un niño llorando que venía del cerro, lo que le pareció muy extraño. El niño se le acercó y le dijo:

—Perdí a una oveja y mi papá me chicoteará¹⁵ si no vuelvo con todas las ovejas.

El pastor le dijo:

—Es muy tarde y anochecerá pronto, buscaremos a tus ovejas en la mañana. No te preocupes, no llores más, pequeño, vamos y descansemos en mi casa.

El pastor le tomó la mano al niño y comenzaron a caminar. De repente, el pastor sintió unos saltos y al darse la vuelta se sorprendió cuando vio que las patas del niño eran las de un chivo y al poco rato el pequeño terminó por transformarse en el diablo. El hombre sacó su chicote para chicotearle y le dijo estas palabras:

—¡Vete, *Sajra!* Demonio, no vuelvas más y no me engañes más—. Y empezó a chicotearle con mucha fuerza y cerrando sus ojos pensó en Dios.

Cuando abrió los ojos vio algo negro que se desvanecía y corrió a su casa muy asustado. Le dijo a su esposa lo sucedido en el cerro y empezaron a orar a Dios para que el diablo no volviera más a engañarlos. Con los días que pasaron, sus hijos fueron a visitarlos y los notaron un poco tristes. El pastor les contó a sus hijos que pasaban muchas cosas extrañas en el cerro porque el demonio aparecía en cualquier momento, solo lo hacía para divertirse y hacer pasar unos malos ratos y engañarlos en cualquier momento. Por eso les dijo: “tengan siempre un espejo y un chicote cuando vayan al cerro y oren a Dios. Él nos protegerá en todo momento, porque el mal siempre está en cualquier lado, es por eso que debemos confiar en Dios”.

¹⁵ Chicoteará: dar chicotazos, en este contexto, retar (nota de la edición).

El vampiro de Rancagua

Mila Yurac Waltemath

Primer lugar regional

Antofagasta

11 años

Mi abuelito Papín me contó que hace muchos años atrás, en Rancagua, en el siglo XIX, vivió un vampiro llamado Tito Lastarria.

Él era el hijo del alcalde de la ciudad llamado Lisandro Lastarria, quién recién lo reconoció el día que se convirtió en médico, entregándole su apellido. Como premio, su padre le compró una casa para que pudiera vivir con su madre, en la Plaza de los Héroes de Rancagua.

Tito era un hombre educado, adinerado y bondadoso. Ayudaba y sanaba a todas las personas que acudían a él, incluso les daba dinero si era necesario. La gente lo estimaba mucho por sus buenas acciones.

De repente, Tito empezó a cambiar su personalidad y también su aspecto. Solo se vestía con ropa oscura y empezó a salir únicamente de noche a la calle. La gente lo veía muy poco, empezaron a desconfiar de él, decían que hacía magia negra, porque siempre tenía mucho dinero. Que era un vampiro, por eso no salía de día y muchas cosas así.

Tito, por desgracia, murió de tuberculosis en la ciudad de Putaendo. Cuando trasladaron su cadáver desde ese lugar al cementerio de Rancagua, lo llevaron en una carreta, dentro de un ataúd completamente negro, el cual se encontraba amarrado por unas gruesas cadenas. La gente al ver pasar el cortejo fúnebre decía:

—¿Por qué llevan ese ataúd encadenado?, ¿qué llevan ahí?

Y cuando las personas se enteraron de que el fallecido era Tito Lastarria, comenzaron a gritar:

—¡Ahí llevan un vampiro! ¡Es el vampiro Tito Lastarria!

—¡Qué pasará si rompe las cadenas! ¡Vamos a quemarlo! —gritaban exaltados.

Con mucho esfuerzo lograron dejarlo en el cementerio. En su tumba pusieron cuatro cruces, se dice que para que Tito no logre escapar, pero ahora solo queda una cruz. Se dice también que cuando caiga la última cruz, Tito revivirá e irá por todos los que le pidieron algo en vida o en muerte. En la tumba de Tito hay gente que le pide favores y todo lo que le piden se hace realidad.

El alma del desierto

Mila Yurac Waltemath

Segundo lugar regional

Antofagasta

11 años

Mi abuelito Marco me contó que a su hermano Tomy hace muchos años, en la década de los noventa, le sucedió algo muy inquietante.

Tomy debía realizar un viaje en automóvil desde Antofagasta a Calama para ir a entregar unos encargos a la familia de su novia. Era una tarde tranquila y hacía calor cuando emprendió rumbo. Todo era normal ese día, hasta que de pronto, sin saber por qué, empezó a percibir una sensación muy extraña. Era como un escalofrío que recorría su cuello.

Siguió su camino y mientras miraba los tonos violetas del desierto y algunas construcciones abandonadas en la ruta, de repente escuchó una dulce y tranquila voz que dijo:

—¿Me podría dejar en el cementerio por favor?

Muy confuso, miró rápidamente por el espejo retrovisor y ahí se encontró con una mujer anciana que lo miraba con una sonrisa.

Al ver a la mujer, se le aceleró el corazón y casi se le salió por la boca, y sin decir ni media palabra, detuvo el auto y la anciana se bajó y caminó lentamente en dirección al cementerio, su imagen se desvaneció junto con la arena que levantó el viento.

Tomy seguía detenido al interior del auto sin poder creer lo que estaba pasando. Ya no había rastros de la anciana en el lugar, así que decidió irse a su destino porque ya se le hacía tarde. Durante su trayecto pensó en lo que sucedió, que no podía explicarlo, pero que todo fue real y pensó que cuando le contara a mi abuelito, se burlaría de él.

Luego pasaron los años y cada vez que Tomy debía realizar el trayecto de Antofagasta a Calama, al pasar por el cementerio de Pampa Unión, volvía a tener esa sensación de escalofrío en el cuello y miraba por el espejo retrovisor a ver si se encontraba a la mujer misteriosa que tanto miedo le causó.

El cuero de la laguna El Peral

Mila Yurac Waltemath

Tercer lugar regional

Antofagasta

11 años

Mi abuelita Margarita me contó que cuando ella era joven, en la década de los años sesenta, vivía en un pueblito llamado Curacaví.

En su antiguo colegio, todos los años se hacían “las colonias” para que los niños pudieran ir de vacaciones en el verano. Se elegían cincuenta niños y cincuenta niñas de familias de escasos recursos e iban acompañados por un grupo de profesores y monitores. Además, los apoderados que tenían campo en Curacaví, llevaban en camiones frutas y verduras para toda su estadía en las colonias.

Mi abuelita un año se ofreció como monitora para acompañar a dos de sus sobrinas en las vacaciones. El grupo que lideraba mi abuelita se llamaba “Las Arañas Ponzososas” y era de diez niñas.

En el viaje, cuando ya habían pasado varios días en el campamento en El Quisco, las niñas se hicieron muy amigas de un perrito, que las seguía a todas partes, se llamaba Espartaco. Todos los días salían a recorrer distintos lugares de los alrededores con el perro, las niñas lo pasaban muy bien.

Un día mi abuelita planeó un paseo con las niñas a la laguna El Peral y por supuesto llevaron al perro. Estuvieron jugando felices toda la tarde en la laguna, hicieron un picnic y todo. Cuando llegó la hora de volver a las colonias, no se veía a Espartaco por ninguna parte. Las niñas lo llamaban y no aparecía. Todas estaban muy preocupadas caminando alrededor de la laguna, sin poder encontrarlo.

Al oír los gritos de las niñas, unos hombres que pasaban por ahí, les preguntaron:

—¿Qué sucede? ¿Les pasó algo?

Y mi abuelita les respondió con voz acelerada:

—Andábamos con un perrito y de repente desapareció. ¡No hemos podido encontrarlo! ¡Buscamos bastante y no aparece!

En eso, otro hombre le dijo:

—¡Señora, no busque más al perrito! Si estuvo cerca de la orilla, lo más probable es que se lo haya comido un cuero.

— ¿Un cuero? ¿qué es un cuero? —preguntó mi abuelita.

El hombre le dijo que en esa laguna había cueros vivos; que varias personas los habían visto y que debían tener mucho cuidado con ellos, ya que habían desaparecido varios animales, y que la gente de la zona no se acercaba a la orilla de la laguna por eso.

Las niñas que estaban oyendo al hombre se asustaron mucho y se entristecieron por el pobre perrito, pero no quedó otra opción que devolverse al campamento antes de que se hiciera de noche. El resto de los días que pasaron en las colonias, solo se oían versiones de lo que podría haber pasado con Espartaco. Algunos creían lo que decían las personas del cuero; otros que el perro se ahogó y se fue al fondo de la laguna; incluso algunos decían que lo habían visto corriendo detrás de los autos en la playa.

Nunca se sabrá que pasó realmente con Espartaco, pero las Arañas Ponzososas siempre recordarán ese viaje a las colonias.

Como que el cerro te atrapa

Eduardo Castillo Rojas

Primer lugar regional

Copiapó
9 años

La esfera llameante avanzaba, y en su diaria carrera todavía le faltaba algo de tiempo para superar a los cóndores de la cordillera.

—¡Vamos levántate!

—¡No!

—¡Levántate, carajo! Que el cerro no se trabaja solo, y si quieres plata a fin de mes, el barreno y el capacho te quieren apoyar, si no, ¡vos' ya sabis'!... —Y el tío de Pedro León Gallo, apuntó al toско y terroso bototo minero, para luego fijar su dedo hacia la puerta.

Tras levantarse, Pedro tomó ánimos y se lavó su cara y manos. El agua le partió su joven rostro.

—¡Más helada que *pata e' finao*¹⁶! —gritó uno de los pirquineros más antiguos, a lo que el resto acompañó de risas y otros tipos de bromas que Pedro a sus dieciséis años, no entendía.

Bebió un jarrón de cocho, el cual se componía de agua caliente, azúcar, y harina tostada. Para acompañar su desayuno, tenía pan con charqui y cebolla. Se escuchó el motor del huinche, una oxidada y vieja máquina que funcionaba raramente, bien por su falta de mantenimiento y excesivo uso durante los años para ayudar a sacar los pesados capachos con mineral del fondo del pirquén. Salió mucho humo, y así comenzaba el día, bajando a las entrañas de la tierra.

Hace mucho tiempo Pedro acompañaba a sus tíos a este tipo de trabajos. Y aquella luz cada vez se volvía más tenue, ya no existía nada, solo oscuridad y un punto de luz que cada vez se hacía más pequeño. Pedro bajó con dos de sus tíos con los que trabajaban en un avance, el cual es un camino recto que sigue a la veta madre, la verdecita, como decían los viejos. Estaban en el primer nivel.

Don Roco, o “Momia”, como solían llamarle por sus años, bajó un par de niveles más al fondo.

¹⁶ Finado: refiérase a persona fallecida (nota de la edición).

—¡Vamos, fuerza carajo! —gritaba el tío Lucho con un cigarrillo en la boca—. Bruto con el macho, suave con el cacho—, y así la roca a punta de golpes brutos, cedía poco a poco.

—¡La Momia consiguió explosivos! Bajará hoy a buscarlos, se nos hará rápido el avance, pero debemos preparar la mina. Es antigua y si no fuera por la gracia del Santísimo, estaríamos comiendo tierra con el viejo del poncho y el sombrero.

—¡La pura y santa verdad, compañero! —asentía Raúl.

Y así el material subía y bajaba el capacho solito, después molían el material y con un cacho de toro o poruña, mecían la borra de lo molido con agua y así se veía si había oro o si se hacía la pasta verde, era porque había buen cobre.

—¡Se atascó esta *lesera!* —Se vieron volar llaves mecánicas por los aires y Raúl pateaba piedras y maldecía a la oxidada y vieja máquina.

—Bajaremos a la ciudad. Ya no doy más, el huinche está gritando por aceite, y ya llevamos diez días acá metidos, aparte la Momia traerá el explosivo. ¡Excepto tú, Pedro!, llegaste hace menos, así que deberás bajar a los niveles y subir los capachos con mineral por la escalera de gato. Sé que estarás solo, pero ya eres grande y aquí la plata se gana así, aparte son doce sacos. De acá a la tarde estarás listo y dale comida a los perros.

Y así se marcharon del campamento dejando atrás días de sudor, sangre, rabias y risas. Una nube de polvo hizo que Pedro entrecerrara sus ojos.

La esfera de fuego ya estaba pasada en su cenit; al verse solo, Pedro bebió agua y se dispuso a bajar las angostas y peligrosas escaleras, pero de repente, escuchó unos animales pelear muy ferozmente, y de entre la tierra y el polvo del camino, a lo lejos, salieron entrelazados dos perros muy grandes, uno de color negro y otro blanco.

Los ojos del joven Pedro no podían dar fe a todo lo que veían. Por momentos el perro negro mordía muy fuerte al blanco, éste daba brincos hacia atrás y volvía ferozmente y clavaba sus colmillos en el lomo del negro. Era algo brutal. Pedro corrió a buscar un trozo de carne para que dejaran de pelear.

Al salir de la improvisada cocina, los perros seguían peleando aún con más rabia, súbitamente se escuchó a lo lejos un potente silbido. Los perros salieron corriendo, perdiéndose entre la polvareda que dejó su combate. Pedro buscó el origen del potente sonido, pero no pudo ver nada, por más que buscaba no pudo encontrar nada.

—¿Vendrá don Alejo? —pensó.

Don Alejo era un antiguo y gran cateador, amigo de su familia, quien conocía como la palma de la mano los cerros y por lo que sabía, había salido en busca de unas vetas, podía ser que viniese de vuelta, pero sólo atino a tomar la lámpara de carburo y bajar a buscar los capachos con mineral y subir penosamente con todo el peso.

Al llevar el octavo capacho, a la mitad de la escalera, mientras tomaba un descanso, apoyando su peso incómodamente contra una parte del cerro, escuchó que la tosca máquina crujió, como que si esta hubiese deseado ponerse en marcha. El corazón de Pedro se detuvo por unos segundos y el silencio abarcó todo el espacio.

—Solo sube y termina —dijo en su mente.

Al dejar el noveno capacho, sintió que su cuerpo se haría pedazos, bebió un corto sorbo de agua y lo escupió, otro sorbo más largo, respiró profundo y volvió al trabajo.

La enorme bola incandescente ya casi llegaba al límite de desaparecer. Su carrera ya terminaba. Capacho once, un cuarto de escalera recorrida, kilos de mineral en la espalda, cansancio, sudor, otro peldaño y sube la mano, el muslo se tensa, y el contramano se aferra y la otra pierna toma impulso y se repite el ciclo de trabajo y dolor, otro peldaño...

Doceavo capacho, en el fondo del pique, sin fuerza y la lámpara de carburo perdía eficiencia, comenzaba la última subida...

—Ya no más... —decía fatigosamente Pedro. Si sólo hubiera escuch...ado... —y la fatiga no permitía terminar la frase.

Cuando llevaba menos de un cuarto de recorrido, las cadenas se agitaron y comenzaron a subir. Pedro atónito miró hacia arriba y no se distinguía nada.

—Don Alejo me vino a dar una manito —pensó.

Y colgó el capacho a la cadena que subía. Subió ya con un poco más de agilidad, al quedar poco de escalera y fijarse que la cadena se detuvo con el capacho en la boca de salida, gritó fuertemente:

—¡Don Alejooo!, ¡Graciaaa! —Y al levantar nuevamente la vista para verificar si lo habían escuchado, pudo comprobar que bajo la luz de la luna que daba a la salida, se recortaba la figura de un hombre de poncho y un sombrero. Por más que se fijó, no había respuesta y solo atinó a bajar la mirada para centrarse en subir y aclarar sus dudas.

¿Por qué don Alejo estaba tan callado? ¿Cómo hizo para hacer funcionar el huinche? Al llegar arriba, descolgó el capacho y lo apiñó junto al resto. Se metió a la cocina y gritó a don Alejo, mas, el silencio se hizo presente.

—¡Don Alejo!... —. Sólo había silencio... Y los perros de la mina se colocaron a llorar.

Al sentir la puerta, Pedro brincó de un salto de la cama con un grito de espanto.

—¡Heeey! ¿Qué ocurre niño? ¿Por qué gritas?

Era su tío Raúl junto a su tío Lucho que volvían a buscarlo para bajar a la ciudad. De inmediato les contó lo sucedido el día anterior. De los perros negro y blanco, de la sombra y del huinche. Y que se había metido en la cama por miedo.

Los tíos se miraron y le dijeron:

—¡Pedro, el trabajo es un tesoro!, pero el estudio lo es más, ayer por la tarde Alejo falleció... la silicosis, tú ya sabes cómo es esto... Al final por lo visto algunos nunca se resignan a parar de trabajar.... ¡como que el cerro te atrapa!

El cerro Bramador

Cristóbal Álvarez Ponce

Segundo lugar regional

Copiapó

9 años

En la región de Atacama se encuentra el desierto homónimo, el más árido del mundo. Cada cierto tiempo en invierno, llueve mucho. El desierto que es muy seco, en primavera se llena de hermosas flores. Allí se encuentra una pequeña ciudad que se llama Copiapó y es dónde vive una familia con dos hijos: Paula y Cristóbal. Cierta día, estando todos de vacaciones, llegaron a visitarlos los primos y mientras los papás cenaban, los primos conversaban, entonces Cristóbal recordó que cuando estaban con el tata, les comentó que cuando era profesor, hacia excursionismo y conoció un cerro encantado que estaba muy cerca de casa y se llama Bramador.

Entonces Cristóbal gritó:

—¿Por qué no vamos?!

—¡Síii! —dijeron todos.

Pero no se lo comentaron a los papás y prepararon sus botellas de agua y unos chocolates en sus mochilas. Se fueron a dormir muy entusiasmados por esta aventura. La noche se les hizo muy larga esperando el amanecer para emprender la caminata antes que el sol saliera, porque en el norte el sol pega fuerte.

Por la mañana, muy temprano se levantaron y salieron, mientras los papás dormían. Ese día amaneció con neblina.

—¡Eso es bueno porque así caminaremos fresquitos! —dijo Paula.

Ella comentó lo que le había contado el tata, que es mejor nublado. Caminaron entre cerros encontrándose con algunos cactus. También esa mañana se encontraron con algunos perros y bichitos que caminaban por la arena. Ya acostumbrados a la aridez del desierto, a ratos corrían, otros caminaban, para que el camino se les hiciera cortito y llegaran luego al cerro que el tata les había comentado que era una gran experiencia, por lo que seguían caminando muy felices.

Finalmente llegaron al cerro llamado Bramador y comenzaron a escalar entre las rocas. El sol comenzó a acompañarlos. Estaban todos muy divertidos tirándose por la arena y volviendo a escalar, observaban casas cercanas y también algunas minas abandonadas. También podían observar una gran mancha oscura que cubría el arenal y parecía una manta tapando el cerro.

Sin darse cuenta, de tanto jugar y deslizándose por el arenal, el sol comenzó a esconderse detrás de los cerros. De repente comenzaron a oír algunos ruidos fuertes y se asustaron, a ratos pasaban pájaros que se irían a dormir por el atardecer y también el viento silbaba, por lo que todo eso los hacía asustarse un poco. Mientras jugaban y se divertían en el cerro, sus padres desesperados los buscaban por la ciudad, hasta que en un momento recordaron que les habían contado del cerro Bramador y así los padres se dirigieron hacia allá.

Entonces Alonso les dijo:

—Hay que regresarse a casa porque es muy tarde y el sol se comienza a esconder detrás de los cerros.

Cristóbal estaba un poco asustado porque no sabía cómo llegar a la casa, pero Paula y Martín que eran más curiosos, estaban tranquilos porque recordaban el camino de regreso, pero se preguntaban si sus padres los regañarían por haber salido a realizar esa excursión sin permiso.

En eso a lo lejos divisaron una luz que se acercaba y sintieron miedo, pero cuando se les acercó un anciano preguntándoles que hacían, ellos contestaron que querían conocer el cerro encantado, pero que estaban asustados por los ruidos. Entonces el anciano les dijo que él era un buscador de tesoros.

Comenzó su relato diciendo: “según cuenta la leyenda” y cuando dijo eso, los primos se sentaron alrededor del anciano para escuchar la historia. Comenzó diciendo que hace muchos años cuando en esta tierra habitaban los indígenas, ellos trabajaban la tierra y llegaron los españoles, entonces tomaron de rehén a su soberano Atahualpa, y a los indígenas les pidieron juntar oro para devolvérselo. Comenzaron a reunir oro para poder rescatar a su soberano en el valle de Copayapu, así se llamaba Copiapó en esa época. Copayapu significaba copa de oro y debido a su nombre ellos pensaban que acá existía mucho oro.

Los españoles les dieron un tiempo determinado para reunir el oro y entregar a su soberano de regreso pero cuando se enteraron que los españoles habían matado a su soberano escondieron el oro en ese cerro con mucha arena y también en otros lugares del desierto de Copiapó y especialmente en el cerro Bramador y con todos sus dioses mandaron a cuidar el cerro con leones para que rugieran y así nadie pudiera encontrar el oro escondido, es por eso que cuando las personas suben al cerro, ellos despiertan y comienzan a hacer ruidos para espantarlos.

Mientras el anciano contaba la leyenda, se sentían los silbidos del viento en la soledad del entorno. Los niños imaginaban que también podía haber otras fieras echando fuego para espantar a todos los que buscan el tesoro.

Entusiasmados con el cuento del anciano, los niños no se dieron cuenta que habían llegado sus padres y el tata a buscarlos.

La bella y misteriosa dama de Huasco Bajo

Catalina Morales

Tercer lugar regional

Huasco

14 años

Era una hermosa y tranquila noche de invierno en Huasco Bajo, el viento resoplaba ligeramente y movía una que otra rama del olivo.

Yo me encontraba en el sofá de mi casa leyendo un libro y realizando apuntes, ya que dentro de una semana daría un examen y aún no lo terminaba de leer. Eran muchas páginas. Mínimo creo que unas ciento ochenta.

Ya era muy de noche, alrededor de las doce o una de la mañana, y los perros ladraban fuera de mi casa. Supuse que era normal, ya que generalmente, siempre había personas en estado de ebriedad a estas horas. Intenté restarle importancia, porque eran solo ladridos de molestos perros, pero un extraño y delicado llanto que se oía a lo lejos llamó mi atención.

¿Tal vez era una mujer que estaba triste y tomó para aliviar sus penas? Probablemente era eso, pero algo dentro de mí me dijo que debía estar alerta. Pero cada lamento, cada ladrido de los perros, me hacía estremecer.

Di un largo y fuerte suspiro. Con valentía me acerqué a la puerta de la salida, no sin antes tomar un palo por si tenía que recurrir a la fuerza bruta. Pero al salir, vi algo que no me esperaba. Una hermosa y sensual dama, con su larga y aparente delicada cabellera, bien cuidada. Un cuerpo curvilíneo en un vestido largo, medianamente escotado y floreado. Bastante atractiva la verdad.

Hipnotizado por su belleza, me acerqué poco a poco. Ya cuando estuvimos frente a frente, le pregunté cómo estaba, qué hacía tan tarde por estos lugares solitarios y le dije que debía tener cuidado, ya que a esas horas, era muy peligroso estar en la calle.

La misteriosa dama sin decirme nada, tomó mis hombros con ambas manos. La miré a la cara algo confundido, pero en vez de ver la hermosa y delicada apariencia que observé al principio, me encontré con algo horripilante. Su cara estaba irreconocible. Tenía la boca cortada y ensangrentada. Sus ojos eran color negro intenso. Su tez pálida y sus manos se convirtieron en unas esqueléticas, machucadas y largas garras.

Quería gritar y entrarme corriendo a la casa, pero me era imposible, estaba inmóvil. Por más que quería moverme, mi cuerpo no cedía. La mujer me agarró con más fuerza que antes. Me gritó en la cara. Y eso fue lo único que recuerdo antes de caer desplomado al suelo. Desperté a las seis de la mañana del día siguiente en mi cama, aún con los nervios a flor de piel. Rodeado de familiares mirándome preocupados, me preguntaron qué había pasado y esperaban ansiosos una respuesta. Pero cuando conté lo sucedido, se echaron a reír, tratándome de forma burlona ya que daban por hecho que me había tropezado persiguiendo a un perro que siempre molestaba en la casa.

Frustrado y confundido, me levanté de la cama y fui al baño. Ahí me encerré con llave y lavé repetidas veces mi cara. Me miré al espejo confundido. ¿Realmente pasó ese encuentro o era solo un sueño? ¿Acaso fue solo un sueño repetido mil veces por las historias que me contaba mi abuelo que vivía cerca de la majada?

Nunca supe con certeza lo que pasó.

Pasaron días, semanas y nunca lo supe. Me di por vencido, no tenía caso seguir recordando. Pero han pasado tres meses y en mi mente, aún circula la horrible imagen de aquella misteriosa e inesperada dama que se dejó ver una noche de invierno, cerca de un antiguo olivo, por mi casa en Huasco Bajo.

La semilla perdida

Maydel Araya González

Mención honrosa

Copiapó
10 años

Un día fui a la feria con mi abuelita cuando de repente se me acercó un señor y me ofreció unas semillas, supuestamente mágicas. Le pregunté a mi abuelita si podía aceptar esas semillas a lo que ella respondió que sí. En eso, el hombre empezó a contarnos un poco de su historia.

Él se llamaba Jack y era un marinero que le gustaba navegar por los mares en búsqueda de tesoros. Nos comentó que había encontrado estas semillas en una de sus expediciones. Me emocioné mucho porque tenía un tesoro perdido en mis manos. Jack era un hombre sencillo que amaba su trabajo.

Después de que me contara sus hermosas y entretenidas aventuras en el mar, me despedí. Él de forma muy amable se despidió también y lo vi desaparecer a lo lejos en la multitud.

Luego de terminar las compras con mi abuelita, llegamos a nuestra casa, y saqué las semillas y me di cuenta de que eran dos de distintos colores, una de ellas era de un color anaranjado muy brillante y la otra, de color verde muy claro. Fui en busca de dos maceteros para plantar cada una de las semillas, primero planté la de color verde, ya que quería dejar la semilla de color único para el final.

Esperé tres semanas y nada, no se veía ningún avance en el crecimiento de la planta, así que decidí ir a buscar la segunda semilla que parecía ser “mágica” pero de repente me di cuenta que la semilla no estaba. La busqué por todas partes y no había ningún rastro de ella. Ahí fue cuando me decidí ir de nuevo a la feria donde encontré a Jack.

Pregunté por todos lados y nada, dijeron que nunca habían conocido a nadie llamado Jack. Me sentía muy triste ya que él me había dado un tesoro de sus expediciones. Me decidí y empecé a buscar la semilla por toda Tierra Amarilla. Recorrí muchos lugares como el Parque Rafael Torreblanca, la Municipalidad y los Carabineros, solo me faltaba un lugar, la Iglesia de Nuestra Señora de Loreto.

Ya sin esperanzas de encontrar la semilla entré a la iglesia y vi a una persona que se me hacía familiar. Era Jack.

Corrí desesperadamente hacia él y le conté que había perdido la semilla a lo que él me respondió:

—Tranquila niña, no te esfuerces por seguir buscando la semilla, yo la tengo.

Casi llorando le respondí:

—¡Qué bueno! ¡Me sentí muy triste por haber perdido ese tesoro!

Después de eso, Jack me dio la semilla, pero esta vez tenía algo raro, ahora era más brillante que antes. Jack dijo que la plantara en el centro de Tierra Amarilla, en el lugar más visible y especial, para que todo el mundo viera la magia de esta semilla. Me dijo que él era muy viejo como para estar haciendo esas cosas, así que quería elegir a una persona con buena disposición y joven para esta misión. Me confesó que su sueño era que lo recordaran como Jack, el marinero, el que trajo la suerte a Tierra Amarilla. Rápidamente nos despedimos y Jack otra vez desapareció.

Fui al centro de Tierra Amarilla a Plaza Balmaceda, busqué el lugar más verdoso e iluminado que encontré, planté la semilla y esperé algunos días. Al cabo de unos cinco días vi a mucha gente corriendo hacia la plaza, me apresuré y corrí hacia allí también, y cuando llegué, vi un hermoso árbol de hojas verdes con muchos frutos de color anaranjado que caían y caían.

Todos estaban felices porque era un árbol jamás visto en la región. Les dije a todos que recogieran esos frutos de color anaranjado y que lo plantaran en sus mejores maceteros, en sus terrenos y parcelas. También les conté quién fue la persona que me dio esta semilla para que lo recordaran como Jack, el marinero, el que trajo la suerte a Tierra Amarilla.

Mientras todos disfrutaban la belleza de este hermoso árbol, a lo lejos vi a Jack, saludándome con una enorme sonrisa. Sentí un sentimiento de felicidad ya que cumplí su sueño, el cual era plantar esta semilla en un lugar especial visible por todos, siendo recordado y admirado por todos los ciudadanos. Siempre lo recuerdo y cuento sus historias, y por supuesto la historia más famosa de Tierra Amarilla es la llegada del árbol del Chañar a nuestra comuna.

La cueva de San Julián

Nayeli Cifuentes Fajardo

Primer lugar regional

La Serena

14 años

Mi abuelita me contó que cuando era pequeña vivía con su familia en el poblado de San Julián, un pequeño pueblo a algunos kilómetros de la comuna de Ovalle. Una noche, cuando la luna nueva tomó su lugar, la mamá de mi abuelita, Irma, estaba preparando la once y cuando estuvo lista, llamó a toda la familia a pasar a la mesa. Llegaron todos menos el papá de mi abuelita, Alberto.

Irma lo buscó por toda la casa y no pudo encontrarlo por ningún lado. Era como si se hubiera esfumado. Desesperada comenzó a llamar a todos sus conocidos mientras sus hijos, incluida mi abuelita, se comían un pan amasado con un té que en esa noche en especial, les pareció extrañamente amargo.

Irma rompió en llanto. Fue ahí cuando Héctor, su vecino, fue a la casa a ver qué pasaba. Héctor le dijo a Irma que hace unas horas atrás había invitado a su esposo a fumarse unos cigarros, pero que él no quiso acompañarlo porque andaba con un viejo amigo que al parecer no veía hace años.

Irma esperó hasta el día siguiente para ir a los Carabineros a denunciar lo que había pasado, pero justo cuando estaba saliendo de su casa, vio a Alberto corriendo desesperadamente hacia ella, mientras emanaba un olor como si no se hubiera bañado en años.

Ahí Alberto les contó que en la noche, se le apareció un viejo amigo diciendo que lo invitaba a una fiesta que pronto estaba por terminar. Por el apuro, no pudo avisarle a su esposa. Juntos fueron hacia aquel lugar muy lejos, lo que le parecía raro ya que quedaba muy cerca de un cerro. Cuando llegaron no había nada, sólo una cueva muy solitaria.

El amigo le hizo ponerse una extraña mezcla en las axilas. Alberto confiaba mucho en él, entonces lo hizo. Desde ahí se comenzó a sentir muy cansado y no controlaba lo que hacía, después caminaron tres pasos hacia atrás y el amigo dijo algo en voz muy baja que Alberto no pudo escuchar. De repente, se comenzó a escuchar una música muy fuerte proveniente de la cueva, como si se hubiese abierto una puerta, entonces entraron en la cueva y se encontraron con mucha gente.

Alberto cuando estaba a punto de irse, se encontró en la cueva a una amiga que no veía hace mucho tiempo. Ésta le ofreció un trago y él para no ser descortés, lo aceptó. Cuando se lo tomó, comenzó a ver todo más claro y a entender muchas cosas. Muy confundido, se dio cuenta que adentro de la cueva había mucha gente del pueblo que ya había fallecido.

De repente, despertó en medio del cerro, tenía mucha hambre por lo que recordó que había dejado unos dulces adentro de sus bolsillos. Cuando los revisó, no había nada dentro de ellos, solamente unos trozos de arcilla. En el momento que se levantó de donde estaba tirado, se percató que había un cadáver de una vaca a su lado. Cuando estuvo más lúcido, salió corriendo para su casa...

Desde ahí se dice que cada luna nueva y en festividades como la Noche de San Juan, los hechiceros se reúnen en la cueva de los brujos en San Julián para festejar y hacer hechizos.

El gigante que llegó al pueblo

Nabih Castro Órdenes

Segundo lugar regional

Ovalle

12 años

Una vez mi abuelo me contó una historia de un hombre extraño que llegó al pueblo de San Julián. En este pueblo, todos se conocían y vivían tranquilos, hasta que un día llegó un hombre que media casi dos metros de alto, muy delgado y de ojos grandes.

Los habitantes del pueblo salieron a verlo y cuando vieron su apariencia, se asustaron, pero a la vez tenían curiosidad por conocerlo. Al principio nadie se atrevía hablarle, hasta que una niña le preguntó si era un alienígena. El hombre se puso a reír y le dijo que no tuvieran miedo, porque él era una persona normal, sólo que era alto debido a una enfermedad que padecía. Él había llegado al pueblo a vivir a una casa que le habían dejado sus abuelos, porque necesitaba vivir en un lugar tranquilo que le permitiera sanarse.

El hombre era sencillo y amable con todos, especialmente con los niños. Ellos iban a su casa para conversar con él. Los niños lo llamaban “el gigante”. Fue así que se transformó en un hombre querido y respetado.

Amael y el brujo emplumado

Martina Herrera Lillo

Primer lugar regional

San Felipe

10 años

Había una vez, en un pequeño pueblo chileno llamado Los Álamos, una linda casita que se encontraba al medio de un extenso bosque. En este lejano lugar la vida transcurría al ritmo pausado de las estaciones. En esta casita rodeada de verdes prados, grandes árboles y altas montañas, vivía un niño llamado Amael.

Amael adoraba pasar su tiempo explorando los campos y los bosques cercanos, hasta que un día, mientras recogía moras a la orilla de un riachuelo, escuchó un suave canto que le llenó el corazón de alegría. Siguió el sonido y encontró a una hermosa ave de plumaje negro azulado que identificó inmediatamente con el Tue Tue. Era una especie única en la región y se decía que sus cantos tenían el poder de traer mala suerte a quienes los escuchaban, pero eso Amael no lo sabía.

El Tue Tue se posó en una rama y comenzó a cantar melodías que hablaban de la historia y las tradiciones del campo chileno. Amael quedó hipnotizado por la belleza de la canción y decidió visitar al anciano Sabino, el sabio del pueblo, para aprender más sobre el Tue Tue y su leyenda.

Sabino le contó a Amael que el Tue Tue era un símbolo de las tradiciones rurales de Chile. Se decía que esta ave había sido testigo de generaciones de campesinos y había aprendido las historias y canciones de antaño. El Tue Tue había heredado la sabiduría de los abuelos y la transmitía a través de sus melodías, pero el que él apareciera traía mucha mala suerte y desgracia, ya que la verdadera forma del Tue Tue es la de un brujo feo que sólo se alimenta de la felicidad de la gente del campo.

A partir de ese día, Amael visitó al Tue Tue regularmente y escuchó sus historias sobre la vida en el campo chileno, sin escuchar los consejos de don Sabino. Aprendió sobre las primeras festividades de la vendimia, las danzas folclóricas y las leyendas de los espíritus de la naturaleza. Amael se convirtió en un guardián de estas tradiciones, compartiéndolas con su familia y amigos.

Con el tiempo, la fama de Amael y su amigo Tue Tue se extendió por toda la región. Personas de lugares lejanos venían a escuchar las historias de Amael y aprender sobre las ricas tradiciones del campo chileno.

Y así, en el tranquilo pueblo de Los Álamos, la vida rural de Chile y sus tradiciones del campo se mantuvieron vivas gracias a Arael y su fiel amigo, el Tue Tue, cuyos cantos continuaron llenando el corazón del niño.

El tiempo pasó y Arael se convirtió en un joven de diecinueve años. Hasta entonces siempre había estado fascinado por las tradiciones del campo chileno y las historias de la leyenda gracias al Tue Tue, decidió emprender un viaje para descubrir más sobre las tradiciones y las leyendas. Empacó su mochila con comida y una botella de agua. Caminó por senderos rodeados de altas montañas, colorido campo de flores y viñedos llenos de uvas, siempre seguido por su amigo emplumado.

Llegó a una pequeña aldea donde las personas estaban tejiendo ponchos y sombreros de lana. Arael se unió a ellos y aprendió a tejer, escuchando historias de antaño sobre la importancia de mantener viva la tradición de los ponchos.

Continuando su viaje, llegó a una fiesta en la plaza del pueblo. La música y la danza eran contagiosas, y todos estaban vestidos con trajes típicos. El joven no dejó pasar la oportunidad y se unió a la danza, sintiéndose parte de la alegría y la vitalidad de las tradiciones del campo chileno.

Finalmente, llegó a un bosque donde esperó pacientemente, observando el cielo. Y entonces, con un graznido suave, apareció el ave Tue Tue. Sus plumas brillaban en tonos negros y azules y parecía transmitir una conexión con el niño.

Arael le preguntó por qué siempre lo había acompañado y nunca le hizo nada malo, a lo que el ave le contestó, relatándole una historia que hablaba de un antiguo brujo que se alimentaba de la alegría de la gente del campo, pero la verdad es que el brujo nunca aprendió a sonreír y le gustaba estar cerca de las personas, porque sentía que con sus carcajadas y sonrisas podía entender por lo menos un poco de lo que es la felicidad humana.

Una noche, de esas largas fiestas, conoció una hermosa mujer que le robó el corazón. Fue un amor tan bonito que al tiempo después se casaron y tuvieron un hijo; lamentablemente la mujer enfermó y el brujo realizó un hechizo absorbiendo toda la alegría del pueblo para salvarla, pero no funcionó.

A los tres días la joven falleció, quedando el brujo solo con su pequeño hijo.

—Ese hijo eres tú Arael, y yo soy tu padre, siempre estaré a tu lado, cuando cumplas veinte años te podrás iniciar como brujo, y te enseñaré el poder de la naturaleza.

El Tue Tue le recordó que cada generación tiene la responsabilidad de cuidar y preservar la rica cultura del campo chileno y la naturaleza.

Lleno de gratitud y sabiduría, Amael regresó a su pueblo. Compartió las historias y experiencias que había acumulado durante su viaje, inspirando a otros a apreciar y mantener viva la vida rural y las tradiciones de Chile. Y así, la leyenda del ave Tue Tue siguió viva en los corazones de todos.

Al tiempo después inició su preparación como brujo, convirtiéndose en el mejor de todos los tiempos, y hasta el día de hoy vuela por los alrededores de los campos chilenos, preocupado de que se mantengan las tradiciones, y cuida de los habitantes de los pueblos y de la naturaleza.

Una visita especial

Tania Zurita Pacheco

Segundo lugar regional

Villa Alemana

13 años

Tiempo atrás, en el sur de Chile, vivía con mi familia en un faro llamado Dungeness. En ese entonces ya estábamos a finales de septiembre, preparados para lo que se aproximaba, nada más ni nada menos que un grupo de pingüinos que todos los años venía a empollar sus huevos. Estábamos tan acostumbrados a estas simpáticas visitas que yo hasta les había puesto nombres. Al principio solían ser muy tímidos, pero les duraba poco.

En ese lugar toda mi familia estaba acostumbrada a dejar las puertas abiertas, porque solo vivíamos nosotros ahí, entonces los pingüinos aprovechaban de entrar a la casa y pasear tranquilamente por los pasillos, siempre caminando en fila. Era divertido verlos, pero difícil sacarlos. Lo que más me impresionaba era su forma de comunicarse con nosotros, a veces cuando un pingüino se atascaba en los plásticos que llegaban a la costa, los otros nos iban a buscar para pedir ayuda, de hecho, un pingüino se quedó con nosotros hasta que se sanó.

Un día a unos pescadores imprudentes se les ocurrió dejar una red en el agua y los pingüinos se atascaron en ella. Como sabían que los ayudaríamos, fueron hacia nosotros y nos llevaron hacia los demás pingüinos que observaban atentamente, cómo mi papá rápidamente cortaba la red tratando de no herir a los pingüinos. Uno se logró salvar, pero para el otro fue muy tarde. Los demás pingüinos al ver esto, empezaron a graznar como si se estuvieran lamentando y el lugar se llenó de pingüinos que venían a despedirse de su amigo.

Si bien el momento descrito anteriormente fue triste, había otros divertidos. Los que más recuerdo son cuando mi papá pescaba en la costa. En esos momentos los pingüinos se le acercaban lentamente por atrás y cada vez que se daba vuelta, salían corriendo y no se volvían a acercar hasta que mi papá los dejaba de mirar. Era gracioso ver cómo mi papá se enojaba por no poder pescar en paz.

Luego de que sus polluelos crecían, los pingüinos se despedían de nosotros y seguían su camino, como todos los años.

Recuerdos de la abuela

Catalina Godoy Sepúlveda

Tercer lugar regional

San Esteban

13 años

Esta historia, aconteció hace setenta y dos años, en el sur de Chile, en la Región de los Lagos, en un pueblo ubicado hacia la cordillera, llamado Ralún, muy alejado de la ciudad de Puerto Montt. En este sector, cruzando el río Petrohué, vivían todos los que tenían apellidos Oyarzo, Uribe o Velásquez.

Frente al fuego, está sentada una mujer de ochenta y un años, que, por su enfermedad, Alzheimer, los recuerdos de su infancia llegan a cada instante, captando la atención de su nieta que se encuentra entretenida en el celular. La anciana comienza diciendo:

—Yo quedé sola y tuve que criar a mis ocho hermanos y era más chica que tú. Solo tenía nueve años. No pude estudiar y tuve que arreglármelas. No tenía tiempo de jugar. Hacía la comida, cuidaba a mi hermano que solo tenía tres meses de edad. Le daba leche de las vacas que ordeñaba y hacía quesos.

Llegan a su mente recuerdos de juegos infantiles y travesuras que vivió junto a sus hermanos en el campo. La nieta presta atención al relato de aquella mujer que en su piel lleva marcado el paso de los años y con su sonrisa cautiva a su espectadora, quien escucha a su abuela con atención imaginando cada detalle. Las preguntas de la nieta van haciendo aparecer nuevos recuerdos que la abuela relata mirando hacia un rincón, como si los estuviese viviendo.

La abuela continúa su relato, hablando de su infancia:

—Jugaba con mis hermanos al rebaño, nos bañábamos en el río de Los Huaches. Recuerdo a mi padre y al caballo Lucero que le mordía los pies cuando lo intentaba montar, a la yegua Rocilla que era muy mansa. Era muy feliz junto a mi mamá y mis hermanos, mi padre bajaba siempre al pueblo a buscar mercadería y llegaba borracho, recuerdo que peleaban mucho con mi mamá, pero en mi mente de niña, no entendía que mi padre golpeará a mi mamá. Así fue mi infancia hasta que nació mi hermano Juanito. En ese tiempo las mujeres no iban al hospital a tener a sus hijos, creo que por eso ella murió, un parto mal cuidado —dice con los ojos entristecidos.

—Un día como cualquiera nuestra madre falleció y nuestro padre no estaba en casa. Habían pasado tres meses desde que había dado a luz. Ese día ella no se sentía bien, me pidió a mí y mi hermano Efraín que la lleváramos a la cama. Después de un rato los dolores empeoraron y ella estaba muy pálida. Reunió a sus hijos alrededor de ella y nos dijo que rezáramos. Nosotros

obedecemos y rezamos un Padre Nuestro con los ojos cerrados, porque en esos tiempos le hacíamos caso a los padres. Mientras nuestra madre nos acompañaba con suaves suspiros e intentaba rezar con nosotros, apenas se escuchaba su calmada y suave voz. Cuando abrimos los ojos para poder verla, ella ya no estaba con nosotros. A pesar de ser una situación muy dolorosa, la vivimos como niños y lo tomamos como un juego más. Quizás los recuerdos se borraron para evitar sufrimientos, no sé muy bien... —piensa la abuela en voz alta, y luego continúa con su relato:

—Al ver que no hablaba, la arropamos con una manta de lana que estaba encima de la cama y nos fuimos a jugar al campo. Recuerdo que le hice una leche a mi hermano pequeño y fue en ese momento que ya no recuerdo más juegos. Ahí empezó mi vida de adulta, a los nueve años. Cuando llegó nuestro padre, preguntó: “¿y la patrona?”, contento y un poco confundido.

Yo le respondí: “está en la pieza, vaya a verla”.

Él fue a la pieza y la encontró muerta. Mi padre tuvo que subir al caballo de nuevo y devolverse para buscar ayuda. Cuando llegó a la casa de mi tío, le dijo: “la Trinidad se murió” y no alcanzó a decir más palabras, cuando cayó del caballo desmayado.

Recuerdo que después fueron al Civil, para informar sobre el estado de mi madre y después la sepultaron. Después de eso yo tuve que tomar el papel de madre con mis ocho hermanos mientras mi padre no asumió su responsabilidad y nos dejó solos, se alcoholizó y no recuerdo nada más de él.

La abuela continúa su relato:

—Todos los días ordeñaba a las ocho vacas que teníamos y con la leche hacíamos queso para alimentar a mis hermanos y a mi hermano pequeño. Yo solía cocinar porotos, lentejas y a veces cazuela. La familia por parte de mi padre nos ayudó. Tiempo después llegó mi hermano mayor del Servicio Militar. Él nos enseñó a leer, pero a veces le entraba la locura y nos pegaba. Yo me ocultaba detrás de mi padre, pero él no hacía nada y dejaba que me pegaran.

Más o menos siete años después mis familiares se repartieron a mis hermanos más pequeños para cuidarlos y yo tuve que salir a trabajar. A los diecisiete años, mi tía Juana me hacía trabajar en su casa, recuerdo que en ese tiempo hubo un terremoto muy grande, el del año sesenta. La tía tenía cuarenta gallinas que quedaron aplastadas por el cerro.

La nieta, quien había escuchado muy atenta el relato de la abuela, la abraza y en un delicado “te quiero mucho”, le expresa su respeto y admiración.

El duende del tranque

Agustina Vargas Miranda

Primer lugar regional

Lampa

8 años

Se aparece por las noches, en la oscuridad. Dicen que es un duende y que esconde un gran tesoro; otros dicen que es el diablo... Algunos, que es un alma en pena. Lo cierto es que aparece en el fondo de la parcela, en el tranque, en medio de las totoras, y solo se les aparece a los solitarios.

Comenzamos...

Mi bisabuelo Ismael tenía una parcela, compartía un tranque con los demás parceleros, con el agua de ese tranque regaban sus siembras. Hacían turnos para regarlas, siempre de madrugada.

Un día salió a regar con sus botas de goma y su pala al hombro, cuando al fondo del campo divisó un bulto blanco a orillas del tranque.

—¿Qué es eso? —se preguntó. Mi bisabuelo Ismael pensó que podría ser un perro, pero mientras más se acercaba a aquel bulto blanco, este más se alejaba y aparecía en otro lugar. Al percatarse de que no era un perro, sintió un gran temor y regresó de inmediato a su casa. Esto sucedió a media noche.

Pasado un tiempo, Ismael se cambió de casa junto a su familia. Sin embargo, seguía visitando y trabajando en el campo junto a sus dos hijos, Juan y Miguel. Nadie se atrevía a caminar de noche en la cercanías del tranque y quien fuera de noche a ese lugar, siempre lo hacía acompañado.

Un día Juan, el hijo mayor de Ismael, se mudó a esa casa dejada por mi bisabuelo. Juan sería quien se haría cargo de los trabajos nocturnos de la parcela. El mismo día en que Juan llegó a su casa, le tocó regar de madrugada. Con mucho temor se preparó, recordando lo vivido por su padre Ismael. Tomó valor y en su tractor se fue a trabajar en medio de la oscuridad y cerca de aquel tranque.

Ya casi llegaba la media noche y no sucedía nada extraño. Entonces volvió a casa y pensó que solo eran cuentos de su padre, que el famoso duende del tranque eran inventos suyos. Luego de un par de horas le pidió a su esposa María un plato de comida para tomar fuerzas y volver al trabajo. La noche estaba muy silenciosa y se puso a trabajar.

Eran cerca de las tres de la mañana cuando tomó su tractor para arar la tierra y continuar con el trabajo. Estaba con mucho sueño, cuando de repente vio ¡¡¡un perro!!!, pero a medida que se acercaba, el perro o bulto blanco se alejaba o cambiaba de posición.

El miedo comenzó a apoderarse de él y comenzó a gritar desesperado. Dejó el tractor encendido y corrió hasta llegar a la casa. Ahí estaba su esposa María, quien le preguntó:

—¿Qué te pasa? ¿Por qué vienes corriendo de ese modo?

Juan con mucho miedo le respondió:

—¡Lo vi! ¡Lo vi! Vi al duende del tranque.

Su esposa lo miraba incrédula.

Luego de tranquilizarse, Juan le contó lo vivido a su esposa quien lo acompañó a buscar el tractor que dejó encendido en la mitad del campo, pero al llegar allí, el duende o bulto blanco ya no estaba. Su esposa le dijo que quizás era un animal, pero Juan aseguró y con voz firme le dijo:

—¡Lo vi! ¡Lo vi!

La inundación

Emily Ormazábal Farías

Segundo lugar regional

San Pedro

13 años

Había una vez un día que llovía tanto, que todo Quincanque se inundó.

Esa vez recuerdo que era una tarde lluviosa. Yo y mi familia estábamos al lado del fuego, adentro de la casa ya que seguía lloviendo. En ese momento escuché cómo llamaban a mi papá por teléfono. Le estaban avisando que mejor fuera a ver sus caballos y los de sus amigos y compadres ya que cuando llueve usualmente el río que pasa por detrás de mi casa crece.

Los caballos se encontraban en un sitio que tiene mi abuelo donde hay alfalfa, ahí los dejaban usualmente, cuando el caballero llamó a mi papá. La primera vez mi papá no le dio mucha importancia ya que estaba lloviendo suave afuera, pero a la segunda vez que el caballero llamó a mi papá, decidió ir a ver con los dos esposos de mis tías, mi cuñado y otros amigos. Allá se encontraron con la sorpresa de que los caballos estaban inundados ya con el río crecido.

Mientras tanto, yo, con mi mamá, tías y mi hermana nos quedamos en casa a esperar lo que podría pasar. Desde mi casa se podía escuchar al río como rugía y el viento como soplaba.

Entonces con mi madre y mi hermana fuimos a la parte de atrás de mi casa a ver una alfalfa que había al fondo de todo el sitio. Ese lugar era de un caballero de al frente de mi casa. Al llegar allá nos encontramos con la sorpresa de que también estaba inundado. De repente escuchamos cómo perritos chicos comenzaban a llorar. Mi madre y mi hermana se cruzaron al otro lado con el peligro de ser llevadas por la corriente ya que el agua les llegaba más arriba de las rodillas. Lograron llegar con ayuda de unos palos para afirmarse mientras cruzaban al otro lado a una pequeña islita que ya casi ni se veía.

Ahí estaban los perritos. Eran seis. Mi hermana y mi madre los sacaron y los llevaron a la casa. Al instante de subir la pequeña colina que separaba mi casa del patio bajo, en unos dos a tres minutos se inundó todo completamente. Toda esa bajada se inundó. En ese espacio de tiempo, unos instantes antes, sacamos al otro caballo que tenía mi papá en la pesebrera y a unas gallinas que tenía mi mamá.

Mientras tanto, en el río, mi papá, sus amigos y mi cuñado entraron al agua para intentar sacar a los caballos. La correntada no les sirvió de mucha ayuda, pero lograron sacar algunos caballos. Otros por otro lado, fueron arrastrados por la corriente.

Después de los dieciocho minutos más largos del mundo, llegaron todos mis tíos y mi papá casi todos mojados hasta el pecho. Después que se relajaron un poco, fueron a ver al patio de atrás. Estaba todo sumamente inundado. En eso llegaron los bomberos a revisar el área. Nos dijeron que lo mejor era salir de ahí, pero mi papá y mi mamá dijeron que mientras no vieran el agua dentro, ellos no se iban a ir de la casa. Mientras tanto yo estaba en una llamada con mis amigos contándoles lo que estaba pasando.

Nos lo tomamos con humor por el momento. Después de terminar la llamada, solamente estaba acostada. Eran las cinco de la mañana. No había dormido nada y tampoco quería dormir. Estaba ansiosa ya que podía escuchar la voz de los bomberos afuera de la casa, hablando de cómo el agua para la mañana siguiente estaría ya en la casa.

Esa noche dormí con mis papás. Cuando mi mamá entró a la habitación, se acostó conmigo. Todos teníamos sueño así que nos dormimos.

A la mañana siguiente, me desperté a las seis o siete de la mañana. Casi no dormí nada esa noche; me di cuenta de algo, que estaba completamente sola en casa. Solo estaba con mi hermana mayor. Mi papá y mi mamá ya no estaban. Cuando lo noté me levanté al instante, me puse mi ropa y salí afuera. Busqué a mi mamá, pero a mi papá no, ya que supuse que había ido al río otra vez. No estaba afuera así que decidí entrar a la casa y preguntarle a mi hermana dónde estaba mi mamá pero ella tampoco sabía. Mi hermana llamó a mi papá y él tampoco sabía, así que salimos de la casa y nos dijeron que estaba en la iglesia, así que con mi hermana fuimos y allá la encontramos. Estaban viendo el área donde se inundó una casa. Estaban con mi abuelo, mi madre y su hermana, mi tía. Cuando nos acercamos nos dijeron que seguro los caballos estaban todavía en la alfalfa de mi abuelo atrapados, pero no podían entrar por las fuertes corrientes que el río producía.

Yo, en ese momento, recordé que los caballos responden a los silbidos, al menos algunos de ellos. Comencé a silbar y se podía escuchar cómo los caballos relinchaban en respuesta, pero no podían hacer nada, pero por lo menos sabíamos dónde estaban. Después de eso volvimos a casa y nos encontramos con nuestra familia, las dos hermanas de mi madre y sus esposos y los vecinos del frente que se encontraban allí mirando cómo un caballo estaba siendo arrastrado por la corriente y chocando con la reja del vecino. En esos instantes trajeron una soga. En eso mi papá sin pensarlo mucho se amarró a la soga y se metió al agua para ir al rescate del caballo que yacía allí atrapado en la reja. Mi papá se acercó al caballo y lo amarró y le dijo a los demás que tiraran de la soga, pero nadie lo escuchó al instante, ya que dijeron que era trabajo de los bomberos, pero ellos estaban afuera del portón de mi casa subidos al camión de bomberos y estaban grabando, así que mi papá volvió a decir:

—¡Tiren la soga para traer al caballo luego!

Sin más, mis tíos empezaron a tirar de la soga para traer a mi papá y al caballo. Después de un instante, lograron sacar al caballo con éxito del agua.

Ese día el agua comenzó a bajar. No se notaba mucho, pero algo era algo. Al día siguiente me levanté tarde para recuperar el sueño perdido del día anterior. Me levanté a eso de las tres de la tarde más o menos. Mi madre estaba ordenando la casa, mientras tanto mi papá se había ido con sus amigos a ver si encontraban a los demás caballos que se los había llevado la corriente del río.

Cuando me levanté, me cambié de ropa y salí de la casa, y ya todo estaba tranquilo. El agua comenzó a bajar. Al pasar de los días encontraron a los caballos, bueno a algunos, otros lamentablemente habían fallecido. Los días pasaron y el río fue bajando, aunque ahora todo estaba con barro, pero todos estábamos bien.

Antes de terminar esta historia, les voy a contar que hace mucho tiempo mi mamá me contó que esto no era nuevo y que el río siempre crecía y se salía, inundando las casas. La última vez que pasó, el río llegó al camino, pero felizmente no pasó a mayores y todos estamos bien. Algún daño que otro había, pero nada que no se pudiera reparar. Bueno, aquí me despido amigos y amigas, y fin.

Fundo Las Águilas: el ternero Pepito

Emilia Donoso Henríquez

Tercer lugar regional

Melipilla

12 años

En la comuna de Melipilla, Región Metropolitana, existe una localidad llamada Codigua. En esta localidad solo hay una empresa llamada Fundo Las Águilas, la cual se caracteriza por la crianza de animales, tales como vacas, toros, ovejas y cerdos. En el fundo existen veinte trabajadores, entre ellos dos veterinarios, diez forrajeros, cinco sacadores de leche, un personal de aseo y dos administrativos.

Uno de los veterinarios llamado Segundo Calderón era especialista en parto y los forrajeros de confianza, eran Iván López y Juan Albornoz. Este grupo de profesionales se caracterizaba por tener los turnos de la noche y se jactaban de no tener miedo a nada.

Entonces llegó el día 2 de agosto de 1982. Durante la noche, los profesionales que estaban de turno tenían alrededor de tres vacas en labor de parto, comenzando con una de ellas en el horario aproximadamente de las 21:00 horas, resultando una hembra. Pasadas las doce de la noche, la segunda vaca comenzó con contracciones, para lo cual asistió el personal de turno, comenzando a preparar el lugar y los medicamentos para inyectar a la vaca.

Segundo Calderón le dijo a Iván, el forrajero, que trajera tres toallas del armario. Iván le contestó que, terminando de alimentar a los cerdos, iría a buscar las toallas.

Comenzó a dar a luz la vaca y las tres personas del turno comenzaron a ver este proceso quedando sorprendidos al visualizar a un ternero con dos cabezas.

Segundo le dijo a Juan:

—¡Oh, Juan! Esto nunca lo había visto.

Juan respondió:

—¿Qué hacemos doctor?

Iván comentó:

—Doctor, esto es muy extraño, llamemos a una ambulancia.

Segundo, al notar el hecho dijo:

—Nada por el momento, solo debemos llamar al gerente de la empresa y junto a él ver qué haremos.

Transcurridos treinta minutos desde el nacimiento, empezaron a controlar los signos vitales y observaron una pérdida de los mismos. Comenzaron a llegar más personas al fundo para observar a este animal con dos cabezas. Luego de dos horas, el animal, apodado por ellos mismos Pepito, falleció en el lugar.

Finalmente, el gerente de la empresa, al recibir una llamada del veterinario, inmediatamente llamó al Servicio Agrícola y Ganadero (SAG), quienes llegaron al fundo alrededor de las nueve de la mañana, realizando las pericias necesarias y llevando consigo el cuerpo de Pepito. Finalmente, después de tres meses, llegó una carta dirigida al gerente, la cual informaba la causa real del fallecimiento de “Pepito”. La carta indicaba que el origen de las dos cabezas se produjo por una anomalía genética del padre de Pepito. El gerente le entregó esta información al personal de la empresa, acabando así con los mitos en torno a este tema.

A pata pelá

Amelia González Sepúlveda

Segundo lugar regional

San Javier

13 años

Era un siete de diciembre, una tarde muy calurosa en la cual veía a mi mamá y a mi abuela alistar las cosas para salir. Yo, sin entender nada, les pregunté qué pasaba.

—Mañana es 8 y tenemos que pagar la manda —dijo mi mamá con un tono medio feliz.

—¿Y qué es eso, mamá? —le pregunté sin entender qué era una manda y qué tenía que hacer el 8 de diciembre.

—Cada año, para el 8 del último mes, tu abuela y yo vamos a pagar una manda subiendo el cerro de la Virgen de San Javier a pata *pelá* o de rodillas. También hay que vestirse como la Virgen, o si no se enoja —dijo mientras me acurrucaba en mi cama. —Ya, duérmete, que esta vez tú vienes con nosotras.

Yo me quedé helada porque no quería subir el cerro a pata *pelá*. Luego de eso, me dormí sin más.

—¡María del Carmen, despierta! —dijo mi mamá gritándome para que me levantara, mientras me colocaba unos pantalones blancos y una polera azul para vestirme. Ella, con mi abuela llevaban los mismos colores, pero ambas van descalzas. Por lo menos, yo llevo unas chalas que me compró mi mamá hace un par de años cuando conocí la playa; ese día me encantó. Salimos de la casa mientras mi abuela cojeaba porque se iba clavando piedritas.

Había mucha gente que venía de Villa Alegre, Talca, Santiago, Melozal, Huerta de Maule, Huaraculén, Linares y muchos más lugares, según me contaba mi mamá. Mientras caminaba, veía los puestos de la gente vendiendo; había anticuchos con sopaipillas y se me hacía agua la boca. La gente hacía filas para comprar. También vendían ropa, mucha ropa, parece que era de Estados Unidos. Había otros haciendo fila para poder comprar mote con huesillo.

Al llegar, antes de subir el cerro, vi a mucha gente de rodillas, caminando y hasta comiendo en el suelo, lo que me hizo pensar que parece que la Virgen es importante. Yo siempre que acompaño a mi mamá a la iglesia me pongo a jugar con otros niños que van.

Cuando empezamos a subir el cerro, no sabía lo cansador que iba a ser, aunque había mucha gente que mi abuela conocía y las saludó junto a mi mamá.

Cuando llegamos arriba, me llevó a la Virgen para rezar. No sabía cómo se hacía, pero lo intenté. Después de descansar un rato, bajamos, estaba feliz, aunque casi me caigo. Llegamos abajo y después de tanto rogarle a mi mamá, me compró un anticucho de un caballero que fue muy amable. Mi mamá me dijo que el próximo año también vamos a venir y esperamos que el próximo año me compre un mote con huesillo.

—María Estela, despierta —le digo a mi hija porque tenemos que ir a subir el cerro. Ya no solo a pagar una manda y encontrarnos con la Virgen, sino también para ver a mi madre y abuela, juntas, en lo más alto del cerro.

La travesía de una familia migrante

Diego Rodríguez Achuelo

Tercer lugar regional

Linares

14 años

Hace algunos años, en un país de Latinoamérica llamado Venezuela, comenzó a surgir una situación política, social y económica desfavorable, la cual afecta en la actualidad a todos los venezolanos; por tal motivo más de un 35% de la población decidió migrar a diferentes países del mundo.

En el año 2021, específicamente durante el mes de enero, una familia venezolana, conformada por una madre soltera y dos hijos, un niño y una niña de once y ocho años, decidió expatriarse a Chile debido a la crisis económica que atravesaba el estado venezolano. Para estos tener propiedades como bienes muebles e inmuebles y que la madre fuese profesional no era suficiente para subsistir, comenzando así esta travesía ¡Travesía ésta! que no fue nada fácil para ellos.

Cruzaron por vía terrestre y ribereña: Colombia, Ecuador, Perú hasta llegar a Chile por pasos no habilitados, ya que las fronteras estaban cerradas debido a la gran cantidad de extranjeros que, de manera desesperada, salían de su nación por los factores de la crisis y pandemia del año 2019.

La vida les había dado un gran cambio al haber dejado su país, familiares, bienes, entre otras cosas, gracias a la mala política y administración de un gobierno nefasto. En este contexto, muchas personas han perdido la vida o han visto desintegrarse a sus familias al intentar escapar de la triste realidad económica que atraviesa una nación, buscando una estabilidad para su núcleo familiar que han dejado en Venezuela y, para ello, se arriesgan a migrar juntos, como fue el caso de esta madre y sus hijos.

Durante este viaje, vivieron experiencias agradables y algunas extremadamente desagradables y dolorosas; sin embargo, después de dieciséis largos días en autobuses, motos y lanchas, lograron llegar a su destino donde los esperaba una tía, en la Región del Maule específicamente en la comuna de Linares.

Desde el momento que llegaron a tierras chilenas, pudieron asimilar que todo lo acontecido durante el recorrido, valió la pena, ya que llegaron a una casa que reunía todas las condiciones para vivir cómodos. No había problemas para adquirir alimentos, vestido, calzados, salud y educación a pesar de que para ese momento era todo online por el COVID-19. Estos bienes, considerados de primera necesidad para la vida cotidiana del ser humano; en su país

estaban escasos y casi imposibles de adquirir. La madre comenzó a trabajar al día siguiente de haber llegado a Linares. Los niños iniciaron sus estudios donde lograron adaptarse e integrarse inmediatamente a este nuevo ámbito social; en diciembre al culminar el año escolar 2021, ambos niños obtuvieron premios por logros alcanzados en el colegio.

La familia ha viajado a diferentes lugares del país, conociendo y aprendiendo diversas costumbres, tradiciones, mitos y leyendas de la zona rural de Linares y otras ciudades, destacándose mucho la leyenda de la muchacha del río Itata en la ciudad de Coelemu, Región Ñuble, Provincia Itata; donde pobladores les manifestaron que se escucha hace muchos años.

La madre de estos niños dice que se siente agradecida y como en casa en este país, ya que en Venezuela trabajó como funcionaria pública y debido a sus funciones, tenía que trasladarse al Estado Minero, donde la mayoría de los habitantes son chilenos que emigraron a Venezuela de distintas regiones, comunas y provincias específicamente de Calama en el año 1973, debido a la situación político y socio-económica que atravesó Chile en ese momento, y que muchos el día de hoy dirigen grandes empresas mineras.

En la actualidad residen en la misma hermosa comuna, con la seguridad de que en algún momento las cosas en Venezuela cambien y puedan volver a reencontrarse con familiares, amigos y relatar todas las experiencias vividas durante esta larga estadía en Linares, Chile.

El cazador de culebras

Mariana Acuña Arce

Primer lugar regional

Coelemu

12 años

En el sector de Checura, vive un hombre llamado José, a quien por estos lados se le conoce con el apodo de “el cazador de culebras”, ya que él siempre sale al campo a cazar culebras para hacer cinturones que luego los martes vende en la feria de Coelemu. Quienes han entrado a su casa, dicen que sienten escalofríos. ¿Quieres saber por qué? Porque según los lugareños, tiene cientos de culebras de todos los tamaños y colores, colgando en diferentes lugares de la casa. De hecho, todos pensaban que estaba un poco loco, aunque no se lo decían de frente porque don José era alto y robusto y por eso lo respetaban y temían.

Un día, salió de su casa como de costumbre a buscar y cazar una nueva culebra. Pasaron las horas y nada que pillaba alguna. El cansancio y el sol que le pegaba fuertemente no fueron suficientes para que se rindiera. Siguió buscando y buscando, levantando rocas y mirando en las cortezas de los árboles, con la esperanza de encontrar una de esas culebras gigantes de las que tanto se habla por estos lados.

Como estaba hambriento y cansado, decidió sentarse bajo un gran árbol para prepararse un rico harinado. De pronto, a lo lejos, divisó una sombra grande y gruesa, logró ver que tenía unos pelos en la cabeza. Pensó que era producto de su imaginación, pero la curiosidad no lo dejó tranquilo y decidió acercarse lentamente para no ser descubierto. Agarró su rifle y apuntó directamente hacía esta extraña “culebra”. Dos disparos fueron suficientes para que cayera muerta sobre el camino. Don José estaba feliz, porque al fin tendría entre su colección esta extraña criatura.

Después de ese día, se cuenta por aquí que al pobre don José se le vino toda la mala encima. Sus cinturones nadie los compraba, se enfermó gravemente, su esposa lo abandonó y él decidió encerrarse en su casa y nunca más salir de ahí.

Algunos dicen que su mala suerte fue provocada por la muerte de esa culebra que estaba encantada. Otros cuentan que no fue una culebra a la que mató sino a un culebrón sagrado. Nunca sabremos con certeza qué fue realmente lo que provocó que el pobre don José terminara así. Pero y tú, ¿qué piensas que fue lo que provocó la mala suerte de don José?

La señora Mercedes

Emilio Villegas Schmidt

Segundo lugar regional

Chillán

11 años

Por allá, por el sector de Zapallar de Ciruelito en la cordillera, en Ñuble, vive la señora Mercedes, una viejecita que ya está solita, porque murió su esposo y sus cinco hijos ya son grandes y viven lejos del campo.

La señora Mercedes se levanta muy temprano para dar de comer a sus ovejas, gallinas y pollitos. Antes tenía más animales, como chanchitos y vacas, pero ya no puede andar a la siga de ellos, así dice ella, encorvada por los años.

Una vez, la fui a visitar; se puso en cuatro patas para poder tomar una gallina pollita y dejármela acariciar. Después le costó mucho levantarse, pero lo hizo con gusto, porque es un amor de persona, ni qué hablar de las tortillas que hace en su cocina de campo que tiene llena de hollín afuera de su casa, son realmente, exquisitas, con ese inconfundible olor a humito y si le pone huevito revuelto... mmm ¡delicioso!

Su casa es viejita, menos que ella, y le hace falta cuidado, aunque es más moderna que otras del sector, porque sus hijos le hicieron el baño dentro y no es necesario ir al pozo que tenía al final del campo.

Me dio mucha risa verla correr para apagar el motor del pozo del agua porque el estanque se rebalsa cuando se llena y desde lo alto bota el agua. Ahí entendí, porqué todas las plantitas que tiene abajo están tan verdecitas y con flores.

A sus ovejas las tiene amaestradas: después de comer, salen al campo, se pasean por todos lados en piños, juntitas porque dice la señora Mercedes que anda el puma, y aprendieron a andar así, para cuidarse.

Cuando ya empieza a hacer frío en la tarde, ¡se entran solas! y ella les va a cerrar la tranca del corral que es un lugar como un cuarto construido de tablas grandes, donde duermen, comen y beben. Entonces, y sólo entonces, ella se entra a la casa a comer algo, a tejer y a descansar. Tiene unos telares lindos en su pared, porque, aunque ya le duelen sus manitos, dice que si deja de moverse, será peor.

A mí me encantaría vivir en el campo y tener mis plantitas y animalitos. Yo soy un viejo chico, dice mi mamá. La señora Mercedes me quiere harto, por lo mismo que soy seco con el cuidado del campo y entiendo rapidito lo que hay que hacer.

Algún día, podré tener mi campo y llevaré a la señora Mercedes para que lo conozca y me cuente más cosas sobre él y lo que es mejor hacer. Tal vez, me enseñe a preparar las tortillas más ricas que he probado en toda mi vida.

Ayelén, el hada del bosque chileno

Rocío Gajardo Torres

Tercer lugar regional

Chillán

11 años

Ayelén, es un hada que vive en la selva valdiviana, es muy responsable, empática y también traviesa, sin embargo, sin ella todo sería un desorden.

Ella tiene el pelo café, ojos verdes y va descalza. No tiene alas, pero sí lleva un vestido rosado adornado con plantas y siempre se hace acompañar por su varita.

Ayelén, tiene por trabajo controlar la naturaleza y alimentar las plantas invocando la lluvia con su varita y cuando las plantas necesitan ser curadas, toca con ella la tierra y la agricultura crece y se multiplica, dándose buena verdura y fruta.

Esta hada del bosque chileno se moviliza usando el viento, así es que, si sientes una brisa helada cerca, significa que te está observando, y ten en cuenta que vive en una araucaria, por lo tanto, si ves que se cae una ramita de este árbol, es porque salió a recorrer el bosque.

Mi abuelita media bruja es

Agustina Yáñez González

Primer lugar regional

Concepción

9 años

Siempre he creído que mi abuelita media bruja es, ya que siempre adivina lo que va a suceder. Sin ir más lejos les puedo contar, que una vez me encontraba jugando al lado de una puntera en el campo, mi abuelita me dijo:

—Te vas a caer al pozo.

Y esa vez por no llevarle la contraria, recuerdo que me hice a un lado y fui a jugar a otro lugar. Más tarde vi que se había desprendido un pedazo de tierra, al lado del pozo.

Otra vez buscando leña en medio del bosque, me dijo:

—No te alejes demasiado, te vas a perder.

Y bromeando me escondí de ella detrás de un pino, y cuando la quise mirar para ver dónde estaba, no la encontré y una especie de agüita helada corrió por mi espalda, justo cuando más susto sentí su mano cálida se posó en mi hombro.

Sin embargo, no aprendí la lección y en las pasadas vacaciones de invierno, mi abuelita tenía una gallinita empollando huevos, lo que me causó bastante curiosidad. Me dirigí entonces al gallinero y cuando ya me encontraba ingresando a éste, mi abuelita desde la cocina me divisó y con voz alta me dijo:

—¡Niña, no te acerques a la gallina clueca, te va a picotear entera!

Pero yo sólo quería ver si ya los pollitos habían roto el cascarón e hice caso omiso a la advertencia y proseguí. Sólo logré acercarme un poquito al nido, cuando veo que la gallina castellana fijó en mí una mirada desafiante, y rápidamente erizó las plumas que envolvían su cuello. Quedé hipnotizada mirándola, cuando de repente sentí el tremendo picotón en mi brazo. Logré reaccionar, pero de los nervios me paré y con mi cabeza choqué con los palos del gallinero y caí.

La gallina aprovechó de picotearme mis piernas, pero logré zafarme y correr. Corrí rapidito y logré llegar a la cocina. Ahí estaba mi abuela, muerta de la risa, mirando el espectáculo, y yo sólo en mi mente pensaba: “mi abuela en verdad media bruja es, pasó lo que me dijo y más”.

Así que de ahora en adelante, cada vez que vamos de paseo al campo, y mi abuela me advierte de algo, le hago caso. Ya que sea magia o no, su experiencia y amor por mí, son las que hablan por ella, cada vez que en peligro me encuentro.

Una cita con la Luna

Antonieta Cid López

Segundo lugar regional

Los Ángeles

13 años

Pehuén se encontraba lanzando piropos y halagos a su amada Luna. Ella también estaba tan encantada con él, que decidió bajar al *nagmapu*¹⁷ para conocer al joven.

Y en medio de los oscuros árboles del sur de Chile apareció la bella Luna en su forma humana ante Pehuén. Él jamás pensó que tantas noches solitarias servirían de algo, porque en realidad la Luna siempre estuvo con él.

Así fue el inicio de una serie de citas entre la pareja de enamorados. Pehuén siempre le traía obsequios y caminaba con Luna por el bosque. Hasta que un día, los dioses mapuches se enteraron que la guardiana de la noche salía con un mortal ¡Y no permitirían eso! ¡Harían todo lo posible para detenerlo!

Luna, al enterarse, le comunicó la noticia rápidamente a Pehuén. Pero le dijo:

—Tranquilo... Te haré una persona tan grande que alcanzarás el *Wenu Mapu*¹⁸, y así podremos estar juntos para siempre.

Y al día siguiente Pehuén creció, creció y creció. Y los dioses al ver que su plan fallaba, decidieron volver la vil humanidad de Pehuén... ¡En un árbol!

Tristemente así termina la historia. Pehuén ya no pudo estar con su amada Luna, y se convirtió en araucaria. Así la llamamos nosotros, los *huincas*¹⁹, que robamos los piñones que todavía intenta dar a su venerada amante.

¹⁷ Nagmapu: Tierra de Abajo, el mundo en que habitan los seres humanos, animales, plantas y ciertos seres espirituales (nota de la edición).

¹⁸ Wenu Mapu: Tierra de Arriba, el cielo en que residen seres protectores y los espíritus de los antepasados (nota de la edición).

¹⁹ Huinca: adjetivo. Nombre que los mapuches dan a toda persona que no pertenece a su pueblo (nota de la edición).

Las expresiones del mar

Francisco Cravero Huenuequeo

Primer lugar regional

Nueva Imperial

10 años

Hace muchos años, en el extenso y frío mar de La Araucanía, en las cercanías del lago Budi, vivían varias familias que recolectaban sus alimentos, principalmente del gran océano Pacífico y de los productos que obtenían de la pequeña agricultura. Se denominaban a sí mismos *Lafkenche*, que en el idioma mapudungun significa “gente del mar”.

Ellos eran muy apegados a sus raíces, respetuosos de la naturaleza, amantes de los productos del mar, agradecidos porque nunca les faltaba nada, tenían buena salud, la familia se mantenía unida y tenían muchos alimentos.

Como eran muy apegados a sus tradiciones y conservaban las costumbres de su pueblo, un día un joven muy trabajador tuvo un sueño y fue a contárselo al *longko*²⁰ de su comunidad. Los *longko* eran personas muy respetadas por su liderazgo, sabiduría y por tomar buenas decisiones, como un gran jefe.

El joven le contó su sueño:

“Soñé que el mar estaba triste porque cada día se ensucia. El mar siente que no es respetado, ya no tiene productos para entregarnos, los alimentos se le acaban. Nosotros debemos mostrarle nuestro respeto, debemos ir todos y pedirle que no nos deje sin alimentos”.

Todo lo que soñó, se lo contó al *longko*. Entonces el *longko* decidió reunir a todas las familias que vivían en aquel lugar y les dijo que el sueño que tuvo el joven lo había interpretado de la siguiente manera:

“Debemos hacer una ceremonia, un Nguillatún²¹ para agradecerle, y ofrecerle nuestros productos de la tierra y demostrarle al mar nuestro respeto, ya que nos hemos olvidado de demostrarle nuestra gratitud.”

Todos los presentes estuvieron de acuerdo en participar y fijaron una fecha. El día acordado, antes del amanecer, antes de que apareciera el primer rayo de sol, ya estaban en la playa, descalzos, en una gran fila mirando el mar y diciéndole en su idioma nativo, es decir, en mapudungun, todo lo que lo respetaban y agradecían.

²⁰ Longko: autoridad ancestral, jefe (nota del autor).

²¹ Nguillatún: ceremonia Mapuche para agradecer y pedir (nota del autor).

Luego la *machi*²², que es la persona que lidera las ceremonias, comenzó a tocar el *kultrún*²³ y al ritmo de ese sonido todos bailaron *purrún*²⁴. Cada uno de los asistentes le llevó un presente al mar. Llevaron mote, catutos, muday, porotos, lentejas, entre otros productos, los cuales debían dejarlos en la orilla para que el mar los fuera a buscar. Solo había un inconveniente y era lo helada que estaba el agua, pero entre todos decidieron que debían adentrarse de cualquier forma, ya que a eso habían asistido, y así lo hicieron.

Todos andaban descalzos y al avanzar para tocar el agua, su asombro fue mayúsculo, el mar estaba tibio. No lo podían creer, porque recién la habían tocado y estaba muy, pero muy fría. Sin embargo, al momento de recibir las ofrendas, el agua cambió su temperatura. Las entregaron en canastos de mimbre y cántaros de greda. El mar se llevó todo hacia adentro y después de varios oleajes tibios vinieron de vuelta todos los canastos y cantaritos vacíos.

Siguieron los bailes de *purrún* y *choique*²⁵ hasta que amaneció. Se hizo de día, aún sin poder creer lo que había pasado. Era muy grande el asombro de todas las personas que todavía recuerdan aquel suceso y lo consideran como una gran muestra de gratitud, por lo que, hasta ahora, una vez al año, le van a bailar y a entregar los productos de la tierra como un intercambio de alimentos y cada vez pueden volver a sentir las expresiones del mar.

²² Machi: líder espiritual y medicinal (nota del autor).

²³ Kultrún: instrumento de percusión (nota del autor).

²⁴ Purrún: baile mapuche (nota del autor).

²⁵ Choique: baile mapuche (nota del autor).

La desobediencia

Stefania Chávez Jara

Segundo lugar regional

Cholchol

10 años

Esta historia es muy triste. Me la contó mi abuelo y a él se la contaron sus abuelos. Era una larga y lluviosa noche de invierno. Mientras mi abuela Llanquira preparaba un rico mate con unas deliciosas sopaipillas, nosotros nos acomodábamos alrededor de una gran fogata y mi abuelo comenzó su relato:

—Cuentan que hace muchos años, en un sector rural de La Araucanía, vivía una familia humilde con un padre muy trabajador. Cada día se esforzaba más para que nada le faltara a su familia. Él tenía un hijo muy amado, consentido y...

—¡Desobediente! —exclamó mi hermano Nahuel.

—Sí, mi niño —respondió el abuelo con una voz dulce y una mirada tierna.

Mientras los demás esperaban impacientes que el abuelo continuara su relato, yo me preparé una sopaipilla con una rica mermelada de mora, pues de la cocina salían los más apetitosos olores que se mezclaban en el aire.

—¿Preparados, niños? —preguntó el abuelo y siguió con su relato—. Ese hombre consentía en todo a su hijo y así fue creciendo y transformándose en un hijo rebelde y malcriado a tal punto que llegaba a golpear a su padre.

—Eso es terrible —comentó mi hermano Nahuel.

—Silencio, Nahuel —dije algo molesta, porque no dejaba continuar la historia.

—Un día, su hijo enfermó gravemente y ninguno de los numerosos curanderos y machis consultados supo ayudar al niño. Así pasaron los días y su hijo falleció. Después del funeral el padre comenzó a tener sueños y pesadillas con su hijo. Y así pasaron varios días, hasta que decidió ir a visitar a su amado hijo al cementerio, y cuando llegó se dio cuenta que algo horrible había sucedido. Vio que una mano de su hijo sobresalía de su sepulcro. El pánico se apoderó de él y cómo pudo, salió de ahí.

La noticia de la tragedia que estaba viviendo el padre se difundió a lo largo y ancho de la región. Todos acudieron a ver cómo podían ayudar, pues el dolor del padre había calado hondo en el corazón de las personas.

Mafün, el casamiento mapuche de mis tatas

Agustina Morales Lincoñir

Tercer lugar regional

Padre Las Casas

7 años

Cuando mis tatas Juan e Isabel decidieron casarse, apenas tenían diecinueve años; entonces la familia se preparó para el casamiento. Juan ofreció un caballo para la familia de la novia, ya que acá está la costumbre de pagar por la novia. Decidió cruzar el río Quepe en busca de un caballo, eligió el más bonito y contento se encaminó a su hogar. Al volver, nuevamente debía cruzar el río, pero este había subido su nivel al atardecer. Juan tenía que volver a la mitad del río, pero la corriente se lo llevó a él y a su caballo. Era tanta la desesperación que soltó el caballo y llorando volvió a su hogar, pero Isabel lo consoló y le dijo que él estaba vivo y eso era lo más valioso.

Al final, Juan compró otro caballo para pagar por su novia, porque él la amaba y quería casarse con ella.

Llegó el gran día; las familias se juntaron, celebraron, comieron y Juan se casó con Isabel. Hasta hoy tienen cinco hijos y dos nietas: mi hermana Lucy y yo, Agustina. En mi primer año de aprendizaje escribo la historia de mis abuelos.

El toro de la laguna

Tamara Caniupan Aqueveque

Primer lugar regional

Panguipulli

13 años

Hace muchos años, cuando mi mamá y mi tío eran pequeños, su mamá les hablaba del toro que habitaba en la laguna; la mamá siempre les decía que anduvieran con mucho cuidado ya que cada lugar tiene algo que lo cuida y siempre hay que tener respeto.

Un día mi tío sacó un bote ya que la laguna era muy grande y profunda, no tenía fin. Mi tío fue en busca de mi mamá. Se subieron y empezaron el recorrido cuando de repente el bote dejó de avanzar. Mi mamá se asustó y mi tío se empezó a reír y le dijo que él no creía en esas cosas. Movié el bote y este se volteó dejando que mi tío cayera, y mi mamá, con mucho miedo, se tiró a salvarlo. Ella contaba que mientras nadaba sentía que algo la tiraba muy al fondo y sacó fuerzas que ya no tenía y agarró a mi tío y juntos subieron.

Cuando salieron, mi mamá observó la laguna y en unos árboles vio a un toro. Ella decía que era grande y negro y que se hundía poco a poco. Cuando llegaron a su casa le contaron a su mamá lo sucedido y la mamá los retó. Les dijo: *“gracias a Dios que ese espíritu no se llevó a tu hermano”*. Y desde ese día hasta ahora no dejan que nadie se acerque a esa laguna.

Antiku pelliñ

Valentina Caniupan Maqueñir

Segundo lugar regional

Panguipulli

14 años

Cuentan los ancianos que en el sector de Huitag, que es un lugar de campo en la comuna de Panguipulli, que desde tiempos antiguos existió, y existe hasta el día de hoy, un antiguo roble al que llaman *antiku pelliñ*, el cual posee una gran energía espiritual. Este árbol tiene un gran hueco en su interior; en este árbol los mapuches de esos tiempos y también en la actualidad piden *newen*, es decir, fuerza espiritual. Según cuentan, especialmente en tiempos de guerra, era un árbol poderoso y alrededor de este los mapuches hacían sus grandes *nguillatun*²⁶.

Los mapuches de aquella época llevaban ofrendas como el *muday*²⁷, *murke*²⁸ y cereales. El ritual consistía en hacer rogativas para pedirle al árbol que les diera fuerza espiritual, *newen*, conocimiento e inteligencia. Al finalizar se hacía una pequeña fogata para quemar las cesteras que habían llevado como ofrendas. Además, al término de esta, todos los familiares se tomaban de la mano y se abrazaban al árbol con el fin de absorber la energía espiritual del *antiku pelliñ*, y además como término se dejaba en el hueco del árbol un cántaro lleno de *muday* en modo de ofrenda o de agradecimiento.

En la actualidad, el roble aún puede ser visitado por las familias del lugar, y según lo que se conoce sigue teniendo el mismo poder; siempre y cuando se siga cumpliendo el ritual.

²⁶ Ngillatun: rogativa (nota de la edición).

²⁷ Muday: bebida ancestral de la cultura mapuche (nota de la edición).

²⁸ Murke: harina tostada (nota de la edición).

Espíritus de Huitag

Álvaro Caniupan Maqueñir

Tercer lugar regional

Panguipulli

13 años

Esta historia es del sector de Huitag, comuna de Panguipulli. Dicen que en Huitag hace muchos años atrás, antes de la invasión española, nuestros antepasados vivían muy conectados con la naturaleza y los *ngenes*. Es por eso que, al momento de hacer sus oraciones, ellos se acercaban a las orillas del *hualve*²⁹, cerca del lugar donde se hacen los *guillatunes*. Ahí pedían a los *ñenko*³⁰ y *ñenmaguiza* que le prepararan el *muday* y todos los alimentos que se usan en los *nguillatunes*³¹. Solamente ellos dejaban sus carretas con sacos de trigo y sus vasijas para que se las llenen y al otro día iban a buscar las cosas preparadas, siempre bien temprano.

A unos 50 metros al interior del bosque, existe aún un *menoko*³² donde los espíritus trabajaban como si fueran un gran equipo de cocineras o cocineros. Dice también la leyenda que ellos trabajaban muy duro siempre junto a una grata y feliz conversación. Se escuchaban las voces y risas, siempre muy felices. Ellos no se dejaban observar por nadie. ¡Si alguien se acercaba, desaparecía todo!

Esta conexión se acabó debido a la curiosidad del hombre. Unas personas quisieron ver cómo trabajaban y se quedaron a observar escondidos. Los espíritus se pusieron muy tristes por la invasión y desaparecieron. Nunca más se logró establecer esa conexión.

²⁹ Hualve: ciénaga o pantano (nota de la edición).

³⁰ Ñenko: mitología mapuche y se refiere a los Ngen, dioses o dueños de las aguas (nota de la edición).

³¹ Nguillatunes: rogativa (nota de la edición).

³² Menoko: lugar sagrado (nota de la edición).

La bruja de Chahuilco

Tomás Vallejos Sandoval

Segundo lugar regional

Frutillar

14 años

“*Ya estaba sin vida cuando lo encontraron*”. Esas fueron las palabras del forense en la sala. Ese día me tocaba registrar a los cadáveres que llegaban a la morgue para ver si coincidía alguno con las fotos de desaparecidos que se buscaban por presunta desgracia en la PDI. Muchas veces he hecho lo mismo, es algo automático. Mi trabajo es investigar quién es aquel individuo y averiguar qué había pasado con él. Puede sonar ingrato, pero la muerte era algo cotidiano para mí, no veía nada especial en ninguno de ellos. Mas, debo confesar que, a pesar de mi expertís, no olvidaré la expresión en ese rostro en la camilla de la morgue, que parecía haber sido devorado por la misma muerte.

Salí del lugar y un hombre calvo y con un bigote mal cortado me llamó por mi nombre, como si me hubiera esperado. Llevaba una grabadora en la mano y parecía sobre entusiasmado. Llegó hasta mí y me dijo:

—Detective González, soy periodista del Diario Austral de Osorno, ¿puedo hacerle algunas preguntas?

Ante aquella motivación no pude negarme, aunque sólo respondí con monosílabos. Lo despedí rápidamente, pero si algo me quedó claro en ese instante era que ese cadáver que acababa de ver, tenía interés público y debía poner más atención para resolver el caso. Su pregunta si el asesinato se relacionaba con la noche de San Juan me llenó de curiosidad porque coincidía con que el 24 de junio en la madrugada habían encontrado el cadáver, día que el santoral del calendario marca Juan Bautista.

Luego de realizar todas las averiguaciones, la descripción del cuerpo se ajustaba a la de un tal Arturo Vargas. Su madre había interpuesto una denuncia por presunta desgracia en la localidad de Chahuilco, un pueblo rural cerca de Osorno. Se decía que aquel lugar era la cuna de una *meica*, que era una persona a la que se le adjudican poderes de cura de enfermedades mediante infusiones de hierbas, según el pueblo mapuche, y era famosa por sus poderes de sanación o de muerte, algo así como un médico brujo.

Cansado de tanto ajetreo, fui a casa. Extrañamente me quedé profundamente dormido; acostumbraba a desvelarme, pero esa noche caí en un adormecimiento profundo sin siquiera darme cuenta. ¡Fue algo espantoso! En mi sueño me encontraba en una casona antigua, oscura, alta y fría. En una habitación había un círculo hecho con velas y un bebé en medio que no paraba de llorar. Intenté tomarlo, pero miles de piojos brotaban de él y se metían en mi piel comiéndome como en una tortura. Al fin desperté y me sentí aliviado de que todo

eso, afortunadamente, había sido sólo una pesadilla, aunque noté que mis pies tenían llagas como frescos rasguños a los que no les presté importancia.

Tan pronto amaneció fui en mi auto hasta Chahuilco, a casa de Vargas, quizás allí podría tener información y cerrar el caso que me comía el cerebro. Todo era campo y sólo había lugareños dedicados al cultivo de la tierra y la crianza de algunos animales. Llegué a la casa y un olor a pan recién horneado me recibió al tocar la puerta y como si la gente de ahí no tuviera ninguna desconfianza, sólo tuve que empujarla y entrar.

Unas churrascas estaban sobre la cocina a leña; conocía esa masa de harina sancochada sobre la estufa porque alguna vez mi abuela también la preparó. Estaba allí la madre de Arturo, conversamos “*largo y tendido*” como ella me dijo. Su hijo desapareció luego de que ella encontrara a su vecina Yolanda dándole una toma. Le llamaba así a una especie de pócima con poderes extraordinarios, que en este caso tenía el objetivo de enamorar a Vargas de la sobrina de esta supuesta hechicera. La mujer había visto eso y tuvieron una horrible discusión. A su vez, me contó que la Yola, como la llamaban, chicoteaba a sus árboles en noche de San Juan para que dieran los mejores frutos y que a medianoche perdía sus pasos adentrándose en el monte para hacer un pacto con el *colúo*, como llamó al mismísimo diablo según me dijo, y de esa manera, manipulaba a los hombres hasta la locura y también daba aquellas tomas para curar enfermedades terminales.

Ya casi acabada la conversación con la madre de Arturo. No me quedaba más que comunicarle que su hijo había sido encontrado muerto, asesinado, sin darle mayor detalle y que debía ir a reconocer su cadáver. La abracé mientras intentaba calmarle el llanto y luego de ello me fui del lugar.

Aquel cruce de palabras me incentivó de sobremanera y, aunque escéptico, sentía que debía ahondar más en esa historia que envolvía una noche en particular, el 24 de junio en la madrugada, la noche de San Juan, noche mágica para los campesinos. Caminé por el monte que me había señalado la mujer hasta llegar a su cima, no era tan alto, pero sí muy silencioso, oscuro y escalofriante, como si esa tranquilidad me perturbara. Y de un segundo a otro, algo me llenó de horror, pues pude ver un círculo de velas consumidas y en medio de él, el cadáver de un recién nacido. Me incliné para constatar que tuviera signos vitales, pero ni un solo palpitar lo recorría, era una masa fría y grisácea, casi momificada.

Fue allí cuando escuché un alarido indescriptible y pude sentir una respiración nauseabunda en mi nuca. Lo peor era que nadie estaba conmigo. Corrí lleno de miedo, sentía que una sombra encorvada y monstruosa me seguía, una mezcla de pájaro y hombre que se deformaba a cada segundo, como si tuviera una enorme boca dispuesta a devorarme. Mi corazón parecía sentirlo en los oídos y un dolor acalambra cada músculo de mi cuerpo. Hasta que llegué al auto y no recuerdo cómo pude poner las llaves y acelerar sin detenerme. Creo que sólo se activó mi instinto de sobrevivencia. Ese momento fue como si la vida me la llevara el demonio en persona.

Pasaron los días, luego de ese acontecimiento intenté olvidar lo que había vivido, jamás hubo una explicación lógica ante tal horror. Se lo comuniqué a mis superiores y me recomendaron sólo descansar, dijeron que quizás el ver tanto muerto me estaba enfermando.

Pero esa convicción que lo que había visto y sentido era verdadero, me motivó a visitar a la mamá de Arturo Vargas nuevamente. Necesitaba encontrar respuestas a todo eso que había sucedido y saber que no estaba volviéndome loco. Al volver a verla, me dijo que su vecina Yolanda había muerto ese mismo día que yo había ido a Chahuilco, la habían encontrado tirada en medio del monte con la boca abierta y destrozada, como si un grito enorme abriera sus mandíbulas. Me contó también que desde su cabeza brotaban piojos que emanaban un olor a podredumbre. Y a su lado, un diucón, pájaro de esa zona que se dice es enviado por los brujos, picoteaba sus restos.

Charlamos de su hijo y lo mucho que lo extrañaba. Paradójicamente, ese pueblo ahora me parecía tranquilo y con una calma casi sagrada. El campo olía a vacas y a pasto, el paisaje se divisaba verde y una brisa limpia me dejaba respirar en paz nuevamente. A lo lejos, unos niños jugaban en medio de la paja, le daban de comer a los corderos y se subían a los cerezos. Me despedí de doña Rosa, nombre de la mamá de Arturo Vargas, y no volví más al lugar.

Pero cuando escucho un graznido de pájaro en las noches, un extraño frío recorre mi espalda llenándome de miedo. Creo descifrar lo que grita. Hay algo de mí en él y algo de él en mí. Inexplicablemente me hace recordar que quizás los brujos existen y no sólo es un cuento de nuestros campesinos. Tal vez esos seres sobrenaturales pueden apoderarse de nuestro cuerpo y consumir nuestra voluntad sin siquiera darnos cuenta...

El rescate de la ballena

Christopher Legue Velásquez

Tercer lugar regional

Quinchao

7 años

Una vez encontramos una ballena varada en la playa del estero de Quinchao. Para que no se muriera, nosotros con mi mamá Silvia, mi papá Ramón, mi hermana Alison y yo, nos fuimos a ayudar con baldes, a tirarle agua para que no se muriera. Todos los vecinos bajaron a ayudar. La ballena era muy grande. Yo nunca había visto una de ese tamaño, me dio mucha pena que estuviera allí.

Los vecinos la ayudaron haciendo unas cunetas en la arena para que entrara agua y la ballena lograra flotar. Todo era muy difícil, porque la marea estaba baja. La gente seguía tirándole baldes con agua de mar. Después de unas horas, vinieron muchos más vecinos y la marea subió un poco.

La gente estaba muy triste y preocupada. Lo único que querían era salvar a la ballena y que volviera al mar. Con mucha paciencia y trabajo, mientras subía la marea, lograron de a poco que pudiera moverse y nadar. Los marinos también vinieron a ayudar.

Como no encontraba su camino para volver, algunos vecinos la acompañaron vestidos con trajes de buzos y botes de los marinos. La llevaron hasta que pudo salir sola, para que se encontrara con su mamá, porque ella era una cría de ballena.

Desde la costa toda la gente muy alegre y feliz aplaudían que la ballena se había salvado.

Un brujo en el fogón

Jeferson Gallardo Domínguez

Mención honrosa

Castro
14 años

Me contó mi abuela que, cuando ella era más joven, iba con su hermana menor bajando una cuesta en Tey Alto, en la comuna de Castro, en vísperas de la noche de San Juan. Era justo antes de comenzar el invierno, fechas donde la gente antigua de mi isla pensaba que era un tiempo en donde ocurrían sucesos mágicos e inexplicables.

Esa noche estaba lloviendo torrencialmente, parecía que tiraban baldes desde las nubes. Las hermanas andaban con unas farolas que adentro contenían una vela con fuego para poder alumbrarse en esas noches oscuras de Chiloé. Mientras caminaban, de repente comenzó a llorar su hermana pequeña y mi abuela le dijo:

—¡No solloces porque yo te protegeré! —con mucha convicción en su voz.

En un dos por tres, mi abuela fue rodeada por una llamarada de fuego muy chispeante en forma de círculo. La menor sintió escalofríos y puso una cara de total espanto porque pensaba que se estaba quemando, pero por alguna extraña razón no le pasó nada y después de unos momentos, el fuego misterioso se fue hundiendo en la tierra hasta desaparecer formando un entierro³³. Después de vivir este mágico momento, ambas corrieron despavoridas. Estaban muy asustadas por lo ocurrido, así que fueron donde su madre para tratar de explicarle lo sucedido y pacificar ese miedo que las había atrapado.

En el transcurso de unos cinco días, en una noche lluviosa, mi bisabuela vio a una extraña silueta secando un poncho en su fogón. Ella puso una cara de temor y el individuo misterioso se dio cuenta y en menos de un segundo se había transformado en un pájaro que se fue volando por una ventana en la oscuridad de la noche.

Al día siguiente se levantó mi bisabuela, aun pensando en que tal vez había sido un sueño, fue a su cocina y vio que no tenía nada de leña en el cajón. Al rato después, se levantó su marido y tal fue la sorpresa al verlo adolorido y con una costilla rota. El hombre estaba enojado y le echó la culpa a ella y la amenazó con hacerle daño, mientras extrañada trataba de entender qué estaba pasando.

³³ Entierro: palabra usada en algunas zonas rurales para denominar al lugar donde se encuentran tesoros y cosas de valor que se ocultaban bajo tierra (nota de la edición).

Pasaron tres noches y cuatro días para que ella sufriera uno de los peores dolores que una madre puede vivir: su hijo había muerto en unas circunstancias demasiado extrañas. Su esposo en vez de consolarla, le echó la culpa por esta tragedia. En medio de una noche lluviosa, volvieron a ver al hombre con el poncho en el fogón. Mi bisabuela se exaltó desmedidamente y su marido le preguntó qué le pasaba, a lo que ella le respondió:

—¡Ese es el hombre que vi, mientras dormías en la noche, él es el que te rompió una costilla!

Entonces su marido pidió ayuda a todos los vecinos para poder acabar definitivamente con ese malvado brujo que estaba perjudicando a mi familia. Todos los vecinos se juntaron para poder enfrentarse al despiadado brujo. Lo buscaron durante horas y por fin lo pudieron encontrar. Entonces todos se abalanzaron hacia él y lo pudieron derrotar gracias a los poderosos ajos chilotes y otros secretos que sabía la gente antigua para defenderse de las fechorías de estas personas que utilizaban su poder negativamente en contra de sus propios vecinos.

El niño y el águila

Guillermo Fuentes Altamirano

Primer lugar regional

Aysén

9 años

En un lejano campo, al interior del lago Riesco, en la región de Aysén, vivía un niño junto a sus padres. Un día el niño salió a jugar como de costumbre y mientras jugaba se encontró a un águila sobre una piedra, y esta estaba herida, pero aún estaba viva, así que decidió llevarla a su habitación en donde le dio agua y alimento.

Lo que le había ocurrido al águila es que la atacó un puma, ya que a veces estos animalitos bajan de los cerros en busca de alimento y en su afán de cazar una presa, la atacó, dejándola muy herida en una de sus alas. El niño, cuando se dio cuenta de esto, les dijo a sus padres que llevaran al águila al veterinario para que la observara y pudiera salvarla.

Cuando los papás preguntaron sobre el estado del águila, la veterinaria les dijo que era una herida muy grave y que tenía pocas posibilidades de vivir. El niño al escucharla se negó a esta triste realidad y dijo:

—Todo tiene cura, menos la muerte.

Todos se miraron sorprendidos con la fuerza y gran esperanza que tenía el niño y es así que la veterinaria les dio un tratamiento muy delicado y riguroso, el cual debían llevar al pie de la letra.

El niño siguió cada indicación, además de su amor y cuidados, aplicando las cremas y medicamentos que le había indicado la doctora. Durante todo este tiempo crearon un lazo fuerte. De a poco el niño ayudaba al águila a recuperar la confianza y seguridad de volver a volar; ya no era sólo un niño y un águila, ahora eran inseparables, pasaban mucho tiempo juntos practicando el vuelo y caminando en el campo, observando la belleza de los paisajes.

Después de cuatro meses logró que se recuperara. Estaba muy feliz de ver al águila mejorar y de a poco volar mejor y con mayor seguridad. Se transformaron realmente en mejores amigos.

El niño sabía que su amiga águila debía partir, pues ese no era su verdadero hogar, ya que debía crear su propia familia y ser libre en el hermoso cielo azul de la Patagonia. Hasta que llegó el momento de despedirse. El niño con lágrimas en los ojos se despidió de su amiga, la miró por largo rato y le dijo:

—Debes volar y ser libre, estaré siempre aquí, para cuando quieras volver a jugar un rato.

Acarició sus alas con gran ternura, la abrazó fuerte y entonces el águila caminó un poco por la hermosa pradera y abrió sus alas, las sacudió con gran fuerza, como despidiéndose de su gran y mejor amigo. El niño la miró mientras se elevaba en el cielo y se alejaba cada vez más, pero sabía que era lo mejor para su amiga.

Cada cierto tiempo se reencuentran en la misma piedra donde el niño la encontró, contemplan el cielo azul por largo rato y cuando el niño corre, su fiel y gran amiga vuela junto a él.

Historia de un aserradero olvidado en la Patagonia

Juan Mansilla Calbucán

Segundo lugar regional

Aysén

8 años

Había una vez un hombre llamado Juan que se dirigía todas las mañanas a un pueblo a orillas de la Carretera Austral llamado Puyuhuapi, en donde se encontraba trabajando junto a vecinos del sector, en el único aserradero del pueblo. Juan entró al aserradero y fue aserrinero, es decir, era el encargado de sacar con una carretilla el aserrín, trabajo que ejecutó durante toda su estancia en ese lugar.

A las seis de la mañana junto a sus compañeros se levantaba. En verano, el trabajo empezaba a las siete, ya que aprovechaban la luz del día y en esas cálidas y hermosas mañanas, contemplando el ventisquero en el fondo, escondido detrás de los hermosos cerros que lo rodeaban. En invierno se comenzaba a trabajar más tarde, producto de la poca visibilidad en las mañanas y la nieve que rodeaba el camino haciendo huellas con la caminata de los caballos que llevaban a los trabajadores con sus *piernerás* de chivos y mantas que cubrían su cuerpo del frío.

Ernesto, más conocido como el fogonero, entraba a las cinco a trabajar porque tenía que prender fuego en la caldera para que a las siete la máquina a vapor tuviera presión. Alrededor del fogón había unas banquitas, por lo que Ernesto llevaba todos los días unas grandes tortillas al rescoldo, y Juan junto a sus compañeros se sentaban en esas banquitas a comer esas tortillas y a tomar mate.

El dueño del aserradero siempre los esperaba con un cigarro en los labios, al lado izquierdo, y lo fumaba hasta que no le quedaba un centímetro de tabaco. Trabajaban hasta las diez de la mañana; cuando se hacía media hora de pausa a la orilla de la caldera, se sentaban a tomar mate y comer un pedazo de pan. De ahí hasta las doce aserrar madera, se tocaba el pito, y todos iban a almorzar a sus casas para retornar a la una. El ruido que generaba el aserrar madera se escuchaba en toda la bahía del puerto de Puyuhuapi: *ch-ch-ch-ch suiiiiiii...*

Juan y sus compañeros trabajaban hasta las doce del sábado. En la mañana de ese día, Juan llevaba a su hijo para enseñarle el trabajo que realizaban en el aserradero y le ayudaba a limar los dientes de la sierra circular o bien hacía su cambio o reposición de la cadena.

Así se mantuvo el aserradero, fabricando maderas para el pueblo. Así se pudieron construir las casas que hasta el día de hoy se encuentran en esa localidad, tan lejana y hermosa por sus ventisqueros y mantos de nieve que cubren tan hermoso lugar.

La primera mujer piloto

Francisca Aravena Hernández

Tercer lugar regional

Aysén

9 años

En un pueblo muy alejado de toda civilización cercana, vivía una niña que siempre tuvo el sueño de volar, pero nunca se había podido realizar ya que la manera de poder salir de nuestro pueblo siempre fue por barco.

Esta niña ya convertida en mujer, trabajaba como maestra de un colegio del pueblo. Un día en clases escucharon un ruido desconocido para todos que causó miedo y curiosidad. La profesora salió a mirar por la ventana cuando de repente miró al cielo y vio un enorme avión y con asombro les dijo a los niños que miraran el enorme pájaro de hierro del cielo.

Los niños y la maestra salieron del colegio para seguir tan admirable objeto volador que a los ojos de aquellos niños era algo que jamás imaginaron ver. Las personas más viejitas del pueblo pensaban que se acabaría el mundo y estaban muy asustadas, mientras los niños gritaban:

—¡Es un pájaro de hierro!

Después de seguirlo por bastante rato, el avión aterrizó cerca de la iglesia en la plaza, mientras había gente muy asustada. Los perros no dejaban de ladrar y la profesora con los niños solo querían acercarse a conocer el pájaro de hierro.

Cuando por fin lograron acercarse, los niños y la maestra decidieron tocarlo ya que la curiosidad en ellos era muy grande. La profesora solo había visto este avión en láminas, pero jamás en la realidad. Ella y los niños tocaron el avión y con mucho asombro se dieron cuenta que era frío, duro y hecho de lata, a la vez que al golpearlo sonaba. La profesora les explicaba a los alumnos que ese avión servía para el traslado de pasajeros y que por la lejanía que había de un lugar a otro, sería de mucha utilidad para esta región.

La profesora en su afán de cumplir el sueño de volar, decidió inscribirse en un curso de aviación que impartía el personal de la FACH, pero por ser la única mujer que quería hacer este curso, muchos se burlaron de ella y no creían en su capacidad. Esto le ayudo aún más para poder realizar y aprobar el curso.

Fue así como esta profesora se convirtió en la primera mujer piloto de nuestra región. Era increíble ver en sus ojos brillantes el orgullo de poder lograr con éxito tan difícil reto y poder seguir ayudando a su comunidad.

El misterio de Magallanes

Benjamín Aguilar Coronado

Segundo lugar regional

Punta Arenas

14 años

Había una vez, en los lejanos confines de la tierra, un pequeño pueblo llamado Magallanes. Este pintoresco lugar se encontraba perdido en medio de un denso bosque, rodeado por altas montañas que parecían tocar el cielo. La gente de Magallanes vivía en armonía con la naturaleza, pero también sabía que el bosque escondía secretos oscuros y misteriosos.

Una noche de luna llena, un evento raro en Magallanes, los aldeanos se reunieron en la plaza del pueblo para celebrar el Festival de la Luna. Mientras observaban el resplandor plateado del satélite en el cielo, una extraña figura apareció en el centro de la plaza. Era un anciano, encorvado por la edad, con una barba larga y blanca que le llegaba hasta los pies. Vestía ropas raídas y llevaba un bastón de madera en la mano.

Los aldeanos se miraron unos a otros con asombro y temor. Nadie en Magallanes había visto a este hombre antes. El anciano se acercó lentamente a la multitud y habló en voz baja pero clara:

—He venido en busca de respuestas, respuestas a un misterio que me ha atormentado durante años. He oído que este pueblo es el único lugar donde puedo encontrarlas.

La curiosidad venció al miedo, y los aldeanos se acercaron al anciano para escuchar su historia. Se presentó como Amadeo y contó que había sido un explorador en su juventud, viajando por todo el mundo en busca de tesoros y conocimiento. Pero un día, durante una expedición en el corazón del bosque que rodeaba Magallanes, había encontrado algo que cambió su vida para siempre.

Amadeo descubrió un antiguo templo oculto entre los árboles, construido por una civilización desconocida. En su interior, había un altar con inscripciones en un idioma que nadie podía comprender. Sin embargo, lo más inquietante era un extraño orbe de cristal que emitía una luz misteriosa y parecía tener el poder de prever el futuro.

—Me obsesioné con ese orbe —confesó Amadeo—. Pasé años estudiándolo y tratando de descifrar las inscripciones, pero sin éxito. Finalmente, me di cuenta de que necesitaba ayuda, y todos los caminos me llevaron a este pueblo. Magallanes es mi última esperanza.

Los aldeanos discutieron entre ellos y decidieron ayudar a Amadeo en su búsqueda del conocimiento. Juntos, formaron un equipo y se adentraron en el bosque en busca del misterioso templo. Durante días, caminaron a través de la espesura, enfrentándose a peligros naturales y desafíos misteriosos.

Finalmente, llegaron al templo oculto. En su interior, encontraron el mismo altar y el orbe de cristal que Amadeo había mencionado. Las inscripciones en el altar seguían siendo un enigma, pero Amadeo estaba convencido de que el orbe tenía las respuestas que buscaba.

Mientras el grupo examinaba el orbe, una luz intensa brotó de su interior y llenó la sala. Todos quedaron cegados temporalmente por la luminosidad, pero cuando sus ojos se ajustaron, vieron imágenes proyectadas en el aire. Eran visiones del pasado y del futuro, de eventos que habían ocurrido y otros que aún estaban por venir.

Las visiones revelaron secretos sobre la historia de Magallanes y su conexión con el bosque. Descubrieron que el pueblo había sido fundado hace siglos por un grupo de exploradores que buscaban refugio en el bosque y que habían construido el templo como un santuario para proteger el orbe de cristal.

El orbe, resultó ser un artefacto antiguo que tenía el poder de prever el futuro, pero a un alto costo. Cada vez que se usaba, consumía la energía vital de quien lo activaba. Los fundadores de Magallanes habían jurado mantener el secreto del orbe y protegerlo de aquellos que quisieran abusar de su poder.

Amadeo se dio cuenta de que había estado obsesionado con el orbe sin comprender su verdadera naturaleza. Pero ahora, con la ayuda de los aldeanos de Magallanes, había descubierto la verdad y entendido por qué el conocimiento del orbe debía ser protegido.

Decidieron dejar el orbe en su lugar y volver al pueblo con su nueva sabiduría. Magallanes volvió a celebrar el Festival de la Luna, pero esta vez con una comprensión más profunda de su historia y la responsabilidad de proteger su misterioso secreto.

El anciano Amadeo, finalmente en paz, se quedó en Magallanes, convirtiéndose en un guardián del bosque y un consejero para las generaciones futuras. La historia del misterioso orbe de cristal se convirtió en una leyenda transmitida de generación en generación en Magallanes, recordándoles a todos la importancia de proteger los secretos de la naturaleza y aprender de su pasado.

Así, en el tranquilo pueblo de Magallanes, el misterio se convirtió en sabiduría, y el conocimiento se convirtió en un legado que perduraría para siempre en la historia del lugar.

Magallanes y el misterio más grande

Ignacio Sotomayor Barrientos

Tercer lugar regional

Punta Arenas

13 años

En lo profundo de la región de Magallanes, en el sur de Chile, se encuentra un pequeño pueblo llamado Puerto Natales. Rodeado de majestuosas montañas y fiordos, este lugar tranquilo solía ser un refugio para los aventureros y amantes de la naturaleza. Sin embargo, en los últimos meses, la tranquilidad se había visto alterada por un misterio que envolvía a la comunidad.

Todo comenzó cuando el anciano pescador don Manuel desapareció sin dejar rastro. Don Manuel era un hombre sabio y respetado en el pueblo, conocido por sus historias sobre las leyendas de la región. Un día, salió a pescar como lo hacía todas las mañanas, pero nunca regresó a tierra firme. Su barco, "La Estrella del Mar", fue encontrado a la deriva cerca de las costas del Canal de Magallanes, pero no había rastro de don Manuel.

La noticia de su desaparición se expandió rápidamente, y los lugareños se reunieron en la plaza principal para discutir el misterio. Se especulaba sobre lo que podría haberle sucedido al anciano pescador. Algunos decían que había sido atrapado en una tormenta, mientras que otros afirmaban que había encontrado algo inusual en sus redes y había decidido seguirlo.

La hija de don Manuel, María, estaba decidida a descubrir la verdad detrás de la desaparición de su padre. Ella recordaba las historias que él le contaba cuando era niña, historias sobre tesoros escondidos y criaturas misteriosas que habitaban las aguas del Canal de Magallanes. María decidió embarcarse en una búsqueda para encontrar pistas que pudieran llevarla a su padre.

Con la ayuda de algunos amigos y familiares, María comenzó a investigar. Exploraron las islas cercanas y hablaron con otros pescadores que habían visto a don Manuel la última vez. Poco a poco, comenzaron a recopilar información que sugería que don Manuel había estado investigando un antiguo naufragio en las profundidades del canal.

El naufragio en cuestión era el del barco de un explorador del siglo XIX que había desaparecido misteriosamente mientras buscaba una ruta hacia el estrecho de Magallanes. Se decía que en ese barco se encontraba un valioso cargamento de tesoros y documentos históricos. Don Manuel había estado obsesionado con esta historia durante años y había estado reuniendo información sobre el naufragio.

La búsqueda de María la llevó a adentrarse en las aguas del Canal de Magallanes en busca del naufragio perdido. La expedición fue peligrosa y llena de desafíos, pero María estaba decidida a encontrar a su padre y resolver el misterio.

Finalmente, después de semanas de búsqueda, María y su equipo hicieron un descubrimiento sorprendente. En lo profundo del canal, encontraron los restos del antiguo barco explorador y, junto a él, una caja que parecía contener documentos antiguos y posiblemente tesoros. Entre los documentos, encontraron una carta escrita por don Manuel que explicaba que había descubierto la ubicación del naufragio y había decidido explorarlo.

El misterio de la desaparición de don Manuel se resolvió, pero la aventura de María había desenterrado una historia fascinante de exploración y tesoros ocultos en las aguas de Magallanes. El pueblo de Puerto Natales volvió a encontrar su tranquilidad, pero la leyenda de don Manuel y su búsqueda del naufragio perdido se mantuvo viva en la región, recordándoles a todos que a veces, en los lugares más remotos, todavía existen misterios por descubrir.





Historias campesinas

Cuentos escritos por jóvenes
mayores de 14 años y adultos

JURADO NACIONAL
CATEGORÍA CUENTO MAYOR



SONIA MONTECINO

Es antropóloga y escritora, profesora titular del Departamento de Antropología y coordinadora de la Cátedra Indígena de la Universidad de Chile. Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales (2013). Experta de Chile y Latinoamérica ante el Órgano Evaluador del Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad de Unesco. Recibió en 2005 el Premio Altazor por el libro *Mitos de Chile. Diccionario de seres, magias y encantos*, que reeditó en 2015.



HÉCTOR VELIS-MEZA

Es periodista, autor y editor de libros, y académico universitario. Se define a sí mismo, como curioso de oficio y lector impenitente. Ha publicado más de 48 volúmenes relacionados con el lenguaje y las costumbres. Vive en el valle de Ocoa, en la tierra de la palma chilena, frente al cerro La Campana.



OSVALDO CÁDIZ

Es profesor de Estado de la Pontificia Universidad Católica de Chile; investigador e intérprete de la cultura tradicional y popular de Chile y director de la Academia Nacional de Cultura Tradicional Margot Loyola Palacios. Es coautor, junto a Margot Loyola, de los libros *La Cueva: Danza de la vida y de la muerte* (2010) y *50 Danzas Tradicionales y Populares en Chile* (2014) y autor de *Juegos Tradicionales y Populares en Chile* (2018).

PALABRAS DEL JURADO
CATEGORÍA CUENTO MAYOR

Los cuentos que anualmente se presentan al concurso Historias de Nuestra Tierra se están convirtiendo en una verdadera radiografía del país, de sus regiones y de sus particulares características, porque en un país tan largo resulta difícil ser parecidos. En realidad, estos trabajos literarios son herederos de la antigua tradición oral, que reunía en torno a un brasero, un mate o un vino navegado a un grupo de personas a escuchar relatos, particularmente leyendas, que interpretaban lo bueno y lo malo del mundo, a partir de lo sobrenatural. En aquel entonces, los improvisados narradores encantaban a sus audiencias con historias que mezclaban lo inexplicable con los recuerdos de costumbres, tradiciones, mitos arraigados en la gente, animales fantásticos, modos de vida que iban evolucionando, sacrificios, más una mirada límpida y apasionada por el arraigo a la tierra.

En esta oportunidad, los trabajos premiados conservan el encanto de la espontaneidad y la necesidad de expresarse desde el corazón y continúan siendo el espejo de una sociedad rural que se contamina con la modernidad, que vive a medio camino entre el pasado y el presente, que no es ajena a los desafíos comunitarios de un mundo en permanente cambio, a una migración que nos obliga a entender los roles sociales desde una perspectiva solidaria y que se abre al nuevo rol de la mujer, más presente, más activo y más dinámico. Además, creo que, por primera vez, se ha incorporado la diversidad a este quehacer, a su necesidad casi angustiada de dar a conocer su intimidad largamente silenciada y a la riqueza expresiva de voces acostumbradas al mutismo.

Esta experiencia, nuevamente nos ha vuelto a reunir ante narraciones donde nos seguimos reconociendo y en las que prima el entusiasmo y un impulso irresistible por contar una historia. Seguimos siendo cronistas impulsivos. No renunciamos a contar una buena historia, si nos dan la oportunidad de hacerlo.

Héctor Velis-Meza
Presidente del jurado



Ilustración: Sara Viloria

Violeta cascanueces

Dixie Olguín Lazcano

Primer lugar nacional

Primer lugar regional

Región de Valparaíso

Santa María

55 años

El golpe fue en seco. Una improvisada vereda de tierra; ella pudo sentir el sonido retumbando en su cabeza. Su cara, una mezcla de polvo y sangre. No podía enderezarse, se sintió impotente, torpe. Debía levantarse, seguir su camino y no perder su pega¹. Como pudo sacudió la tierra que cubría su rostro. Líneas grises quedaron impregnadas en los surcos resecos, testigos de tantas hojas arrancadas del calendario. Le dolían todos los huesos que cargaban la historia de sus cerca de ochenta años. Con pavor se dio cuenta que no podía mover su mano derecha, ni el brazo. Estaba mareada. La cabeza le daba vueltas. ¡Qué horror, ya no podría trabajar! ¿Qué le diría ahora al patrón?

Eran las siete de la mañana, ese año Marcela había decidido salir mucho antes desde su casa para evitar el taco de la carretera, que conectaba el pueblo con la ciudad. Sacaba el auto, bajaba totalmente el volumen de la radio, manejaba sin prisa. Aprovechaba la paz matinal para mentalizarse y agradecer, para pedir por su hija, la familia y los amigos enfermos. Contemplaba el cielo, las montañas, los árboles de la avenida de colores otoñales abrazándose furtivos. Pasaba los predios agrícolas, esquivaba los perros que salían corriendo desde el potrero, donde las uvas pasas extendidas aguardaban sigilosas hasta ser recogidas.

Puso el intermitente y salió del camino serpenteante, hasta encontrarse con la pequeña rotonda. Esa mañana estaba muy fría y gris, el final de abril presagiaba un invierno gélido y seco; probablemente poca lluvia para los campos del valle. Había encendido la calefacción y las luces altas.

La figura de la pequeña mujer con un gran bolso colgando del hombro izquierdo y caminando apresurada en el mismo sentido que ella, llamó la atención de Marcela.

—¿La llevo? —preguntó Marcela a la mujer, quien se detuvo y miró de reojo hacia el interior del auto blanco—. Si quiere la llevo hasta la esquina, voy hacia San Felipe.

—Gracias, señorita —le respondió la mujer con voz suave y tímida—, muchas gracias.

¹ Pega: en Chile se refiere al trabajo, empleo (nota de la edición).

Marcela no quiso abrumarla con preguntas, pero supo que la mujer, bastante mayor como se dio cuenta al verla en el asiento contiguo, trabajaba en el *packing* de los Gardiogli, —*en las nueces*— agregó la mujer, que venía caminando desde el otro lado de la Calle Ancha, más de seis kilómetros.

Marcela continuó manejando hacia el poniente y, al llegar al lugar señalado, orilló el auto a un costado de la entrada del *packing*, intrigada y desconcertada a la vez.

—Gracias, mi señorita, que Dios me la bendiga.

La luminaria de la empresa de los Gardiogli develó el rostro marchito e igualmente dulce de la sencilla mujer. Su pelo corto, lleno de canas, hizo que Marcela tratara de adivinar la edad de su misteriosa pasajera. No pudo descifrar más. Abrigada con un polar rojo desteñido, pantalones de tela delgada y zapatillas de lona, la mujer de corta estatura ya se dirigía hacia el portón de ingreso.

Era viernes y esta vez la rutina matinal de Marcela agregaba un nuevo propósito: encontrar por el camino a la mujer del día anterior. Hacía más frío aún, la niebla entraba rauda al valle.

Allí estaba, caminaba con prisa cerca del lugar donde Marcela la había visto por primera vez.

—¿Buenos días! ¿La llevo?

La sonrisa de la mujer llenó el alma de Marcela.

—Y cuénteme, ¿todos los días hace este mismo trayecto, caminando?

—Sí, señorita, es lejos, pero no pasa locomoción por donde vivo y es la única forma de llegar al trabajo. Hace años, desde que murió mi viejito, me las arreglo para sobrevivir, pero no me falta, oiga. Trabajé en la siembra, en la recolección de lechugas, en la uva también, pero *usté* sabe *pué*, cuando una ya se pone vieja, no la quieren en muchos trabajos, señorita.

El resto del viaje, la mujer le contó a Marcela que salía de su casa a las seis y diez de la mañana porque la edad le pasaba la cuenta, y se demoraba más en el trayecto. Había conseguido ese trabajo, aunque distante, le daba para el sustento. Pasaba frío, ellas —las mujeres que hacían esa labor—, estaban asignadas al segundo piso del galpón, donde los mozos del *packing* subían los sacos. La brisa otoñal se colaba por todos lados, la jornada era extensa y pasaban muchas horas de pie, partían y seleccionaban los frutos. Terminaban pasadas las ocho de la noche y, a veces, trabajaban hasta la medianoche.

Después de dejar a su pasajera en la entrada del *packing*, Marcela sintió la impotencia y el dolor de ver a una adulta mayor luchando por su subsistencia. Le pesó la inconsecuencia del poderoso que se seguía enriqueciendo a costa del sacrificio de los sin voz, de los humildes, de los viejos.

Las mañanas eran distintas con la pasajera solitaria. La escena se repetía a diario y el auto blanco se transformaba en un carruaje cuando la esforzada caminante abría la puerta y suspiraba aliviada por esos kilómetros en que sus pies descansarían. En las oportunidades en que Marcela no la divisaba desde la rotonda, enfilaba hacia la Calle Ancha para ir a su encuentro y aligerarle aún más su trayecto.

—Tengo un hijo, señorita, él tiene más de cincuenta años, casi no lo veo. Tiene un título, no como yo. ¡Está ocupado! Le va bien, fíjese, y aunque vive cerca, no tiene tiempo de venir a verme, ni de llamarme; también tengo una nieta, estudia en Antofagasta, tampoco la veo. ¡Están tan ocupados!

La tristeza de la mujer no pasó inadvertida para Marcela. La miró de reojo y vio como la anciana secaba disimuladamente una lágrima, antes que llenara uno de sus surcos.

Las semanas habían transcurrido veloces en compañía de su pasajera favorita. Era jueves ya, pero Marcela no la encontró. Dio vuelta a la rotonda para buscarla, tal vez la anciana se había retrasado. Cruzó el largo y solitario camino que cada día recorría la mujer, pero no la encontró. Así pasó otro día y otro y otro más. No sabía bien dónde buscarla. Marcela no volvió a verla.

Al pasar tantos días sin aquella grata y, a la vez, misteriosa compañía, Marcela, decidida, estacionó en las afueras de la gran empresa de los Gardiogli.

—No, ella ya no trabaja aquí —le dijo el portero, seco y cortante—. Parece que algo le pasó ese sábado que venía *pa'* la pega, creo que su funeral fue hace días —agregó el hombre, quien le hizo un ademán brusco, para que se corriera de ahí, porque venía entrando el auto de uno de los dueños.

El pecho de Marcela se apretó de golpe. ¡La pobre y anciana mujer también trabajaba los sábados! Y el carruaje blanco no estuvo allí para llevarla, para darle un respiro a esa cansada vida.

—¡Violeta, señorita, me llamo Violeta! Parto sacos y sacos de nueces, mis manos son como los de un director de orquesta, no pueden parar, si no se detiene la función y me echan —comentó risueña con una tosecita carrasposa, aquel día que la encontró a la orilla del camino.

Con nostalgia y dolor, Marcela recordó los ojos pequeños y agradecidos de la sencilla mujer, y de inmediato llamó a su madre para decirle que la quería, mientras resonaba en su corazón...

—¡Violeta, me llamo Violeta!



Río Ñuble

Gabriel Hernández

Segundo lugar nacional

Primer lugar regional

Región de Ñuble

Chillán

42 años

A mi padre lo encontré muerto en el río Ñuble, hace casi cincuenta años.

El recuerdo perdurable que tengo de mi padre es de aquellas noches de invierno en que sentados al lado de un bracero le contaba mis sueños, mientras comíamos sopaipillas y tomábamos mate. Tenía 17 años y como él me decía siempre, una vida por delante para cumplirlos. Desde que mi mamá murió, era la rutina de cada noche, sentarnos a comer juntos y hablar de cualquier cosa que no fuera del dolor de su ausencia.

Recuerdo que esa noche estábamos tomando mate y, de pronto, patearon la puerta y, en forma instantánea, él me miró fijo y con una voz firme me dijo:

—No tengas miedo.

Pero ya era demasiado tarde, esa noche nació en mí el miedo profundo que nunca terminó, solo fue cambiando de facetas. Pasé del miedo de esa noche, de que algo malo nos pasara, al miedo de que mi papá no volviera y, de ahí, al miedo a que todo volviera a ocurrir.

Como no regresó esa noche, lo busqué durante días, hasta que llegó una vecina y me dijo que había unos cuerpos flotando en el río Ñuble. Mientras corría al lugar, tenía la esperanza de que él no estuviera ahí. Creo que esa esperanza se basaba en una mezcla de inocencia y negación.

Aun puedo recordar cómo, desde el puente que esta sobre el río, vi varios cuerpos boca abajo, flotando y con claras heridas de bala en sus espaldas. Aún puedo volver a sentir cómo mi corazón se detuvo al reconocer el overol celeste que mi papa usaba en su trabajo y que tenía puesto en los instantes en que se lo llevaron. Recuerdo cómo bajé del puente y me metí al agua helada, para darle vuelta y que volviera a respirar.

Con el tiempo he comprendido que fui afortunado al poder encontrar el cuerpo de mi papá en ese río, en comparación con los cientos que aún se siguen buscando.

Después que encontré a mi papá, me permitieron enterrarlo en el cementerio de Ñipas, que fue el pueblo donde nació. Recuerdo que hice una cruz de madera, escribí su nombre con carbón sobre ella, y pude cavar sobre la tierra que envolvería su cuerpo.

Esa noche, después de llegar del cementerio, cerré la casa, llené un bolso con la poca ropa que tenía y tomé el dinero que quedaba del sueldo de mi papá, compré un pasaje de bus y me fui a Santiago. Necesitaba empezar una nueva vida.

Mis hijos, muchas veces me han preguntado por mi papá, y solo les decía que había muerto cuando yo era joven, sin entregar ningún otro detalle. Quería mantenerlos a ellos al margen del dolor, ampararlos del pasado y que no vivieran contaminados por mi rencor. Rencor contra aquellos que se lo llevaron, pero también rencor contra mi papá, por dejarme solo.

Ha pasado casi una vida entera y ya no soy el mismo que tomó ese bus. Logré formar una familia y he tenido una vida tranquila y feliz. Quizás no cumplí todos los sueños, como esperaba mi papá, pero sí he logrado recuperar la paz que perdí.

Jubilé de mi trabajo hace algunos años y estoy disfrutando de mis nietos y de la paz del descanso.

En mi último chequeo anual, encontraron en uno de mis pulmones una masa extraña. Actualmente estoy luchando con todas mis fuerzas contra un cáncer, porque creo que aún me queda camino por recorrer, pero la inminencia de la muerte me ha hecho revisar mi vida.

He comprendido que, si mis hijos no conocen la historia de mi padre, finalmente será como si él no hubiese existido. Entendí que no se lo merece. Le debo a mi padre mantener su historia.

Reuní a mis hijos, y junto a mi señora, sentados a la mesa, les dije que quería invitarlos a un viaje al sur, pero que no serían unas vacaciones a mitad del año, sino que un viaje a mi infancia y adolescencia.

En el camino les fui contando donde vivía en mi niñez, les conté de mi madre y de los pocos recuerdos que me quedan de ella, quise transmitirles cómo su amor me lo demostraba siempre, les expliqué por qué el olor a queque recién horneado me transportaba directamente a ella, pues en aquellas tardes de lluvia, en Chillán, al llegar del colegio a casa, siempre tenía uno sobre la mesa, esperándome.

Finalmente les hablé en detalle de mi padre, de lo duro que fue para él perder a mi madre, de cómo durante cinco años tuvo que hacerse cargo de mí, les conté de la noche en que se lo llevaron y cómo lo encontré en el río. Les conté cómo tuve que enterrarlo.

La primera parada fue en el puente sobre el río Ñuble. Reconozco que tuve miedo del recuerdo, pero el paisaje había cambiado tanto, que me costó reconocer el lugar donde encontré a mi padre. El río casi no traía agua y había muchos árboles que impedían reconocer el lugar. Mis hijos, todo el tiempo, se mantuvieron en silencio.

Luego, les pedí que me acompañaran al cementerio de Ñipas.

No me costó encontrar la tumba, pues me bastó cruzar el portal de entrada, para que miles de recuerdos se vinieran a mi memoria. Volví a caminar por los mismos senderos y, a pesar del tiempo, la cruz de madera seguía en pie, con claros rastros de humedad y sin huellas de mis letras escritas con carbón.

Volví al automóvil, saqué una nueva cruz, esta vez de metal, en la que aparecía con letras grandes el nombre de mi papá. Les pedí a mis hijos que me ayudaran a enterrarla.

—¿Qué hice con la cruz de madera? La tengo colgada en mi casa, al lado del sillón donde leo cada tarde. A veces, ni siquiera recuerdo que está ahí, pero otras me detengo a mirarla y siento que el tiempo no ha pasado.

Al retorno de ese viaje pude cumplir las últimas palabras que me dijo mi papá, pues por primera vez, después de tantos años, no tuve miedo.



El deseo en cadena

Blanca Gómez Muñoz

Tercer lugar nacional

Primer lugar regional

Región Metropolitana

Santiago

18 años

Mi hora favorita siempre ha sido la del almuerzo, donde nuestro dueño nos da pasto, heno y un buen balde de agua fría para alimentarnos. Él nos hace cariño y se queda algunas veces, casi tardes enteras, con nosotros, cuidándonos y revisando constantemente nuestro pelaje, para ver si está en buen estado. De vez en cuando lo veo, me hipnotizo con esos misteriosos ojos verdes que tiene él, como si el color del pasto del gran prado se hubiera apoderado de sus ojos.

En las ocasiones en que salimos a caminar, está todo el rebaño de ovejas reunidas, caminando al mismo tiempo; somos tantas que debemos tener un orden. A mí me gusta correr y pasar a todas las demás, a mi mamá le da miedo, ella me dice que hay animales salvajes aquí en Coyhaique, como pumas, zorros, y muchos más. Pero yo no le tengo miedo a esas cosas, nosotras, aquí, tenemos un perro pastor que nos cuida, nos guía y nos protege. Aparte de esto, él está muy atento manteniendo el orden de millones de ovejas; es increíble en su trabajo. Un día estábamos caminando como de costumbre y, a lo lejos, advertí dos ojos grandes que se acercaban hacia nosotras; era un puma hambriento de carne. El perro, con su valentía, se puso en posición para protegernos a todas, y mostró sus grandes dientes. Aquel puma estaba a cinco metros de nosotras. La mirada del felino era asesina, su ansiedad la había atrapado y estaba listo para atacarnos, pero nuestro cuidador, el perro, se fue acercando a él, y con un ladrido fiero logró amedrentar al puma, el que se fue rápidamente, sin dejar rastro. El perro siempre nos ha cuidado, cada vez que una oveja se accidenta, él avisa a nuestro dueño y le salva la vida. Él, siendo solo un perro, es capaz de cuidar más de cien ovejas, de ordenar un gran rebaño y de darnos órdenes.

A la hora de volver, el perro nos guía a casa, a la que entramos por una puerta pequeña, donde todas las ovejas se acumulan, intentando pasar una por una. El perro, con tranquilidad y seriedad, se queda esperando; parecemos un reloj de arena y cada oveja es un granito de esta. Al atardecer ya estamos todas detrás de la cerca, me gusta ver al perro afuera de la casa del dueño, ahí es donde descansa, tras haber ayudado mucho durante el día. Mientras el perro duerme, es el único momento en que puedo contemplarlo; lo hace en un estado en el que él se muestra muy pacífico y, al estar tranquilo, su respiración es elegante, al igual que sus pasos y su mirada. Yo no sé su nombre, ninguna oveja ha hablado con él, es un perro misterioso y solitario; algunas veces me gusta fantasear y preguntarme si tuvo una infancia, o si es de la ciudad de Santiago o de aquí, de Coyhaique. Me pregunto cuántas veces ha llorado en

silencio, sin que nadie lo haya consolado. Fantaseo con el día en que nos dirija unas palabras o una mirada. Una vez que sea grande, quiero ser igual a él: alguien elegante y ser la mano derecha del dueño...

Cualquiera cree que es fácil ser la mano derecha del dueño; me tengo que despertar temprano todos los días, ver el alba y aguantar el frío en mis patas, pero sí, tengo el privilegio de poder entrar a la casa, y pasar las tarde junto a la chimenea y estar calentito. El dueño me despierta al rato, para ir a sacar a pasear a esas tontas ovejas, porque ni ellas mismas son capaces de cuidarse y ordenarse por su cuenta. Yo, siendo tan solo un perro, me hago cargo de todo y mantengo el orden. El dueño me premia con buenos trozos de carne. Estoy seguro de que los otros animales se mueren de envidia por tener la vida que yo tengo, porque, aparte de eso, tengo un campo para mí solo. Igual ayudo en los quehaceres de la granja, el dueño no puede sin mí. Muchas veces me ha agradecido por mi esfuerzo, al fin y al cabo, como dice el dicho, *el perro es el mejor amigo del hombre*. En las noches, aunque no lo crean, sigo trabajando, hago guardia y me aseguro de que todo esté bien. Ser perro no es fácil, pues cuando el dueño tiene esos ojos verdes cansados y agotados, yo lo tengo que entretener, para que no se aburra y pueda seguir con su trabajo. El fundo, sin mí, no funciona.

A lo lejos te veo, y veo a esos pobres animalitos que creen que los cuidas —cavila² el puma—. Es triste que a un perro sin habilidades le otorguen un trabajo tan mediocre como el de cuidar a un grupo miserable de ovejas, que me las termino comiendo apenas les quitas la mirada. Piensas que eres un animal muy ágil y rápido, porque creciste premiado de logros banales. Siempre vas corriendo detrás de tu dueño, moviendo la cola; solo te tiene para un trabajo, que ni siquiera eres capaz de llevarlo a cabo. Dicen que los perros tienen un olfato excelente y un oído innato, pero no cuentan con las habilidades del felino. No eres capaz de escuchar las veces que salto la cerca y me llevo a una de tus queridas ovejas, no eres capaz ni de escucharlas en los momentos en que gritan, mientras me las estoy tragando.

Ver las ovejas durante todo el día me aburre —piensa el perro—. En las oportunidades en que no hago algo, voy a cazar conejos y se los regalo al dueño, como una muestra de valentía. El amo se va a dormir y yo me quedo rondando en las afueras de la casa; nunca veo movimiento, porque acá no pasa nada, el territorio lo marqué muy bien, ni un animal se va a meter, porque saben que estoy yo, y todos me conocen: soy un perro muy valiente a la hora de atacar.

Estás con las ovejas cumpliendo tu trabajo de perro —dice el puma—, las acorralas para que el grupo esté en orden, te paras encima de esa piedra, para observar que el rebaño esté compacto, piensas que por ser unas simples ovejas te van a obedecer. Al momento de llegar al campo, te inculcaron la idea de perro protector y piensas que el control lo tienes tú. Te estás quedando pegado viendo las ovejas, recordando el día en que me mostraste tus dientes y me lanzaste ese ladrido fiero. Rememoras esa anécdota una y otra vez, queriendo volver a esa situación de nuevo. Mi hambre de carne está presente en ti después de aquel día, tu olor húmedo de canino me sigue por todas partes. Te sorprendo de nuevo con tus ovejas y me haces lo mismo, me muestras tus dientes y tiras un ladrido, pero esta vez no es un ladrido fiero, es uno de súplica y aflicción.

² Cavila: pensar con intención o profundidad en algo (nota de la edición).

Dulce de rosa mosqueta

Juan Iturriaga Brito

Premio especial Cocina Tradicional

Región de O'Higgins

Santa Cruz

31 años

Por fin es sábado, fue una semana intensa. Corro las cortinas para que entre un poco de luz. El día está gris en Santiago. Llevo veinte años aquí; llegué por amor y por trabajo. Ahora me quedo solo por trabajo. El amor se fue.

Bajo a la cocina, me preparo un café y dos tostadas con dulce de rosa mosqueta. Doy el primer bocado y no puedo evitar acordarme de mi madre. Ella hacía un dulce de mosqueta increíble. Mientras saboreo las tostadas, cierro los ojos y me siento transportado a mi infancia, muchos años atrás. Vivíamos en las afueras de Los Ángeles. Mi mamá había enviudado joven y gracias a la mosqueta, y a miles de otros ingenios, podíamos sobrevivir. No puedo evitar sentir gran admiración por esa viejita, que sacó adelante a una familia de cinco hijos ella sola.

Siempre me explicaba el proceso para hacer dulce de mosqueta. A mis ocho años, no le daba mucha importancia. Más encima, me lo había explicado montones de veces. En las ocasiones en que empezaba a contármelo de nuevo, la ignoraba o atropellaba sus palabras, adelantándome en su narración. ¡Ahora daría lo que fuera por volver a escucharla!

—La mosqueta se recolecta con guantes. ¡Tiene tantas espinas esta cosa, oiga!

Mi mamá se levantaba temprano en la época de la cosecha, justo en las temporadas más frías del año. No había máquinas para la recolección como las que hay hoy en día. Las temporeras salían juntas y pasaban varias horas recolectando. Poco a poco, la mosqueta se convirtió en una importante fuente de trabajo para muchas mujeres, y la demanda comenzó a subir.

Algunas recolectoras no se ponían guantes. ¿Qué más da? Tenían las manos callosas de tanto trabajar; apenas sentían el dolor. Mi madre, al principio, tampoco usaba guantes. También se había acostumbrado a sufrir. Ya, más mayor, nadie le venía con cosas raras. Era bien *chora*³ la vieja.

—Después, al fruto, le quitaron las espinas con tijeras. Con harto cuidado, eso sí.

³ Chora: utilizado en Chile, dicho de una persona audaz, resuelta (nota de la edición).



Ilustración: Daniels Charnay

Cortar, cortar, cortar... Mi mamá era experta en ello. Había que cortarles el pelo a mis hermanas, a mis hermanos y a los primos, que venían unos meses de allegados y, a veces, se quedaban para siempre... *Todos peladitos, nada de piojos en esta casa.*

Cortar, cortar, cortar... Cortar memorias, recuerdos dolorosos de ese marido porfiado, que se iba caminando a trabajar. *Espera la micro, Carlos. No te vaya a pasar algo. Hay que aborrrar, mujer.* Y ahorró. Con lo que juntó, pagaron su funeral. A mi viejo lo atropelló un camión de la madera mientras iba rumbo a la pega⁴.

—Se lavan bien las mosquetas y se ponen en la cacerola. Hay que hervirlas de una hora, a hora y media.

Claro, después de la pena, las lágrimas y las heridas conviene lavarlas. Y hervir a todo fuego, para seguir adelante. Mi mamá estuvo varios días acostada, mirando por la ventana. Era como si esperara a que el papá volviera del trabajo. Un día se sacudió las manos: *Ya está bueno, ya.* Y se puso a armar y desarmar cosas en la casa. De un lado para otro. Sentía que, si ella se derrumbaba, todo se caería también. No lo iba a permitir.

La casa volvía a relucir y de la cocina salían calzones rotos, frascos de mermeladas varias y cuanta cosa a uno se le ocurriera. Claro que no nos dejaba sacar casi nada, era para vender. De algo teníamos que vivir. Con mis hermanos nos poníamos de acuerdo para engañar a la mamá y sacar algún dulce por la ventana de la cocina. Siempre nos pillaba.

—Con un colador se extrae la pulpa. Hay que tener paciencia, hay que tener paciencia...

Con hartito cuidado, la mamá nos enseñó a ser selectivos. *Hablen cuando tengan que hablar, busquen amigos que les hagan bien.* Y tenía tanta razón la señora. No nos dejaba hablar mal de los demás. A la primera, nos podía llegar un palmazo. Ella cumplía con el ejemplo, nunca la escuché pelar⁵ a los vecinos.

—Luego, se hierven las pepas y se reutiliza el jugo.

La vida, a veces, no da tregua. Es como si todo lo malo viniera junto. Aun así, la mamá siempre se sobreponía a lo que fuera. Después de la muerte del papá, tuvimos que vender la casa y cambiarnos a una más chica. Mis hermanas menores explotaron en llanto al ver la casa nueva. La mamá sonreía: *¿Cuál es el problema, niñas? Esta casa es más chica, pero así pasaremos menos frío, ¿no ven? Estamos más juntitos.* Aunque era todo lo contrario, en la casa nueva nos congelábamos porque pucha, que estaba cara la leña. ¿O es que éramos muy pobres?

⁴ Pega: en Chile se refiere al trabajo, empleo (nota de la edición).

⁵ Pelar: hablar mal de alguien (nota de la edición).

—Se mezcla la pulpa con el azúcar. Por dos litros de pulpa, más o menos un kilo y medio de azúcar.

Tal vez sí, éramos pobres. Pero si pienso en aquellos años, no recuerdo que lo pasáramos tan mal. La mamá sabía endulzarnos la vida. Siempre con los pies en el suelo, nada de mentiras. Nos enseñó a vivir con respeto, a apreciar las cosas pequeñas y simples. Nada ostentoso, nada innecesario. Nuestras navidades eran sencillas y, aunque no hubiera regalos grandes, tengo los recuerdos más maravillosos de esas fiestas.

—Se vuelve a hervir todo y se cuece por dos horas aproximadamente.

Crecimos, cada uno fue haciendo su vida y se fue yendo de la casa. La viejita quedó sola. Yo tenía miedo de que se fuera a deprimir. Nada de eso. Ella siempre sabía cómo rehacer su vida. Quería paz, descansar. Le gustaba ir a una iglesia evangélica, que se había abierto hacía poco. A mis hermanas no les gustaba mucho la idea. *Déjenme tranquila, que yo no les dije nada cuando ustedes andaban bailando Música Libre*. Mamá, nos apagas la radio —decían mis hermanas—. La viejita lanzaba una carcajada, se hacía la loca y cambiaba el tema.

—Por último, se envasa el dulce caliente y ya está. No puede ser frío, tiene que ser en el momento...

Sí, en el momento, mamá. En el momento es cuando se hacen las cosas. ¡Cómo quisiera haberte abrazado más, haberte dicho tantas cosas! Sé que, de algún modo, estás aquí y podremos tener esa conversación que nunca tuvimos. Con este dulce de mosqueta puedo mandarte un abrazo... Aunque no es lo mismo, ¿sabes?

No hay dulce como el tuyo, mamá.

Lavado ajeno

Nicol Romero Torres

Premio especial Mujer Rural

Región de Valparaíso

La Cruz

34 años

Sentada en ese viejo sillón, gastado con el tiempo, ella, sin pausa, cuenta una y otra vez la misma historia. Las arrugas y la poca vista no impiden que sus recuerdos de adolescente nos deleiten; sin importar que los repita, una y otra vez, yo me quedo atenta, observando y escuchando sus relatos.

Emita, una abuelita de una época anterior, con sus canas y su vista gastada, recuerda su vida como si fuese ayer y sus lágrimas no cesan de fluir de aquel recuerdo.

Se ve caminando, una y otra vez por el mismo lugar, cargando dos baldes con agua recién sacada del río, para luego llenar una batea hecha de cemento, y así lavar toda la ropa que confiadamente le dejan sus vecinos.

Algunas prendas viejas, otras nuevas, y muchas percutidas. Calcetines negros, no de ese color, sino que negros de suciedad.

—¿No te da cosita, abuelita, de tanto lavar ropa que no es de tu familia, ropa de desconocidos?

—No, hija. ¿Por qué debería de importarme eso? Lo que de verdad me importaba era ayudar a mi viejo; con esa platita compraba un paquetito de fideos o uno de azúcar.

—Difícil la vida antes, abuelita, y tú con tus seis hijos, luchando.

—Así es la vida, hija. Así es.

Esa era constantemente mi pregunta, mientras continuaba.

Todas las mañanas se levantaba bien temprano, ponía las teteras, una para el agua y la otra para ese exquisito té de hoja con palitos de canela. Y mientras sus hijos desayunaban, ella se disponía a ir en busca de las prendas de sus vecinos.

Con los tarros bien cargaditos, listos para echarlos a la batea de cemento y eliminarles la suciedad. Restregando y restregando, una y otra vez, hasta que sus manitas quedaban arrugadas.



Luego de ese proceso, pasaba la escobilla de plástico con el jabón Popeye, botaba el agua sucia, para luego volver a llenar la batea con agua cristalina y limpia. Sin querer interrumpí su parloteo.

—Abuelita, cuéntame. ¿Qué pasaba en los días de lluvia? Me imagino que no podías lavar.

Con una risita de orgullo, me comentaba que no podía parar. En esos días difíciles, de un frío y mojado invierno, continuaba lavando sin cesar.

Aquella tarde, cuando el clima cambió de pronto, continuaba rapidito tendiendo la ropa empapada y, en los instantes en que comenzaban a caer las primeras gotas de esas nubes ingratas, miraba al cielo con ceño fruncido y empuñaba la mano con los deseos de golpear a tan inesperada masa de algodón.

Rápidamente, una por una, iba sacando las prendas recién tendidas en esos alambres elevados con cañas de bambú. Luego las montaba en un pequeño pasillo, bajo techo, mientras, en el exterior, las alocadas nubes pararan de llorar.

Y así pasaba un día más. Con el barro hasta las rodillas, después del aguacero que mojó la tierra reseca. Como siempre, decía:

—Tengo que terminar de lavar, sin esta *peguita*⁶, no tengo *platita*.

Y una vez que nuevamente aparecía el sol, las prendas ya estaban perfumadas y secas. Una por una, iba descolgándolas del cordel: blusas, pantalones, calzoncillos y calcetines que, por arte de magia, ya estaban blancos.

Torres y torres de ropa para planchar y doblarla cuidadosamente, hasta meterlas en bolsas plásticas de supermercado.

A veces mandaba a sus hijos más pequeños a entregar las prendas limpias, aunque, siempre los observaba desde la distancia mientras ellos cumplían sus encargos; estos, desde lejos, le hacían la seña de ropa entregada. Y mientras los pequeños daban las gracias con un gesto, ella, asentía con la cabeza. Y, luego, seguía un sutil adiós de despedida. Sabía que, en unos días no tan lejanos, volverían nuevamente a llamarla.

Observaba sus manos arrugadas con el tiempo.

—Tanta ropa que lavé y restregué. Casi quedé sin marcas en mis manos —decía, mientras sonreía.

⁶ Peguita: en Chile se refiere al trabajo, empleo (nota de la edición).

—¡Qué bonita historia!, abuelita. Gracias.

—¿Gracias de qué, hija?

—De nada, abuelita, de nada —sonreía con los ojos húmedos.

—¡Hija! ¿Quieres que te cuente una historia de antes, cuando era joven?

—Claro, abuelita. ¿Cuál sería?

—¿Te conté de aquella vez que lavaba la ropa de vecinos, con el barro hasta los tobillos? Solo sonreía, volvía detenidamente con mucha paciencia, a escuchar la historia del lavado ajeno.

Amancay

Vanessa Bahamondes Pereira

Premio especial Pueblos Originarios

Región de La Araucanía

Galvarino

16 años

Había una vez, en un pueblo mapuche que habitaba a los pies de la cordillera una *lamien*⁷ llamada Ayun. Ella, hace unos años, se había enamorado de un *lonko*⁸, con el que planeaba unir su gran amor hacia él, siguiendo las leyes de su cultura, pero su novio tuvo un accidente, que lo llevó a la muerte. Luego de esta tragedia, Ayun dejó de sentirse viva, dejó de tener ganas de seguir adelante, hasta que se enteró de que estaba embarazada.

A los siete meses empezó a preocuparse. Tenía dolores y fuertes malestares. Decidió ir donde la machi del pueblo, para *mejorarse*⁹ y tener a su hija en sus brazos. Al llegar, la machi se preocupó, pues estaba grave y un mal movimiento podría provocarle la pérdida de su hija. Inmediatamente, le dijo a Ayun, que se tendiera en la cama y la cubrió con hojas de canelo, le puso paños calientes y recomendó que hiciera reposo. Le explicó los riesgos de su embarazo, pero agregó que siempre había una cura y, en este caso, era una flor llamada *ngi*, de color amarillo la cual era muy escasa de encontrar en esa época del año.

La machi pidió ayuda al pueblo para encontrarla. Buscaron día y noche, mientras los malestares de Ayun continuaban con más intensidad y todo parecía perdido.

Nehuen, un pequeño niño de cinco años se unió a su padre en busca de la flor y, a lo lejos, divisó una flor amarilla que iluminaba a la distancia; fue rápidamente con su padre hasta el lugar donde estaba, la cortaron, y llevaron la flor donde la machi. Ella pasó toda la noche curando a Ayun con los poderes de la flor, junto a otras medicinas ancestrales, hasta conseguir que Ayun sanara, para que diera a luz. Al terminar la curación, Ayun se sentía mucho mejor, se sentía viva y lista para dar lo mejor a su hija Amancay.

Pasó el tiempo. Ayun y Amancay eran muy unidas. Amancay disfrutaba vivir en el pueblo y convivir con sus amigos, hasta que Ayun descubrió que su hija tenía dones. Estos aún eran pequeños, pero a la edad de Amancay eran peligrosos, por lo que decidió irse lejos del pueblo. Aunque no quería abandonarlo, sabía que esa decisión era la única manera de salvar a su hija y a ella misma. Amancay comenzó a sentir un gran vacío en su corazón. Era pequeña para

⁷ Lamien: lamgen en mapudungun. Esta voz se utiliza para referirse a una hermana o para tratar cariñosamente a una mujer cercana (nota de la edición).

⁸ Lonko: voz mapudungun. Jefe de una comunidad mapuche (nota de la edición).

⁹ Mejorarse: chilenuismo coloquial. Significa parir, dar a luz (nota de la edición).



entender la razón por la que tuvieron que marcharse del lugar donde vivía con su madre y que no pudiera ver a sus amigos. Tampoco entendía por qué no debía usar sus dones, aunque la hacía sentirse mucho mejor, cada vez que ella lo hacía, era castigada.

Amancay nunca entendía cuál era su origen, de dónde procedían sus poderes, ni dónde estaba su padre; su mamá siempre evitaba esos temas, y aunque Amancay solo tuviera seis años, ya era una niña muy lista.

A los 12 años escapó de su casa y se fue al pueblo, recorrió muchos lugares antes de llegar a su destino, porque no recordaba la ubicación con precisión. Hasta que llegó donde la machi que la ayudó a nacer y esta le contó la verdad. Le dijo que sus poderes procedían de la flor llamada *ngi*, pero, en los momentos que empezó a relatarle la historia de su padre, fueron interrumpidas por Ayun, quien se la llevó; la había seguido todo el camino y no permitiría que su hija se quedara allí. Amancay, enojada, la desafió y le respondió que ella quería ser machi, desarrollar sus dones y sanar gente, así como, en el pasado, lo habían hecho con Ayun, en su parto.

Pero Ayun estaba cegada por el miedo, su temor era que a su hija le pasara lo mismo que a su amado, historia que jamás le contó a su hija.

En el día del Año Nuevo mapuche su madre salió de su hogar. Esa oportunidad, la aprovechó Amancay para escapar y se dirigió al *we tripantu*¹⁰ y habló con la machi. Esta le hizo saber que, si quería seguir su destino de machi y ser parte de la cultura de su pueblo, tendría que irse a otra comunidad mapuche, lejos de su madre y de ella. Amancay se fue lejos, con una de las hermanas de la machi, a la que le pidieron que la cuidara. De este modo, Amancay pudo desarrollar sus dones y hacer lo que siempre quiso, aún con el vacío en el pecho, pero no el de antes, sino uno nuevo, porque tendría que estar lejos de su madre, esperando que algún día pudieran perdonarse mutuamente.

¹⁰ We Tripantu: expresión en mapudungun. Celebración del Año Nuevo mapuche (nota de la edición).

Aguas del Jurasi

Elvis Yampara Lovera

Primer lugar regional

Arica

15 años

El Jurasi es un baño termal ubicado a menos de diez kilómetros del pueblo de Putre, donde se dice que estas aguas milenarias podían mantener la juventud y belleza de las personas o, también, curar las enfermedades de la gente. Tanta era la fama, que los habitantes del pueblo de Putre la visitaban constantemente, y aseguraban rejuvenecer o sentirse mejor después de bañarse en esas dichosas aguas. Algunas personas, hasta la guardaban y filtraban una y otra vez, para beberla, otros la envasaban en botellas de plástico y las vendían a las personas en el pueblo, en especial a los turistas; otros, ya incluían el agua del Jurasi en sus recetas para preparar medicinas.

Una señora de 36 años se bañaba en esas aguas todos los días; esto no le hacía muy bien a su piel, porque se arrugaba mucho por estar tanto tiempo bajo el agua, pero ella no se preocupaba por eso y decía que las rugosidades se debían a la vejez abandonando su cuerpo y que, cada vez, se iba haciendo más joven. Esta señora también tomaba el agua del Jurasi. A veces le dolía el estómago, probablemente por las bacterias que habitaban en estas aguas termales, pero a ella no le importaba, porque en su mente ella se estaba volviendo cada vez más joven y hermosa; se sentía de 18 años, como nueva, pero lo que realmente estaba sucediendo, era que su cuerpo se estaba contaminando con las bacterias del agua, porque ella no la filtraba, porque así, según ella era más pura y rejuvenecedora. En una oportunidad, ella se desmayó por un gran dolor en el estómago; ocurrió mientras se bañaba en las aguas termales y casi se ahoga, si no hubiera sido por una viejita que limpiaba ese lugar, que escuchó como la señora, antes de desmayarse, gritaba de dolor y fue a ver qué pasaba.

Al despertarse en el hospital, se asustó enormemente, al descubrir que había recuperado la conciencia en un cuerpo arrugado debido al exceso de tiempo que había permanecido en el agua y que, en vez de adoptar una forma más joven, había pasado a verse como una ancianita, con arrugas por todos lados. El médico le dijo que no bebiera más de esas aguas termales, porque pese a que no están totalmente contaminadas, tomarla en demasía podría llegar a producir enfermedades. También le recomendó que no pasara demasiado tiempo sumergida en el baño. La señora, sin entender lo que sucedía, y por qué no se había vuelto más joven, vio que en la puerta la esperaba la viejita que la había salvado, pero que ella aún no lo sabía, porque nadie se lo había contado. Fue entonces que la ancianita le contó que ella había sido su rescatista y que entendía lo que le había pasado. Le confidenció que

ella también había buscado rejuvenecer con las aguas termales del Jurasi, pero que se había dado cuenta de que eran simples aguas termales, comunes y corrientes, y que la supuesta magia que se le atribuía solo era ceremonial y psicológica, porque todo estaba en la cabeza de las personas. En realidad, esas aguas no tenían ninguna propiedad especial; solo brindaban una sensación de satisfacción a los bañistas y los hacía sentir mejor y que, por ese motivo, ella había comenzado a trabajar en las termas del Jurasi: para explicarle a los turistas, y a los demás que la visitaban, que no iban a rejuvenecer; además, ella, ganaba un dinero extra por este quehacer. Le hizo saber, también, que sentía pena por no haberse encontrado antes y haberle ahorrado todo ese tiempo y dolor que pasó intentando rejuvenecer con las aguas del Jurasi.

Mi puerto

Eva Muñoz Pizarro

Segundo lugar regional

Arica

16 años

Sí, alguien dijo:

—¡Mira mamá, ahí está! Es muy bonito y gordito, tiene mucho pelo, está tomando sol—. Yo solo miraba y me gustaba cómo cada día la gente visitaba el puerto de Arica, porque ese era mi hogar momentáneo. Con mucha comida y gente que me observaba, estaba mi familia de lobos marinos.

Llevábamos mucho tiempo en estas costas, cada año permanecíamos en el puerto porque nos sentíamos seguros y con alimentos. Pero un día, regresando del mar, dentro de él, algo se atoró alrededor de mi cuello, sentía que cada día me apretaba más; entonces, me di cuenta de que me dolía y que tenía una herida. Era una horrible sogá de plástico que estaba atorada en mi cuello y se estaba incrustando, cada vez más, en mi piel, pero nadie me ayudaba.

Una joven mujer, que siempre venía con grupos de personas al puerto, me vio. Ella le mostraba a esa gente mi gran hogar y hablaba mucho. Escuché que decía: “*¡Pobrecito, hay que ayudarlo, debe estar sufriendo mucho!*”. Pero ese mismo día nadie me ayudó. Al día siguiente, ocurrió algo muy extraño. Llegó un grupo de personas y me sacaron de la orilla. Yo estaba muy asustado, luego me metieron en una jaula; después de aquello, sentí que algo me pinchó y comencé a sentir mucho sueño.

Escuchaba como hablaban, decían: “*ha perdido mucho peso y podría morir por culpa de esa sogá*”; nuevamente me dormí. Al despertar, estaba en una piscina muy extraña. Ya no tenía la sogá y no había dolor. Una mujer y un hombre me hablaban muy amablemente y me daban mucho pescado. No sabía dónde estaba y comencé a engordar, me sentía mucho mejor, lleno de fuerzas, pero extrañaba mucho a mi familia. Pasaron y pasaron los días, ya quería regresar al puerto y, entonces, nuevamente sentí un pinchazo y me dormí.

Finalmente desperté y reconocí la costa. Estaba cerca del puerto, de mi hogar, sentí mucha felicidad, estaba muy ansioso por salir de aquella jaula. Entonces vi que me bajaron de una camioneta, donde me tenían encerrado, y estaba esa joven mujer que me había ayudado. Había varias personas. Estaban felices y nerviosas a la vez. Me hablaban y me decían Juanito; creo que me habían puesto ese nombre. Entonces acercaron la jaula a la playa, yo miraba con gran ilusión el mar. Ahí fue cuando abrieron la jaula y dijeron todos: “*¡vamos Juanito!, ¡vamos Juanito!*”. Yo salí corriendo al mar, en un momento me detuve, los miré agradecido y luego seguí mi recorrido directo al mar. Fue ahí donde encontré a mi familia nuevamente.

María y el cóndor

Katalina Robles

Tercer lugar regional

Arica

16 años

María solía pasar sus días en Belén cuidando a los animales de su familia. Un día, notó la presencia constante de un hermoso cóndor, que parecía observarla desde el cielo. María no podía evitar sentirse intrigada por aquel majestuoso pájaro y su misteriosa atención hacia ella.

Un día, el cóndor descendió del cielo y se transformó en un apuesto joven. Con dulces palabras y promesas, logró convencerla de que se casaran y vivieran juntos. Emocionada por el inesperado romance, María aceptó la propuesta y partió con el cóndor hacia un alto peñón, donde vivirían ambos.

Sin embargo, una vez allí, la realidad de su decisión comenzó a pesarle. Extrañaba a su familia, su hogar y las comodidades que había dejado atrás. En medio de su tristeza, María fue escuchada por un picaflor, un pequeño y veloz pájaro que solía visitar la zona. El picaflor también escuchó los lamentos de la madre de María, quien sufría por la pérdida de su hija. El pequeño picaflor decidió acercarse a María y ofrecerle su ayuda.

Juntos, el picaflor y María trazaron un plan para escapar del peñón y del cóndor. El picaflor conocía bien el terreno y sabía cómo evitar los peligros. Guió a María a través de caminos ocultos y senderos secretos, siempre velando por su seguridad.

Mientras tanto, el cóndor, enfurecido por la traición del picaflor y María, los persiguió sin descanso. Sin embargo, la astucia del pequeño pájaro les permitió mantenerse un paso adelante. Sortearon precipicios y bosques espesos, pero nunca perdieron la esperanza.

Finalmente, después de una ardua travesía, María y su madre se reunieron, y se abrazaron con lágrimas de alegría. Agradecida por la valentía y el apoyo del picaflor, María le prometió que siempre recordaría su amistad y gratitud.

El picaflor, satisfecho de haber ayudado a María y de haberla reunido con su familia, volvió a su rutina diaria. Pero, el recuerdo de su aventura con María y del peligroso cóndor nunca se desvaneció. Cada vez que visitaba Belén, el picaflor se posaba en la ventana de María y recordaba la valentía que había demostrado y el poder de la amistad.

Desde entonces, en Belén, María cuidó a los animales de su familia, pero nunca olvidó la lección que aprendió. El cóndor siguió merodeando el peñón, pero siempre a una distancia segura, recordando la astucia del picaflor y el amor de María por su familia.

Buscando el tesoro del Alicanto

Benjamín Vergara Ruiz

Mención honrosa

Arica
16 años

Había una vez, en un bosque encantado, un pequeño y misterioso pájaro llamado Alicanto. Era una criatura mágica con plumas doradas, que brillaban intensamente bajo los rayos del sol. Se decía que era un ave muy rara y esquiva, ya que solo aparecía en lugares donde abundaba el oro.

La historia de este cuento comienza con un joven llamado Mateo, quien vivía en un pequeño pueblo cercano al bosque encantado. Mateo siempre había soñado con encontrar un tesoro que le permitiera ayudar a su familia, que se encontraba en apuros económicos. Un día, escuchó a los aldeanos hablar sobre el Alicanto y cómo su presencia señalaba la cercanía de un gran tesoro escondido.

Movido por la esperanza, Mateo decidió aventurarse en el bosque en busca del pájaro dorado. Durante días caminó entre los árboles, siguiendo su intuición y las historias que había escuchado. Finalmente, llegó a un claro en el que se encontraba un gran roble. Fue, entonces, cuando escuchó un canto melodioso y vio una luz dorada que destellaba entre las ramas.

Con cautela, Mateo se acercó al árbol y vio al Alicanto posado en una rama baja. El pájaro dorado giró su cabeza hacia él y lo miró con ojos brillantes. Mateo se sintió abrumado por la belleza del ave y, con voz suave, le pidió ayuda para encontrar el tesoro que tanto anhelaba.

El Alicanto inclinó la cabeza y comenzó a volar en círculos alrededor de Mateo. A medida que el pájaro giraba en el aire, sus plumas doradas dejaban caer pequeñas chispas de oro. Mateo se dio cuenta de que el Alicanto le estaba mostrando el camino hacia la fortuna.

Sin perder un segundo, Mateo siguió al pájaro dorado, mientras este lo conducía a través del bosque. Durante horas, recorrieron senderos estrechos, cruzaron arroyos y treparon colinas empinadas. Hasta que finalmente llegaron a una cueva oculta detrás de una cascada.

Dentro de la caverna, Mateo quedó maravillado al ver montones de monedas de oro, joyas y tesoros brillantes. El Alicanto se posó sobre una pila de oro y miró a Mateo con gratitud. El joven sabía que había encontrado el tesoro que tanto había buscado y, en ese momento, se sintió profundamente agradecido hacia el mágico pájaro dorado.

Con cuidado, Mateo tomó solo lo necesario para ayudar a su familia y asegurar un futuro mejor. Luego, salió de la cueva y se despidió del Alicanto, agradeciéndole por su guía y generosidad. El pájaro dorado se elevó en el cielo y desapareció entre los rayos del sol, dejando a Mateo lleno de esperanza y determinación.

A partir de ese día, Mateo utilizó el tesoro del Alicanto para pagar las deudas de su familia, construir una nueva casa y ayudar a las personas necesitadas en su pueblo.

Doña Mechita y sus costuras

Juan José Flores Cárcamo

Primer lugar regional

Iquique

63 años

Cuentan que su máquina de coser llegó en un barco carguero desde Europa y luego fue embarcada en un tren hacia la pampa salitrera; quizás por eso, el sonido que emitía al mover el pedal y ver girar la correa, así como la magia de ir puntada tras puntada, parecía un largo camino enrielado por donde se desplazaba el hilo del carrete.

Luego, desde la estación de ferrocarril de Huara la subieron a un gran carretón y, pasando entre las calles polvorientas del pueblo, llegó flamante hasta la casa de la joven costurera, doña Mechita.

Ella había tenido por maestra en las artes del corte y confección a una espigada señorita inglesa, de aquellas que se ocupaban de los menesteres domésticos en casa de los dueños de las oficinas salitreras. En una mezcla entre castellano e inglés le había enseñado las técnicas de dar forma a las telas y transformarlas en ceñidas prendas de vestir, hasta convertirlas en una verdadera obra de arte.

A doña Mechita, la viudez le acompañaba desde muy joven, junto a sus tres hijos, que eran su permanente preocupación, ya que había que alimentar, vestir, educar y amar. En la primera habitación acomodó una mesa grande, un espejo, un maniquí, un vestidor y un par de sillas de Viena y sobre un estante, puso numerosos libros y revistas de moda.

En el piso una hermosa alfombra persa, de esas que traía don Jalil, el árabe que recorría los pueblos en su carromato tirado por un par de mulas, y que, en artístico letrero, anunciaba las alfombras, telas, linos, crea, lonas, sedas importadas directamente de Europa y del Lejano Oriente; él era quien le surtía de metros para diferentes trajes.

Y en un costado, al lado del ventanal que iluminaba los cromados y dorados adornos, estaba la flamante máquina de coser; junto a ella, sobresalía un hermoso costurero que le había regalado su fallecido esposo. Al tomar esa cajita de madera, como fuelle mágico se abría en una serie de cajoncitos escalonados, que dejaban ver una serie de hilos de colores, agujas y dedales, cintas y tijeras, alfileres y trabas de ganchos y un sinfín de cositas, largo de enumerar.

Don Joaquín era el mercachifle¹¹ que cada cierto tiempo aparecía por esos desolados lugares, llevando en su carretela una infinidad de trastos; uno podía imaginar el sonido de jarros, lámparas, jaulas, serruchos y bacinicas, que se balanceaban con el viento y que emitían sonidos campaniles, en las ocasiones en que los remolinos de tierra pasaban sin esperarlos y que eran el anuncio de su llegada. Allí venían los encargos de hilos, botones, cremalleras, broches y todo lo que le servía para aprovisionarse en esos parajes desérticos.

Estirado el género, como un paciente esperando ser intervenido, se daba la tarea de marcar, deslizándose con tiza más la guía de reglas de madera, que permitían dejar líneas que parecían pequeños senderos o caminos, que solo ella entendía; luego, las tijeras avanzaban paso a paso por esas huellas de tela, dando forma a rompecabezas inentendibles para quien no conoce ese oficio.

Luego el hilvanado y respunte iban dando forma y figura al traje y, en la quietud del maniquí, uno tras otro, una hilera de alfileres con redondas cabezas multicolores que parecían perlas incrustadas, en la fantasía de crear el vestuario.

Pero el punto máximo de la magia lo tenía su máquina de coser. Primero ajustaba unas perillas con números para el grosor de la puntada, luego bajaba el pie del prensa-telas y esa aguja bajaba o subía al compás de la manivela, con el coordinado movimiento de su pie en el pedal; cada trozo se convertía en una manga, o en un puño, tal vez en un bolsillo, en un ojal, en una falda. El planchado al vapor daba forma a los contornos y las citaciones a las pruebas alucinaban a las clientas.

Y transcurrieron los años, los más hermosos trajes se lucieron en graduaciones, matrimonios, bautizos, fiestas de fin de año y cuanto evento social requería de una tenida nueva que lucir. Pero, el tiempo es impredecible, en la vida tampoco hubo nuevos anuncios y un día cerraron las oficinas salitreras, desmantelaron la estación de ferrocarriles, se silenciaron las fiestas en los salones de bailes, se acabaron las recepciones y aniversarios y numerosas familias emigraron a las grandes ciudades; se fueron las clientas.

Y así, el ritmo y el andar del pedal de la máquina de coser de doña Mechita, cada vez se fueron poniendo más lentos y tan pausados como su caminar, el espejo mostraba sus plateadas sienes y los surcos de los años se profundizaron en sus mejillas, hasta silenciar esa sala de costuras, en los instantes en que ella se marchó.

Hoy, al abrir ese costurero, me encontré con todos esos recuerdos atesorados en un pasado lejano y volvieron a revivir a aquellas mujeres que, con paciencia, cosieron en silencio cierres, bastas, ajustaron pinzas, parcharon pantalones y tantas otras prendas de vestir. Gracias doña Mechita, por regalarme tu costurero.

¹¹ Mercachifle: mercader de poca importancia (nota de la edición).

Historias de mi *abueli*.

Un héroe sin capa ni espada

Alejandra Rocha Cofré

Segundo lugar regional

Huara

46 años

Todo empieza en la comuna de Huara, ubicada a 78 kilómetros de Iquique, en la Región de Tarapacá, en la época del salitre, donde un héroe sin capa ni espada dio la vida por una pequeña y completa desconocida; esta hazaña dejó, a la vez, sin esposo, padre, abuelo y bisabuelo a su descendencia.

Don Mario Cofré, hombre joven de 19 años, de tez morena, de un metro ochenta de altura, multifacético, ya que era pintor de brocha gorda, como decía mi *abueli*, fue peluquero y sastre, ya que también se comentaba que confeccionaba trajes muy lindos. Estaba casado con doña Celinda Ibaceta, conocida como la *gringuita* en las salitreras, por destacar entre el resto por sus ojos claros, piel muy blanca y cabellera rubia. Tuvieron cuatro hijos; el mayor de ellos murió a los meses de vida, por ese entonces debido a un llamado empacho materno.

Juanito Guillermo se encontraba siendo amamantado por su madre, la que recién había pasado malos ratos con una vecina envidiosa. Podría agregar y afirmar que, a más de 70 años de este suceso, todo sigue igual en esta localidad tan pequeña, en la que la envidia puede más que con los hechos. Puedo, a la vez, citar ese dicho que dice “*en pueblo chico infierno grande*”, lo que significa que si no eres del agrado de la manada de hienas (señor/as y juventud de lenguas ligeras y mal intencionadas), pasas a ser su presa y se van con todo en contra de ti o de tus hijos.

Continúo; esos malos comentarios fueron los causantes de que la leche materna de Celinda se envenenara y, a las pocas horas de este hecho, el bebé se encontrara vomitando mucha leche entre sus llantos, lo que produjo su ahogo y súbita muerte. En esos años, solo existían practicantes de medicina, los cuales no pudieron hacer mucho por salvarlo, y viajar a Iquique por ayuda, significaba la demora de horas en carreta. Así fue como el hermoso niño, lamentablemente falleció y fue enterrado en el cementerio de Huara, en 1949. Los años pasaron y esta pequeña familia aumentó a tres integrantes más, entre ellos una niña, quien fue la luz de los ojos del joven padre de familia; la regalona.

Como todos los días este hombre se levantaba muy temprano para trabajar en sus múltiples facetas, aunque la fuente laboral de todo obrero, en esos años, era en las oficinas salitreras de la zona norte de Chile. Entre Humberstone, Santa Laura, Iris, Santa Rosa de Huara y entre muchas más, sacando el salitre.

Don Mario se encontraba camino hacia su trabajo cuando divisó a una pequeña de pocos años que caminaba por los rieles del ferrocarril, por donde también pasaban los carros de carga con

salitre o trabajadores, que venían de vuelta de sus jornadas laborales. Este joven escuchó que se asomaba un carro cargado de salitre y, a la vez, vio a la pequeña desconocida, a la que comenzó a llamar. Por más que le gritó, la niña no lo escuchó, como tampoco lo hizo el encargado del carro, cargado en esa ocasión con piedras de salitre, el que se acercaba raudamente a ese lugar. Tan así fue su desesperación, que mi abuelito Mario, lo único que pensó fue en lanzarse a la vía, para salvar a la pequeña desconocida, agarrándola con sus fuertes brazos y aferrándola a su cuerpo para protegerla. A segundos del accidente, la fue soltando con suavidad y la niña salió libre de rasguños. El guía, lamentablemente, tarde se dio cuenta de esto y logró detener el pesado carro a metros de ellos. Después de dar la alerta del trágico suceso, se marchó con la pesada carga, mientras mi abuelito yacía a un costado del riel, ya que fue pasado a llevar por el convoy, y perdió inmediatamente la vida en ese lugar, en las oficinas salitreras de Humberstone.

Tras este triste y doloroso final, la desvalida familia tuvo que marcharse del pueblo, ya que la pequeña niña, a sus cortos tres años, la luz de los ojos de su padre no podía estar sin escaparse al cementerio, para ir a tomar el té con sus juguetes, llevando pan o galletas, para compartir junto a su padre en su tumba, siempre arreglada y perfumada con flores frescas que, a diario, su madre acomodaba. Ante estos hechos se aconsejó a la madre que se fuera de ese lugar con su hija, porque la pequeña Mirta corría peligro; ellos decían que como su padre la amó tanto, quizás se la quería llevar con él y, por esa razón, ella se escapaba al cementerio, mientras la madre trabajaba. La pequeña quería seguir jugando con él, al igual como lo habían hecho en vida, en las tardes, a la llegada del trabajo de su progenitor.

Así fue. Doña Celinda se armó de valor y dejó el pueblo, en el que también vivía su padre, su gran apoyo, don Camilo Ibaceta. Pero se convenció que debía velar por el bien de su pequeña y, a la vez, luchar contra la tristeza de dejar a su amado esposo en el cementerio, sin sus cuidados. Tras este dolor, se marchó a Iquique junto a sus tres pequeños hijos, donde se desencadenaron muchos hechos que marcarían las vidas de cada uno de sus hijos, nietos y bisnietos.

Esta fue una de las historias, de las muchas contada por mi difunta *abueli*, que relataba con mucha tristeza y con lágrimas que caían por sus mejillas, en cada oportunidad en que la recordaba, y retornaba a su memoria su amado esposo, el que había sido un muy buen y responsable hombre a su corta edad. Durante toda mi niñez escuché esta triste historia y lloré en silencio junto a mi *abueli* la injusticia que significó salvar a esa pequeña y el haber tenido que crecer, mi madre sin su padre y, nosotras, sin nuestro verdadero abuelito... el tierno y amoroso Mario Cofré, quien nos pudo haber cuidado, protegido y mucho más. Así como lo hizo con esa pequeña desconocida. Podría describir este suceso como el desgraciado día que llegó a marcar las vidas de esta hermosa familia y, a su vez, marcó a toda su descendencia, en especial a sus mujeres.

Mi abuelito Mario Cofré es nuestro héroe sin capa ni espada, que nos acompaña desde el cielo, ya que fue un excelente hombre. Y ahora mi *abueli*, quien lloró toda su vida su partida, a sus 98 años está junto a él, ya que tampoco pudo superar la pérdida de su hijo menor, mi tío Silvio, que murió de cáncer. Puedo agregar que él me quiso mucho. Te recuerdo siempre mi tío incomprendido. Ahora, los cuatro, se encuentran reunidos. Saludos al cielo.

El angelito

Loreto Fernández

Tercer lugar regional

Iquique

49 años

Ya iniciaba la primavera de 1961, pero en la isla Meulín parecía que baldeaban el agua desde el cielo.

—¡El paraguas! —gritó la Jovita, sin soltar la mano de la pequeña Felisa, que apenas se mantenía en pie, con sus cortos tres años, que la mayoría los había pasado *ojeada*¹².

Desde la casa, doña Herminia salió dando trancos, dejando el paraguas tirado cerca de la puerta.

—¡Qué voy a saber yo de lluvia hija, si por allá, en la Pampa del Tamarugal, no llueve nunca! —regañaba doña Herminia, mientras acomodaba en su hombro una *pilgua*¹³ cargada con el mate, yerba, azúcar y algo misterioso que llevaba envuelto en un pañuelo de lino.

Estuvo meses preparando el viaje, recorrió más de 2585 kilómetros desde la Primera a la Décima región; fue tanto lo que insistió la Jovita, que la terminó convenciendo para que conociera el archipiélago de Chiloé. Entusiasmada con la celebración de la fiesta de San Francisco, no era casualidad que doña Herminia viajara a finales de septiembre, porque el 4 de octubre se celebraba al patrono y, por primera vez, sería parte de la festividad. Como buena florista de la pampa, estuvo juntando latas varios meses, para reciclar y dar forma a las flores de hojalata, para ofrendar al patrono; así no se marchitarían por el viaje y resistirían a la lluvia o el sol.

Llegó a la reunión empapada. La lluvia y el frío de Meulín le calaban los huesos, los baqueanos del clima decían que si llovía se pasaba el frío, pero, al parecer, eran solo dichos. Los feligreses de la comunidad aclimatados recibieron contentos su visita; algunos bien apegados al brasero, otros ensayaban cantos, acompañados por el acordeón y guitarras. Doña Herminia sacó su mate y sus flores de hojalata de la *pilgua* y ubicó los objetos sobre la mesa. Se acercaron curiosos, para ver de cerca las flores, luego sacó orgullosa, de entre el pañuelo, una pequeña corona de hojalata finamente confeccionada, ofrenda destinada a San Francisco. El caballero del acordeón se arremió un poco más y preguntó medio desconfiado:

—¿De lata las flores, doña Herminia? Por acá no se ven esas cosas, oiga.

¹² Ojeada: en la creencia popular, persona que sufre una maldición o mal de ojo (nota de la edición).

¹³ Pilgua: voz mapudungun. Bolsa de malla para las compras (nota de la edición).

Ella sonrió, luego dio un suspiro y dijo:

—Estas son las únicas flores que perviven al clima del desierto; en la pampa salitrera es difícil conseguir frescas, y las flores de papel en los cementerios no duran nada con el sol. Las mujeres nos juntamos a trabajar con los tarros viejos, esos que andan botados por ahí y las calaminas, le damos forma a la hojalata, creando flores y coronas.

Rápidamente hombres y mujeres manifestaron interés por el particular arte pampino. Entre mate y mate, unas señoras comenzaron a juntar tarros y le pedían que les mostrara como se cortaban las latas.

Doña Herminia, se reía de la ocurrencia y decía:

—Mire que les voy a enseñar altiro, inviten a la gente de las otras islas de Quinchao y armamos algo grande.

Así transcurrieron algunas horas y, de a poco, la sede se fue ataviando de risas, música, conversación, mate y milcaos. El viento golpeaba con fuerza las ventanas, no escucharon el portazo que dio don Abelardo, al entrar repentinamente, sin tocar, venía desfigurado, con el rostro enjuto, enredó su manta en la botella que estaba sobre la mesa y esta cayó derramando el vino sobre el suelo, parecía un cuadro expresionista. Evidentemente no traía buenas noticias, tragó saliva y gritó con rabia y pena:

—¡La Felicita, se quedó *dormía'pa'* siempre, se fue con Dios la *chamañiña!*

La sala quedó en silencio, unas cantoras comenzaron a llorar, doña Herminia se sentó, no pronunció ninguna palabra, sentía que todo lo que dijera en ese momento estaría de más. Felicita era la hija menor de su ahijada Jovita, siempre había sido enfermiza la niña, pero este último año fue víctima de un *ojo* muy grande.

Anocheceía, regresó a la casa de Jovita, acompañada de algunos de los feligreses que estaban en la sede. Ingresaron con respeto a la habitación, rodeado de flores de papel y unos claveles blancos entre sus manitos, el angelito descansaba sobre la mesa del comedor, con su cuerpo inerme. La niña parecía dormida, llevaba un vestido blanco con *broderie*¹⁴, calcetas blancas con vuelos y alas de cartón finamente perfiladas. Espontáneamente, una voz comenzó a cantar con fuerza *Adiós a mis hermanitos...* Se unieron otras voces y las guitarras acompañaron a los cantores. Doña Herminia sacó de su *pilgua* su preciada corona de hojalata, que había fabricado con tanta devoción, para ofrendar a San Francisco. Sin cavilar demasiado, caminó hasta la mesa, miró con ternura al angelito y dispuso la corona sobre su cabecita. Qué linda se veía la Felicita, sin querer doña Herminia había llevado al sur la tradición pampina.

¹⁴ Broderie: tela de algodón bordada con distintos relieves (nota de la edición).

Amores prohibidos

Juan Saavedra Rojas

Primer lugar regional

Calama

72 años

El hombre acariciaba la tercera edad, y estaba irremediablemente solo desde hacía mucho tiempo. Era una persona amable, se podría decir “*quitado de bulla*”, sin mayores ambiciones que tener una existencia reposada a su edad, lo que lo llevaba a reflexionar:

—A estas alturas de la vida, no quiero casi nada, solo la compañía de algunos buenos amigos con quien compartir algunas añoranzas de juventud, unas cuantas risotadas, atesorar el recuerdo dulzón y agradable de los que ya se han ido de este mundo. Levantar la cerviz hacia la luminosidad de la noche estrellada, arrebujarme escuchando la más hermosa de las melodías musicales. Agradecer a la vida, disfrutar de lo bueno que ella me ha entregado, mantener la conciencia tranquila y pensar al momento de la partida, que las personas que me conocieron piensen; valió la pena haberlo conocido. Solo eso quiero.

Por lo demás, temas para recordar no me faltan, así como añoranzas de una juventud ya perdida en la bruma del tiempo, en la que solo van apareciendo las anécdotas y los sucesos imprecisos, esos que perduran en la mente y el corazón hasta que nos marchamos de este mundo. La rutina se repite casi diariamente, las asambleas de amigos y conocidos duran hasta que se deja caer el atardecer, momento en que algunos se despiden y emprenden regreso a casa. Lentamente paso por algún negocio a comprar panecillos, para tomar las onces¹⁵, entre las cinco a siete de la tarde espero pacientemente mi turno para cancelar, mientras observo a un grupo de adolescentes que, bulliciosamente, tratan de ponerse de acuerdo en su compra; al parecer, tienen algún problema para reunir el dinero exacto de la adquisición. Una de las jóvenes se acerca tímidamente hacia donde me encuentro, menuda, cabello negro, largo y liso, de rostro atractivo y juvenil, con ojos aceitunados, de un color negro profundo y una sonrisa inocente en sus delgados labios, me dijo:

—¡Señor, sería usted, tan amable en ayudarme con algún dinero para cancelar el pedido!

Un poco desconcertado y confundido, ante tan inesperada petición, metí mi mano en el bolsillo y le pasé el dinero suficiente para cancelar la compra. El grupo de muchachas y muchachos adolescentes, se retiraron del local comercial, sin antes, la pequeña niña, con un movimiento de sus labios, y sin que sus amigos se dieran cuenta, me expresó su gratitud. No le respondí, solo una mirada y un leve alzamiento de mi cabeza bastó.

¹⁵ Once: coloquialmente en Chile hace referencia a tradicional comida servida a media tarde-noche (nota de la edición).

Al llegar a mi solitaria morada, preparé un bocadillo, encendí el televisor para ver las noticias, esperando la quietud de la noche para pasar al reposo; así cumplía con el hábito rutinario perfecto, del anciano viejo y solitario. Al despertar a un nuevo amanecer, todo sigue igual, sin alteraciones, muy semejante al día anterior; la rutina y el hábito se hacían presentes; atardecer, despedida y caminar de regreso a casa. Pero, jamás pensé que el día de hoy iba a ser distinto. Entré al almacén y lo primero que me llamó la atención, fue la pequeña muchacha de los ojos negros profundos y aceitunados, que dirigiéndose abiertamente a mi persona, expresó sin más preámbulo:

—¡Lo estaba esperando!

Tan segura y consistente manifestación, me descolocó, me sentí un poco ridículo al responder:

—¿Para qué será?

—Compre, y lo acompaño hasta su casa —fue la respuesta.

Caminamos sin hablar, sin preguntas ni respuestas. Para mí era algo inesperado, se había roto mi rutina, caminar junto a la joven muchacha era algo extraño, me quedó mirando y dijo:

—¡Llegamos, nos vemos otro día! —y la vi alejarse por el pasaje, hasta perderse, al doblar la esquina.

Bueno. ¡Cosas de la juventud! Seguramente sintió vergüenza de solicitar algo que la comprometía a exponerse a las preguntas y demandas de un anciano recién conocido. Sin embargo, mi curiosa percepción me indicaba que debía estar presto a cualquier situación no deseada, que nadie interrumpiera mi apacible pasar rutinario, sin exagerar en reflexiones perniciosas y dañinas a una edad tan avanzada.

Así pasaron algunas semanas. Estando en la calma de mi hogar, escuché el sonido de unos golpes en la puerta y al abrir, ¡sorpresa!... Era ella, la jovencita de los ojos aceitunados.

—Hola, cómo está —fueron sus primeras palabras.

—Hola, hola, —mis nervios y desasosiego afloraron y se hicieron presentes—, en qué andas, ¿necesitas algo?

—Sí, entrar —respondió.

—No puedes, estoy solo.

—Es que necesito hablar con usted —fue su respuesta—. Me deja entrar —insistió, casi suplicando—, no le voy a pedir y hacer nada, solo quiero hablar.

En un minuto, solo en un minuto, me cuestioné. Es que las noticias en la televisión pasan tantas cosas. Solo quiero serenidad, tranquilidad y mi rutina, soy un hombre mayor, que piensa dos, tres, cuatro veces o las veces que sean necesarias, antes siquiera, en pensar abrir la puerta a un extraño.

—¡Por favor, por favor! Es solo por un momento —insistió por tercera vez, sus ojos se achicaron, se empequeñecieron, igualmente mi corazón se apretó y sentí que la respiración se me aceleraba... Me compadecí y accedí.

Sentí sus sollozos, en medio de convulsiones y agitaciones corporales; estaba muy afligida. Observé el reloj en la pared, 21 horas en punto y me volví a cuestionar: *¿Qué pitos estoy tocando en este baile!*, pero ya era tarde para lamentos. Entonces, recordé un mensaje; es sin llorar la cosa. Ella, repentinamente, se puso de pie y me abrazó, manifestando:

—Gracias, gracias, necesitaba calmarme y tranquilizarme. ¡Tengo tantos problemas!

¿Qué podía hacer? Nunca tuve hijos para aconsejar. Solo me atreví a ofrecerle un vaso de agua, y caímos nuevamente en un silencio respetuoso, amable, nada de preguntas, nada de respuestas, hasta que se puso de pie y dijo que se retiraba.

—¿Te pido un auto, para que te vaya a dejar a tu casa? —le ofrecí y me miró extrañada, casi con tristeza, y accedió. Luego escuché solo un susurro:

—¡Buenas noches y gracias de nuevo!

Vi alejarse el vehículo, por el medio del pasaje. La noche entraba en su apogeo, coronada de estrellas fugaces; la nostalgia y la melancolía se apoderaron de mi sensibilidad de hombre matusalénico. Entré a mi hogar y percibí un olor a juventud, de la que mi memoria hacía muchos años, pero muchos años, no recordaba. Encendí el televisor y escuché: *"Cruel crimen de una joven en la ciudad de Calama, cuando un amigo junto a un conocido de este, le dieron una alevosa muerte. Primero la golpearon, luego la atropellaron y finalmente la incineraron en las cercanías del Puente del Diablo, en el camino que une a Calama, con Ayquina. Un crimen que tenía como fin robarle la recaudación de dinero de un local de azar, que finalmente se redujo solo a 22 mil pesos y dos anillos de oro"*. Una lágrima veló mis ojos...

El resarcimiento pampino

Ana Bravo Tirado

Segundo lugar regional

Antofagasta

86 años

Nací y viví en María Elena, era una niña de 12 años al partir al internado de la Escuela Normal de Antofagasta; aun así, en mi memoria permanecen los recuerdos de mi vida, llena de preciados tesoros que marcaron mi niñez.

En la época de mi infancia pampina, el agua potable no llegaba por cañerías a nuestras casas, era un bien escaso, había que ir a buscarla y acarrearla, desde unos pilones que muchas veces se encontraban muy apartados de nuestros hogares. Para eso habíamos formado con nuestros vecinos y amigos unas comisiones, ya que en esos tiempos las familias eran numerosas y podíamos formar unos buenos turnos de acarreadores. Así también, de vez en cuando, podíamos descansar de esa ardua tarea, por lo menos un par de días. No obstante, a mí me encantaba ir a buscar el agua con mis hermanos y amigos, ya que habitualmente lo hacíamos en grandes grupos y al atardecer, casi anocheciendo, ya que el calor de la pampa, sobre todo en la época de verano, era extenuante. Y más aún, si uno debía hacer la travesía con un considerable peso y tirando de unos carretones, en donde nos turnábamos para ir empujando, claro que, otras veces, íbamos arriba, sentados junto a los chimbombos y, más de alguna vez, nos tocó esperar, tras largas filas para llenar nuestras chuicas y baldes. Entonces, en esas interminables esperas, aprovechábamos la instancia para recostarnos de espalda en el suelo frío, para refrescarnos y mirar el hermoso cielo limpio y sin nubes, con sus atardeceres pampinos, que nos hacían imaginar que se estaba quemando el firmamento, con esos colores amarillos, anaranjados, rojizos, lilas y morados; justo, frente a nuestros ojos, iba fundiéndose el cielo entero. Nos parecía que solo en la pampa se podía disfrutar de este bello espectáculo natural. Al anoecer, las primeras estrellas que destellaban su fulgor resplandeciente, nos hacían soñar con diamantes incrustados en ese cielo puro y tornasol, a la vez que nos entregábamos felices a contar las estrellas. Esa era una oportunidad para aquel que lograba ver la primera estrella, porque sería a quien le tocaría el primer lugar de su turno en recolectar el agua. Y así, sucesivamente, nos iba correspondiendo un lugar en la fila.

Otra de nuestras entreteniciones era ver las diversas figuras de las escasas nubes que, a veces, se dejaban ver con el invierno boliviano, que se sentía caer en verano por el Norte Grande y que, de vez en cuando, llegaban a aparecer. Como serían de escasas las nubes, que este fenómeno también era motivo para ganar el primer lugar en la fila, ya que quien fuese capaz de visualizar más figuras entre las nubes, era el que ganaba el primer puesto para llenar sus baldes con agua y así, sucesivamente, uno a uno, íbamos llenando nuestros tuestos y volvíamos felices a nuestras casas, siempre echando carreras con los carretones y los más chicos arriba, afirmados

de las amarras que fijaban los tachos, y animando a los mayores en la carrera, porque, al fin y al cabo, la familia era la que salía victoriosa. Después llegábamos agotados a nuestras casas tras una ardua jornada llena de laboriosa y activa imaginación.

Aún recuerdo que las jornadas más peligrosas para nuestra travesía de acarreadores, eran los días de pago, ya que muchos trabajadores salían de los ranchos de solteros a beber alcohol, hasta emborracharse y perder la razón. Tras el término de su jornada laboral, en esas fechas, nuestros padres no nos dejaban salir y nos entretenían dentro de la casa, escuchando la radio o jugando lota, mientras ellos se agrupaban y se turnaban para acarrear el agua. Fue en una de esas ocasiones que, junto a mis hermanos, a hurtadillas, escuchamos a los papitos susurrando, más bien sollozando desconsoladamente. En ese preciso instante, en que nos enteramos de la desaparición y posterior muerte de una menor. La habían encontrado estrangulada y vejada en plena pampa. Fue terrible para todos nosotros, ya que éramos como una gran familia. La víctima era una pequeñita tan indefensa, tan linda, tan amada, como todos los niños que vivíamos en la oficina. La sensación de vulnerabilidad que nos embargó fue tremenda. El miedo y la desconfianza se apoderó de nuestras vidas y de la de nuestros padres. Fue horrible el desamparo que se apoderó de las familias. Vecinos y amigos se reunieron en una casa, para averiguar quién podría ser el causante, y entre pláticas y atando cabos, sacaron cuentas.

Fue en esa ocasión que se dedujo que el hechor era un trabajador nuevo, que no era pampino, el cual, ciertamente desconocía las normas de la oficina. Este sujeto era un *contrata*, que había llegado de otra ciudad. Se le apodaba el Gavilán. Aún recuerdo las voces exaltadas de los padres, una vez que lograron dar con el nombre de aquel tipo. Los ánimos se empezaron a caldear y, entre relato y relato, otros padres también contaron que el mismo sujeto había estado acosando a sus niños y les había hecho propuestas indecentes, que les ofrecía golosinas y que, luego los amenazaba de muerte. Pero, cada papito había procedido a aclararlo personalmente y no se habían comunicado entre ellos acerca de esta anómala situación, ya que la oficina era un lugar muy seguro para vivir. Entonces, entre reflexiones y relatos, se concluyó que a este personaje lo habían visto rondar a la menor, en varias oportunidades. Fue, entonces, que toda la oficina y el pueblo completo salió a buscarlo. Dejaron a cada niño a bien resguardado con llave, encerrados en sus casas, ya que, simplemente, se había concluido que ese fulano era un delincuente, un enfermo mental y que andaba en malos pasos; en definitiva, era una amenaza para la integridad de mujeres y niños de la oficina. Además, en esa época, no se aceptaba la impunidad.

Al anoecer, los hombres se despidieron de sus esposas e hijos, aseguraron sus hogares con una tranca, encendieron chonchones, agarraron palos y picotas, e iracundos salieron a buscar al Gavilán, decididos a hacer justicia al honor mancillado de la pequeñita. Frente al dolor, la pérdida y el duelo de la familia partieron raudos, todos juntos a la persecución del Gavilán. Era un espectáculo impresionante ver a los hombres y algunas mujeres armados hasta los dientes, con cuanta cosa pillaron en sus hogares, para ajusticiar al malhechor. Entre la oscuridad de la noche y las llamas de los chonchones, que iluminaban los corredores de las casas y los callejones de los ranchos, se escuchaban los gritos e insultos en castellano de los pampinos y, en inglés, de los *mister*, que eran algunos de los jefes gringos de la oficina, que encabezaban la turba, y dirigían al pueblo entero hacia el Gavilán.

Cierro los ojos y aun me siento asustada, estremecida y cobijada bajo las tapas de mi cama, cubierta por completo, y tratando de darle un sentido a tanto griterío, pero este malandra, alertado por otros *contratas*, que seguramente atemorizados, y para no caer en el ajusticiamiento público y el fervor de la turba, lo alertaron para que huyera hacia el desierto y se diera a la fuga. Como si fuese una verdadera ave rapaz, huyó hacia la pampa, corriendo, perdiéndose entre los arenales, en una noche iluminada por una luna llena cómplice, que se confabuló a favor de los pampinos sedientos de justicia. Entre la luminosa oscuridad se escabulló rápidamente, pero el Gavilán desconocía los recovecos del desierto, escondites que los pampinos conocían muy bien en la oficina salitrera y en la pampa. Tras horas y horas de búsquedas, lograron atraparlo al amanecer, despuntando casi el alba. Se sintió un fuerte alarido. Lo habían ajusticiado duramente. Cuando lograron llegar los carabineros y pudieron finalmente auxiliarlo de la turba, ya poco y nada se podía hacer por él. Nuestros padres retornaron a las casas, se bañaron, se alistaron, tomaron sus viandas y enfilaron a sus trabajos. Nadie nunca dijo nada. Nosotros éramos unos niños atemorizados, apertrechados dentro de nuestras casas, bien encerrados, acurrucados, juntos conversábamos muy asustados y, valientemente, los mayores consolaban a los más chicos, que entre tanto bullicio se asustaban y lloraban aterrados. Después de este fatal acontecimiento, nunca más se volvió a repetir con tanta violencia una situación similar. Supongo que por ambas partes se aprendió la lección; ya se había perdido un poco la confianza, pero el encanto de ser familia lo superó todo.

Mi linda infancia junto a mi familia en la oficina de María Elena, estuvo colmada de valores y necesidades, pero si hay algo valioso de esa época era la comunicación, la empatía, la solidaridad y el orgullo que nos da hasta el día de hoy el ser pampinos, niños que jugueteábamos entre rocas, dunas y lagartijas, y soñábamos con diamantes incrustados en el cielo de la noche, donde el contraste del sol impenetrable del día se hace irreal y dispar con las gélidas noches nortinas.

Los zapatos de Eduardo

Sandra Araya

Tercer lugar regional

Antofagasta

55 años

Era fines de febrero cuando Eduardo el mayor de los hermanos jugaba en el estero a codazos y a pelotazos con los amigos y hermanos. En las mañanas se lanzaban a la laguna, en las tardes a correr un rato, luego de jugar, a comer y acostarse.

—Mamá, cuando sea grande seré futbolista, ya tengo 12 años, soy el mayor, soy el jefe —le decía riendo. Su madre lo miraba con cariño, le daba un beso en la frente antes de apagar la luz, ya eran seis hermanos y su madre de nuevo embarazada; dormían todos en un solo dormitorio y de a dos, porque no tenían más camas.

Amaneció de nuevo y Eduardo corrió a bañarse, para llegar primero al estero. Sus amigos llegaron pronto, contentos, comiéndose aún el pan con huevos revueltos. Lo importante era llegar de los primeros, antes de que arribaran los del otro lado del pueblo, Los pelo de choclo, así les decían, por lo rubios, los únicos del pueblo rubios, porque los demás eran morenos. El Eduardo era blanco de ojos verdes, pero pelo negro como su padre.

Al rato llegaron *Los pelo de choclo* y propusieron una *pichanga*.

—Yapo, empecemos, al flaco Sergio lo tiramos al arco, Rodrigo de defensa, junto a Miguel, Gabriel y Eduardo de delanteros.

Comenzó el juego, los pelotazos iban y venían... gol de *Los pelo de choclo*, la furia se apoderó de Eduardo cuando... gol de nuevo de *Los pelo de choclo*.

—¡Vamos, no se desanimen! —gritó el capitán Eduardo. Corrió y le quitó la pelota al rubio Javier y gol de *Los capos*, se descuida el arquero y gol de nuevo de *Los capos*, queda un minuto y Eduardo lanza la pelota al arco y choca con el palo y termina el juego.

—Empate, señores —dijo uno que estaba en un árbol mirando el partido. Ambos se miraron feos, no querían un empate, pero hay más días para la revancha.

Ya era la hora de ir a almorzar y desde la escalera de tierra estaba don Eduardo, observando, y llamó a Eduardo hijo:

—Vamos a casa, tu madre ya tiene listo el almuerzo.

Llegaron a casa y Eduardo, entusiasmado, le contó a su madre todas las cachañas¹⁶ que hizo en el juego.

—Faltó poquito, mamita, poquito o si no, ganábamos.

Comenzó marzo, y tocaba alistarse para el colegio. "*Mala cosa*", pensó Eduardo, no porque le costara el colegio, sino porque no tenía zapatos de colegio, solo unas viejas sandalias, son muchos en casa, no alcanza para más. Se puso triste y sus amigos lo abrazaron, uno que es más grande le dijo:

—Si te quedan buenos mis zapatos del año pasado yo te los regalo—. Fue corriendo a buscarlos, y, para su suerte, sí, le quedaban buenos.

—Papá, papá mira, el Sergio me los regaló —le dijo a su padre.

Él triste, pero agradecido le dijo:

—Los lustraré, para que vayas como debe ser con zapatos brillantes a tu colegio.

Eduardo se marchó feliz al colegio, primera vez que tenía zapatos de colegio. Ya llevaban tres meses de clases cuando un día, junto a sus amigos vieron un afiche en el mural de la inspectoría el que decía: "Campeonato de fútbol". Eduardo, emocionado dijo:

—¡Bravo! Vamos a inscribirnos.

Eduardo y sus amigos corrieron a inscribirse. El profesor les comentó que el campeonato era regional y les dijo:

—Niños hay que tener zapatos de fútbol, no sirven ni las zapatillas ni las sandalias.

Y ahí mismo a Eduardo se le llenaron de lágrimas los ojos verdes, si sus padres no podían comprarle zapatos de colegio, menos podrían de fútbol. Se fue triste a casa, ni siquiera comentó, pero uno de los hermanos se había enterado y les contó a sus padres lo de los zapatos.

En la noche, luego del beso de mamá en la frente, esta le dijo:

—Hijo, no dejes de soñar, a veces los milagros ocurren, tú sigue con tu forma de jugar, tú lo puedes lograr.

¹⁶ Chachañas: en fútbol y otros juegos, finta que hace un jugador para sortear a uno o varios contrarios y no dejarse arrebatar el balón. Usado también en sentido figurado (nota de la edición).

Al otro día, en el colegio, los amigos contaron que sus padres les comprarían los zapatos de fútbol y que se irían a inscribir. Uno dijo:

—¡Y si hacemos una rifa!

Otro escuchó y dijo:

—Si enceramos las casas de las parcelas, ahí, además, juntamos la plata hasta la fecha del campeonato. ¡Vamos Eduardo!, inscríbete con nosotros, si tú eres el goleador, además quedan dos meses aún, vamos, ¡anímate!

—De acuerdo —respondió con la tristeza pegada en la garganta, pero con la ilusión en su corazón.

Empezaron a pasar los días, entre pichanga y pichanga era poco el tiempo para encerar casas, tenían que practicar, la rifa tampoco resultó, hasta que llegó el día anterior al campeonato y Eduardo se encontraba sin zapatos de fútbol, pero a Sergio se le ocurrió una idea y dijo:

—Mira, te quedas en la banca y cuando hagan cambio, el profe seguro que va a sacar al Máximo, si es *re* malo y ya me di cuenta de que tiene el pie grande, te pasa sus zapatos y ahí tú te luces amigo, manos a la obra, está todo conversado ya.

Y así se fueron a sus casas. Eduardo, al entrar, vio que sus hermanos se reían, su madre con una sonrisa suave y su padre serio se le acercó y le dijo:

—Mira debajo de tu cama.

Eduardo se agachó y vio una caja roja, la sacó y al abrirla vio que eran los zapatos de fútbol más bellos que jamás había visto.

—Pero, pero papá, ¿cómo? —dijo emocionado.

—Eso no importa *mijo*, yo lo he visto jugar y lo hace como el mismísimo Caszely, así que usted, a darle con todo, querer es poder hijo, no se olvide de eso, ya, a dormir, que tiene que levantarse muy temprano para el precalentamiento.

Eduardo abrazó a sus padres y luego a los zapatos y se durmió feliz.

Al amanecer había que viajar al otro pueblo para el campeonato. Llegó la hora de ponerse el equipo y el profesor dijo:

—Como Eduardo no tiene zapatos de fútbol, lo va a reemplazar Máximo.

Eduardo replicó:

—¿Qué dijo profe? —y le mostró los zapatos nuevos de fútbol. Los amigos lo abrazaron y gritaron:

—¡Vamos, vamos a ganar!

Comenzó el campeonato, *Los capos*, unidos a Los pelo de choclo, salieron a la cancha a arrasar con los otros equipos, ahora estaban jugando por el honor del pueblo, Potrerillos.

—¡Vamos Potrerillos! —gritaban en conjunto.

Al quinto día ya era la final y Potrerillos había logrado avanzar.

—¡Estamos en la final! —gritaban emocionados.

Comenzó el juego contra los Ovallinos.

—Son todos *re* gigantes —decían los dueños de casa.

—No importa, chiquillos, los venceremos igual nomás.

—Tira la pelota al fondo —gritó Javier. La recibió Gabriel, se la tiró a Eduardo y ¡gol! Avanzaron al segundo tiempo y gol de los ovallinos y de nuevo empate. Sergio dijo:

—No, vamos, hagamos un plan, quedan pocos minutos, tenemos que ganar —y lanzó la pelota al arquero de Potrerillos y este la recibió.

Miguel se la lanzó al robusto de *Los pelo de choclo*, este la tiró al centro, la agarró Eduardo, le hizo cachaña al ovallino que lo perseguía, llegó cerca del arco, lanzó la pelota y en los instantes en que el arquero la iba a agarrar, se le soltó de la mano y ¡gol de Potrerillos!

Siguió el juego, los de Ovalle no se querían dejar vencer, iban por la pelota una y otra vez, pero el arquero de Potrerillos las atajaba todas, hasta que por fin sonó el pito final y ganó Potrerillos.

Corrieron a abrazarse y gritaron:

—¡Ganamos!

Hicieron la ceremonia de premiación, luego se fueron a las duchas y de regreso al pueblo, y al llegar a la plaza, esta se encontraba llena de una multitud, para saludar a los ganadores.

Eduardo se bajó y vio a sus padres, quienes le dijeron:

—Hijo, no pudimos viajar a verte.

Eduardo los abrazó y le dijo:

—Sé que estuvieron conmigo, los tengo en mi corazón —y sacó una medalla que su abuela le había regalado con la foto de los dos.

—Oye hijo y ¿cómo anduvieron los zapatos? —le preguntan sus padres.

—Me sentí como Caszely, papá, tienen magia —dijo Eduardo.

—No hijo, la magia la tienes tú —le susurró al oído su papá. Los tres sonrieron y se volvieron a abrazar.

El ciclo

Sergio Gallegos Rojas

Primer lugar regional

Copiapó

47 años

Su padre era capataz de fundo por aquel entonces y él, el menor de nueve hermanos. Siete mujeres, dos hombres, así que costaba... costaba mantenerlos. Sus padres debían hacer malabares para tener lo necesario y suplir las necesidades de todo el grupo. Pocas *pilchas* tenían y la mejor ropa y zapatos, solo para las fiestas; el resto del año, ojotas, de esas hechas de neumático y si no había, pues a pie *pelado* había que andar.

Vivían en un pequeño ranchito de madera, por aquellos tiempos sin electricidad, con cocina a leña, agua de pozo y, en el fondo del patio, una *casetita* de madera en donde estaba el hoyo negro, para hacer las necesidades que el cuerpo pedía. El ranchito era parte del fundo y le correspondía a su padre vivir ahí, por ser el capataz. El día en que el patrón lo echara, tendrían que abandonarla.

Las pertenencias más importantes de la familia eran la vieja carreta y el caballo. Y se trabajaba de sol a sol. Y al faltar manos, hasta el más chico debía cooperar con los trabajos. Así que a Amadeo lo hacían levantarse cuando todavía estaba oscuro, lo que era un suplicio para él, porque una de las cosas que más les gustaba era dormir. Una rápida lavada de cara y del torso con agua helada en un lavatorio ayudaba a despertarlo, luego pan amasado con mantequilla (si había) o simplemente solo, acompañado de un tazón caliente de café de trigo, en invierno, o de agua helada con harina tostada y algo de azúcar en los veranos.

Así se crio Amadeo, el menor, entre juegos y trabajo, y como era el más chico hasta los trabajadores lo ayudaban en sus quehaceres, para que no se llevara el peso de esa vida que todos tenían. Trataban de facilitársela, aunque fuera un poco. Era malo para el estudio, así que llegó hasta cuarto de humanidades no más. Sabiendo escribir y las cuatro operaciones aritméticas no requería de más y así el tiempo empezó a pasar y sus hermanas mayores a crecer y varias se fueron de la casa. Algunas partieron a trabajar a la capital, como empleadas domésticas de los futres, otras se casaron y salieron del hogar. Su hermano, Eusebio, ese sí que era jodido, siempre rebelde y desordenado, contestador y agresivo, a pesar de las chancas que su padre le propinaba, a veces. A medida que fue creciendo, peor se fue poniendo y varias veces su *taita* tuvo que ir a buscarlo al retén de carabineros, por las peleas que armaba en las fiestas, que se hacían de vez en cuando en los pueblitos cercanos. Hasta con los policías se iba de combos, a pesar de que ellos eran autoridad. En las ocasiones en que había pagos buenos, con buena plata, Eusebio se la gastaba en casas de remolienda y mujeres, en la ciudad que quedaba cerca. Llegaba a la semana después. Sin ni uno. Sí que hizo sufrir a sus padres, porque una vez ya hombre, su *taita* ya viejo, era poco lo que podía hacer para enderezarlo.

Amadeo, a medida que crecía, se daba cuenta de que no quería seguir aquella vida de campo, quería algo más. Así que a los dieciséis años tomó sus pocas pertenencias y con la venia de sus padres se fue a la capital, a vivir en un cité, con una de sus hermanas mayores. Pronto encontró trabajo de junior en una empresa. El dueño le agarró cariño.

Pero la aventura en la capital solo le duró un par de años. Tuvo que volver, porque tenía que cumplir con su servicio militar obligatorio y fue ahí donde vio la luz y la oportunidad de ser alguien en la vida. No quería ser ni campesino, ni junior; una vez que terminara con el servicio militar, quería ser carabinero. Lo conversó con sus padres cuando fueron al verlo al regimiento.

—Es decisión suya, pues *ñor* —le dijo su *taita*.

Se pensó y se hizo y lo mandaron a hacer el curso a un lugar del que no había escuchado nunca en su vida: Calama. Lo único que sabía es que quedaba muy lejos... demasiado.

Mientras, Eusebio, su hermano mayor, seguía haciendo de las suyas, durmiendo varias noches en los retenes, por haberse emborrachado con pipeño, y haber dejado la grande por todos lados. Incluso se corría el rumor de que había *despachado* a alguien por ahí, pero no encontraban el cuerpo, así que la cosa quedó solo en eso... en rumores, porque tal como dice el viejo adagio: *“si no hay cuerpo, no hay muerto”*.

Amadeo, en sus primeras vacaciones, viajó a su tierra. La extrañaba, aprovecharía de ayudar a su padre con las labores del campo y de comer todas aquellas cosas riquísimas que su madre solía preparar, añoraba la mezcla del olor a leña quemada y del pan amasado en el horno, o su tacho con café de trigo caliente o las deliciosas humitas con ají. Estaba contento, pronto estaría en su hogar, después de tanto tiempo.

Llegó de uniforme y todo fue alegría y fiesta en su llegada. Vio cómo en poco más de un año sus padres habían envejecido aún más, lo que lo apenó un poco, pero, aun así, quería aprovecharlos al máximo y así, los días siguientes fueron bastante buenos y felices... Hasta que apareció su hermano mayor, Eusebio.

Este quiso que su padre matara un cordero, para celebrar la llegada del ahora carabinero, Amadeo, y comenzó la celebración. Sus hermanas, entre todo el jaleo de la cocina y demases, se miraban nerviosas. Se comió y se bebió mucho ese día y, ya de noche, Eusebio invitó a su hermano a una fiesta que se iba a hacer en un pueblo cercano. Amadeo aceptó. Su madre se quedó con el credo en la boca. Siguieron tomando allá y ya completamente borrachos montaron sus caballos y se fueron de vuelta en dirección a la casita de sus padres. Casi amanecía.

—Bájate —le dijo Eusebio de repente a su hermano menor, deteniendo su caballo.

Amadeo lo miró con dudas:

—¿Para qué? —preguntó.

—Bájate, mierda —insistió su hermano.

Amadeo desmontó y Eusebio, también.

—Así que carabinero la lindura —dijo Eusebio, con rabia, y se lanzó sobre él.

Le sacó la cresta y era como que en su mente le sacaba la cresta a todos aquellos policías que cuantas veces lo habían encerrado en las celdas de los retenes y comisarías.

Dos años se demoró Amadeo en volver después de eso. Durante aquel tiempo, lejos, se confortó enviando cartas y fotografías a sus padres y hermanas y, si podía, metía algunas *luquitas*¹⁷ dentro de un sobre. Sentía vergüenza y pena después de lo ocurrido con su hermano, pero tenía que volver, su madre estaba un poco delicada de salud.

Nuevamente llegó con su uniforme puesto. Y de nuevo fiesta y alegría. Sus hermanas lo encontraban más hombre y buen mozo, su padre lagrimeó al verlo.

Un capitán, le había dicho una vez, que todo era cíclico y sí, era como que todo aquello lo había vivido antes. Nuevamente llegó Eusebio, nuevamente se mató al cordero, se bebió, se comió y nuevamente lo invitó a la fiesta. De vuelta, casi en la madrugada, nuevamente lo hizo bajarse del caballo.

—Esta vez no me va la va a hacer —pensó Amadeo, preparándose para defenderse del nuevo ataque de su hermano. Esta vez lucharía.

Pero Eusebio desmontó y solo quedó mirándolo algunos instantes. No atacaba. Y, de pronto, Eusebio se lanzó sobre él.

Amadeo esperó el golpe, pero solo sintió un abrazo y el llanto de su hermano y las súplicas por su perdón.

Sí, todo podía ser cíclico, pero en la vuelta, algo puede llegar a cambiar.

¹⁷ Luquitas: refiérese coloquialmente a dinero (nota de la edición).

El súper abono

Víctor Castillo Villegas

Segundo lugar regional

Copiapó

86 años

En un lugar, al interior del valle de Copiapó, en un hermoso paraje, donde se observa la majestuosidad de las altas montañas con sus lomos cubiertos de nieve y donde el río pasa en forma paralela a la propiedad de don Antonio, ocurrió esta historia.

Don Antonio era un adulto mayor de setenta y cinco años, hombre de amplia caja torácica y de brazos musculosos, con estampa de viejo roble, hecha de sol, de trabajo y alimentación sana y natural. Se encontraba solo en el predio, donde su dedicación era por completa a su fecunda tierra, que le daba las mejores y abundantes cosechas. Es así como los vecinos contaban y aseguraban que todo lo que sembraba el viejo agricultor, derivaba a una producción en gran escala y con frutos de tamaños fuera de lo común. Don Antonio tuvo un hijo, el que falleció a los treinta años, dejando una viuda y dos hijos varones, los que pudieron conseguir sus títulos profesionales, gracias a la ayuda que les proporcionó el abuelo. Sus profesiones les sirvieron para desempeñarse en una prestigiosa firma comercial en Santiago. Cada verano, los nietos visitaban al abuelo y pasaban unos días con él, para descansar y olvidarse del bullicio de la capital.

Estos jóvenes, mayores de veinte años, estaban muy intrigados por la exuberancia de las cosechas que producían las tierras del abuelo.

—¡Abuelo! ¿Cuál es la causa de la calidad y abundancia de tus cosechas?

—¡Ah, hijo! —le respondió don Antonio—, el causante de este milagro es el super abono, que yo mismo preparo.

—¿Podría conocer la fórmula? —inquirió Homero, el nieto mayor, con una mirada llena de picardía.

—¡Eso no, hijo! Usted no es agricultor, ¿para qué quiere saberla?

—Por pura curiosidad, abuelo.

—¡Menos, entonces! —concluyó secamente el abuelo, tomando un azadón y guiando sus pasos hacia el lugar donde iba a sembrar porotos.

Los nietos se dirigieron hasta la casona para continuar leyendo en el largo corredor. Al llegar a la vivienda observaron que detrás de ella, a unos treinta y cinco metros más o menos, se encontraba un burro amarrado con una larga cuerda a un raquítrico y endeble arbolito; cerca de este, pasaba una acequia con bastante agua, donde la hierba crecía en abundancia, la que servía de alimentación al noble burro. El cordel que amarraba su cuello le permitía moverse en círculo, así podía comer y beber sin dificultad.

Pasaron tres años. En un triste día de invierno dejó de existir don Antonio, llevándose a la tumba el secreto de la fórmula del super abono.

Después de darle sepultura al abuelo, los nietos dejaron todo en orden, mientras se llegara a un acuerdo, para vender la propiedad. Las puertas de la vieja casona quedarían con candados, pues el lugar no revestía peligro alguno de robos ni destrozos, por estar ubicado lejos de los centros poblados y por no haber siembras pendientes.

Solo les preocupaba el asno, que quedaría amarrado al débil arbolito, el fiel compañero del abuelo que, junto al arado, trabajaron duro en los días de siembra y cosecha.

Antes de cerrar la puerta principal, les llamó la atención un saco que contenía tierra de fuerte olor y de color rojizo que, al exponerla al sol, se tornaba de un color morado brillante; sin mayor trámite la desparramaron alrededor del tronco del frágil y enclenque arbolito. Dejaron el predio y se dirigieron a Copiapó, para luego continuar viaje a Santiago, donde pondrían la propiedad en venta. Es así como en varios matutinos de la capital se publicaron los respectivos avisos. Transcurrieron ocho meses desde el anuncio de la venta del predio, hasta que apareció un interesado dispuesto a comprarlo. Los nietos tuvieron que viajar a Copiapó para proceder a realizar la venta. Después de los trámites de rigor en las oficinas pertinentes, se trasladaron hasta el predio, para hacer la entrega con el inventario respectivo. Una nube de polvo envolvió al automóvil al entrar a un tortuoso camino de tierra, entre altos cerros, que presentaban un paraje árido, desnudo de toda clase de vegetación; luego, al subir una larga y pronunciada cuesta, llegaron a un estrecho valle, donde cambió el rostro del paisaje, alegrando el alma y llenando de verdor las pupilas de los ojos de los ocupantes del vehículo.

—¡Esta es la propiedad, señor Jiménez! —le indicó Homero, al comprador, cuando estuvieron en la entrada del predio.

—Es hermoso y tranquilo el lugar —respondió el nuevo dueño, demostrando conformidad y satisfacción por la propiedad adquirida.

—Esperamos que su interés no haya decaído —expresó Hernán, el nieto menor.

—¡De ninguna manera, mi amigo, estoy muy complacido con la excelente adquisición!

Los tres hombres caminaron por el interior de la propiedad, observando la alta maleza que crecía en todos los potreros. Al llegar junto a la vieja casona, grande fue la sorpresa para ambos jóvenes.

—¡Oye, Homero!, observa el tremendo árbol que hay detrás de la casona.

—¡Caramba, fíjate en el grosor de su tronco y en la frondosidad de su follaje! —dijo Homero a su hermano, muy asombrado.

La tarde caía, los altos picachos¹⁸ que tenían al sol a sus espaldas proyectaban sus sombras en el estrecho valle, el que paulatinamente se fue mimetizando con el color del crepúsculo; mientras bandadas de gorriones trinaban en un concierto interminable en el verde follaje del árbol frondoso.

—¿Dónde se habrá metido el burro? —preguntó Hernán, buscando con su mirada en el amplio escenario. En esos precisos instantes una fuerte brisa movió el espeso follaje del árbol de unos cincuenta metros de altura, haciendo crujir los maderos al rozarse entre ellos; este movimiento dejó al descubierto un pesado bulto que colgaba grotescamente en lo alto del árbol.

—¡Es el burro! —gritaron ambos hermanos al unísono.

¹⁸ Picachos: punta aguda, a modo de pico, que tienen algunos montes y riscos (nota de la edición).

El abuelo *yatiri*¹⁹

Gabriel Rives Heine

Tercer lugar regional

Copiapó

34 años

Vivía en San Pedro de Atacama, trabajando como periodista en una ONG. Había estado antes como turista en el altiplano, pero es muy diferente establecerse y empaparse de la cultura local; es decir, cuesta trabajo encajar, siendo *afuerino*. Ese día estaba terminando mi jornada en la oficina frente a la plaza, momento en que mi jefe me pidió como favor personal, si podía llevar a una señora que había participado en una feria de productores campesinos de vuelta a su casa, en la localidad de Peine, a casi una hora en auto. Yo había recorrido la muestra agropecuaria, conversado con algunos emprendedores sobre sus productos, pero con doña Lavinia no habíamos cruzado palabra. Acepté. Entré con el vehículo por la calle lateral a la iglesia, como siempre a muy baja velocidad, esquivando a peatones y viajeros, que a esa hora llegaban de sus tours. Luego de una breve presentación y un par de sonrisas que rompieron el hielo, cargamos el maletero con las hierbas medicinales, telares y semillas.

En viaje hacia Toconao empezamos a conversar. La luna llena hacía que el salar resplandeciera. Le expliqué que, para mí, hacer esa ruta de noche era fascinante, que a veces me orillaba, para estirar las piernas y ver satélites, destellos luminosos y escuchar el silencio del desierto.

—Hay que tenerle respeto al salar ¡está vivo! —me dijo desde el asiento de atrás.

Yo acomodé el retrovisor para hacer contacto visual y tantear su expresión, para saber si lo decía en tono de broma o como introducción a una historia que resultaría enigmática y de la que hasta el día de hoy no dudo de su veracidad.

Así comenzó su relato:

“Mi familia, por generaciones, ha recibido el don de ser intermediarios entre este mundo y el de los ancestros. Hemos conocido las plantas que alimentan y las que curan. Mi abuelo sabía que un día él heredaría la esencia de *yatiri*, pero ya era adulto y su papá había fallecido años antes de que yo naciera. Él nos decía que había que aprender, no solo de los libros, sino también de los mayores y nunca dudar de los conocimientos que nos daban. Yo tenía como seis años, veníamos de vuelta con los animales de Tiloposo a la casa, con corderos, cabras y llamas. Mi mamá y yo lo acompañábamos en el verano, faltaban varias horas para que el sol se escondiera y, de pronto, se levantó un viento *re* fuerte y, sobre nosotros, se formó una nube negra que parecía como si fuera a llover.

¹⁹ Yatiri: en lengua aymara, significa curandero, sabio, hechicero (nota de la edición).

El abuelo nos dijo que estuviéramos tranquilas, que algo se venía, pero que teníamos que seguir el ritmo. Me acuerdo que se acercó a mi mamá y le dio un abrazo, mientras le pasaba su poncho. Él se iría atrás del rebaño, por si algún animal se espantaba, pero antes de separarse de nosotros le dio un beso en la frente a mi mamá y le habló al oído, ella puso cara de preocupada y me tomó fuerte de la mano.

La nube seguía creciendo y daba la impresión de que crujía sobre nosotros, pero a medida que caminábamos, también crujía el salar bajo nuestros pies, mucho más que de costumbre. Corría viento de lluvia y se sentía olor a tormenta. De repente, los animales se alteraron y empezaron a caminar más rápido, casi empujándonos a nosotras, el cielo se oscureció, pero no como si viniera la noche, la nube era como un plato sobre nosotros.

En un momento, como si les hubieran dado una orden, todos los animales se detuvieron, pero también empezaron a meter mucha bulla, la nube empezó a crujir más fuerte y no sé si habrán sido mis piernas, por el susto, o era la tierra la que se movía, como si fuera un temblor. Mi mamá me abrazó y me tapó con el poncho, las dos caímos de rodillas y empecé a llorar, ¡si yo era *re* chica! Estaba oscuro, pero aun así no entendía por qué nos escondíamos. Me fijé que ella también lloraba. —Tranquila *mijita*, va a pasar —me dijo.

El ruido se detuvo. Los animales quedaron como congelados y, desde abajo del poncho, sentimos como rugió la tierra y la nube al mismo tiempo. La luz que vi fue como si nos hubieran tomado una fotografía, tan fuerte, que atravesaba el poncho y se metía por debajo. Pude ver clarita la cara de mi mamá, toda mojada de transpiración y lágrimas; duró una fracción de segundos, al mismo tiempo que escuchaba a mi abuelo gritar, como si el rayo le hubiera caído a él. Quise pararme y correr a verlo, pero no podíamos movernos, fue cuando el trueno casi nos dejó sordas.

Mi mamá decía que había que quedarse ahí, tapaditas las dos, que el abuelo le había advertido que teníamos que esperar.

—Cuando haya pasado, lo sabremos y ahí nos paramos y caminamos; pero por nada del mundo se te ocurra mirar para atrás —me decía mientras me abrazaba y tiritaba. ¡Me acuerdo y se me revuelve la guata!

Entonces vino el segundo temblor. La crujidera, los animales pegaban patadas en el suelo, cerré los ojos y los apreté, de nuevo, la luz era tan fuerte que me hizo sentir como si me hubiera atravesado los párpados; creí que había quedado ciega. Comenzó a llover muy fuerte, un aguacero que no habrá durado más de un minuto o dos. Mi mamá lloraba en silencio y nos mojábamos. Por debajo del poncho era como si estuviéramos sentadas en una acequia. El agua se apozaba; fue cuando sentimos una mano que nos tomaba del brazo, para ayudar a pararnos. Nos destapamos y el abuelo nos había alcanzado, no sé si habrá sido por el encandilamiento, pero creo que él brillaba un poco. Mi mamá lo abrazó muy fuerte, yo me puse entre los dos y no entendía qué era lo que había pasado. La nube se fue disolviendo, volvió la luz suave del atardecer, los animales se reagruparon y todos caminamos por un largo rato en silencio.

Desde ese día la gente comenzó a ir a la casa, y también venían de otros lados a verlo, como si se hubiera corrido la voz de lo que nos había pasado. Incluso, desde Argentina, llegaban parientes que nunca había visto. Nos invitaban a los pagos, a la tierra y a los floreamientos, él challaba²⁰ las casas y los vehículos, daba remedios para los dolores y los males de todo tipo. Aconsejaba sobre qué y cuándo sembrar”.

La señora Lavinia, de un momento a otro se quedó muda, como secuestrada por sus pensamientos. Creo que se preguntaba si yo era digno de conocer esa historia. En mis ansias de saber más le pregunté:

—¿Y usted alguna vez sintió que también lo recibiría?

—Yo no quise. Estuve cerca; uno debe tener la voluntad de ser Yatiri, claro que la tierra no distingue entre hombres o mujeres. Es algo que se transmite por familias. Le tocará a algún hijo o a alguna nieta; todo a su tiempo.

Y, desde ahí, no dijo más. Solo al despedirse, con un abrazo tierno, me dio las gracias por haberla llevado a su casa y dijo:

—No acostumbro a contar lo que le dije, pero las cosas pasan por algo; no es que sea un secreto, quizás, en algún momento, usted se va a acordar de mí, de mi abuelo y de esta tierra. ¡Venga a verme! Y, en una de esas, lo llevo a pastorear con nosotros... si hace méritos.

Fue como si me hubiera leído la mente. Después de haber escuchado su historia, era como un sueño poder caminar por varios días y noches junto a ella y sus animales, compartir un mate bajo las estrellas y unas churrascas²¹ al calor de una fogata, donde quizá me contara más de sus andanzas, de su abuelo, de las yerbas altiplánicas, de sus ancestros y la vida en el salar.

²⁰ Challa o ch'alla: en lengua aymara significa rociar con una bebida alcohólica objetos nuevos o bienes recién adquiridos, como ritual de ofrenda a la madre tierra o Pachamama (nota de la edición).

²¹ Churrasca: pan que se hace en la sartén o en la parrilla (nota de la edición).

Oasis

Ricardo Díaz Fredes

Primer lugar regional

La Serena

39 años

Me subo rápido al bus y me acomodo en el primer asiento. Todos se dan cuenta de mi presencia y empiezan a quejarse con el chofer.

—¡Bájelo! Pero ¡cómo es posible! —dicen.

Prefiero dejar de escuchar e ir viendo las marcas que el embalse dejó en el cerro. En vez del cuchicheo sanguinario, prefiero ver cómo las cabras hurguean entre cada piedra, para ver si encuentran algo. Seco, todo seco. Así también nos quedamos nosotros.

Si hace cuatro años lo hubiese sabido, quizás no me hubiese venido. Hubiese seguido revisando pruebas los fines de semana y aguantando las faltas de respeto.

—Profesor, usted es joven. Aproveche esta oportunidad —me dijo una colega. Y claro, si no la hubiese aprovechado tampoco le hubiese conocido.

Llegué poquito antes del dieciocho. Nunca supe qué pasó con la directora anterior, pero tampoco pregunté mucho. La escuela cada vez tenía menos alumnos. La gran mayoría prefería irse a Ovalle, así se preparaban mejor para el liceo. Eso decían. Al llegar, el centro de apoderadas me organizó un almuerzo. La cazuela era contundente y, primera vez, que veía tantos colores en una ensalada. Alguien trajo macho ruso²², nunca había probado cosa más rica. La gente quería conversar, saber de mí. Incluso me regalaron unos rayitos de sol, para plantar en mi nueva casa. Varias personas también llegaron con huevos y tortillas.

En las primeras semanas intenté resolver el desorden administrativo.

—Por eso no llega plata del Ministerio —pensé.

Cajas y cajas de libros sin abrir, falta de planificaciones y casi la mitad del primer ciclo, sin saber leer, era parte del panorama. En clases, apenas hablaban. Más por timidez que por falta de entusiasmo. De a poco se fueron soltando y participando más. Puse a Gabriela Mistral como centro de toda la enseñanza. Un poquito de amor y todo se logra, les dije. Se animaron. Empezamos a hermohear la escuela, que no se notara la falta de agua. En eso estábamos, cuando me di cuenta de que por más que avanzábamos, había varios que faltaban a clases. En ese instante decidí ir a buscarlos, uno por uno. Atravesé un par de cerros y, en otros casos, me llevaron en una camioneta. Casi todos se comprometieron a ir. Pero me faltaban las Gallardo.

²² Macho ruso: postre chileno que se prepara con harina o sémola; también se le denomina mazamorra (nota de la edición).

Ese día fui solo. A diferencia de todas las otras casas, que estaban en altura, ésta emergía de una quebrada. Desde arriba parecía un oasis. Al frente, a modo de muro, había varios quiscos²³. La casa era de madera y estaba pintada de verde, como gritando por agua. Bajé como pude entre las piedras y me salieron dos perros. Pensé que me iban a atacar, hasta que alguien los llamó. Le expliqué a qué iba y me hizo pasar. La casa estaba llena de objetos de madera. Mesas, sillas, repisas con libros, muebles de cocina, cuadros. Hasta vi un reloj con la figura de un caballo tallado. Y comenzamos a hablar. Se había quedado viudo hace cinco años y las dos niñas pasaban la mayor parte del tiempo a cargo de él. El resto de los familiares vivía en Combarbalá. Estuvimos hablando por casi dos horas. Las pequeñas jugaban ahí mismo. Marco debía bordear los cuarenta años y tenía dos grandes surcos en el entrecejo. Hablaba pausado, seco y con un tono que decaía al final de cada palabra. Como con un dejo de tristeza.

Al día siguiente, las niñas se reintegraron y la escuela pareció florecer, luego de la monotonía en que estaba al recibirlas. Armamos un huerto y luego empezamos a hacer compost con gusanos. Eso motivó a los papás, quienes empezaron a replicarlo en sus casas. Para las composteras le pedí ayuda a Marco. Vino un par de días a hacer lo que tenía que hacer. Trabajaba concentrado y en silencio, como si evitara invadir el espacio de otro.

Un día nos dimos cuenta de que unos materiales no eran los que habíamos pedido y me acompañó a buscar la boleta a mi casa. Se sentó en el *living* a esperar, mientras yo revisaba los papeles. Le hablé de cuánto me había gustado la comida de la zona. Le dije que mi familia era del norte, que estaba acostumbrado a lo seco, que tenía pocos amigos y que nunca había estado en pareja.

—Pero tan simpático que es *usté*. Y habilidoso. Le gusta leer y eso yo lo admiro mucho. No hay como una cabeza que piensa. De más que alguna chiquilla por ahí se le hace la simpática.

Al decir *chiquilla*, fue la primera vez que, luego de dos meses, me dije a mí mismo: “¿qué vine a hacer aquí? Habiendo tanta ciudad grande me vine a meter donde nunca me van a querer y me van a apuntar con el dedo”. Pareció como si me hubiese leído el pensamiento o como si los músculos de mi cara le hubiesen hablado, porque me pidió que me sentara.

—Pero si a *usté* le gusta otra cosa, no pasa nada. Aquí nadie lo va a juzgar.

A mí, la escena me descolocó. Había hecho el intento de conocer otros hombres, pero solo había quedado en eso. Un par de aproximaciones que se diluían en el tiempo. Al subir al bus, para venir a estas tierras, había sentido que de sopetón le cortaban la flor a la rosa y que solo me quedaba con las espinas. Luego tomó una de mis manos y la acarició con sus dedos. Sus manos eran grandes y ásperas. Yo sentí cómo me ardía la cara y se me aceleraba el corazón. Solo lo miraba. Después acercó sus dedos a mi mejilla y con ellos recorrió mi rostro lentamente. Sus ojos le brillaban y parecía como si los surcos de su entrecejo hubiesen desaparecido. Hasta que me besó.

²³ Quiscos: planta arbustiva-arborescente endémica de Chile (nota de la edición).

Pasaron dos semanas y no supe nada de él ni de las niñas. Ni siquiera quise preguntar. Una tarde, mientras leía *Los sonetos de la muerte*, tocó la puerta de mi casa. Venía con una mochila y una bolsa con verduras. Me contó que la abuela de las niñas estaba enferma y que, aprovechando que toda la familia había viajado para verla, él las dejó al cuidado de sus hermanas. Fue una semana de ensueño. Marco sabía cocinar muy bien. Me enseñó a preparar cazuelas, humitas, pastel de choclo y, por supuesto, macho ruso. Un día también llegó con unos frutos del chañar, que sabían muy bien al paladar. Arribaba cuando todo estaba oscuro y se iba antes de que aclarara el sol.

Y así, ingeniándonos para que las niñas nunca se enteraran, pasaron cuatro años. Nos conocíamos muy bien y nos entreteníamos conversando, leyendo y cocinando. Las niñas y niños se veían felices y hasta tres veces viajamos a La Serena a recibir unos reconocimientos.

Pero, claro, así como el desierto parecía avanzar más y más, la sequía también llegó a nuestras vidas. Alguien lo vio salir de mi casa y lo vio hacer el gesto que siempre hacía al despedirse: acariciar mi mejilla. Y vino la debacle. Al cabo de unas horas la gente se agolpó afuera de mi casa exigiendo mi renuncia. Degenerado, abusador, bosta. Eso por lo bajo. Pasaron tres días y decidí tomar la decisión luego de que alguien se atrevió a lanzar una piedra hacia mi ventana y otra persona la siguió.

Marco me llamó una mañana y me dijo:

—Mi chiquito, me voy con las niñas a Combarbalá. La gente del pueblo no nos va a dejar tranquilos hasta hacernos daño. Cuídese. Ya nos volveremos a ver.

No. Yo sé que no es verdad. No nos volveremos a ver. Desde la ventana del bus prefiero mirar ese gran cielo azulado a creer que nuestra historia continuará. Prefiero ese cielo libre, que se ve aún más majestuoso al contrastar con el café de las montañas onduladas. Prefiero esa pequeña nube blanca sobre el embalse mortecino a las palabras como espinas que provienen del interior del bus.

La cabra con sombrero

Rodrigo Arriagada Jorquera

Segundo lugar regional

Punitaqui

34 años

La luz del sol del atardecer atravesaba la ventana de una casa de adobe en un rancho, en medio del secano. Atravesaba una ventana de una habitación donde una joven criancera dormía la siesta.

—¡Juana! —exclamó la voz de una anciana postrada desde otra habitación—, despierta niña que ahí vienen las cabras.

—¡Ya madrina! Estoy despierta —contestó la joven Juana.

Juana y su madrina eran los únicos habitantes de ese rancho. Debido a que la joven debía preocuparse de las necesidades de su postrada madrina, ella no podía salir a la pradera a pastorear con las cabras. Por tanto, Juana era una criancera de portón. Criancero de portón, eran aquellos pastores cuya única acción era abrirles el portón a las cabras, ellas salían a pastar, completamente por su cuenta, para regresar de igual manera, una vez satisfechas para irse a dormir. De manera que el criancero solo se encarga de abrir y cerrar el portón.

Esa tarde, Juana había hecho lo de siempre. Abrió el portón y esperó a que todas las cabras entraran para luego volver a cerrar. Una vez en el interior, procedió a contarlas, estaban todas. Posterior a eso, Juana preparó el brasero, para calentar unas churrascas²⁴ y tomar el mate junto a su postrada madrina.

—Juanita, ¿entraste a todas las cabras? ¿Faltaba alguna? —preguntaba la madrina, mientras tomaba su mate, sentada en la cama.

—Sí, madrina —respondió Juana—, no faltaba ninguna.

Juana miraba el fuego de las brasas, mientras un recuerdo divertido volvía a su mente.

—Sabe qué —dijo Juana a su madrina—, hoy día la Amaranta llegó con un sombrero puesto en la cabeza. ¡Quién sabe dónde se lo habrá *encontrao*!

La cara de la madrina se puso pálida y sus manos tiritantes casi derraman el mate.

²⁴ Churrasca: pan que se hace en la sartén o en la parrilla (nota de la edición).

—¡Juana! —exclamó la alterada madrina—, anoche tuve una pesadilla, una cabra con sombrero me decía que si la seguías ibas a morir. No la sigas Juana, ¡prométemelo!

Sorprendida por el extraño comentario, la joven Juana se apresuró a prometer lo solicitado por su anciana madrina. Otra cosa que hizo fue salir a botar el sombrero de la cabra con un palo, para luego proceder a quemarlo. Al día siguiente, Juana inició su rutina diaria abriéndoles el portón a las cabras. Todas salieron en orden hacia la pradera, que las lluvias de invierno habían transformado en un verde tapiz hasta donde alcanzaba la vista. También salió Amaranta; criancera y cabra se miraron fijamente por un momento, mientras se alejaban en direcciones opuestas. La tarde había llegado y Juana fue a cumplir la rutina diaria de abrirles y cerrarles el portón. La Amaranta fue la última en entrar, esta vez, no tenía sombrero, pero, Juana notó algo en su cuerno, algo brillante. Era una cadena dorada, oro probablemente, que relucía su brillo al contacto con el sol. La joven tomó la cadena y fue rápidamente donde su madrina.

—¡Madrina! ¡Madrina! —exclamó Juana—. Mire lo que la Amaranta trajo ahora, una cadenilla de oro.

—¡Juana no la sigas! —dijo la madrina.

—Pero madrina, la Amaranta puede haber encontrado un entierro —respondió la ahijada.

—¡Que no las sigas! —exclamó.

Esta vez, Juana no botó ni quemó la cadenilla, pero si la guardó en una vieja Biblia, temiendo que esto pudiera ser cosa del demonio. También pensó encerrar a la pobre cabrita, sin embargo, esta no era culpable de ello, simplemente no debía seguirla.

Al tercer atardecer, Juana abrió el portón para que las cabras entraran. Esta vez, Amaranta llevaba un reloj de bolsillo, amarrado por su cadena alrededor de su cuello. Sin decirle nada a su madrina, Juana tomó la decisión de seguir a la cabra al próximo día, no sin antes ir preparada con un cuchillo en la mano.

Al día siguiente, Juana partió al viaje, se fue caminando, justo detrás de las cabras, evitando así conducir las para que ellas solitas guiaran el camino. El lugar al que llegaron era un pequeño valle, nada de especial, donde los animalitos comían y jugaban, subiendo y saltando de algunas rocas en la pradera. De pronto, una de las cabras se empezó a alejar del grupo, la Amaranta, quien caminaba hacia unas grandes rocas. Juana la siguió sigilosamente, cuchillo en mano, para encontrarse con una extraña sorpresa.

Frente a ella aparecía un caballo muerto, casi putrefacto, tirado entre las rocas. Pero acercándose más se podía apreciar ¡un hombre! Un hombre moribundo, cuya pierna estaba apresada por el cuerpo del caballo. ¡Quién sabe cuántos días habría estado en esa condición!

Quien sabe qué razones hacían que la cabra se acercase a él, y el hombre, que había visto que la cabra volvía sin las pertenencias que le pasaba, trataba de darle más, hasta que vio a la mujer. Rápidamente sacó de su chaqueta la carabina Winchester²⁵ recortada, más conocida en el mundo del hampa²⁶ como *choco*. Juana rápidamente intuyó que no se trataba de algún demonio, pero casi, porque este hombre era un forajido, y nada se podía hacer en un duelo entre un cuchillo y un *choco*. Sin embargo, el sujeto bajó su arma y sincerándose en su sufrimiento le dijo:

—Por favor, ayúdame.

Juana recordó la advertencia de su madrina y pensó que si le ayudaba moriría, pero para Juana ya era tarde. Se había enamorado.

²⁵ Winchester: frecuentemente empleado para describir cualquier fusil con acción de palanca fabricado en los Estados Unidos (nota de la edición).

²⁶ Hampa: conjunto de los maleantes, especialmente de los organizados en bandas y con normas de conducta particulares (nota de la edición).

Morir en agosto

Juan Cuevas Maldonado

Tercer lugar regional

Salamanca

50 años

Parado en el borde de la cuneta, el niño mira fijamente el agua que ha vuelto a correr por las acequias.

Se pone de rodillas para analizar los riscos escarpados y accidentes geográficos de este prolongado cañón, cuya rectitud lo proyecta flanqueando las veredas luminosas de la primavera, desde la entrada de su pueblo, hasta las entrañas del molino, donde, a su juicio inocente, debían ir a correr todas las aguas del mundo; de otro modo, sería imposible mover aquella rueda gigantesca de pesada mansedumbre, que molía los sacos de grano amontonados por las carretas peregrinas en la entrada de la edificación más grande que se recortaba en el horizonte de casitas.

Una vez reconocidos todos los contrastes y peligros de los rápidos perfilados entre los borbotones del agua corriendo, el niño toma su pequeño barquichuelo, hecho de trozos alargados de madera podrida, más un palo de helado, a la manera de mástil sin velamen desplegado, y suavemente lo deposita en la superficie caudalosa, para largarse a correr, siguiendo su desdichada travesía, y sin perderlo de vista ni por un segundo. Avanza sabiendo que debe sortear tramos torrentosos, casi como caídas libres, o verse frenado bruscamente por arremolinados encuentros con otros afluentes, descolgados de calles trasversales a la principal, donde transcurría el viaje heroico del niño y los tripulantes de su embarcación que, como siempre, buscaron guarecerse en alguna ensenada más tranquila, esperando que las vecinas terminaran de mojar su acera con un tarro, como bailarinas esparcidas erráticamente en el filo de la tarde, ejecutando una coreografía tortuosa, milenaria, pensativa.

Cuando todo esto ocurría, la navegación se hacía inviable, pues, al mismo tiempo, era común la basura acumulada en los rincones, que provocaban inundaciones peligrosas en el intrincado sistema fluvial que constituían las acequias. El agua esparcida por la vía se transformaba en océanos inestables, toda vez que los escasos vehículos que por ahí pasaban, levantaban oleajes que hacían tambalear cualquier embarcación, sin importar su calado, y que llevaban las naves a mar abierto y a la incertidumbre, donde una micro, un caballo o lo que fuese, significaba la zozobra y pérdida total. Así las cosas, y teniendo a la vista un largo historial de naufragios previos en su hoja de vida, al desviarse el precario esquife hacia los confines de la calle inundada, el niño, sin titubear, puso los pies en el agua, para salir en rescate de los suyos, perdiendo una chala en la maniobra, ya sin un tirante, para mantenerse unida a su moreno piececito izquierdo.

Entonces, hubo que hacer puerto, obligadamente en Bruno Larraín con Bulnes. Allí rescató la *condorita*²⁷ y siguiendo los consejos de su *papi*, con un alambre trató de unir el tirante a la base de la chala, única manera de prolongar en algo la vida de este peculiar calzado de goma

²⁶ Condorita: calzado ligero similar al usado por Condorito, popular personaje de revistas hasta la década del 90 (nota de la edición).

y poliuretano. Pero el arreglo provisorio traería consecuencias: a poco andar, una laceración punzante se iba abriendo paso progresivamente en el pie, provocando sangrado profuso, lastimando el caminar, que se hacía cada vez más dificultoso. Sin embargo —no cabía duda de aquello—, debían retomar el rumbo, de manera que, sin pensarlo dos veces, ordenó hacerse otra vez a la travesía con una tripulación, francamente, a mal traer, hambrienta y con profundas heridas en la base de su pie izquierdo.

En todo caso, un clima maravilloso acompañaba la navegación y la suave, pero constante brisa, empujaba las velas hinchadas en barlovento. Todo marchaba muy bien, a pesar de los embates que hubo de sortear y de las pérdidas naturales que surgen en las circunstancias en que se persigue semejante empresa.

Y hacia el sur poniente, el gran edificio del molino se mostraba radiante cuando el sol daba en contra de sus latas de zinc, que rodeaban todo el corte superior antes de llegar al techo. Las variaciones de la penumbra en su cúspide indicaban que la gran rueda de piedra del molino se había echado a correr movida por la fuerza constante del caudal, liberado al fin de sus ataduras, donde permanece cautivo, allá lejos, en las montañas inexpugnables y legendarias del valle. Hogar de dioses antiguos y vengativos.

Sin embargo, un acontecimiento inesperado hizo sobresaltar su pecho y, como si fuera un mal augurio, se presentó ante el joven capitán, con la crudeza de la certidumbre en las circunstancias en que el final se acerca irremediablemente. Como un pájaro negro que anunciaba la tragedia y la desgracia, allí, a menos de una cuadra, un cortejo fúnebre populoso llevaba en andas a un muerto ilustre con sus deudos a la zaga, ocupando la calle de lado a lado, de babor a estribor.

Y como el río y la muerte corren en una misma dirección, el encuentro inevitable con la multitud sufriente sucedió, sin más tardanza que la velocidad con que el agua corría por la acequia a encontrarse con la parsimonia dolorosa de la procesión funeraria. Una marejada, un oleaje pintoresco de personajes se le fue *pa'* encima al niño, que veló por su embarcación y los suyos hasta el último momento, esquivando piernas de soldados, caballos, culebras gigantes de escamas tornasoladas, faldas de colores como el fuego salpicadas por el barro, y hasta una jauría de cuatro perros bravos, que se peleaban entre sí, baboseando mientras eran conducidos por un gigante corpulento, que los llevaba bien sujetos a un manajo de cadenas. Todo llegó a su fin en los momentos en que una bota grande y siniestra terminó por pisotear el mástil principal de la nave, que había capotado violentamente en las aguas revueltas de barro y arenilla. Una mano gruesa y anciana le ayudó a pararse del charco de barro, en donde había ocurrido el catastrófico naufragio, mientras desde arriba, como desde el cielo arrebolado de agosto, la voz se dejó caer sobre los hombros de su derrota, diciendo:

—¡Arriba, capitán! Es conveniente mostrar el mayor de los respetos cuando el *fnao'* es uno mismo y va su cuerpo avanzando por el camino de flores que lleva al cementerio.

Todos en el cortejo, incluyendo a los músicos de la banda, cojeaban de su pie izquierdo.

Los Vilos

Marcos Toncel

Mención honrosa

Los Vilos

16 años

Había una vez, en un pequeño pueblo llamado Los Vilos, en la costa central de Chile, un grupo de personas muy especiales conocidas como *los vilos*. Eran seres mágicos y misteriosos que vivían en armonía con la naturaleza y el mar.

Los vilos eran famosos por su profundo amor y respeto por el océano. Cada mañana, antes de que el sol se elevara sobre el horizonte, se reunían en la playa para dar las gracias al mar por su generosidad. Cantaban canciones suaves y bailaban al ritmo de las olas, mientras el agua acariciaba sus pies descalzos.

Un día, una gran tormenta se desató en Los Vilos. El viento soplaba con fuerza y las olas golpeaban furiosamente la costa. *Los vilos* se preocuparon profundamente por el mar y decidieron hacer algo para ayudarlo.

Convocaron a una reunión especial en la playa y, juntos, idearon un plan para calmar las aguas. Uno de *los vilos* más sabios recordó una antigua leyenda, que hablaba de una concha mágica, que tenía el poder de tranquilizar a las tormentas.

Determinados a encontrar esta concha mágica, *los vilos* se adentraron en el mar. Nadaron más y a mayor profundidad, hasta que, finalmente, encontraron la entrada a una cueva submarina. Allí, en el fondo del océano, descubrieron una hermosa concha dorada, brillante como el sol.

Con cuidado, *los vilos* tomaron la concha y la llevaron a la superficie. Al llegar a la playa, soplaron suavemente sobre ella y, al instante, el viento se calmó y las olas se tranquilizaron. La tormenta desapareció y el mar volvió a su estado sereno.

El pueblo de Los Vilos celebró con alegría y gratitud. Sabían que su amor y cuidado por el mar habían sido recompensados. Desde entonces, *los vilos* se convirtieron en los guardianes del océano y cada generación renovaba su compromiso de proteger y preservar la belleza natural que los rodeaba.

Los vilos continuaron viviendo en armonía con la naturaleza y enseñaron a las personas de otras comunidades a amar y respetar el océano. Su historia se transmitió de generación en generación, recordando a todos la importancia de cuidar nuestro entorno y vivir en equilibrio con la naturaleza.

Y así, el legado de *los vilos* de Chile perduró a lo largo del tiempo, recordándonos que somos parte de un vasto y precioso mundo natural que merece nuestro amor, respeto y protección.

El de la carretilla

Kristina Slipchenco

Segundo lugar regional

Quilpué

40 años

Tantas historias que hay en nuestra tierra, historias dignas de contar y ser escuchadas; una de esas es la que hace mucho tiempo escuché en la quebrada. Ahí siempre estaban los *huasitos* tomando vino; venían a la posada del huaso Araos a tomar chicha, vino y a comer empanadas. Toma que toma, y siempre se ponían a contar chistes. Entre bromas, siempre salía la historia de “*el de la carretilla*”, un chiste para asustarlos y que no tomaran tanto.

Dice el mito popular que aquel huaso que toma tanto y que queda inconsciente, podía ser llevado por “*el de la carretilla*”, aquel hombre que los lleva a un lugar muy alejado para hacerles de todo; tema muy delicado para todos los hombres, los bien machos del sector. Claro, un hombre que se lleva a otro hombre... Me imagino que si fuera una mujer la que los llevara, todos se pondrían a tomar para quedar inconscientes y ver si los raptaban. El asunto es que, en realidad, entre ellos, el tema de la violación propiamente tal pasaba a un segundo plano en el chiste y en las historias en general. Sobre todo, si fuera por una mujer.

—Adelante nomás, lléveme señora —dirían. —¡Haga conmigo lo que quiera!

Pero aquí, el caso era diferente. Era un hombre el que los llevaba. Por lo tanto, perdían toda su dignidad masculina y se creía que, al regresar, tal vez ya no serían los mismos hombres de siempre, ya no serían tan hombres...

Además, el chiste popular decía que un día, a un *huasito*, se lo llevó inconsciente el hombre de la carretilla. El huaso, se cuenta, que se despertó justo cuando estaba en la carretilla y se lo estaba llevando. Espantado, le preguntó al hombre a dónde lo llevaba, a lo cual este contestó:

—¡No amigo! ¡Ya lo traigo de vuelta!

Y de tanto escuchar el cuento y ver a los *huasitos* siempre quedar borrachos de todos modos, me dieron muchas ganas de hacer una broma al Chago, *huasito* emblemático de la quebrada: buena voluntad, trabajador, siempre de buen humor, siempre dispuesto a ayudar y, sobre todo, a tomar. Muy bueno para el vino por la mañana, para arreglar el pulso.

Increíblemente, Chago podía llegar por la mañana, pésimo. Se sentía muy mal, temblaba entero y llegaba pidiendo su cañita de vino, para arreglar el pulso. Dicho y hecho, en la quebrada es como si algunos *huasitos* tuvieran vino tinto en las venas en vez de sangre. Se tomaba su cañita y el pulso se arreglaba. Dejaba de temblar y quedaba como nuevo.

Nuevamente a trabajar al cerro, todo el día y, lógicamente, en la tarde, ya de bajada, de nuevo pasaba por su vinito, para aclarar la garganta, después de todo el calor del día. Ahí se sentaban los *huasitos* con huevos duros, pan y vino, y así pasaban horas y horas.

En uno de esos días fue que se me ocurrió hacer la broma de la carretilla. Me puse de acuerdo con otros cabros²⁸, para que me ayudaran. Una vez que el Chago ya estaba inconsciente, lo metimos en la carretilla y me lo llevé para el cerro. Imaginaba cómo despertaría y todo lo que se imaginaría al estar en la carretilla. De la pura maldad, me daban más fuerzas para seguir caminando. Era bastante pesado el Chago. Dormía a pata suelta en la carretilla. No sabía de sí mismo. Lo malo es que el camino era muy irregular y realmente estaba pesado. Así que se me dio vuelta el pobre Chago en un zanjón que estaba en el camino. No tuve la fuerza para mantener el equilibrio con la carretilla y se fue con *borrachín* y todo al zanjón.

Esa sí que fue proeza: poder sacarlo. Quedó todo machucado y sucio el pobre Chago. Como pude, lo volví a subir a la carretilla y lo dejé ahí nomás, metido entre el zanjón y el camino, durmiendo en la carretilla. No tenía forma de poder volver a sacarlo con la carretilla para el camino. Así que me devolví a la posada, donde les conté a todos lo que había pasado.

Al otro día estábamos todos pendientes de cómo iba a llegar el Chago. ¡Cómo nos reiríamos de él diciéndole que se lo llevó “*el de la carretilla*”! Era el chisme de todo el mundo, el chiste para el Chago.

Pero ese día el Chago no llegó.

Bueno, cosas que pasan. Seguramente se debe haber quedado trabajando o haciendo sus cosas en la casa. Es normal que, en algunas ocasiones, no pasara a tomar a la posada. Pero en la tarde, ya de todos modos, estábamos algo inquietos. Nadie lo había visto. Incluso, al día siguiente, el Chago no volvió.

Ya la gracia del chiste se nos había olvidado a todos y estábamos preocupados. ¿No se habrá enfermado el pobre con el frío de la noche?

Después de unos días apareció el Chago y nadie se atrevió a decirle nada. El chiste y la historia quedaron en silencio y se guardaron como un recuerdo, que nadie se atrevía a comentarle. Pobre Chago, realmente debe haberlo tomado muy en serio. Estaba cabizbajo, triste, con la moral destruida, con su hombría por el suelo.

Y no es para menos, si se lo había llevado “*el de la carretilla*”.

²⁸ Cabros: refiérese coloquialmente en Chile a niño, joven (nota de la edición).

El regalo

Rose Butto Gallardo

Tercer lugar regional

Cartagena

58 años

—**C**armen, ¿te acuerdas?—pregunta Manuel a su esposa mientras compartían una taza de té junto a su hijo Francisco de siete años.

—¿Qué debo recordar? —contesta Carmen con una sonrisa, mirando a los ojos a su amado Manuel, con la misma delicadeza de años pasados.

—Recuerdas cómo me esmeré para que te fijaras en mí, me costó bastante trabajo, porque no mirabas a ningún chico. ¿Y aquel caballo con el que solía pasear por tu casa?, apenas podía montarlo, Flecha era su nombre, porque corría velozmente y más de una vez me tiró al suelo. Era un poquito más grande que tú Francisco, ya sabías montar, sembrar la tierra, cosechar las grandes lechugas de tu abuelo y las vendía, para tener algo de dinero con que comprar un regalo a tu madre. Lo que más le gustaba, eran las flores, solía llegar hasta la puerta de su casa, con un ramo, no sabes lo bien que se sienten las mujeres cuando te ven con flores en las manos, así enamoré a tu mamá, montando mi caballo, una caja de bombones y hermosas rosas de todos colores que tu abuela cuidaba con tanto esmero.

Carmen sonríe rememorando aquellos tiempos y le comenta a su hijo de los magníficos y dichosos momentos de su vida. Esta charla tan emotiva, ocupó casi toda la tarde de aquel día. Los padres de Francisco eran dueños de una parcela en la hermosa localidad de Lo Abarca, que se encuentra muy cerca de Cartagena. Contaban con grandes sembradíos de lechuga costina, las que comercializaban en toda la región, siendo estas las de mayor tamaño y delicioso sabor. Se destacaban por sobre las demás y, en más de una ocasión, habían obtenido premios y merecidos reconocimientos durante la Feria Agrícola, que se realiza en el mes de febrero.

Teresa se encontraba de paseo junto a sus padres en Cartagena. Eran los últimos días del mes de abril y se habían enterado de que, en esta fecha, se realizaba la Fiesta del Vino en Lo Abarca. Decidieron recorrer, por primera vez, aquella zona tan sorprendente, visitando y conociendo sus lugares turísticos, que los llenarían de asombro. Antes de ingresar a Lo Abarca, se encontraron con el hermoso Cristo de la Bienvenida, cuyo crucifijo mide cerca de tres metros, luego la medialuna, donde se celebran Fiestas Patrias. Pronto llegarían a la plaza, sorprendiéndose con la parroquia Purísima Inmaculada Concepción, la más antigua de San Antonio, a su lado, el Museo Parroquial, a pocos pasos, la Escuela Carmen Romero Aguirre. Hermosos murales de mosaicos cargados de historia que adornan sus alrededores. Finalmente, se encontrarían con la viña, que ofrecía una gran variedad de vinos.

Caminaron nuevamente hacia la plaza, donde se encontraban puestos de artesanos, degustaron varios vinos y observaron algunos coches tirados por caballos, lo que les resultaba algo realmente asombroso, pero más admirable fue, el saber que aquellos percherones eran los que, en Domingo de Resurrección, junto al cura y más de cien huasos, llevan la comunión a los enfermos, durante la fiesta de Cuasimodo.

Una muy risueña señora de largos cabellos blancos y de pequeña estatura, vendía algodón de dulce, ofreciéndolo a los niños. Su agradable aroma a caramelo había logrado atraer la atención de Teresa, quien no dudó en pedir a sus padres que le compraran el más grande que había en el carrito. En ese momento, llegó Francisco acompañado de sus padres, quienes también disfrutaban de estas fiestas tradicionales. En ese momento, ambos pequeños cruzaron sus miradas, comenzaron a jugar y muy pronto se hicieron amigos.

Compartieron una tarde de bastante entretención junto a los niños que visitaban el lugar, mientras los adultos se dedicaban a recorrer los puestos de artesanía, adquiriendo algunos recuerdos y productos del valle. Francisco miraba tiernamente a su nueva amiga Teresa, quien solo estaría aquella tarde en Lo Abarca.

Francisco pensó una y otra vez, qué podía obsequiarle antes de que se fuera. En ese momento, recordó la conversación de sus padres, lo que le gustaba a su madre, las flores que cultivaba su abuela.

Había llegado el momento en que Teresa debía partir. Francisco corrió lo más rápido que pudo, cayendo varias veces al suelo, pero logrando levantarse e incorporarse, para seguir corriendo. Llegó hasta su casa, recorrió la parcela una y otra vez, buscaba algo, pero algo especial, tan especial como lo que su padre regalaba a su madre. Miraba hacia abajo, tocaba la tierra, se devolvía, avanzaba, hasta que, de pronto, vio lo que le pareció lo más hermoso, tan bello como las rosas de su abuela.

Corrió camino a la plaza, con la esperanza de alcanzar a Teresa, para entregarle su regalo. Se hacía algo dificultoso transportarla, porque, tapaba su cara, la cargaba con ambas manos y ya comenzaba a pesarle. Una vez en la plaza, miró en todos los sentidos, no podía encontrar a su amiga, buscaba entre la multitud, tenía la esperanza de verla, no quería que se fuera sin antes entregarle su regalo. Hasta que, finalmente, logró encontrarla, los padres de ambos pequeños se miraban y sonrieron.

Francisco, delante de Teresa, le extendió sus manos con un regalo sorprendente, que mientras se lo entregaba, le decía:

—Quiero regalarte lo más bonito, lo más preciado que tenemos, aquello que cuidamos con cariño, al igual que mi papá regalaba las rosas más coloridas de su casa a mi mamá, yo te he traído lo más bello de mi casa, esta hermosa lechuga costina, que es la más grande, la más verde, para que me recuerdes, a través del sabor de Lo Abarca.

La carreta invisible

Milka Caroca Lazo

Segundo lugar regional

Lampa

64 años

Siempre recuerdo las historias que nos contaba el tío Diego, en aquellos momentos tan entretenidos de la sobremesa, después de las onces²⁹ que la tía Sonia servía para toda la familia, en el comedor de aquella vivienda típica del campo de Noviciado, allá por los años setenta, en la época en que él era administrador de una parcela del lugar.

Eran los tiempos de producción de mucho trigo y alfalfa, sin dejar de mencionar los muchos metros de huerto que tenía la casa donde él vivía con su familia, su esposa Sonia, sus cuatro hijas y su único hijo. Allí había varios nogales, en cuyas gruesas ramas de uno de estos, se habían instalado las cuerdas de un gran columpio, para que mis primas jugaran a sus anchas.

Yo adoraba a mis tíos. Solía pasar todas las vacaciones de verano con ellos, porque la vida en el campo tenía un particular encanto para alguien como yo, que solía vivir afectado por la mala calidad del aire santiaguino, y ya se me anunciaba el asma en ese entonces, que hasta el día de hoy me quita la libertad para respirar como quisiera. Creo que nunca estuve en Santiago algún día de las vacaciones de verano; terminadas las clases, echaba algo de ropa en un bolso y me iba a Noviciado a disfrutar del sol, del aire y del cariño del tío Diego, la tía Sonia, de mis primas y de Diego chico, mi primo. En el huerto de la casa había un gran parrón de uvas negras, más de un naranjo y varios durazneros, sin dejar de mencionar las melgas de los tomates, los choclos y los porotos verdes, productos agrícolas que eran solo para el consumo de la familia.

Fue en una de las sobremesas, durante el mes de enero, oportunidad en que el tío nos habló de aquella carreta con ruedas de madera que metía mucho ruido al pasar por el camino frente a la casa, provocando la reacción inmediata de los perros, cuyos ladridos se confundían en la negra noche con los sonidos de los cascos de los caballos, de las ruedas sobre las piedras del camino y de las gruesas cadenas que parecía ir arrastrando.

Fueron muchas las veces que aquella carreta rompió el silencio de la noche y provocó la curiosidad de los lugareños.

—¿Escuchó anoche la carreta, compadre? —solían preguntarse unos a otros. Pero ninguno se había atrevido a desafiar la oscura noche para salir a presenciar el paso del viejo armatoste con ruedas.

²⁹ Once: coloquialmente en Chile hace referencia a tradicional comida servida a media tarde-noche (nota de la edición).

El tío Diego era el más intrigado por saber qué tipo de carreta producía aquellos sonidos y, a pesar de que tía Sonia no aprobó su deseo de ir afuera, a averiguar cómo era el asunto, igual esperó pacientemente los primeros sonidos del paso de la carreta, alrededor de la medianoche. Se sentó sobre la gran piedra que colindaba con el camino de tierra, a unos cincuenta metros de la casa y abrió mucho los ojos, para no perder detalles de lo que fuera que viniese por el camino.

Pero cuánta no sería su sorpresa, pues al cabo de un rato sufrió el gran impacto que lo dejó muy asustado, porque, a pesar del ruido provocado por las ruedas de la carreta, por los cascos de los caballos y por los sonidos de cadenas raspando la tierra, no vio evidencia alguna de carreta ni de un carretero que la guiara, a pesar de que los perros continuaron un gran trecho ladrando y mordiendo el aire.

Uno de los animales, aullando y llorando de susto, de pronto se devolvió y fue a buscar refugio entre las piernas del tío, quien, estupefacto, se había puesto de pie. Apenas podía creer que se tratara de una carreta fantasma. Pensó en robarle una lágrima al perro, para colocarla dentro de su propio ojo y lograr ver aquella oculta realidad, a través de ese cristal acuoso, pero enseguida escuchó la voz de la Virgen María, que le decía que no tuviese miedo, que dejara así las cosas y que ella siempre lo iba a proteger.

Al otro día, el tío Diego construyó una pequeña representación de la Gruta de Lourdes en el espacio destinado al jardín de la casa. Y allí solía reunirse la familia a rezar en las tardes, especialmente durante el Mes de María, período en que la gruta era adornada con muchos nardos y lirios blancos.

Nunca más se escucharon los ruidos de una vieja carreta que pasara frente a la casa del tío, ni tampoco hubo ladridos en Noviciado, en medio de la noche...

Agapornis

Tomás Piñones

Tercer lugar regional

Santiago

33 años

— Ya, pero muestra *po*.

—No, si no puede.

—Sí, sí *podís*. Dale. Muestra.

—Ya, pero *quéate* piola.

El agapornis³⁰ tocó la planta. Las hojas, que estaban mustias y alicaídas, se levantaron lentamente. El tallo recuperaba su color vital. Pasó un minuto entero y la planta parecía como si hubiera despertado de un sueño largo, como desperzándose ante los rayos de un sol que tenía el nombre de nuestro amigo.

¿Cómo no nos dimos cuenta antes? Le decíamos así, porque hablaba con los pájaros. Les silbaba con las manos juntas en forma de cuenco y las aves se le acercaban, piaban a su alrededor mientras se posaban en ramas cercanas. También le decíamos así por la forma en la que los agapornis tienen sexo. En un pueblo donde todos los chicos de nuestra edad querían ser burros o toros o potros, para demostrar su valía en la incipiente vida sexual, Agapornis nos dijo:

—Ya, pero cabros, ¿nunca han visto cómo se cruzan los inseparables?

Cuando los inseparables se cruzan, el macho hace una serie de piruetas en el sexo, que no tienen nada que envidiar a un contorsionista de circo. Prueban nuevos ángulos, giran en su propio eje, suben y bajan el cuerpo en una lucha, que evoca el mandato original: sed fecundos y multiplicaos. Agapornis se había ganado su apodo entre muchas chiquillas del pueblo, pero la verdad es que debimos sospechar sobre su naturaleza de tótem místico antes. En el tiempo en que él andaba pololeando, todos los animales de crianza se cruzaban. Su familia, que criaba gallinas ponedoras, no sospechaba la relación entre la libido de Agapornis y la producción exponencial de huevos de las trabajadoras plumíferas.

³⁰ Agapornis: loro de pequeña estatura y gran colorido que se relaciona estrechamente con su pareja, se conocen como inseparables (nota de la edición).

Lo de las plantas también fue una sorpresa para él. Empezó a mostrarnos de a uno, con miedo. Sospechaba que había algo de incorrecto en hablarlo en voz alta. Yo pensé que era tan obvio que daba hasta vergüenza pensarlo como algo real. No hubo varita, no hubo escobas voladoras, no hubo efectos especiales. Solo estábamos tomando cerveza un día y le dije:

—*Vo soi brujo weon.*

Era obvio igual. Siempre dijeron que en Salamanca había brujos. Las historias eran innumerables. Pero nunca habíamos conocido uno de verdad, desde el principio también, desde su despertar brujeril. Nos juntábamos en su patio, conversábamos de boxeo, de fútbol y nos reíamos mientras las gallinas hacían sus cosas al lado nuestro.

—*Vo soi brujo weón.*

Nos habríamos reído si no hubiera sido cierto. Agapornis me miró con miedo:

—¿Y ahora qué hago?

Yo no sé si otros del grupo lo habrán comentado. Quizás nada es secreto realmente en un pueblo como Salamanca, en el que solo hay verdades que se demoran en llegar. Yo nunca dejé de juntarme con Agapornis, incluso en el tiempo en que los otros del grupo se empezaban a aparecer menos y menos en el patio a *chelear*. Un día Agapornis me dijo vamos al cerro. Fuimos, cuando todavía había sol y llegamos a la cima al atardecer. La luz del crepúsculo lo volvía todo de color rojo. Agapornis miraba un cerro menor al frente de nosotros, apuntó con el dedo y preguntó si podía verlo.

—Ver qué —le contesté.

Agapornis me tapó los ojos con las manos. Luego la retiró y dijo:

—Ver eso, ¿lo ves?

Una fila de antorchas bajaba por el cerro. Llamas altísimas, gente a caballo, carretas, figuras largas oscuras con ponchos y chupallas. Era imposible no haberla visto antes. Se escuchaban cantos, se oían tambores, veía las antorchas extenderse por el camino que bajaba desde el cerro hasta una quebrada cercana.

—¿Lo ves? —Agapornis me dijo que estaban cantando su nombre—. ¿Los escuchas?

Lo cierto es que yo no escuchaba nada que él no me dijera que estaba ahí. Si preguntaba por los tambores, yo escuchaba tambores. Si preguntaba por voces, yo escuchaba voces.

—¿Puedes ver hacia dónde van? Vienen hacia acá —a mí me dio miedo.

—No *weón*, no vienen hacia acá, están super lejos no *hablís'* tonteras.

Agapornis me tapó los ojos de nuevo. Levantó la mano y me dijo:

—¿Los ves?

La caravana de antorchas estaba llegando hacia donde estábamos nosotros. Iban cantando super fuerte, iban tocando tambores, iban sobre caballos negros gigantes. Cantaban el nombre de Agapornis, que no es Agapornis, pero ya no me puedo acordar cómo era, porque las palabras se me resbalaban de la cabeza.

—No me *soltís weón*, no me *dejís'* solo acá —le dije.

Las piernas no me respondían. Creo que me meé. Agapornis se puso a llorar y me dio un abrazo, que yo no pude devolver. La caravana estaba pasando alrededor nuestro y yo podía sentir el aliento de los caballos, el calor de las antorchas, las miradas de esa gente con largos ponchos negros. Agapornis me tapó los ojos nuevamente con su mano, la que luego retiró y me quedé allí durante no sé cuánto tiempo, solo y empapado completamente en sudor en medio del cerro, preguntándome cómo se llamaba mi amigo, a dónde había ido y si acaso no era mejor seguir con los ojos cerrados, agradeciendo en silencio que, por suerte, existe lo inexplicable.

Leche clara

Constanza Binimelis Negrete

Primer lugar regional

Machalí

35 años

Muchas veces se ha visto envuelta la vitivinícola de la familia López en accidentes laborales extraños, por no decir curiosos, por más que las autoridades hayan hecho las investigaciones pertinentes, siempre se determina que el fallecido ha muerto por causas naturales. A través de los años no ha pasado desapercibida la cantidad de difuntos; a principios de los noventa, un joven que provenía de Coya se desmayó mientras estaba arriba de una escalera, sacando a un pájaro atrapado en uno de los ventiladores del galpón. La causa de muerte fue un ataque cardíaco; en otra oportunidad, un ingeniero agrónomo, que provenía de Rancagua, murió aplastado por una viga del techo de uno de los galpones, el que se derrumbó justo cuando él iba pasando. La policía dijo que la viga no tenía cómo haberse caído y le echaron la culpa a los de mantenimiento, y así siguieron ocurriendo diversos accidentes de similares características.

La historia de la vitivinícola López se remonta al padre de los hermanos que fundaron dicha empresa. Él fue un humilde lechero que recorría Machalí. Empezó trabajando en la lechería camino a la Hacienda, andaba con su vaca flaca y con el cuero pelado, sobre todo en la zona del cuello, de donde la llevaba amarrada. Se refrescaba junto con su vaca en el riachuelo que separa el camino de la lechería con el pueblo de Machalí, pues recorría el camino Real de la Hacienda varias veces al día. Muchos le decían que no anduvieran tan tarde por ese camino, pues el diablo a veces interceptaba a los hombres solitarios que deambulaban por ahí. Él respondía que les tenía más miedo a los hombres que al diablo y que si le tocaba verlo, lo saludaría como a un viejo amigo y se ponía a reír después de decir eso.

Empezó a trabajar cuando aún era un niño. Nadie sabía muy bien de dónde provenía. Unos decían que había llegado desde Coya a la Hacienda de los Manríquez a trabajar de mozo, otros comentaban que venía de más al sur y que había llegado con sus padres malheridos, que arrancaron de una revuelta en un fundo cercano a San Fernando. Por años se le vio por las calles machalinas, siempre con una sonrisa y una actitud gentil. No solo era conocido por su alegría, sino que, por una curiosidad de su producto, con el que se ganó su apodo. Nadie recordaba su nombre real, todos le llamaban el Leche Clara.

Los campesinos decían que, en fechas específicas, sobre todo en las noches de junio, se internaba por días en el cerro San Juan, luego lo veían bajar más saludable de como lo habían visto subir. Muchas historias rondaban en la figura del Leche Clara. Era un hombre de mediana estatura, contextura delgada, ojos achinados, piel morena y curtida por el sol del Cachapoal. Algunos decía que tenían mucha más edad que la que representaba, pues su imagen vendiendo leche por los pueblos se había hecho de una larga trayectoria. Aun así, el Leche Clara no envejecía

como el resto de los campesinos. Otros aseguraban que el tomar leche, en vez de vino o agua ardiente, lo mantenía joven y que recorrer a pie eternos kilómetros, también lo mantenía en buen estado de salud.

Lo que sí es cierto es que al pasar los años empezó a hacerse una pequeña fortuna, que luego se fue incrementando. Empezó a comprar terrenos, a construir, a vender y así fue amasando un capital a fines de los años ochenta. Siempre fue quitado de bulla³¹, alguien que no lo conociera, jamás pensaría en toda la riqueza que tenía. Se casó solo una vez. Tuvo seis hijos, los cuales, a diferencia de él, sí demostraban lo que tenían; no se dedicaron a la leche, sino que a producir vino. A fines de los ochenta, se instalaron con una empresa vitivinícola, gracias a los ahorros del Leche Clara.

No todos creen en su esfuerzo y ahorros de toda una vida. Comentan que cuando aún era un muchacho y frecuentaba el camino de la lechería, lo escuchaban silbar por las noches. Los más antiguos decían que andaba en busca del diablo y que había hecho pacto con él y, si por si fuera poco, especulaban que la empresa se había podido fundar, y que les había permitido acumular una gran fortuna, debido a los sacrificios. Dicen que cada seis años el diablo viene a buscar lo prometido y que es un trabajador de la empresa de vinos. Aseguran que es el *Cachúo* el que viene a buscar lo que le prometió el Leche Clara, y que ambos se reúnen en una de las cuevas del cerro San Juan. Dicen que las víctimas siempre son hombres jóvenes, solteros y sin hijos, tal como el Leche Clara especificó en su pacto en los faldeos del cerro: soltero, joven y sin hijos; así tal cual, se los lleva.

Hoy se cumplen seis años de la última muerte ocurrida en las inmediaciones de la vitivinícola. Los más jóvenes sienten un nerviosismo al pensar en las historias que cuentan los campesinos del sector. Otros deciden no creer, pero la mayoría toma sus resguardos, inventando una que otra excusa. Lo que no saben, es que el día en que alguien hace un pacto conmigo, consigo el tributo sea donde sea, y aquí estoy, esperando a que el muchacho que pronto va a llegar, prenda el interruptor de la bodega y su corazón se detenga para siempre.

³¹ Quitado de bulla: coloquialmente se refiere a persona reservada; tranquila (nota de la edición).

Vine por la invitación

Edgar Jara Galaz

Segundo lugar regional

Requínoa

40 años

Era 1950. En ese tiempo, yo era chico, si es que acaso tenía quince o dieciséis años, no recuerdo bien. De lo que jamás me voy a olvidar, es de cómo gritaban esos pájaros en la noche y de la cara que tenía el viejo, cuando llegó por la mañana.

En ese entonces, la cosecha de manzanas terminaba la primera semana de mayo. Era costumbre que los patrones nos hicieran un asado en el galpón de la casa, para celebrar el término de la temporada. Aquel año fue distinto. La hija menor del patrón se casó justo en esos días; por apuro, dicen. La cosa es que, para no quedar mal, el patrón nos dio una vaquilla y unas cuantas garrafas de vino y chicha. Eso sí, nos advirtió que no debíamos mezclarnos con la gente de la otra fiesta, así que podíamos celebrar en el corredor, junto a la cabaña que está a los pies del cerro, por allá donde termina el fundo. Allá no molestaríamos a nadie, y podríamos hacer todo el escándalo que quisiéramos, dijo.

La cosa empezó temprano y aunque ese día llovió, asistieron todos los trabajadores de la temporada. Así era todos los años. Nadie quería perderse esa fiesta, en la que la comida y el trago, corrían a destajo, desde muy temprano y hasta el amanecer del día siguiente. Pero esa vez fue distinto. Como a las cinco de la tarde se empezaron a retirar los más viejos; todavía quedaba vino y carne, en realidad, quedaba mucho de todo. Para las siete, ya íbamos quedando solo cuatro, y uno de ellos se iba yendo.

—Váyanse luego, o métanse a la casa. No es bueno que se queden al aire libre en estos lugares —dijo don Marcelo, antes de marchar—, y si escuchan algo, quédense callados, no les vayan a responder, miren que por aquí se juntan brujos.

Todos nos echamos a reír, pero al ver la cara de don Marce, me puse nervioso. Domingo, mi otro compañero de la cuadrilla, encendió un cigarro y le respondió:

—Yo no creo en esas cosas y, por último, si llegase a pasar un brujo, aquí hay carne y vino de sobra para invitarlo a comer.

—Ni se te vaya a ocurrir invitarlos, porque después llegan y ahí sí, ¡ayayay! Si escuchan a los Tue Tue, métanse a la casa cabros³² porfiados, y quédense en silencio; coman, beban, pero callados.

³² Cabros: refiérase coloquialmente en Chile a niño, joven (nota de la edición).

—Oiga, don Marce, ¿y no volará alguna brujita por ahí también? Digo, para que nos venga a hacer compañía y a alegrar la noche —dijo José Luis y se largó a reír.

—Hablo en serio cabros de mierda. En estos cerros tienen una cueva Salamanca, aquí andan brujos.

—Esas son leseras nomás —contestó Domingo.

Don Marcelo meneó la cabeza y lo vimos alejarse en la oscuridad, poco antes de que empezara a llover otra vez.

—Son cuentos de viejo —dijo Domingo y sacó un par de brasas para meter a la cabaña.

Nos íbamos a entrar, pero no por lo que había dicho don Marce, sino porque llovía y se había puesto helado. Además, teníamos churrascas preparadas y nos venían bien a esa hora, junto a otro poco de tinto. No pasó una hora, y dejó de llover, y escuchamos los primeros gritos: ¡Tue tue, Tue tue! Nos quedamos en silencio. Había tomado hartito, pero no tanto como para no reconocer la cara de espanto de mis compañeros.

—Ese tiene que ser don Marcelo —dijo José Luis—. Seguro quiere meternos miedo, el viejo de mierda.

¡Tue tue! ¡Tue tue! No paraban de gritar. Entonces, más por nervios que por miedo, mis compañeros tomaron las lámparas de parafina de la cabaña, y salieron a mirar. Yo salí tras ellos. La verdad es que me daba más miedo quedarme solo. Y solo escuchábamos ese ¡Tue tue!, ¡Tue tue!, que parecía venir de todas partes.

—¡Ya pues, don Marce, o prefiere que le diga don Tue tue! —dijo José Luis— ¡¿Quiere que lo invitemos a tomar desayuno mañana?! Venga no más, mañana venga a tomar desayuno; a las diez, sí, porque no nos vamos a levantar antes; mañana don Tue Tue, venga a tomar desayuno —repitió. Y solo entonces, hubo silencio, un silencio que duró hasta que Domingo también se animó a gritar.

—Ya, y si anda alguna Tue tue, que pase a dormir conmigo esta noche. Yo soy de patitas calentitas. ¡Ahí podemos dormir apretaditos para pasarle algo de calor!

Era obvio, para mí, que ambos gritaban solo como una manera de evadir el miedo. Nos fuimos a acostar cerca de las tres de la mañana, cada uno a una pieza diferente. Estaba quedándome dormido, cuando escuché las risas afuera de la casa. Eran voces de hombres y de mujeres. Se reían fuerte, pero hablaban bajo, así que no podía entender lo que decían. Nos golpearon la puerta y las ventanas, pero nosotros no salimos. Casi me morí del susto en el momento en que José entró gateando a la habitación donde yo iba a dormir.

—¿Estás durmiendo? —preguntó susurrando.

—No —respondí—, desperté con la bulla hace un rato.

—Yo igual —dijo—, esos tienen que ser los viejos del matrimonio, seguro se curaron y arrancaron de la fiesta ¿les abriré?

—No, ¿para qué? El patrón fue claro, no quiere que nos mezclemos con esa gente.

No hablamos más, pero José no quiso volver a su pieza. Durmió ahí mismo, a los pies de mi cama. A la mañana siguiente, justo a las diez, sentimos tres golpes secos en la puerta. Al abrir, se presentó un viejo, al que nunca habíamos visto en el fundo. Vestía de negro y tenía la cara arrugada, de un color cetrino. Parecía muerto; sentí mucho miedo, y eso que nunca nos vio a los ojos.

—Vengo por la invitación —dijo con voz rasposa, y pasó directo a sentarse a la mesa.

La hicimos cortita. Nos acordamos de don Marce, ya sabíamos quién era. Pusimos agua, le servimos una taza de café, con churrascas y algo de la carne que nos quedó del día anterior. El viejo tan pronto comió, se paró de la silla y se fue sin decir nada. Nos estábamos empezando a relajar, y de pronto escuchamos los sollozos en la pieza de Domingo. El pobre tiritaba, y se había hecho pichí³³ en la cama.

—Me pasé de frío. Es que ella tenía los pies tan helados y durmió tan pegada a mí. Me apretaba tanto que no me dejó ni gritar para pedir ayuda —dijo temblando, con lágrimas en los ojos.

³³ Pichí: refiérese coloquialmente a la orina (nota de la edición).

El entierro de don Juan Lagartija

Hugo González

Tercer lugar regional

San Vicente

70 años

Al comienzo del 2021, después de 42 años de ejercer la docencia de Historia, Geografía y Ciencias Sociales, me pensioné vía AFP, y con mi esposa Cecilia, decidimos ingresar a un club de adultos mayores. Escogimos el llamado Amistad y Armonía de la Rinconada, una localidad agrícola, ubicada a unos ocho kilómetros al sur de San Vicente de Tagua Tagua, en la provincia de Cachapoal, en la Región del Libertador Bernardo O'Higgins.

De los seis a los quince años, entre el 1958 y el 1968, viví junto a mi familia en ese poblado rural, debido a que mi *taita* era inquilino en una de sus parcelas; por ello es por lo que, en sus calles, que hoy lucen con orgullo el asfalto, en su escuela básica, en sus cerros y en la cancha de fútbol, quedó gran parte de mi niñez y de mi adolescencia; debido a eso es que muy dentro de mí, atesoro las vivencias que en esos lugares tuve.

Mi *taita*, como inquilino, tenía derecho a cultivar todos los años un cuarto de cuadra de tierra en beneficio propio, en el que casi siempre sembraba maíz. A mí y a mis dos hermanos mayores, nos correspondía ayudar a nuestro progenitor en las faenas de cultivo de ese producto agrícola, desde la preparación de la tierra, la siembra, los regadíos, las picaduras, la corta, la deshoja y la desgranada. Como en la Rinconada, en esos tiempos, no eran muy comunes los tractores y los colosos, luego que cortábamos el maíz en el potrero, mi *taita*, a punta de picanazos e improperios de grueso calibre, que les daba a los pobres bueyes, Botín y Rasputín, con la carreta llena a más no poder, llevaba las mazorcas hasta el patio de la vieja casa de adobes donde vivíamos. Ahí las amontonábamos formando, según nosotros, estudiantes de primaria en ese lejano ayer, una especie de pequeña pirámide egipcia, la que, luego en una o dos noches, sería destruida debido a la deshoja de los maíces.

En esas jornadas nocturnas de deshoja de maíces, en las que Selene³⁴, generosamente nos alumbraba desde lo alto, en el tiempo en que nosotros, que éramos unos *cauros chicos ojotudos* y mocosos, solamente teníamos el derecho a escuchar lo que hablaban los mayores que, en nuestro caso, eran mi *taita* y sus amigos, los que voluntariamente iban a ayudarlo en esa tarea, como decían ellos, para "*empiluchar a los choclos*".

³⁴ Selene: refiérese a nombre propio de origen griego que significa luz de luna (nota de la edición).

Como mi memoria, a pesar de mis siete décadas de edad, aún me funciona bastante bien, recuerdo lo que nuestros mayores hablaban en esas noches de deshojadura de maíz, de ese cristiano llamado Juan Lagartija. El apodo lo heredó de su padre, que fue llamado así, ya que era un capataz de fundo, bastante desclasado, que siempre se arrastró ante sus patrones latifundistas. Todos los mayores, catalogaron a don Juan Lagartija, como un tipo muy *putamaire*, que no respetaba nada ni a nadie. Contaron que, en una ocasión, se murió un vecino al lado de su casa y, mientras velaban al finadito, el *sobra'o* celebraba *a todo trapo* su cumpleaños. La pobre viuda, llorosa fue a pedirle que respetara su luto y que les pidiera a las cantoras que bajaran el volumen de sus voces, pero el muy canalla, sonriendo, le dijo que ella se preocupara de velar muy bien a su muertito, ya que él tenía que bailar bien *baila'o* su cumpleaños.

La llorosa viuda, que quería a morir a su difunto marido, le lanzó una buena maldición y le predijo que moriría solo y pobre. Con el pasar del tiempo, la maldición y la predicción se fueron cumpliendo; su esposa y su hija, por la mala vida que les daba, lo abandonaron y Juan Lagartija se quedó solo con su perro Mordelón y su ganado. En ese punto del relato, uno de los deshojadores de maíz, luego de beber casi medio pato de vino, les pidió a sus amigos que recordaran que ese *sobra'o* no quería acabar sus días solo y que, por eso, si alguna mujer lo saludaba, cosa no muy frecuente, ya que como en esa localidad campesina, todos se conocen y saben lo que ocurre en cada hogar, y las mujeres son muy solidarias entre ellas, solamente algunas le dirigían la palabra y lo saludaban. En las ocasiones en que alguna de las féminas, especialmente si eran jóvenes y guapas, le preguntaban ¿cómo estaba?, él, *por si las moscas*, tiraba el anzuelo, por si su interlocutora picaba, y respondía a la que preguntaba, con una mirada picaresca y cargada de intención:

—Aquí estoy, *my fair lady*, como me ve usted, como una lechuga en el huerto, fresco, tierno y apetitoso, sobre todo, apetitoso.

Como don Juan Lagartija le tenía aversión a los bancos, a los que sin ningún pudor tildaba de ladrones a sus administradores, al vender todo su ganado y sus tierras, todo el dinero obtenido lo metió en grandes tarros y cerca de la medianoche de un día con luna llena, en compañía de su perro Rati, que en sus años mozos había sido de la policía y, por ello, experto en oler drogas y dinero, subió al cerro de La Sepultura, donde en un lugar bastante boscoso, luego que su can olió bien olidos los tastos metálicos que contenían su fortuna, los enterró y, ya clareando el día, regresó a su casa habitación. Desgraciadamente, para desesperación de don Juan Lagartija, unos pocos días después, un irresponsable chofer atropelló a su fiel perro Rati, que era el único que podía rastrear su dinero en el cerro. Para colmo de su mala suerte, a la semana siguiente, un voraz incendio forestal quemó gran parte del cerro, incluyendo toda la vegetación de la loma que le servía de punto de referencia, para localizar su entierro.

Don Juan Lagartija, pasó sus últimos años de vida, medio ciego, solo y sumido en la pobreza, buscando incansablemente su cuantioso entierro. Al fallecer, toda Rinconada se cuadró para enterrarlo dignamente, aunque muchos aseguran que no se fue del todo al más allá, ya que su alma siguió vagando por el cerro buscando su entierro y que estará por ahí, hasta que este sea encontrado.

Para sorpresa mía, actualmente, según me contaron mis pares del club de adultos mayores de esa localidad, a casi un siglo de la ocurrencia de esos hechos, muchos habitantes varones de la Rinconada, generalmente los fines de semana, montados en caballos o de infantería, seguían buscando en el cerro La Sepultura el entierro que dejó don Juan Lagartija. Claro que, si lo encuentran, deben cumplir con un mandato que él dejó antes de *parar la pata*; que una parte del dinero, imitando a la malula de la Quintrala, debía ser destinado para pagar unas cuantas misas en su memoria, para que su pecadora alma no estuviera mucho tiempo en el purgatorio y, también, para que el Juicio Final lo pillara bien parado. Para que los rinconadinos se tomaran muy en serio su disposición, si al encontrar el entierro, no cumplían con ella, su alma vendría a penarlos hasta el último momento de sus vidas. Antes de comenzar la búsqueda, los hombres, a coro dicen, como una oración:

"Don Juan Lagartija, *uste'* que fue un *putamaire* en el más acá,
ayúdenos a encontrar su entierro,
que está en alguna parte de este cerro,
si lo hace, cumpliremos con todo lo que dejó escrito,
para que a su alma le vaya bien en el más allá".

Bueyes perdidos

Ángel Mendoza Núñez

Primer lugar regional

Talca
43 años

—¿Dónde están los bueyes, vieja, los has visto?

—No, Richi. Estuve todo el día con la niña, recolectando, pelando y secando callampas para así tener un peso.

—Al venir de la forestal, me encontré con unas mallas cortadas y huellas de pezuñas. Voy a tener que echarles una mirada.

—Ya está oscureciendo viejo, no te vaya a pasar algo en el camino.

—No te *preocupís*, los bueyes me los regaló la abuela que me crio y no se pueden perder, los voy a seguir a donde vayan y si no los han matado, los encontraré; los cuatrerros debieron aprovechar para robarlos cuando no llegué a casa en dos días.

—¡Ponte otra ropa!

Hice caso omiso a la sugerencia, y sin darle importancia a mi vestuario andrajoso, me puse en camino; cada minuto contaba. Por suerte había luna llena, mi instinto de perro rastreador ayudó a descifrar las huellas en los bosques de pinos en las alturas de Peñuelas, las que bajaban a la localidad de Libún; el rastro era de una yunta de bueyes, de un caballo, y dos personas a pie. Desde niño había recorrido estos parajes y mi convicción era no regresar con las manos vacías. Siguiendo mis corazonadas, pasaba a preguntar por ellos en algunas casas, pero sin éxito. Lo más cercano fue que unos perros habían sentido algo y ladrado al amanecer; esos datos coincidían para retomar el rastro perdido.

Pasé todo ese día por los cerros buscando posibles pistas; solo tomaba algo de agua en las quebradas para aguantar.

Pasaron casi 48 horas, cuando, repentinamente, vi en un cerro unos bultos. Me acerqué para tener mejor visión. Eran dos animales overos. Tenían que ser mis bueyes. Me alegré por eso; se encontraban al costado de una plantación nueva de pinos, contigua a un roce. Según mis cálculos, estaban a unos cuarenta minutos más de camino. Aunque las fuerzas comenzaban a faltar, un segundo aire me fortaleció.

Me encontré con una familia, de la que era conocido de su padre, en las faenas forestales y les pregunté:

—¿Han visto una yunta de bueyes?

Ellos me respondieron que sí; en el fundo de la forestal estaban amarrados y no sabían de quiénes eran. El contratista fue a dar cuenta al retén en Corinto, para que los carabineros se los llevaran y cobraran la multa por el perjuicio. Es más, debían estar por regresar.

Aprovechándome de haber conocido al padre de esta persona, le dije que sacaría mis animales y me los llevaría, para que cuando apareciera el guarda bosques con el contratista, negara haberme visto.

No iba a perder la posibilidad de llevar mis animales a casa. Mi confianza estaba depositada en aquella persona; si no me delataban, no habría problemas.

No tenía dinero para pagar una multa. Con suerte me alcanzaba para comprar un quintal de harina. Además, si pagaba dicha multa, tampoco me aseguraban que los recuperase. A un tío que perdió unos caballos, se los llevaron a los carabineros; él pagó la multa y apareció un rico, al que seguramente le gustaron los caballos en cuestión. Según las malas lenguas, después de haberle pagado algo de dinero al carabinero, se quedó con ellos.

Me adentré en el predio de la forestal, estaban amarrados solo con una soga de no más de un metro, como se dice *amarrados al palo*. Tuve sensaciones y emociones, pena, alegría, júbilo y la satisfacción de estar cerca de cumplir mi objetivo. Me brotaron las lágrimas, me temblaban las manos, mis bueyes me miraron y, en su mirada estaba, esa especie de reclamo, de pena y tristeza. Se sentían abandonados, no podían hablar, pero sus miradas lo decían todo, fue algo mágico difícil de explicar.

Los solté y comencé el arreo, era el atardecer y si apuraba el tranco, aun así, no llegaría a casa antes de la aurora del subsiguiente día. Se escuchó el sonido de un automóvil y, al instante, pensé: "Debe ser alguien de la forestal o los carabineros".

Traté de esquivarlos y me cobijé detrás de unos litros. Me asomé con extremo cuidado y una potente luz se encendió. Me encandiló por completo. Los bueyes no se movieron de mi lado. Era evidente que las personas me habían delatado. Tanto los carabineros como el contratista se acercaron, me hicieron poner las manos arriba y con voz firme dijeron:

—¿Para dónde llevas esos animales, hombre?

Por mi parte traté de mantenerme impertérrito. Les respondí que eran míos, que regresaba a casa.

El señor que andaba junto a los carabineros me dijo:

—¡No te los vas a llevar! Primero tienes que pagar la multa, por todo el perjuicio que causaron en el predio de la forestal.

La voz de aquella persona se me hizo algo conocida, pero no lograba identificarlo, me acerqué a tientas, me emocioné al reconocerle, y le dije:

—Usted fue mi jefe en la Forestal Mininco y yo siempre fui su mejor trabajador. Siempre estuve dispuesto a trabajar más del horario, a trabajar los días feriados, nunca reclamé, siempre tuve buena disposición. Ahora que estoy en esta situación, en estado de pobreza y tratando de recuperar lo único que tengo para salir adelante, así me paga. ¿Usted cree que yo merezco este trato de su parte? ¿Usted cree que yo merezco ser tratado como un delincuente?

Mientras hablaba me daban escalofríos, estaba lleno de rabia, de frustración, de miedo, de pena y, a la vez, pensaba en mi mujer y en mis hijos pequeños que me esperaban en casa. Debían estar muy preocupados.

El hombre que había sido mi jefe solo me miró fijamente, muy fijamente a los ojos, se dio media vuelta y yo pude comenzar el regreso a casa.

Lorenzo y su visita

Manuel López Huemur

Segundo lugar regional

Constitución

48 años

Lorenzo es el almacenero del pueblo, llevaba un tiempo sobrellevando su viudez, solo, desde que ya no están sus dos nietas, su hija y su señora, fallecidas por el COVID-19. Él, a diferencia de los demás, tomó los resguardos del caso, ya que había vivido en carne propia la influenza de 1957.

El tiempo hacía que cambiara su ropa a una más veraniega y mantuviera la puerta abierta, sujetada solo con un taquito, para mantener una constante ventilación y circulara el aire. A él le fascina jugar solo a las cartas, le gusta mucho jugar carioca, el 21, o la escoba. Estaba en eso cuando se le acercó a su mesón la Muerte, con su bastón grueso; vestía de negro, de etiqueta, con ropas viejas.

—¡Hola, Lorenzo! —le dijo, con voz grave y carraspera—. ¿Qué tal? ¿Cómo estás? ¿Te acuerdas de que la última vez que nos vimos, te dije que vendría al finalizar la primavera? ¡No me respondes!

Lorenzo, por su parte, no dijo nada, solo mezclaba el mazo de un lado a otro y con voz calmada y, sin alzar la mirada, movió sus labios y exclamó:

—Parte —dejando las cartas secamente en el mesón.

Sorprendió a la Muerte con su respuesta, pero, sin dudarle, esta obedeció y con sus delgados dedos separó el grupo de cartas españolas.

—¡Listo! —dijo.

El anciano repartió las cartas, haciendo alarde de sus habilidades en tirarlas sobre el mantel negro, solo frunció el ceño, levantó la vista y preguntó:

—¿Apostamos?

—¿Qué te parece... tu alma? —replicó con otra pregunta la Muerte—, ¡al fin y al cabo, algún día tendrá que ser!

—Perfecto —respondió Lorenzo—, pero si gano —agregó—, déjame disfrutar mi diez por ciento.

Hablaron de todo, mientras jugaban. Al final, la Muerte depositó sus cartas, una a una, sobre el mesón y dijo con una sonrisa triunfal:

—Flor Imperial —dejando atónito a Lorenzo. Este, por su parte, le sonrió y le contestó:

—Hace rato que estamos jugando la escoba, no ves que es un naipe español.

La Muerte se levantó enojada y se retiró a paso firme, con una expresión de rabia y de impotencia, y de un puntapié lanzó el taquito de la puerta y esta quedó semijunta.

Lorenzo aprovechó de bajar las ventanas y ponerles seguro en sus extremos, lo mismo hizo con la portería, suspiró mientras oía a la muerte alejarse. El anciano cerró la puerta y un fuerte grito se escuchó; era la muerte que había perdido la jugada desde el principio.

El cuero

Jorge Uribe Ghigliotto

Tercer lugar regional

Teno
68 años

En una tarde de verano, algunos chicos se fueron a bañar a una laguna, mucho más allá del fundo Santa Susana, camino a la Argentina, hoy conocido como La Puerta, que antiguamente perteneció a Juan de Dios Ortúzar, poderoso hacendado, fundador de Teno. Cuenta la leyenda que mientras los muchachos adolescentes se bañaban jocosamente, de repente, uno de ellos comenzó a dar brazadas fuertes y a gritar por auxilio. La laguna milenaria no era profunda. Tendría, tal vez, un metro de altura y era más bien una especie de tranque, aunque en sus orígenes, sí había sido una laguna, la que con el tiempo se fue secando. Solo en los inviernos más lluviosos se podía decir que quedaba llena.

Los otros muchachos se asustaron mucho y deteniendo su juego se acercaron para comprobar qué sucedía con su amigo. Estupefactos, contemplaron como una especie de manta blanca con grandes lunares negros, engullía al chico y lo arrastraba hacia el centro de las aguas. Por los gritos de los jóvenes, llegaron algunos adultos a la orilla, quienes preguntaron qué estaba sucediendo. Estos narraron con palabras entrecortadas y atropelladas, el triste final de su amigo.

Inmovilizado, el muchacho ya casi no gritaba. Estaba siendo asfixiado por esa extraña criatura que lo succionaba más y más. Los muchachos gritaron desesperadamente a fin de espantar al raro ser. Pero, para este engendro, el chico ya era un excelente botín, por lo que lo arrastraba lentamente hacia el centro de la gigantesca charca de color marrón, sin que nadie pudiese hacer nada.

—Es un cuero viviente. Un *hucécú*³⁵ —señaló una mujer campesina, como de unos sesenta años.

—¿Y qué es eso? —preguntaron algunos.

—Es un tejido viviente, lleno de ventosas. En sus orillas tiene innumerables ojos. Y en la cabeza, posee cuatro ojos más. Ahoga a sus víctimas y las devora —explicó la veterana.

El estupor se apoderó de todos, mientras las madres abrazaban temerosas a sus pequeños y se los llevaban a sus casas.

³⁴ Hucécú: voz mapudungun. Significa genio del mal (nota de la edición).

—¿Y de quién es hijo, el devorado? —preguntó alguien torpemente.

—Es Carlitos. El hijo de Servando Figueroa, el hombre que trabaja para los Silva —contestó uno.

—Pobre hombre —se compadecía otro.

—Y pobre Carlitos, porque ya debe estar muerto —dijo alguien sobre el malogrado chico.

—Habrá que avisarle al papá. Y también llamar a los *pacos* —sugirió un tercero, refiriéndose a la policía rural del sector.

En una hora, tiempo que demoró en llegar la policía montada al lugar, una muchedumbre de hombres y mujeres se había reunido en torno a la laguna, armados de palos y horquetas con el propósito de hacer algo para recuperar el cuerpo de Carlitos. La policía intentó hacer un reconocimiento del lugar y se adentraron con sus cabalgaduras en la laguna, tratando de ubicar el cuerpo.

—Tenga cuidado, mi cabo. El cuero podría arrastrarlo con bestia y todo al fondo de la laguna.

—¡Tienen una fuerza extraordinaria! —advirtió uno.

—¡Qué lo intente! A ver si no le meto varios tiros con mi carabina —dijo el uniformado, dando señal de confianza a los presentes.

Como a las siete de la tarde, uno de los policías que patrullaba encontró restos del cuerpo de Carlitos, flotando en las cercanías.

—¡Está pálido, como un papel, mi sargento! —observó su compañero policial.

—¡No tiene ni una pizca de sangre! —sentenció el oficial, al reconocerlo con más detalle.

En la mañana, el cadáver fue llevado a lomo de caballo al pueblo de Teno y depositado en la morgue del viejo hospital, que recientemente había comenzado a funcionar como tal.

Cuando Servando Figueroa llegó a la morgue, se puso a llorar como niño ante la muerte de su muchacho. Su patrón, Enrique Silva, que lo acompañaba en otro caballo, lo consoló, abrazándolo.

—Lo lamento, Servando. Vamos a secar esa maldita laguna —dijo el futre, haciendo que sus espuelas tintinearán sobre las tablas de roble del viejo hospital, mientras salían del recinto, cabizbajos.

Después de la misa de rigor, al día siguiente, en la parroquia y tras el entierro en el cementerio parroquial, la gente regresó apesadumbrada al lugar de la tragedia.

Al otro día, el patrón hizo gestiones en Curicó, para que viniera pronto un ingeniero, a ver la fatídica laguna, con el fin de secarla a fin de mes. Desde hacía tiempo que se deseaba drenarla, para ocupar aquellas tierras con nuevas siembras.

A la semana siguiente, un joven ingeniero curicano realizó los trabajos. Mientras, Servando Figueroa recorría continuamente, como león enjaulado, los bordes de la laguna, esperaba encontrarse en algún momento con el cuero asesino. Siempre andaba armado con una carabina, que su patrón le había pasado, para cuidar una casa de huéspedes de su propiedad.

—Don Servando, por favor. *Uste' no saca na'* con andar armado persiguiendo al cuero. ¡Las balas no le hacen *na'*! Lo único que podría destruirlo, es que lo ataque con un quisco³⁶. Le puede causar heridas, desgarros y liquidarlo. Es la única manera —explicó una mujer, compadeciéndolo.

Figueroa, tras pensarlo bastante, trajo un quisco del cerro Chivato. Mientras tanto, el ingeniero y la gente del fundo continuaban en sus labores, para secar, gradualmente, la laguna. Poco a poco, la enorme extensión de agua comenzó a bajar su nivel, ante la desesperación de Figueroa.

El sábado por la tarde, después de llegar de su trabajo, fue a dar vueltas por la laguna y se produjo, entonces, el esperado y único encuentro entre el cuero y el padre del muchacho. Al momento de verlo, Servando se acordó del quisco y corrió a buscarlo. Sin miedo, y con los ojos inyectados de furia, se adentró en la laguna y lo persiguió, dándole de golpes con el quisco, mientras el extraño ser se retorció de dolor. Después de casi una hora de esta singular batalla, y cuando el cuero ya no se movía, sino que flotaba sobre las aguas, muerto, Figueroa sacó con una vara gruesa al enigmático ser a una orilla. Era un cuero de unos cinco metros de longitud, lleno de ojos y de pequeñas garras en sus extremos.

A medida que pasaban algunas personas por la orilla del camino, Figueroa les mostraba el cuero muerto, mientras le daba de patadas delante de todos. Ya casi en la noche, decidieron quemarlo, para lo cual hicieron una gran fogata.

A fines de febrero de 1920, la laguna quedó completamente drenada, seca en su totalidad. Silva convirtió aquellas tierras en excelentes siembras después del dieciocho y sacó de ellas una suculenta cosecha triguera. El lugar se llama La Laguna, donde aún algunos recuerdan a Carlitos, el hijo de Servando Figueroa y en cómo éste mató al cuero con un quisco, que extrajo del cerro para vengar a su hijo.

³⁵ Quisco: cactus espinoso con forma de cirio (nota de la edición).

Jorge del Carmen y su historia

Sara Roldán Lillo

Segundo lugar regional

Chillán Viejo

67 años

A 60 años de conocer connotadas historias y leyendas de la otrora provincia de Ñuble, hoy Región de Ñuble, en el sur de Chile, tierra de héroes y artistas, sin olvidar a otros compatriotas, que vivieron ajenos al progreso y la civilización. Cabe recordar una frase atribuida a Miguel de Unamuno que dice “las cosas por sabidas se callan y por calladas se olvidan” y es, en este contexto, que sale a mi encuentro, la historia del Canaca, el Campano, la Trucha y, por último, el siniestro alias de Chacal de Nahueltoro apodado por su cruda hazaña; todos apodos para un solo hombre, el tristemente famoso Jorge del Carmen Valenzuela Torres, obrero agrícola, analfabeto, oriundo de Cocharcas.

Cuenta la historia que perdió a su padre a los cinco años. Su madre, Melvina Torres, se volvió a casar y él abandonó el hogar a los siete años. Desde entonces vagó por los campos, sin rumbo fijo, en completa orfandad, recorriendo el vasto territorio de la provincia de Ñuble. Caminaba a pie hasta la cordillera y se perdía por las estepas y los agrestes caminos, en busca de trabajo para subsistir. Pernoctaba donde lo sorprendía la noche, en el campo, cobijado entre los matorrales, y, otras veces, albergado bajo los puentes, según comentaban los lugareños que lo conocieron y lo ampararon en sus casas, mientras realizaba trabajos esporádicos.

Se ignora, si por falta de quehaceres u holgazanería, a medida que fue creciendo se ganó la fama de ladrón de animales, pues la mayor parte del tiempo robaba cuanto podía para comer. Convertido en un indigente itinerante, aprendió a subsistir, sorteando su paupérrima existencia entre las bestias del campo y huyendo de los perros, en las ocasiones en que era sorprendido durmiendo en algún establo. De esta manera transcurrió la niñez y adolescencia de Jorge del Carmen, hasta convertirse en adulto. Aproximadamente a los 22 años conoció a Rosa Elena Rivas, en la localidad de Nahueltoro, una viuda de 36 años, madre de cinco hijas menores de edad, incluida una lactante; ella trabajaba como cocinera en un fundo y, al poco tiempo de emparejarse con él, se trasladó a vivir a La Isla, localidad situada en las inmediaciones del Puente Ñuble. Lamentablemente, a esas alturas de la vida, se había convertido en un hombre alcohólico, condición que le acarrearía fatales consecuencias a su existencia.

Un fatídico 20 de agosto de 1960, Jorge del Carmen entabló una furiosa discusión con su conviviente, porque esta habría acudido al pueblo a cobrar una pensión de viudez, que no le habrían pagado. El hombre enloquecido porque la mujer no regresó con el dinero para paliar sus vicios, la atacó brutalmente hasta darle muerte. La misma suerte corrieron en sus manos las cinco hijas inocentes. Consumado el masivo asesinato, huyó del lugar. Fue aprehendido un mes después, celebrando Fiestas Patrias en General Cruz, localidad perteneciente a Pemuco.

Una vez apresado, estuvo recluido 32 meses en la cárcel de Chillán, en espera de su condena. Durante su estadía conoció al sacerdote Eloy Parra, quien oficiaba como capellán del recinto penitenciario en aquellos años. Jorge del Carmen encontró apoyo y contención en el noble sacerdote y en el alcaide de la cárcel, don Alfonso Piedra, quien se esmeró en que aprendiera a leer y a escribir. Al poco tiempo, se convirtió al catolicismo y, paralelamente, aprendió a confeccionar guitarras. En el transcurso de casi tres años, convertido y alfabetizado, el recluso, en primera instancia, fue condenado a 33 años de presidio, posteriormente la Corte de Apelaciones de Chillán, considerando su confesión y la violencia de sus crímenes, elevó el castigo y lo condenó a morir fusilado, pena que fue ratificada por la Corte Suprema. El reverendo Eloy Parra, que lo acompañó hasta sus últimos días, y don Alfonso Piedra, alcaide del penal, entregaron su cabal testimonio de la conversión del convicto, aseverando que por su fe y rehabilitación, este se habría arrepentido de los crímenes cometidos sin discernimiento, por lo que abogaron por él, pidiendo juiciosamente a las autoridades de ese entonces una oportunidad para su reinserción social. Todos los argumentos del caso fueron presentados al presidente de la República de aquella época, don Jorge Alessandri Rodríguez, por la abogada defensora señora María Urrutia de Rojas, que avalaban el indulto presidencial, el que posteriormente fue denegado. Esta determinación causó una gran controversia a nivel nacional, porque resultaba paradójico haber dado la oportunidad de alfabetización a este hombre, para que aprendiera un oficio, se convirtiera al catolicismo y se transformara en una persona civilizada. Había ingresado al presidio como un recluso indigente y analfabeto, se le había instruido, para que luego se le condenara a morir fusilado. Sin embargo, el mandatario no cambió de opinión y Jorge del Carmen Valenzuela Torres fue ejecutado un frío amanecer de un 30 de abril de 1963, en la cárcel de Chillán.

Es importante destacar que el procesado, a pesar de vivir una niñez de pobreza y abandono total, pidió como último deseo ver a su madre doña Melvina Torres. Este deseo le fue concedido. Incluso, tuvo el coraje de componer una canción dedicada a ella, invocando a lo humano y divino de su condición. También escribió una carta de agradecimiento para el alcaide y el personal de gendarmería.

Y es aquí donde comienza la segunda parte de la historia. Fue tal la efervescencia del caso, que la opinión pública se dividió en dos; una parte consideraba justa la ejecución y la otra opinaba que no se le había dado al recluso Jorge del Carmen una verdadera oportunidad para comenzar una nueva vida, después de haber sido instruido. Paradójicamente había dos frases escritas en las puertas de entrada de la Cárcel de Chillán que dictaban: “sean estas cuatro murallas, manantial de reforma y fe” y la otra sentenciaba lo siguiente: “redimir y no reprimir”. La primera se cumplió.

Los hechos ocurridos dieron lugar a que, hasta el día de hoy, en la Región de Ñuble se le rinda culto a la animita del Canaquita o Chacal de Nahueltoro, en el Cementerio General de San Carlos. Es tal su veneración que cada año es visitado por muchos lugareños, provenientes de diferentes partes del área rural de la región para agradecer por los favores concedidos. Según las creencias populares, gracias a su conversión al catolicismo, Jorge del Carmen habría sido redimido de todas sus culpas y, desde el cielo, velaría por todas las personas que

acuden a él, con mucha fe y confianza. Los campesinos acuden, en romerías hasta su tumba, especialmente para el primero de noviembre, para darle las gracias por las mandas que ha cumplido milagrosamente.

En los últimos años se suma una nueva historia en torno a su devoción. Se ha corrido la voz de nuevos favores conseguidos en su nombre, según testimonios recogidos de parte de algunos gendarmes que han cumplido funciones en la Cárcel de Chillán. Cuentan que tiempo atrás, varios subalternos se vieron en aprietos, mientras realizaban su guardia nocturna, porque se quedaban dormidos, y no dudaron en encomendarse a la animita del Canaquita o Chacal de Nahueltoro, con plena confianza, para que intercediera por ellos y el oficial de turno los encontrara siempre despiertos. De esta manera, antes de la supervisión, eran prevenidos mediante un silbido, que juraban que era emitido por el mismísimo Jorge del Carmen, como un milagro que los alertaba desde el más allá, y que los despertaba al instante, para que el oficial supervisor, en su ronda de vigilancia, los encontrara sin novedad en el frente.

Tan frágil ella

Claudia Sandoval Millar

Tercer lugar regional

El Carmen

45 años

Tan frágil, tan dulce, tanta ternura... La conocí fuerte, con carácter, trabajadora como las hormigas, sin parar. La recuerdo a sus 50 años, más menos, cuando partía a Chillán en el bus a comprar la mercadería para su pequeño kiosco y, a su regreso, el vehículo desviaba su trayecto, para pasar a dejar a la señora María a su negocio, que no reflejaba ganancia alguna, pero que de ahí salía el azúcar, la levadura, el fideo, el juguito para sus nueve hijos, de los doce que trajo al mundo. Claramente, la ganancia era poder consumir de una forma muy racionada algunas cositas del pequeño kiosco, de esos que no tenían ventana, sino una especie de lata, la que se abría hacia arriba, formando un pequeño refugio para el vecino que se acercaba a comprar.

Ella, la pequeña que a sus seis años perdió a su madre, quedando al cuidado de su padre junto a sus hermanos, donde a los doce años, una profesora la encontró y se la llevó, para ser criada bajo servicio, donde ella, con trabajo, se ganaba su estadía, cuidando a los niños, ayudando en los quehaceres; también consiguió que ella asistiera al colegio, aunque hasta no más allá de tercero básico, pero en el que aprendió a leer y a escribir, y donde, quizás, descubrió qué era lo básico para la época.

Ella, recién casada, fue llevada a poblar los sectores de Los Puquios, con un marido agricultor, donde muchas veces labraron a la par los campos ajenos, y que cada año las cosechas les ayudaban al sustento de la familia.

María Nanta, la que en su localidad se encontró con muchos jóvenes analfabetos, y que junto al apoyo de su esposo Jorge, cortaron unos troncos, más un par de tablas que por ahí encontraron, originaron un espacio, que llamaremos sala de clase, sí, sala de clases, porque ella decidió compartir lo que había aprendido. Así fue como les enseñó a leer y a escribir a varios niños del lugar, ya que en el sector había mucha carencia de educación. Muchachos, que hoy, ya muy adultos, cuando la reconocen en su silla de ruedas se acercan para abrazarla con delicadeza y extienden su agradecimiento sincero hacia esta mujer, quien, a sus 86 años, todavía recuerda algunos nombres de sus alumnos del campo.

Ella, la que no logró encontrar en su vida ese lazo y apego de una madre, hasta que se hizo abuela y en su hija mayor encontró, al fin, a su madre; ella, que no se le puede perder de vista ni un segundo, porque se la extraña al segundo siguiente, la que sinceramente se desvive, para que el alimento esté siempre a tiempo, la que le calienta la cama con su guaterito y le deja el

yogurt, antes de que se duerma y la única que no olvida dejar el vaso de agua en su velador, más una lamparita a pilas, encendida toda la noche, para que no sienta miedo, la que no deja pasar un remedio, ni horario, para sus medicamentos, la que a veces confunde de mamá a su guagua regalona y donde, viceversa, ella, confunde a su hija con el amor de madre.

Ella, la más frágil y la más fuerte a la vez, quien a sus 45 años enfrentó un cáncer y ha tenido que luchar con muchas enfermedades de la lista, quien, aun quedando semi postrada, sigue levantando sus pasos, acompañada de un *burrito*, y donde da vueltas entre su pieza, la cocina y el baño, haciendo de sus años un real milagro en esta, su pequeña historia... la señora María Nanta Millar Saldías.

La noche desgarrada

Guillermo Hermosilla Cruzat

Primer lugar regional

Los Ángeles

57 años

La noche se tragó el chillido, allá en el alto, donde está el pueblo abandonado, donde están los cerezos. Allá, cerro arriba, después de la línea. La noche se tragó el chillido del chanco, la noche plateada de Luna creciente iluminó la afilada garra que desgarró la sombra del cerezo y la noche entera quedó paralizada. El chillido fue tragado por el abismo de la noche perpleja, el puma ha vuelto, pintó de sangre las cerezas, comió hasta quedar saciado y con la cola parada, se alejó a su desconocida guarida. Lo que quedó del chanco cerro abajo, se convirtió en leyenda en la almohada, donde reposarán los sueños de los humanos, que duermen atentos al ladrido de los perros, con la linterna en el velador.

Me asomo a ver el paisaje que desnuda la luz de la luna y observo, a lo lejos, tratando de ver aquel cerezo. Entonces, creo ver dos puntos de luz, creo ver en la vía láctea el abismo creado por la garra del puma hambriento, el abismo al que todos podemos caer, oyendo ese chillido que viaja silencioso desnudando los miedos. Nada escuchamos anoche, nada desgarró nuestros sueños, hasta hoy, que hace ecos en las mentes de los despiertos.

Con mi hijo pequeño en brazos y bajo un cerezo, al lado del canal espero, mirando la belleza de la noche, la Luna me apunta con su dedo gordito, observo las estrellas en silencio y en pijama, espero a don Nico, que cruza el potrero, para traerme el encargo del pueblo. En la placidez del momento se acerca con una linterna, que no solo alumbra su andar, también alumbra hacia el bosque, hacia lo profundo de su oscuridad. Entonces, se me acerca y me dice que tenga cuidado con el *lión*, me cuenta la triste historia del chanco y nos despedimos. Quedamos a solas con mi hijo, sin linterna ni colihue con punta, quedamos en la soledad del temor. Camino de regreso a casa y creo verlo en todos lados, mientras me da vueltas, una y otra vez, aquel chillido que no oímos, aquel chillido que ahora grita desde el abismo de la noche desgarrada.

El navegante inglés

Dannit Cifuentes

Segundo lugar regional

Coronel

47 años

Corría el año 1894, y mientras en Estados Unidos se vende la primera Coca Cola en botella de la historia, y en San Petersburgo el Ballet Chaikovski estrena *El Lago de los Cisnes*, en el puerto de Liverpool nacía Oliver Islander, apellido que sería un anuncio del lugar donde pasaría gran parte de sus años. Desde sus primeros años el mar lo atrajo. Salía con rumbo a la escuela, pero su destino eran los muelles de Albert Dock. Allí pasaba largas horas, observando entrar y salir los barcos militares y mercantiles. Siendo ya un jovencito comenzó lentamente a ofrecer sus servicios a cambio de algunos peniques y chelines. Pero su principal motivación era poder llegar a formar parte de alguna tripulación y cruzar los mares hacia otros lugares y allí vivir muchas aventuras.

A los 18 años cumplió su sueño y se integró a la tripulación del crucero ligero *HMS Glasgow*, como *able seaman*, o marinero primero. Surjando los mares del Pacífico, el destino lo llevó a que el 1° de noviembre de 1914 participara en la llamada *Batalla de Coronel*, frente a la Isla Santa María. Esta fue la peor derrota de la Armada Inglesa desde el siglo XVIII. La Marina Alemana, en ese lugar, hundió dos de sus acorazados, en el contexto de la Primera Guerra Mundial.

En medio de un panorama tan desastroso para su bando y viendo ya los dos navíos principales bombardeados, Oliver tomó una decisión rápida y extrema, se lanzó al mar. Nadó en medio de hombres muertos, entre restos de las embarcaciones con fumarolas en las maderas aún encendidas, las que eran apagadas por las olas. Siempre había sido un buen nadador, pero nunca lo había hecho en las frías aguas del Pacífico. Se sumaba al hecho la tensión del momento y el miedo a ser alcanzado por las ráfagas de los barcos alemanes.

Nadó varios metros sin destino, casi sin levantar la cabeza, hasta que encontró un bote que había caído al mar desde uno de los navíos ingleses. La pequeña embarcación aún conservaba sus remos, para avanzar sin rumbo en medio de la neblina. Ayudado por el destino, luego de varios minutos, que pueden haber sido una hora, atracó en la ladera oeste de la Isla Santa María, a dieciocho millas náuticas de Coronel, frente al Golfo de Arauco. Su primer pensamiento fue que había llegado a alguna isla inexplorada, idea que se acrecentó, cuando al avanzar se topó con un grupo de varones *lafquenches*³⁷, pertenecientes a la familia Quintraleo, quienes, en ese entonces, habitaban el sector norte de la isla. Ellos vestían sus mantas o *makiñ*, en mapudungun, y sus *tralinlongko* o cintos para la cabeza. Oliver les dijo a los nativos: "*I need help, please, they sank our ships*", (necesito ayuda por

³⁷ Lafquenches: pueblo mapuche. Habitaban la franja costera, entre Cañete y el río Toltén, en la Región de la Araucanía (nota de la edición).

favor, ellos hundieron nuestros barcos). Obviamente que no le entendieron nada e intentó repetir lento lo dicho en inglés, aunque nuevamente sin éxito. A continuación, trató de usar el lenguaje corporal, también sin resultados. Finalmente, los indígenas entendieron la situación por el contexto. Lo vieron llegar en un bote, vistiendo los jirones de un traje militar, con aspecto extranjero, sumado al estruendo que horas antes habían hecho temblar los cielos de ese territorio isleño. Ruidos que, para ellos, aún eran un misterio.

En un momento, el joven Nahuel Quintraleo le hizo con su mano la señal universal de *sígame*. Lo llevaron a la choza de Prudencio Valderas, quien había trabajado de mozo en la casa de Federico Schwager, en Coronel. Allí había aprendido algo de inglés y podría tener alguna comunicación con Oliver. Resultó una conversación digna de *Tarzán y Jane*, entre un hablante nativo del inglés y alguien que había aprendido algunas palabras sueltas y un par de frases mal pronunciadas. Lo importante es que le entendieron su nombre, que era marino inglés y que, en ese momento era un náufrago, que necesitaba techo y comida.

La familia Valderas le dio a Oliver hospedaje por varios días. Allí fue aprendiendo algunas palabras en español. Bien sabido es que la sobrevivencia en un lugar, con una lengua distinta a la de uno, es la mejor academia de los idiomas. A la vez, los niños de la familia Valderas y de otras familias isleñas fueron aprendiendo algo de inglés con este gringo tan simpático, al cual los niños seguían a todos lados. Sus receptivas mentes, muy rápido aprendieron las lecciones de este profesor hablante nativo del inglés. A los pocos días decían: *hello, good morning, how are you, thank you, bye*.

Luego de un par de días, Oliver le pidió a Prudencio que lo acompañara a la ballenera de la familia Macaya, existente en la isla. Le solicitó que hiciera de traductor, para ofrecer sus servicios, en base a su experiencia naval. La entrevista fue un éxito. Oliver fue contratado, comenzó como faenador de ballenas y, a medida que iba aprendiendo el idioma, iba ascendiendo, ya que podía aportar de mejor manera, en base a su experiencia como ayudante de barcos mercantes, en su niñez y juventud, y su experiencia en un navío militar. Llegó a ser capitán de uno de los barcos balleneros de los Macaya.

Luego de unas semanas, pudo levantar una humilde casa cerca de la ballenera, con un poco de madera y con ayuda de los isleños y se hizo de un hogar. En aquellos años, los terrenos eran libres en la isla. Solo escogías el sitio y te hacías de una casa.

Con el pasar de los meses, conoció el amor y se casó con una señorita *lafquenche*. Tuvieron cinco hijos. La familia Islander–Quintraleo era muy similar a la del capitán Pastene, con esa fusión europea–mapuche, con hijos de rasgos aborígenes, pero de ojos azules.

Oliver trabajó con los Macaya, hasta que estos se llevaron la ballenera a la Caleta Chome, en 1950. El lugar donde vivía la familia Islander comenzó a ser llamado *El Puerto del Inglés*. Pero, con los años quedó solo en *Puerto Inglés*, que es como se conoce hasta el día de hoy.

Islander vivió largos años en la isla. Dicen que cada primero de noviembre se iba a la orilla del mar y lanzaba un ramo de flores a las aguas y balbuceaba una canción en inglés, que muchos aseguran que era el himno cristiano *Nearer, my God, to Thee*, en recuerdo de sus compañeros fallecidos. Hoy, sus restos descansan en el pintoresco cementerio de Puerto Norte. Allí no hay administración, ni tampoco valores por sepultación. Simplemente se va y se hace una fosa para sepultar a los deudos.

Si alguna vez andan por Isla Santa María y ven a alguien con rasgos europeos, sin duda es algún descendiente de Oliver Islander, el navegante inglés.

Una espina

Jorge Contreras Sobarzo

Tercer lugar regional

Antuco

66 años

El terreno lo sentía como mío, aunque estuviera lejos de serlo. También así lo sentían mis amigos, que respetaban mi derecho de propiedad. Desde que tuve uso de razón, asimilé que estaba bajo el dominio de mi padre. Antes de mi llegada al mundo, el patrón se lo encomendó para el cultivo de trigo. En aquellos años, era una de las pocas cosas que podían hacerse por estos lados. Por lo menos, teníamos techo y alimento, gracias a lo que esa actividad reportaba a mi padre. Evidentemente, la mejor parte siempre se la llevaba el patrón. No gastaba un peso, no aportaba con trabajo y se llevaba su buena ganancia. Mi padre no era el único. El patrón tenía subdividido sus enormes dominios y, a varios otros, les daba esa suerte de medianía. Mi padre tenía el privilegio de contar con el terreno más cercano al pueblo.

Un día, el cultivo de trigo se terminó y el terreno quedó vacío. El trato con los medianeros llegó a su fin, una vez que el patrón vendió sus grandes extensiones a una empresa forestal. Pero, mientras no se comenzará con la plantación de arbolitos, el terreno lo tenía a mi entera disposición. Tan así es, que un día decidí darme el lujo de construir una regia cancha de fútbol, en la que disfrutábamos de animadas pichangas con mis amigos.

Me consuelo diciéndome que un niño no es capaz de discernir. Pero, creo que a mis nueve años lo tenía. La presencia de un desconocido nos hizo detener el juego. Había tenido la osadía de ingresar a la propiedad, sin que lo autorizaran. Nadie lo conocía. Después supimos que su familia estaba recién llegada a Polcura. Entonces, había que hacerle saber quien era quien. Me acerqué y le propiné un golpe, esperando que se defendiera. Pero no lo hizo. Me miró sin rencor. Solo me entregó una mirada que preguntaba: *¿Por qué?*

—Solo quería verlos jugar —dijo, sin dejar de mostrar una sonrisa.

Continuamos nuestra *pichanga* con la típica pelota de calcetines viejos. Así era siempre. No nos daba para más. Al rato, el muchacho recién llegado apareció con una pelota de verdad. ¡Era hermosa! ¡Nunca habíamos jugado con una de esas!

El calor del juego nos llevó directo al Zañartu, a pesar de las advertencias de nuestros padres: ¡el Zañartu no perdona a quien lo desafía!

Mi padre me había contado la historia de ese canal. Se construyó a partir del río Laja por la poderosa familia Zañartu, para llevar agua de regadío a su fundo Colicheo, en las cercanías de Cabrero. Por eso llevaba ese nombre. Se hizo una gran inversión en la construcción del canal, pero no se le dio importancia a la manera de cómo ese canal podía ser cruzado. En algunos lugares, solamente se fijó un par de varas y una piola, para que la gente pudiera salir y entrar al pueblo. A partir de ese instante, el cáncer y las enfermedades cardiovasculares dejaron de ser las primeras causas de muerte en el pueblo. La principal comenzó a ser la asfixia por inmersión de todos quienes tenían el infortunio de caer a ese canal, en especial de los que regresaban a sus casas después de alguna entretenida velada, en la que se había ingerido alcohol en forma desmedida. Todo eso nunca fue impedimento para que tuviéramos la osadía de disfrutar de más de alguna exquisita y refrescante zambullida.

Nos quitamos la ropa y, en calzoncillos, nos tiramos a uno de los pozones que habíamos habilitado en una orilla, teniendo la precaución de no acercarnos al centro. Con eso nos bastaba para ser más que felices. Pero todo se rompió abruptamente. Nadie supo cómo la pelota de nuestro nuevo amigo fue a parar al medio del canal. Vimos, con espanto, cómo el muchacho se lanzó a rescatarla. No sabía del peligro y tampoco se lo advertimos: era nuevo en la zona. Lo vimos alejarse, arrastrado por la corriente, hasta que se nos perdió de vista.

Hoy, a mis sesenta y siete años, aún no puedo sacarme esa espina del corazón. No puedo evitar seguir recordando esa mirada, preguntando la razón del golpe que le di y, que, de seguro, me duele mucho más de lo que pudo dolerle a él en su momento. Luego, recuerdo su cuerpo de niño arrastrado por la corriente, sin poder evitar que más de alguna lágrima siga profundizando estos surcos, que los años han ido instalando en mi rostro...

La novia muerta

Aníbal Barrera Ortega

Primer lugar regional

Temuco

79 años

Parece ser un tema muy repetido en la ruralidad de Angol. Son las secuencias de algo que ocurrió en Vegas Blancas, lugar de la cordillera de Nahuelbuta, en el que aún se realiza el Festival del Cantar Campesino.

Pasó hace setenta años. Ella, a la que llamaremos Marta, se había comprometido en matrimonio con un acaudalado agricultor de Angol. Después de la inscripción en el Registro Civil, la ceremonia religiosa fue fijada para el 14 de febrero de 1953, en la Parroquia Inmaculada Concepción de Angol, luego de la cual se realizaría la fiesta matrimonial en Vegas Blancas.

Marta era singularmente bella. De veintiún años, tenía una glamorosa cabellera rubia y una mirada intensamente azul. Su cuerpo era atlético y armonioso; desde su niñez había jugado vóleybol. A esa altura, cursaba el cuarto año de la carrera de Derecho en la Universidad de Concepción.

A las seis y media de la tarde todo estaba dispuesto en Vegas Blancas. Los padres de Marta habían arrendado una enorme sede social para los festejos. Había música ambiental. El aire estaba impregnado por el olor a carne asada y por los misceláneos aromas cordilleranos. En una de las cocinas adicionales, veinte parrilleros y más de treinta garzones, dirigidos por dos elegantes *maitres*, se esmeraban en la preparación de los platos y de los bebestibles con que se atendería a la nutrida concurrencia.

Alguien comentó que las cosas no iban a darse bien. Y quien hizo el comentario, habría de resultar una figura clave en el desenlace de esta historia.

Cuando Marta, acompañada por su padrino de matrimonio, se disponía a entrar al recinto de la sede social, inesperadamente cayó de bruces sobre la yerba. Su albo vestido de novia mostró una enorme mancha roja en la espalda: sangre.

Es ocioso describir la consternación que se produjo. Nadie atinaba a nada. Un médico del hospital de Angol, invitado al matrimonio, comprobó que Marta estaba muerta e indicó que había que hacerle la necropsia de inmediato. El mismo se llevó el cadáver en su vehículo particular. En el hospital se determinó que Marta había recibido un proyectil de calibre siete milímetros desde lo alto, posiblemente desde un coigüe, y a una distancia de 75 metros. El autor del disparo debió usar silenciador, ya que nadie sintió el ruido de la detonación.

Quien comentó que las cosas no iban a darse bien, diría, al cabo de varios años, que el asesino había sido un tal Matías, ex oficial de Ejército, que había sido pololo de Marta, en el tiempo en que ambos eran adolescentes. Agregó que el mentado Matías había jurado matarla, el día que supo de su matrimonio con el agricultor angolino. Todo permite suponer que el autor del comentario no hizo nada para evitar lo ocurrido.

Desde aquellos días de 1953, hay quienes aseguran que el cuerpo sin vida de Marta desapareció de la morgue del hospital de Angol y que se le vio dirigirse, caminando, al cementerio de la ciudad, vistiendo todavía su ensangrentado vestido de novia. Y también que, a veces, circula desde su tumba hasta cualquier lugar de la ciudad. Se dice, además, que ese recorrido se repite rigurosamente cada 14 de febrero, en el aniversario de su frustrado matrimonio.

Hay quienes creen en la justicia inmanente, la que, por obra de Dios o de los hados, castiga los delitos impunes. La persona que hizo el antedicho comentario convenció a Matías de que visitaran juntos la tumba de Marta. La idea habría sido una suerte de exorcismo, tendiente a conjurar las caminatas de Marta entre el hospital y el cementerio de Angol. Todo esto habría respondido a los consejos de un pastor metodista. Ambos estuvieron en las proximidades del cementerio exactamente a las seis y media de la tarde; cinco minutos antes de la hora en que Marta fue abatida. Se ocultaron en medio de unos arbustos. De improviso, apareció la novia muerta. Parecía no reparar en la presencia de los dos hombres, aunque, no obstante, se dirigió directamente hacia el lugar en que ambos estaban escondidos.

Matías se aterró. Salió corriendo en dirección a Marta.

El enigmático autor de los comentarios diría después, que Matías fue cogido por Marta y arrastrado hacia la tumba en que ella había sido inhumada. Los vio desaparecer en su interior.

En esos precisos momentos, se produjo un violento sismo y las losas adyacentes cubrieron totalmente el sepulcro, pero Marta volvió a salir y reinició su recorrido. Esta vez, el aterrado fue el hombre de los comentarios. Huyó del cementerio.

Sin duda, se sabía culpable. Como quedó dicho, no hizo nada para evitar lo ocurrido.

El agricultor angolino que iba a desposar a Marta se suicidó. Si bien, nunca supo quién había ultimado a su novia, no pudo soportar lo ocurrido.

Como quedó dicho, este tema parece circular especialmente en los ambientes rurales de Angol. Una anciana residente en Vegas Blancas, que participó en varias oportunidades como folclorista en el Festival del Cantar Campesino, contó en una de sus presentaciones que consideraba que el lugar en que fue asesinada Marta debería llamarse La Novia Muerta. Pero, a las autoridades municipales de Angol esa opinión les pareció descabellada y macabra.

No puede descartarse que haya algo mítico en esta historia. Porque, por ejemplo, hay campesinos que piensan que la persona que comentó que las cosas no iban a darse bien en la fiesta de matrimonio de Marta tenía pacto con Satanás, pese a que era confidente de un pastor evangélico. En tal contexto, dicen no poder entender que haya huido del cementerio de Angol, después del terrible final de Matías. En todo caso, no volvió a saberse de él.

Y personas reputadas como serias, residentes en la ciudad de Angol, piensan que Satanás lo puso a buen recaudo.

En fuentes creíbles (clérigos católicos, profesores y otros profesionales) se opta por no referirse al caso relatado.

El nombre de la novia muerta era otro. Por eso se dijo que sería llamada Marta en este relato. Lo que se buscó es evitar que no pocos angolinos actuales —algunos de los cuales fueron compañeros de ella en los estudios de Derecho—, recuerden su asesinato, porque lo consideran un pavoroso estigma.

Las tejititas calientes

Ximena Cayuqueo Becerra

Segundo lugar regional

Temuco

27 años

El gallo cantó; era hora de ir al colegio. La mañana fría no le iba a impedir llegar a su destino. La esperaba su uniforme impecablemente colgado, que había preparado el día anterior con tanto esmero y cariño. En su bolsita, había un gran membrillo; perfecto desayuno. Todo estaba listo; los bolsillos de su delantal estaban llenos y era momento para iniciar el recorrido. Su pequeña hermana era su fiel compañera de destino. Al salir, había que cuidar el lustre de los zapatos y quitar el fino barro del camino. Sus mejillas coloreaban con el frío de cada paso, pero no importaba, sus bolsillos estaban calentitos. Un pedacito de brasita negra se coló en su boca desde sus dientes, automáticamente recordó el olorcito delicioso de la azúcar quemada. Un movimiento en su zapato la despertó de su cálida ensoñación: "voy a tener que cambiar ese cartoncito", pensó.

Su hermanita le seguía el paso con apuro, sin descuidar sus zapatitos. Sus bolsillos también estaban calentitos, ambas lo sabían, por lo que se sonrieron. A lo lejos ya divisaban el canal y como siempre, el tío Reneco esperaba junto a él. El vapor salía con violencia de la nariz de su gran caballo.

—Ya mis chiquillas —dijo el tío, mientras las alzaba, una en una, para montar el caballo.

Ambas cuidaban el contenido de sus bolsitas y, por supuesto, de sus delantales. El fuerte animal se contoneaba al cruzar las aguas. Impacientes esperaban llegar al otro lado, para volver al calor de sus bolsillitos. Se despidieron de su tío, como de costumbre. Aún quedaba un buen tramo de camino y sus estómagos exigían el tentador membrillo de sus bolsitas. Una mirada de complicidad bastó para que decidieran golpear la gran fruta en las viejas paredes de adobe, que iban apareciendo por el camino. El dulce y ácido jugo emergía por la cáscara amarilla; perfecto desayuno.

El delicioso tramo terminó pronto. Su estómago no estaba de acuerdo con eso, porque tendría que esperar hasta el almuerzo. Las rodillas ya empezaban a doler, y los bolsillos se estaban enfriando, lo que indicaba que el trecho se reducía. Ya quedaba poco. La última parte del camino siempre era la más difícil. Sentían el invierno en todo el cuerpo, y sentían la delgadez de sus prendas. Apuraban el paso, a pesar del dolor, mientras buscaban refugio en sus bolsillos, que ya no estaban tan calentitos.

—Ya llegamos —le dijo a su hermanita apenas vio el colegio, en la última vuelta.

Se miró los zapatitos y los de su hermanita, todo estaba bien. Sacó las manos de sus bolsillos, para sacudir y estirar su delantal; antes de entrar, su hermanita la imitó. Por última vez, comprobó el contenido de su bolsita. Un lápiz y una libreta..., iba a tener que pedir hojas prestadas. Ya estaban a punto de entrar y:

—Ay —dijo despacito, se le estaba olvidando. Sacó el contenido de sus bolsillos, aún calentitos.

—Deja tus tejititas aquí —le dijo a su hermanita, indicando un lugar en el suelo, detrás de unas piedras—, más rato las llevamos *pa'* devolverlas a las brasas.

Una disputa a muerte

Edita Pérez Maldonado

Tercer lugar regional

Perquenco

64 años

Una divertida historia que contaban mis padres en días de invierno, en el tiempo en que el viento y la lluvia llegaban para quedarse, encerrados muy temprano, junto a una hoguera, escuchando cuentos y relatos de ellos en esas largas tardes.

La historia cuenta lo siguiente:

Guillermo y Mercedes, un matrimonio de campesinos de avanzada edad, trabajaban alegremente en su huerto limpiando y sacando maleza, cultivando lechugas, cilantro, zapallos y muchos otros alimentos para autoconsumo.

Entre tanta charla y algunas tallas³⁸ y risas, de pronto Guillermo dijo a Mercedes:

—Ya es tarde, ¿qué te parece si tomamos una rica once³⁹?

Y ella respondió:

—Me parece muy bien viejo, haré cinco huevos, tres para mí y dos para ti.

El viejo, sorprendido, frunció el ceño, miró extrañado y le dijo con voz fuerte y ronca:

—¿Qué has dicho mujer? Yo soy el hombre de la casa y, por lo tanto, ¡me comeré tres y tu dos!

No se imaginan la disputa que por esto comenzaría...

Ella se defendió diciendo:

—Yo me levanto al alba y me acuesto muy tarde, gasto más energía que tú y por eso debo comer tres y tu dos.

A lo que él respondió:

—Pero yo siembro las papas, traigo la leña a casa y necesito alimentarme más.

³⁸ Tallas: palabra usada para referirse a una frase espontánea que provoca risa. Chiste, broma (nota de la edición).

³⁹ Once: coloquialmente en Chile hace referencia a tradicional comida servida a media tarde-noche (nota de la edición).

Ella escuchó y en su mente dijo: "prefiero morir que dejarlo ganar".

Entonces Mercedes fue a su sillón, se tumbó en él y fingió estar muerta.

El hombre desesperado le decía:

—Por favor, mujer, no seas terca, yo tres y tu dos.

La discusión seguía acaloradamente sin ánimo de ceder.

La mujer murmuró:

—Llegaré hasta las últimas consecuencias.

El viejo, cabizbajo y también decidido, fue por el ataúd y al regresar a casa, seguía con la esperanza de que su esposa desistiera de tan tonta decisión.

Entonces, Guillermo entró a la casa con el ataúd y los cuatro hombres que lo sostenían, se acercó a ella por última vez y le habló al oído:

—Mujer, ya vienen por ti, te llevaremos al cementerio, por favor, yo tres y tu dos —pero ella solo negaba con la cabeza.

—¡Vengan por ella! —dijo el viejo, con voz temblorosa.

Partieron los cuatro hombres cargando a la mujer y el viejo no daba crédito de lo que estaba viendo.

Llegaron a la fosa, que estaba lista y preparada, y Guillermo dijo:

—Dejen despedirme de ella, por última vez.

Mientras los cuatro hombres decían:

—¡Cuánto quería a su esposa!

Pero el viejo insistía y le seguía diciendo:

—Mujer, ya estás en la fosa, por favor, yo tres y tu dos.

—¡Por ningún motivo! —respondió ella.

El pobre Guillermo, al ver que su esposa Mercedes terca y testaruda, no cambiaría de opinión, sacó fuerzas de lo más profundo de su ser y le gritó:

—¡Está bien, cómete los cinco!

Los cuatro hombres pensaron que la mujer fallecida saldría de su cajón y se los comería a todos, así que huyeron despavoridos y nunca más se supo de ellos. Mientras tanto la mujer salió del ataúd y se levantó triunfante, tomó el brazo de su esposo y volvieron a casa por los huevos y adivinen qué.

Los gatos de la casa se habían comido los cinco huevos.

Y colorín colorado, este cuento ha terminado, le pasaremos un zapatito roto para mañana contar otro.

El reloj de mamá

Claudia Kalleg

Primer lugar regional

Valdivia

41 años

Tomaron el bus desde Valdivia. 1986. Ella y sus dos hijas, una de meses y otra de cuatro años rumbo a Neuquén. Allí las esperaba el tío Caco, quien les daría más dinero, para seguir el viaje todavía más al sur, a la ciudad de la Patagonia argentina llamada Trelew.

Galletas glaseadas y una infinidad de historias. Las vacaciones con el abuelo, tíos y primos de un verano en Chile, los lazos de amor y la naturaleza apegada a los árboles que en la pampa de Trelew no existen.

Cruzar la cordillera de Los Andes era cada fin de verano una fiesta íntima, sagrada. Una nube cubría una montaña, y la dividía en dos, cuadro vivo del mundo imaginario, árboles barbudos, tierra fértil de verdes, y el agua que engendraba esas maravillas.

—Los niños menores de cinco años no pagan pasaje, señora —le dijo el vendedor de boletos por la ventanilla del terminal de buses antes de partir.

Apenas unos australes y otros pocos pesos chilenos quedaban en sus bolsillos más la añoranza del marido, que enviaba cartas con grandes letras, en las que expresaba afecto por sus mujeres. Las manos agrietadas y la espalda cansada del trabajo en la panadería y de la casa que construía sola. Una casa de concreto para ellas.

Pasada la aduana chilena, el cobrador le pide dos boletos: uno por ella y la bebé que va en brazos, y otro, por la niña, que ocupa el asiento a su lado.

—Es que me dijeron...

—Si usted no tiene el otro boleto, tendrá que pagarlo ahora.

La madre, compungida, le dice que no tiene nada más, que una vez que lleguen a Neuquén, su cuñado se encargará de pagarle inmediatamente el pasaje de la niña. El cobrador le explica que no es posible, que tendrá que dejarlas en la aduana.

La madre se pone a llorar. En su muñeca izquierda pende el único objeto de valor que tendría en su vida: el reloj que le había dado su padre como regalo, el no tan lejano día, en el que cumplió quince años. Entonces le ofrece su tesoro, con ojitos de súplica y de dignidad, pues el oro de aquel reloj demostraba que no por pobreza, sino, por avatares del destino, no tenía

el dinero; que ella no iba a estafar a nadie, que hubo un malentendido en la boletería, que ellas solo quieren regresar a sus vidas trasplantadas, por una esperanza de mejor porvenir allá en Trelew, mientras pasa la crisis y la dictadura en Chile.

No señora, no puedo aceptar el reloj. Se bajará en la aduana y ahí tendrá que solucionar su problema.

La madre se aferraba a su bebé. La niña sentía su cajita de juguetes revuelta en el estómago por la impotencia de ver llorar a su amor predilecto.

—No llores, mamita, no llores. Yo sé que tú no te equivocaste, que son esos señores quienes no entienden que nosotras vamos a ver a nuestro papá.

El pasajero chileno que iba sentado detrás se enteró del problema, como también todos los otros pasajeros. A continuación, sacó la billetera de su bolsillo.

—¿Cuánto es? Yo pagaré el pasaje de la niña —anunció.

La madre, agradecida, le dijo que en cuanto llegaran a destino le devolvería todo. Él le contó, como sin dar mucha importancia, que una vez a su esposa le había pasado lo mismo y que un desconocido la había ayudado, que era su turno de devolver el favor, que hace muchos años ella había recibido.

El resto del viaje transcurrió en silencio. La pequeña dibujaba con un dedo el vidrio empañado e internalizaba el primer sentimiento de humillación.

Al llegar a Neuquén buscaron al hombre generoso, pero no estaba en ningún lado. La madre se echó a llorar al cuello del padre que, de sorpresa, las había ido a esperar.

Durante los años siguientes el reloj perdió el brillo, la cuerda se cortó, el oro se peló y fue guardado en uno de esos cajones, que pueden albergar, sin problemas, cachivaches, tales como hilos de colores enredados, lápices, tornillos, dientes de leche, estampitas de bautizos, pilas, medicamentos, botones y todas esas cosas que las madres piensan que un día podrían ser útiles. Útiles para una tarea escolar, útiles para una emergencia doméstica...

Entre cambios de casa, país, ciudades, años, el reloj desapareció, quedando esta historia como prueba de su existencia.

La pisada del diablo

Krissna Solís Ochoa

Segundo lugar regional

Valdivia

21 años

En las afueras de un pueblo llamado Lago Ranco, había una hermosa casita a los pies de un cerro. Rodeada de árboles y llena de flores, tenía, además, muchos animales; detrás de la casa había un corral de ovejas, junto a un gallinero y, en el jardín del frente, se veía una casita para un perro, al que llamaban Peludo. Vivían ahí unos padres amorosos, una niña que amaba las historias y una abuelita que amaba contárselas.

Todas las noches, mirando por la ventana en dirección al lago, se ubicaba la abuelita con su nieta a contarle historias; historias sobre su vida y sobre su pueblo. Una noche, con un cielo estrellado, la niña se acercó y le preguntó a su abuelita si conocía alguna leyenda. Le explicó que eso estaba aprendiendo en la escuela y que le había gustado escucharlas. La abuelita le sonrió y pidiéndole que se acomodara a su lado, le dijo que sabía una y se la contaría a continuación. Era la leyenda de la pisada del diablo. La niña, al escuchar el nombre, la miró con grandes ojos y atenta le escuchó.

La abuela comenzó a decir:

—Hace mucho, mucho tiempo —con voz lenta y misteriosa—, en una noche de San Juan, un ranquino vendió su alma al diablo.

Hicieron una apuesta; el hombre le dijo al diablo que, si era capaz de construir un camino que atravesara el lago, antes que cantara el gallo al amanecer, se quedaría con su alma, pero si no, el hombre la mantendría. El diablo aceptó y comenzó su labor.

Avanzó la noche, como el trabajo, y a las cuatro de la mañana, mientras el diablo arrojaba piedras al lago y casi llegaba a la mitad, el hombre se percató de esto, y como no quería perder su alma, se las ingenió. Apurado por el tiempo, decidió imitar el canto de un gallo y, como era una apuesta, el diablo la perdió.

Furioso por lo ocurrido, el diablo lanzó una patada sobre la roca a la que dirigía su obra, y grabó en ella su huella y luego desapareció.

Una vez que la abuelita terminó de contar la historia, la niña la miró sorprendida e interesada, en partes iguales, y le preguntó si la piedra aún existía; la mujer le devolvió la mirada y, sonriendo, asintió. La niña le pidió que por favor la llevara, y la abuelita, cayendo en su petición, le prometió que, al terminar las clases, el próximo viernes, la llevaría.

Así fue. La tarde de ese día, con el sol en el cielo despejado, todos los de la casa partieron en compañía de su perro Peludo al lago. Pasaron por un camino lleno de árboles, una pampa de pasto verde y unas rocas grises, hasta que llegaron a la orilla. Caminaron por ahí un corto trecho, hasta que a la distancia vieron, entre árboles de delgados troncos y bañándole los pies al lago, una gran roca.

La niña se giró hacia su abuela, con la que iba de la mano, preguntándole sorprendida, si acaso era esa, la mujer asintió. Entusiasmada se adelantó corriendo, y antes de que se alejara demasiado, su padre la tomó de la mano y la llevó a la roca.

Con ayuda y seguida de él, la niña subió a la cima, y ahí, en el lugar exacto, donde muchos años atrás pisó alguien con furia, vio una huella profunda de dedos afilados, al centro de la roca.

La mar

Fernando Valenzuela Ruiz

Tercer lugar regional

La Unión

42 años

Se sentaba todas las tardes a la hora de la caída del sol, en los momentos en que una brisa helada sube desde la mar y pega, erosionando los ojos hasta las lágrimas. Sal más sal, me explicaba cuando me lloraban los ojos, cada vez que esa brisa helada del sur me quemaba la piel. Tiempo después entendí que se refería a la sal del mar y a la sal de las lágrimas. Tiempo después, pienso, cuando extrañaba adentrarnos juntos a la mar.

Alguna vez le pregunté: "*¿es el mar o es la mar?*".

La mar, me respondió, luego de un silencio interrumpido por un suspiro y las palabras que le precedieron:

—La mar —me dijo sonriéndome.

A mi hermano, las palabras muchas veces le eran innecesarias. Hablaba poco. Decía que a la mar había que escucharla, olerla y mirarla.

—Pero, no la pruebes —me decía, como alentándome a hacerlo.

Y claro, cuando no me estaba mirando, alguna vez, la probé para nunca más volver a hacerlo. Cosas de niños y de esa curiosidad vital tan necesaria.

—Si besas a la mar, no vuelves más —me dijo alguna vez, cuando empezó a llevarme con él a pescar y a mariscar.

Él conocía un lugar secreto. Un lugar único, al cual solo él podía llegar. Salíamos en el bote, se arremangaba y se ponía a remar sentado, avanzando hacia sus espaldas. No necesitaba ver, decía, solo sentir como las olas chocaban con la madera de la *Luna*, así le puso a su bote.

Aún puedo oler la sal de la mar impregnada en las maderas de ese bote que se entendía con las olas a la perfección. Cuando se cansaba de remar en esa posición, se paraba y empezaba remar de frente. Yo, a mi hermano, lo admiraba; era un padre, a la vez que mi amigo. Mi madre solía rezar para que la mar no se lo llevara también a él. Nuestro padre había zarpado desde la isla Huar hacia los fiordos, en lo que llamaron *la fiebre del loco*.

—Los hombres llegan ricos del sur oscuro, porque traen de la mar, oro —recuerdo que mi padre me contaba, después de haber tomado la decisión de también ir a buscar ese oro.

Él no volvió. A mis cinco años pensaba si la fiebre lo habría enfermado, si quizás se había vuelto loco de fiebre, si quizás se había perdido y, un buen día el viento sur y un oleaje avivado, como el viento aviva el fuego, lo traería de vuelta. Pero no. A pesar de eso, por un tiempo, con mi hermano no dejamos de vivir la mar como si fuera nuestro hábitat natural.

—Yo soy la mar —decía mi hermano, sobre todo cuando empezó a contemplar la mar sentado desde la ladera del cerro, en los instantes en que el sol daba la vuelta hacia el otro lado y un destello verde se azotaba en el horizonte.

Pero les contaba sobre ese lugar secreto que solo mi hermano conocía. Y era un lugar mágico, donde la lógica pierde sentido. Es como la mar, ahora que lo pienso, un mundo donde el ser humano tiene que dejar de respirar, para poder conocerlo, aunque solo por instantes. Mi hermano remaba hasta quedar justo en medio de la inmensidad. Lejos de la costa y lejos de las islas. De hecho, la costa de Puerto Montt no se veía y las islas del Archipiélago de Calbuco eran formas indescifrables a la distancia. Entonces llegábamos ahí, en medio de la mar, con la calma que regala el viento, en los momentos en que decide abrazarte con suavidad.

Recuerdo la primera vez que mi hermano me llevó a ese lugar. Me dijo que el viejo también lo había llevado a él. Estábamos ahí, solos los dos, y la mar en su plenitud. Me acuerdo que me agarró y me dijo:

—¡A nadar! —y en milésimas de segundo, pensé que mi hermano me había enviado cruelmente a un abismo.

Sin embargo, quedé parado con el agua, un poco más arriba de las rodillas, y mis pies masajeados por la arena más suave que jamás haya pisado. Mi hermano reía y mi enojo y mi susto se transformaron rápidamente en asombro. Me vi ahí, en medio de toda esa masa de agua, como Jesús caminado sobre ella. Sentía una extraña sensación de mágico poder, a la vez que me sentía un ser de mar. Mi hermano, recuerdo, se bajó de un salto y el agua le llegaba un poco más arriba de los tobillos.

—Esto es un bajo —me dijo, desordenándome el pelo con su mano.

En esa parte, el agua era sumamente transparente, se podía ver la arena blanca y una abundancia de seres que deambulaban en ese pedazo de mar, como si de un reino perdido se tratara. Mi hermano se agachó y empezó a sacar almejas y jaibas, que me iba mostrando, agarrando de sus tenazas. Las merluzas revoloteaban muy cerca y, a lo lejos, podía ver a las toninas, haciendo piruetas que me hipnotizaban. Ese lugar secreto fue y será inolvidable. Pero, desde que mi hermano dejó de entrar a la mar, no volví a visitarlo. Siempre sentí que solo podía volver con él.

Pero él... cambió.

Mi madre me dijo que la mar lo había embrujado, que se había enamorado de ella y que eso lo había cambiado. Yo no sabía qué significaba todo eso. Solo recuerdo que mi hermano estuvo desaparecido, después de salir a la pesca y cuando ya mi madre creía que, finalmente, la mar también se lo había llevado, como ella cree que lo hizo con mi padre, de la nada, un día cualquiera... volvió. No dijo qué le ocurrió, ni donde estuvo. Se mantuvo amable, pero retraído, como si algo lo estuviera llamando permanentemente, como una voz silenciosa cuya marea va y viene.

Mi hermano dejó de entrar en la mar, pero todas las tardes, al caer el sol, se sentaba en la ladera sur de la isla y se quedaba horas mirándola. Yo me sentaba a una distancia prudente, como respetando ese momento, que era solo de él, sin saber por qué, pero sentía que no podía perturbarlo. Él simplemente miraba hacia la inmensidad de la mar con una tranquilidad semejante a una paz sublime, como esa paz que sentí el día en que me llevó *al bajo* y que, después del susto y del asombro, me envolvió por completo, luego de haber conocido algo mágico y hermoso.

Nunca quise preguntarle por qué no quería volver a la mar. Sentía que no tenía una respuesta o bien, si la tenía, es probable que yo no la comprendería, si me lo contara. Así que me inventé una historia y pensé que él había descubierto algo mágico y hermoso, que le entregó una paz que solo se encuentra en lugares secretos que uno entrega si se ama de verdad.

—¿Por qué es *la mar*? —le pregunté un día, al borde de la playa.

Él me sonrió, y me desordenó el pelo con una de sus manos. El sol ya caía.

El Caleuche de hierro

Jorge Guerrero Díaz

Primer lugar regional

Quellón

45 años

—**E**se Caleuche se escondió para siempre en los lagos del norte, por eso nunca más apareció —repetía don Pascual cada vez que, por enésima vez, contaba la historia del navío de arte que vio en su juventud, en tanto su nieto, alternando lo golpes de yunque, lo escuchaba con paciencia, mientras el anciano sentado en una esquina separaba tuercas de tornillos en un almud⁴⁰ de madera ennegrecido por el paso del tiempo.

De vez en cuando lograba secuestrar momentáneamente a algún cliente del taller, contándole sobre sus años de soltero en la isla de Tranqui. Con detalle enciclopédico hablaba de los lanchones que iban por las cholgas en las Guaitecas, o sobre los primeros buzos escafandra, o sobre el origen sueco de los primeros motores Alvin o de cómo se convirtió en un hombre de la tierra luego de renunciar al mar para siempre, después de esa noche de San Juan de 1945.

—Salía uno de día, con mar calma por el estero, mientras a mí me tocaba gombar⁴¹ la lancha y el resto de mi maniobra era girar y girar la manivela para darle aire al buzo. Esa era la pega que se les daba a los chicos solteros.

Don Pascual Raimilla habría llegado a este mundo sin partida de nacimiento conocida, por el año 1918 en Puerto Carmen, al sur de la Isla. Y habría emigrado junto a su madre a la isla de Tranqui, cuando esta última decidió mudarse con sus padres, luego de que su esposo tomara rumbo hacia la Patagonia argentina en busca de trabajo en la esquila.

—El hombre se perdió en Santa Cruz luego de una huelga, por pedir más presas para el caldo —habría contado alguna vez.

—¿Y al final cuántos hombres eran los del Caleuche, tata?

—Hombres no eran, eran tripulantes del Caleuche —respondía.

—¿Pero es lo mismo, ¿no?

—No, Armando, un tripulante que se sumerge en su navío y luego camina por tierra no es un hombre o, por lo menos, no uno de nosotros. Si supiera, lo dejaría escrito para que conozcan la historia tus chicos medianos.

⁴⁰ Almud: se refiere a la caja de medida para el almud, unidad de peso que se usaba en Chiloé hasta hace poco (nota de la edición).

⁴¹ Gombar: desaguar la embarcación con una bomba de achique (nota de la edición).

—¿Y si lo grabamos? —preguntó Armando, blandiendo su teléfono celular, a lo que el anciano asentía con el pulgar y pidiendo que luego fuera transcrito por alguien de *mejor expresarse*:

“Del registro tomado de don Pascual Raimilla por su nieto paterno Armando Raimilla. 2 de febrero de 2015, transcrito y reinterpretado:

Durante aquel mes de junio, habría circulado por toda la costa, la historia de un incidente de carácter extraño y aterrador ocurrido a un vecino del sector de Tutil, en la actual comuna de Quellón, en donde, luego de haber divisado un tronco de grandes dimensiones flotando estático en el estero, habría decidido acercársele en bote, para luego amarrarlo a una yunta de bueyes y trasladarlo a la orilla. El hombre habría amarrado dicho tronco oscuro y cubierto de lamilla⁴² con la yunta, pero en el mismo momento que ordena a las bestias tirar de él, el tronco comienza a sumergirse arrastrando a los animales, y logrando, no con poco esfuerzo, cortar las bridas del yugo, salvándolos por poco de ahogarse.

Acercándose ya la festividad de San Juan, comienza a difundirse entre Puerto Grille y el estero de Compu la ocurrencia de extraños fenómenos nocturnos, consistentes con sonidos de resoplidos de ballenas y gemidos, acompañados con golpeteos metálicos y cadenas. Sólo podía ser el “barco de arte, El Caleuche”. Temiendo una inminente recalada, en las capillas de toda la costa se oficiaron misas y santiguamiento de botes y faenas por parte de los fiscales⁴³.

Finalmente, la noche del 23 de junio de 1945, durante los rezos y novenas, el terror se hace presente en la bahía de Alqui, isla de Tranqui. Profundos rumores submarinos dan paso a un estruendoso resoplido de vapor que se elevó como un alerce milenario por sobre las calmas aguas iluminadas por una imponente luna llena. Un enorme tronco negro, cubierto de algas, escoria y percebes, emerge y se dirige a la costa. Un martilleo feroz lo acompaña, como si llevase la mismísima fragua de Hefestos encima de sus 77 varas⁴⁴ de largo. Este Caleuche oscuro se detiene, y de sus entrañas emergen, uno a uno, ocho tripulantes, ataviados en piel de lobo marino verde y carnero negro y se hacen a la mar en dos vejigas de ballena hinchadas para desembarcar en la playa.

No sin un profundo terror, el fiscal del lugar, acompañado de un joven Pascual Raimilla, toma su santo libro y decide expulsar a los recién llegados en nombre de nuestro señor Jesucristo, el Nazareno. Bajo el brillo de la luna ve acercarse a ocho hombres altos, de barbas claras y ojos azules. Se detienen, se miran un momento y mientras comienzan a hablar entre sí en una lengua extraña y gutural, uno de ellos, da un paso al frente y habla en castellano metálico al aterrado fiscal:

⁴² Lamilla: alga marina de color verde, común en las costas durante la bajamar (nota del autor).

⁴³ Fiscal: cargo religioso auxiliar de Chiloé, ejercido por laicos en ausencia del párroco (nota del autor).

⁴⁴ Vara: medida de longitud correspondiente a 0,836 metros (nota del autor).

—Papas, harina y pescado seco por estos limones y cebollas. Trueque y nos vamos en la paz de Dios.

—En la paz de Dios, trato —respondió el fiscal.

Cumplido el trato, el Caleuche de hierro se pierde hacia el norte con su incesante martilleo para no volver a aparecer jamás.

Tiempo después, y en su lecho de muerte, el fiscal habría confidenciado la conversación que tuvo con los viajeros mientras Pascual iba por lo trocado. De los ocho tripulantes, aquella noche, seis se habrían escondido en los lagos de los volcanes del norte junto al navío maldito y dos se habrían quedado en tierra sin rumbo conocido”.

—Un hombre que se sumerge en su navío y luego camina por tierra, no puede ser un hombre, sino un tripulante del Caleuche.

¡No metas el dedo!

Jorge Caroca

Segundo lugar regional

Osorno

33 años

La comida de la señora María era famosa en toda la comarca por su sabor único e incomparable. Panes, pasteles, pescados o postres, no importaba si fueran dulces o salados, su talento en la cocina no tenía comparación. Personas de pueblos lejanos viajaban hasta Fundo Viejo, para descubrir si era justificada tan brillante fama, y nadie quedaba decepcionado al probar sus preparaciones, sencillas, pero sabrosas. Cuentan que incluso personas muy importantes, como obispos y terratenientes, enviaban a sus trabajadores con encargos para ocasiones especiales, con los que maravillaban y embelesaban a los más ilustres invitados provenientes de la capital.

A pesar de su renombre, la señora María era una mujer sencilla y seguía viviendo en la misma casa de adobes que recibieron sus abuelos en la época en que llegaron como inquilinos al fundo, en la que se había instalado una enorme cocina a leña, donde dedicaba jornadas completas a su arte. También era conocida por su generosidad y era muy querida por toda la comunidad. Cuando algún vecino estaba en dificultades, se sabía que contaba con una de sus magníficas tortas de piña para rifar.

Victoria, su hija, había crecido junto a la cocina a leña, ayudando a su madre desde *cabra*⁴⁵ *chica* a preparar los encargos más diversos. Así, se empapó de todos los secretos del oficio, como las gotitas de limón en la masa de las empanadas para darles crocancia, o el bicarbonato en las legumbres, para que quedaran más livianas. Su sueño era alcanzar algún día el nivel de su mamá y cocinar tan bien como ella. Pero había algo único, un sabor peculiar e irrepetible que impregnaba todas sus preparaciones. Victoria perdió la cuenta de las veces que trató de replicar sus platos paso a paso, siguiendo al pie de la letra las recetas que la señora María, en persona, le había dictado. Utilizaba los mismos ingredientes, en las mismas cantidades, el mismo horno por el mismo tiempo, pero el resultado era muy diferente. La comida quedaba rica y sabrosa, pero le faltaba ese toque mágico que caracterizaba la mano de la famosa cocinera. Cada vez que le preguntaba, ella solo sonreía y replicaba:

—Una no es bruja, pero tiene sus trucos guardados por ahí.

Un día, la señora María y su hija avanzaban a cuatro manos con la preparación de dos pasteles de boda, para el matrimonio de la hija del alcalde de Fundo Viejo. Era una ocasión muy especial y ambas lo sabían, por lo que trabajaban con especial esmero, para que todo quedara

⁴⁵ Cabra: refiérese coloquialmente en Chile a niña, joven (nota de la edición).

perfecto. Con los brazos fuertes de alguien que lleva años amasando a diario, Victoria batía enérgicamente las claras y el azúcar para el merengue. Ya tenía la consistencia perfecta, así que tomó una cuchara para probarlo, pero el sabor no la convencía del todo.

—¿Qué te parece, mamá? Le falta algo, pero no sé qué es.

—Déjame probarlo —le respondió la señora María, con una voz dulce y pícara antes de meter el dedo índice de la mano derecha en la mezcla y saborearla lentamente.

—¡Ay, mamá! ¡No metas el dedo! ¡Siempre haces lo mismo!

Ambas rieron con la complicidad que solo se alcanza entre madre e hija.

—Ten más confianza en ti misma. El merengue está listo —anunció la madre.

Victoria, incrédula, lo probó nuevamente. Tenía el característico sabor de las preparaciones de su madre.

La repentina muerte de la señora María, consecuencia de un inesperado ataque cardíaco, tomó a todo el pueblo por sorpresa. Peregrinos de todos los rincones del valle se congregaron en la antigua casa familiar para despedir a la querida cocinera.

La velaron durante dos días completos y, como es tradición en el campo, Victoria se encargó de atender a los visitantes. Día y noche mantuvo encendido el fuego de la cocina para recibir a los viajeros en el mesón que instalaron bajo el parrón. Cazuela de ave y pastel de choclo, para los que llegaban a almorzar. Sémola con salsa Obispo o leche asada, para la hora del té. Pollo arvejado con arroz, para la cena, y navegado y consomé para capear mejor el fresco de la noche. Y, sobra decir, todo acompañado, en todo momento, con sopaipillas recién fritas, pan amasado calentito y pebre fresquito.

Victoria se esforzaba para despedir a su madre y, también, para corresponder el cariño sincero de todos los vecinos que llegaban con sus aportes para el triste banquete. Sin embargo, le dolía escuchar los susurros de los comensales:

—Está sabroso, pero no es lo mismo. Que pena que la señora María se lleve su secreto a la tumba. Ojalá la hija hubiera salido a la mamá.

Eran las tres de la mañana de la segunda noche de velorio y Victoria ya no daba más de tanto cocinar. Compungida por la angustia y los comentarios, se acercó en silencio a la sala principal llena de velas y señoras rezando en voz baja. Cuando estuvo completamente sola, se acercó al féretro, rodeado de coronas, y lloró amargamente. Recordó las largas jornadas junto al calor del horno, amasando, preparando guisos y salsas. Recordó el sabor especial de los platos de su madre, y también cuando la molestaba por meter el dedo en la comida, para probarla y comprobar si estaba casi lista.

Entre sollozos, las imágenes comenzaron a girar en su cabeza hasta que se combinaron de una manera macabra. ¿Sería posible?

Fue a la cocina y buscó su cuchillo más afilado. Furtivamente regresó a la sala y se aseguró de que no hubiera nadie en los alrededores. En un gesto rápido, sus fuertes brazos abrieron la tapa del féretro. La señora María se veía tranquila y descansada. Con cuidado de que sus lágrimas no estropearan el maquillaje mortuorio, Victoria buscó el dedo índice de la mano derecha de su difunta madre y, aplicando toda su experiencia en la cocina, hizo un corte limpio.

Los familiares y amigos que llegaron a la casa la mañana del funeral se sorprendieron con la exquisita variedad de queques, kuchenos y tartas que había preparado Victoria durante la madrugada.

—¡Esto está delicioso! ¡Es exactamente el mismo sabor de lo que preparaba tu mamá! —comentaron.

—Muchas gracias. Me pone muy feliz poder continuar con su trabajo y honrar su legado —respondía la ojerosa Victoria con lágrimas de emoción.

—¿Cuál era su secreto? —insistían las visitas.

Victoria sonrió mientras apretaba el frasquito escondido en el bolsillo de su delantal.

—Una no es bruja, pero tiene sus trucos guardados por ahí.

Al final del camino

Camilo Palma Erices

Tercer lugar regional

Osorno

23 años

—¡Ma-má! ¡Ma-má! ¡Veeeen!

La mujer tiraba de una rama especialmente cargada de frutas, cuando el viento salado reculó en su oído y *desanduvo* su oreja, esa humilde caracola, para al fin estaquearla al suelo con un escalofrío en la espalda. La mora —o *murra*, nombre por el que ella la conocía y que no era sino la herencia de los colonos de otro tiempo—, crecía en abundancia en esa zona del monte, y a ambos lados del camino, por un sendero de tierra medio oculto por la frondosidad de los arbustos y de los árboles, y cuyo trazado no se debía a nadie en la memoria; y ahí, detenida en el tramo de más espesura, y vaticinando que podría llenar los tres baldes con que andaba, predecesores de los relucientes frascos de conserva, que la ayudarían a suplir las carencias de la próxima estación. La cogía pequeña y frágil, entre sus dedos, y la echaba de dos en dos, o de tres en tres, dejándose las manos sucias y pegajosas, casi amoratadas, como en una refriega culpable, y con el tinte intencionado de la noche o del deseo, que se le adhería, como cosa dada, aunque prohibida. De vez en vez se echaba un puñado a la boca. Las semillas crujían, y por la canela de sus labios chorreaba con lentitud la sangre del recién sacado fruto, igual de dulce, como si hubiese comido a escondidas un puñado de azúcar. Sus hijos, cuyas manitas había sorprendido, más de alguna vez en el interior de los frascos, bien lo sabían y disfrutaban comer de la misma mata.

Cuidando de no pincharse los dedos, solía asir⁴⁶ muy sutilmente algunas ramas, las que en un principio parecían inalcanzables, por entre dos espinas, y buscaba dónde engancharlas en cuanto las sujetaba, hasta que al fin lo hallaba. Luego seguía la curvatura aérea, descolgaba la fruta y, todo de nuevo. Así le habían enseñado a ella y así había enseñado a sus niños: que cedieran lugar a la paciencia, antes que al primer impulso. Fue, en un momento como este, en que empezó a pensar en lo que debía hacer al volver a casa. Con los frascos que ya tenía limpios y aireados, apilados junto a los leños que aguardaban bajo la estufa, en el tiempo, en las brasas, en el que por cada balde habría, al menos, cuatro kilos de fruta y la mitad de azúcar; algo así como que dos y dos son cuatro, y cuatro y dos, seis y, sin percatarse de lo que iba a ocurrir, la rama que recién había tomado entre sus dedos, doblegada por su fuerza, aún retenida, aquella que se había erguido fabulosa por encima del montón, y a la altura de sus ojos, y que iba a ser sometida por ella, la rama, vengativa y tensa, se soltó de golpe y le asestó un tremendo chicotazo en el rostro.

Espabiló después de un rato y tanteó allí donde sintió escocer. En breve se le enrojeció la herida y pronto la embargó la fiebre. Solo después, llegaron en volandas, el llamado del niño, y sobrevino el escalofrío que le recorrió la espalda. Al principio pensó que lo había imaginado, que ese quejido con que su oído la engañaba, no era sino el eco de su dolencia y que sus hijos no debían

⁴⁶ Asir: tomar o coger con la mano (nota de la edición).

estar muy lejos, jugando, corriendo por los alrededores, quizá; pero pronto cayó en la cuenta del tiempo que había estado sola, del silencio y del instinto y un miedo profundo, muy profundo, que con cada segundo que pasaba se hacía mayor, le contuvo los músculos y el aire.

En estado de alerta, esperó y, al escucharlo de nuevo, ya no hubo dudas:

—¡Ma-má! ¡Ma-má! ¡Veeeen!

Todos los pensamientos se le esfumaron a esa señal jamás reconvenida. La voz, que le llegó, con la claridad del remordimiento, venía de camino abajo y le dolía tanto o más que las espigas.

Se precipitó por el camino y, en su carrera, volteó el balde y se astilló el cuerpo, al tiempo que murallones de árboles y colihues, de lianas y enredaderas, de hojas y ramajes, salían a su encuentro y le dificultaban la marcha. La voz del niño estaba cerca y su llanto se confundía con el sonido del mar que, ni próximo ni distante, estremecía la costa y los arrecifes, e incluso, muy por debajo de todo aquello, como una roca que jamás vería la luz del día, su corazón.

Al fin salió de la espesura. El niño, al verla venir corriendo y agitada, fue a disimular, entre los brazos, las lágrimas que rodaban por sus mejillas, y lloró así, silencioso y prendido a las faldas de su madre. La normalidad se convirtió por breves segundos en el misterio de su afecto. Pero, en los instantes en que la mujer miró a su alrededor y se percató del sol, y lo vio fulgir sobre la piedra ancha y ovalada en que estaba junto al niño, con la luz que cruzaba y devolvía su reflejo por entre las sombras de los árboles, y que el mar se perdía en el horizonte, como un infinito espejo del cielo que acariciaban las olas; al escuchar el azote del agua bajo sus pies y retumbar, como segadas por un coloso imposible las caídas abruptas de la piedra, sobre las que de vez en cuando se levantaba la brutal espuma, entonces, y solo entonces, se supo desbordada por oscuros presentimientos.

—¿Y tu hermano? ¿Dónde está tu hermano?

No hubo respuesta; pero los ojos del niño, fijos en la orilla, parecían a punto de abalanzarse.

Avanzó con paso vacilante, abrumada, sabiendo lo terrible que debía ser aquello en lo que no creía y en lo que, sin embargo, no podía dejar de pensar. Y antes de llegar a la arista de la piedra ya fue capaz de experimentar un vértigo, con el que ni siquiera, en sus peores pesadillas, había soñado. Lentamente, mortalmente adherida a la piedra, para no perder el equilibrio se acercó a la orilla y miró hacia el fondo del abismo y, detrás de ella, se dibujaron las sombras de los árboles con el secreto de su amenaza.

No supo más de sí, e, inconsciente, tampoco se dio cuenta de que sus hijos, uno a cada lado, observaban con ella el precipicio que se abría enfrente y que parecía ansiar devorar el mundo.

Y el balde, al vaivén del mar, ante las rocas, se estremecía como la primera nube por el cielo límpido del año.

Los chanchitos en el hospital

Rosa Gómez Miranda

Primer lugar regional

Cochrane

78 años

—**L**e cuento vecina que a su maestro lo llevaron al hospital. Lo vino a buscar la ambulancia. Parece que fue su hija la que llamó a la ambulancia. Iba harto mal el hombre, fíjese que...

Mi vecina no para de dar detalles del incidente, ella es así, siempre adorna cada noticia con muchos detalles, aunque también agrega algunos de su inventiva.

El aludido no es precisamente *mi maestro*, pero sí es el que se encarga de hacer todos los arreglos de carpintería y gasfitería en la iglesia, de la que yo soy presidenta. Bueno, también ha hecho algunos arreglos en mi hogar. Hay que reconocer que el hombre es un buen maestro y que tiene muchas habilidades, además de cualidades, como la honradez y el respeto y es cumplidor con lo que se le manda a hacer. El único problema es el alcohol... cuando se cae *al litro* puede pasar hasta dos semanas tomando.

¿Qué le habrá pasado? ¿Será por el exceso de alcohol? No tengo el número de celular de la hija y ya no es hora de visitas en el hospital, así que mañana iré a verlo, tal vez necesita alguna cosa en que le podamos ayudar.

Nuevamente se rompieron las cañerías en la iglesia. Es que el invierno está siendo muy crudo y, en muchos hogares, ocurre algo similar. Ahora recuerdo que el maestro está en el hospital. Busco apresuradamente a otro, sabiendo de antemano que me cobrará más caro y que no realizará un buen trabajo, aparte de que me va a decir que por qué no busco al maestro Oyarzo, que es el que siempre hace los arreglos de la iglesia. Tendré que dar excusas y, como se dice, *agachar el moño*, pero qué se va a hacer, las cañerías deben repararse. Ojalá, mi maestro, salga luego del hospital y la mejor manera de saberlo es acudir a verlo.

Ahí está, acostado en una pieza hospitalaria, duerme plácidamente, tal vez sea por efecto de los remedios, no hay nadie más, así que me siento en la cama vacía que está al lado, y espero a que despierte. Al hacerlo, me ofrece disculpas:

—Es que he pasado muy mala noche, usted no sabe cómo funciona este hospital en la noche. No pude *pegar una pestañada*, por eso es que ahora estoy con tanto sueño —dice.

—Pienso que tal vez hubo un accidente y el personal tuvo que atender a muchos pacientes, o tal vez, alguna riña. Una enfermera me contaba hace poco que un día llevaron a un paciente muy bebido y drogado y no dejaba dormir a nadie —agrega.

—¿Qué le pasó maestro, que no pudo dormir anoche? —le pregunto.

—Bueno, corrían por todos lados, gritaban y cantaban como locos; era una verdadera fiesta —contestó.

—Pero maestro, ¿quiénes eran los de ese desorden? ¿Tal vez trajeron a algunos pacientes ebrios?

—No, señora, si hubiesen sido pacientes borrachos o drogados los habría atendido, pero eran los médicos con las enfermeras. Andaban todos de blanco con sus uniformes y corrían por todo el hospital. No sé qué celebraban. Parece que era el cumpleaños de uno de ellos.

No podía creer lo que escuchaba, miré al maestro, se veía tranquilo, y su voz sonaba sincera, pero lo que contaba era algo inconcebible.

Me quedé en silencio. El maestro continuó relatando la situación.

—Pero sabe, señora, eso no fue lo más malo. La gritería y las carreras fueron insoportables cuando quisieron agarrar a los chanchos —continuó con su relato.

—¿Chanchos? ¿Qué chanchos maestro? —pregunté.

—Los cuatro chanchos que ellos querían agarrar para hacer un asado, parece que la más grande era la madre, porque esa sí que gritaba de lo lindo...

Cuando vi pasar a una enfermera por el pasillo, me acerqué y le pregunté qué enfermedad tenía el maestro y esto me respondió:

—Como usted sabe el paciente es alcohólico. Tras un largo período de ingesta de alcohol y luego de los ruegos de su hija, dejó repentinamente de beber. Eso podría ser muy positivo, solo que como a él, le puede provocar lo que conocemos como *delirium tremens*. En este caso, por ejemplo, él sufre de alucinaciones... ve visiones y escucha voces...

El maestro Oyarzo ya ha salido del hospital. Una vez más le ha prometido a su hija no volver a beber y yo, cada vez que lo busco, para alguna reparación de la iglesia, vuelvo a recordar a los chanchitos del hospital.

Mi abuelo *despareció*

Rosa Gómez Miranda

Segundo lugar regional

Cochrane

78 años

Durante muchos años mi abuelo fue una foto colgada en la pared del comedor de mi casa; la tomaron con una antigua máquina de cajón. Para obtener la imagen, el fotógrafo se escondía tras un paño de color negro y, luego de comprobar que la imagen estaba centrada, pronunciaba invariablemente las palabras “¡mire el pajarito!” y procedía de inmediato a inmortalizar la figura en blanco y negro. En la foto de mi abuelo, lo más legible es su pantalón de color negro y su nombre escrito con un plumón, también de ese color.

Silente, nos ha acompañado en cada merienda familiar; lo he visto allí desde que tuve uso de razón. Cuando preguntaba quién era el señor de la foto, recibí siempre la misma lacónica respuesta:

—Es la foto de tu abuelo, el que desapareció hace años allá en la zona del Baker.

Supe que había llegado a esta zona desde el Biobío y que, en su juventud, y en ese lugar, fue bombero. Bueno, mi padre tampoco tiene muchos recuerdos para compartir, porque mi abuelo desapareció cuando él tenía como seis años; tal vez, en su honor, se incorporó a bomberos.

Mi abuelo no tuvo voz para contarme cuentos, ni pudo ser un bolsillo mágico del que salieran caramelos, tuercas, tornillos y monedas. No tuvo una barba que me raspara el rostro al besarme. En sus manos no crecieron dedos para acariciar mis cabellos, ni del tronco salieron piernas para correr conmigo tras un balón. Simplemente mi abuelo no tuvo existencia. Siempre fue una foto.

El Miguel, que es mi hermano más chico, a veces, apunta su dedo índice, siempre embadurnado con mermelada, hacia el retrato, para decir en su media lengua:

—¡Ese es mi abuelo *despareció*!

Como decía, mi padre es bombero. Un día estábamos mirando televisión cuando se escuchó la sirena de incendio. Desde la ventana vimos como las llamas se elevaban hacia el cielo, pintando todo de rojo. En un momento, mi padre se puso su chaqueta, botas y casco y partió a combatir el siniestro, que ocurría escasamente a una cuadra de nuestra casa, en un sitio baldío donde vivía un indigente alcohólico.

El sueño me venció y ya no pude esperar a que mi padre regresara. Miguel se levantó antes que yo. El fuerte tono de su voz me despertó. Había sorpresa y emoción. Somnoliento, apenas logré entenderle qué decía.

—¡Llegó el abuelo *despareció*! ¡*Espuerta*, ahí *tá* el abuelo *despareció* con el pantalón *nergo*! —Y su dedo embadurnado, esta vez con manjar, me señalaba el dormitorio de las visitas.

Encogido en la cama se encontraba durmiendo el indigente. Seguramente mi padre lo había traído a casa luego del siniestro. Supe por mi madre que el anciano estaría seis días con nosotros, mientras se le conseguía un espacio en el Hogar de Ancianos.

Cuando este se levantó, vestía con ropas de mi padre. Recién bañado y afeitado, se veía diferente. El Miguelo no tardó en subirse sobre sus rodillas llamándolo abuelo *despareció* de pantalón *nergo*, nombre que el indigente aceptó sin reparos. Pronto se hicieron uno; tanto se les veía jugando con camioncitos en el patio, como hojeando un libro de cuentos y tratando de descifrar el contenido, pues el indigente, al igual que mi hermano no sabía leer.

El anciano solo estuvo dos días en nuestra casa, pues fue sorprendido bebiendo una botella de licor que mi padre guardaba. Pero antes de marcharse, luego de ver la fotografía de mi abuelo, le reveló a mi padre que lo había conocido en el Baker y que este había muerto ahogado en el río del mismo nombre cuando intentaba cruzar en un viejo bote; lo que él sabía es que mi abuelo andaba en busca de tierras para poblar con su familia y que a ellos no les pudieron avisar pues, nadie los conocía, luego agregó, que su muerte había quedado registrada en la oficina del Registro Civil del Baker y que debía haber sido como el año 1950.

En el instante en que mi hermano preguntó por su abuelo, luego de buscarlo por toda la casa, mi madre, con voz muy pausada, le manifestó que simplemente el abuelo se había muerto, porque estaba muy viejito y necesitaba descansar.

Esperábamos el llanto de Miguelo, o una serie de preguntas a las cuales no sabíamos si podríamos responder, cuando, muy serio, mientras indicaba hacia la foto con su dedo índice, replicó:

—Mi abuelo *despareció* se *murició* y *tá* muerto, hay que poner otra foto ahí... —y acto seguido entró a la cocina, buscó un pedazo de pan, lo untó con mucha mermelada, encendió el televisor y buscó el canal que emitía a esa hora el programa de sus *monos* animados favoritos.

Mi padre quedó mirando durante largo rato el espacio que ocupaba la foto del abuelo, tal vez buscando un recuerdo infantil de pertenencia, de emoción y cercanía, que lo convenciera de que los componentes de su grupo familiar debían continuar con esta especie de evocación dolida, mientras inútilmente trataba de dibujar en su mente las facciones de su padre.

Agachando la cabeza, con la esperanza de construir un mundo nuevo, con heridas cicatrizadas, hablando entre dientes dijo:

—Miguel tiene razón, se ha cumplido una etapa para la familia.

Comprendió que era hora de dejar la muerte atrás; ese dolor silencioso tantos años prolongado, y el esperar inútil del retorno de alguien, que ya nunca más podría volver. A través de las palabras y los ojos de Miguel vio la continuación de la vida, entendió que su padre estaba junto a su esposa en otra dimensión, tal vez buscando aún tierras en el Baker; ahora era el momento de sepultar los recuerdos, para seguir caminando sin dolores, dando finalmente un sentido a las palabras *ya pasó*.

Con mucha calma sacó la borrosa foto, le dio un beso cariñoso y la guardó en el baúl que atesoraba cosas antiguas. En su lugar puso una fotografía suya vestido de bombero, mientras el Miguelo dirigiendo su dedo untado en mermelada hacia la nueva fotografía repetía entusiasmado:

—¡Cuando sea *rande* voy a ser *mombero* como mi papá!

Pobreza

José Muñoz Serón

Tercer lugar regional

Coyhaique

60 años

Abuela...

Te recuerdo bien abuela, a veinte kilómetros de Ancud los campos se tendían suaves sobre el horizonte, había coihues viejos que subían hasta el cielo y las ovejas pastaban calmas bajo la lluvia que regaba cada palmo del paisaje. El verde vivía todo el año en Pugueñún⁴⁷ y el sonido de las olas del canal de Chacao se escuchaba no a mucha distancia. Tú, abuela Antuca, vivías en una de esas pampas.

Antuca, por Antonia, que era tu nombre, eras la abuela más dulce que se pueda imaginar, de tez morena y cara redonda, como una luna, pequeña y redondita eras también; tu cabello largo, que trenzabas hasta el infinito, lo amarrabas dando tres vueltas sobre tu frente chilota. Una combinación⁴⁸ con miriñaque⁴⁹ y un refajo de lanilla usabas, sobre ellos, tu vestido negro y un chaleco de lana, todavía, encima de eso, un delantal tapizado de flores y con bolsillos llenos de tesoros para mis ojos de niño. Pañuelo multicolor cubría tu trenza amarrada y, al salir de casa, un chalón negro abrazaba todo tu talle.

Tu hogar era un fogón que se parecía mucho a ti: era humilde y oscuro, lleno de lanas amables cubriendo los asientos. No tenías piso en tu fogón; miento, sí tenías piso, era de tierra, y tú, abuela, lo baldeabas cada día y siempre estaba impecablemente limpio e irregular. Unos árboles, partidos por la mitad, eran las bancas que rodeaban el contorno interior de tu casa y un círculo de piedras escogidas encerraba el fuego que ardía día y noche por años... por años. El techo de tu casa–fogón era de canutillos⁵⁰, amarrados en fajos, el humo de la vida lo había impermeabilizado, dejando a la lluvia, para siempre, afuera. Las ventanas eran simplemente una tabla que faltaba en el tinglado y lo más hermoso de todo era tu puerta, cortada transversalmente en dos; ahí podías acodarte y mirar caer la llovizna de la tarde.

Sobre el fuego, me acuerdo bien, estaba el collín⁵¹, desde donde colgaba una cadena de eslabones grandes y un fierro doblado en “s”, que era el gancho para colgar el caldero, caldero hermoso, también redondo y negro como tú.

⁴⁷ Pugueñún: localidad en Ancud, Chiloé (nota del autor).

⁴⁸ Combinación: enagua (nota del autor).

⁴⁹ Miriñaque: esta voz se usaba en Chiloé, para nombrar adornos bordados en la ropa (nota del autor).

⁵⁰ Canutillo: junco (nota del autor).

⁵¹ Collín: rejilla de madera instalada sobre el fogón (nota del autor).

Cerca había un pozo casi mágico, que descansaba a los pies de una mata de tepú. Allí vivían los camarones, que eran trabajadores incansables limpiando el agua cotidianamente ¡con qué alegría llenábamos los baldes y los acarreábamos a la casa, abuela!

¿La luz? El día nos regalaba su claridad y al oscurecer los chonchones⁵² y el fogón siempre encendido iluminaban la cálida intimidad de la noche; las conversaciones, entonces, crecían alrededor del fuego y casi podía oír también como crecían las arvejas y las habas en tu huerta; en tanto, las gallinas dormían y solo los gansos, noctámbulos incurables, seguían pastando y graznando en las pampas cercanas. Ese el silencio, esa la tranquilidad.

Nunca más he vuelto a comer una cazuela tan sabrosa como la que hacías en tu caldero trapequista, nunca más unas tortillas cocidas en el rescoldo, menos papas humildes, enterradas en la arena caliente de ese fogón, que era el corazón de tu casa.

Toda tu vida vivida ahí... el humo te fue arrugando la piel, abuela, y un día te encontraron así los profesionales de la asistencia social.

Llegaron, recuerdo, en una camioneta 4x4 hasta la puerta de tu fogón y con carpeta en mano hicieron una completa evaluación de lo que veían:

“Casa de material ligero: pobreza. /Sin luz eléctrica: pobreza. /Sin aislamiento térmico: pobreza. /Techo de paja: pobreza. /Sin ventanas: pobreza. /Sin piso ni forro interior: pobreza. /Sin agua potable: pobreza. /Ingresos inexistentes: pobreza. /Tercera edad: pobreza. /Sin refrigerador, sin televisor, sin lavadora automática, sin cocina, sin lavaplatos, etc.: pobreza, pobreza, más pobreza...”

Nosotros guardamos silencio.

—¿Cómo es posible que en pleno siglo XX alguien viva así? Usted no se preocupe doña Antonia, nosotros solucionaremos toda esta precariedad —sentenciaron los funcionarios.

Te convencieron, abuela, de que eras pobre. Te hablaron de todas las cosas que no tenías; de las bondades que trae el desarrollo y la felicidad que encontrarías en los electrodomésticos.

No pasó mucho tiempo y te construyeron una casa con piso de madera y cerámica, paredes con aislamiento térmico, ventanas con vidrio y persianas y hasta una puerta entera, para que dejaras atrás esa tristeza de puerta cortada a la mitad.

Tu casa-fogón en tanto fue retirada y donada al museo de la ciudad, para que turistas y curiosos observen la precariedad de la vida de un Chiloé que ya no existe.

⁵² Chonchón: candela, confeccionado normalmente con una papa ahuecada, grasa y una mecha de género (nota del autor).

Fue así, abuela Antuca, que comenzó tu nueva vida después de setenta años. Ahora tenías una pensión de vejez y un *carne* de pobre. Estabas convencida de tu miseria y agradecida, entonces, por tanta atención recibida; admirando tu casa nueva, que se parecía tanto a las casas del pueblo.

Eso sí, con el correr de los días, sentiste el frío en tu cocina nueva y es que la estufa a pellet no entibiaba tus manos escarchadas. Descubriste que jamás habías horneado el pan y que ya no había carne ahumada, por más que registraras el refrigerador. Barrías tu piso nuevo y debías afirmarte en cada repisa para no resbalar por esa cerámica, que no paraba de brillar en el suelo. Abrías un poco las ventanas, para sentir el aire corriendo libre por tu casa, pero rápidamente debías cerrarlas, ya que el calor mezquino de tu estufa se escapaba. El agua llegaba sola por las cañerías de cobre y ya no volviste a ver a los camarones trabajando.

Ahora eras doblemente desdichada. Te etiquetamos de pobre y además estabas triste.

Recuerdo también el televisor encendido hablando y hablando, sin que le prestaras la más mínima atención:

—¡Yo no entiendo esa mentira! —decías un poco molesta.

Sentada en esa pulcra y fría comodidad gastaste todo el tiempo que te quedaba. Los profesionales de la pobreza no volvieron nunca más; seguro había otros pobres a los que salvar.

Así llegó el día de tu velorio abuela, besé tu frente y estaba helada... descubrí, entonces, que no era solo el frío de la muerte, entendí que con nuestro silencio, igual te quitamos el fogón. Con esta costumbre torpe de medir la felicidad en cantidad de artefactos, te robamos el calor imprescindible de tu caldero.

Hoy camino por la huella que me trae de visitarte en el cementerio de Pugueñún y te pregunto mirando mis propios pies: ¿es calentito el cielo abuela? ¿Hay algún fogón donde hervir tus papas? Dime que ya no te sientes triste y que estás raspando una tortilla recién salida del rescoldo. Perdona abuela nuestra mirada míope, tú nunca fuiste pobre, solo que no lo entendimos entonces. Perdona abuela, por quitarle a tu corazón su bien máspreciado.

Separados

Moira Aicon González

Primer lugar regional

Punta Arenas

48 años

Los recuerdo separados y opuestos. Definir a uno, es asumir de inmediato que el otro, es todo lo contrario y, mi cabeza de niña, no daba con la fórmula para reconocer cómo se juntaron. Pienso entonces que fue la tierra con esa mixtura de frío y viento, la que hizo el milagro de presentarlos.

Llegaron a la Patagonia por separado, porque así se estiló durante un par de décadas. Primero venía el hombre a probar suerte y, si las cosas iban bien, venía la mujer con hijos, si es que los había. En el caso de mis tatas, había dos y las dividieron salomónicamente, a la usanza de Chiloé: la mayor se quedó con los abuelos y mi mamá, de cinco años en ese entonces, se vino con mi abuela, comiendo nueces en el barco que transportaba migrantes pobres de bienes y ricos de espíritu.

Se fueron al campo, a Gallegos Chico, una estancia que queda muy cerca de la frontera y que fue la instructora de carácter y forjadora de sueños.

Mi abuela reinó en la cocina, haciéndose especialista en capón y churrascos, mientras mi abuelo se dedicó a la pampa, a recorrerla montado en un caballo y bajo una manta de castilla.

El día para ella era recoger leña, mantener el agua hervida, leudar el pan hasta que fuera esponja y hornearlo hasta el punto justo. Implicaba trozar los capones y los pollos y hermanarlos en grandes peroles⁵³ con chalotas y zanahorias.

El día para mi tata era acompañar al piño a pacer⁵⁴ y traerlo unido de vuelta, en la fiel compañía de los perros ovejeros, educados en la obediencia y la perspicacia. Era resistir sobre un bruto, que el viento le curtiera la cara, y ser capaz de mirarlo de frente, sin sacarse la boina.

Mi abuela era de contextura fuerte, de pelo crespo y nariz opuesta a respingona. Mi abuelo era muy blanco, delgado, de ojos grises, nariz recta y larga.

De la boca de mi abuela, las palabras siempre salieron demasiado rápido. Ella, que sabía el punto justo para sacar la carne de la olla y bañarla con una salsa de ají, que nadie ha sabido reproducir, nunca aprendió a esperar que el discurso se entibiara y lo dejaba salir crudo y sangrante hasta herir a muchos de los que se le cruzaron en el camino. Mi abuelo, en cambio, guardó todas las palabras que pudo y encontró la forma más corta de decir algo en

⁵³ Perol: vasija de metal, de forma semejante a media esfera, que sirve para cocer diferentes cosas (nota de la edición).

⁵⁴ Pacer: dicho del ganado, comer en los campos, prados (nota de la edición).

las ocasiones en que estrictamente era necesario hacerlo. Calló todo, enseñando a sus palabras a silenciarse y así no hablaron de dolor, miedos ni frustraciones. Después de los muchos años de estancia, se vinieron a la ciudad, a la nevada Punta Arenas, y lo hicieron como ya sabían: separados.

Ahora fue mi abuela la que llegó primero y armó una rutina en base a las cuatro hijas que fueron dando vida a la casa en medio del barrio y del barro. En el sitio cercado por mi abuelo y los vecinos, se sembraron papas, arvejas, habas y ruibarbo, a la sombra de las matas de frambuesa, que simplemente llegaron. También se sembraron sueños y se guardaron lágrimas. Se tejieron calzones y se cocinaron huesos para hacer caldos de aguante y resistencia. La distancia entre la ciudad y la estancia era grande en los cincuenta, que además contaban con billeteras menudas y necesidades crecientes.

La distancia les fue quitando la costumbre de conversar y hasta de reír.

La distancia los acostumbró a la distancia y al acabarse la juventud, una vez que mi tata tuvo que venirse a la ciudad, con su pelo blanco y sin caballo, un viento silencioso los separaba de día y de noche.

Mi abuela siguió reinando en la cocina hasta los 72 años, tiempo en el que preparó empanadas por cientos, con carne picada a cuchillo, con masa cocida y pino sagradamente elaborado el día anterior. Rellenó prietas con el ritual correspondiente: picar una montaña de repollo, hervir un kilo de arroz, lavar muchas veces las tripas en un balde, luego de conseguirlas a través de las *conocencias* y mezclarlas con la porción justa de grasa y de sangre, que me daba terror. Se llevó la receta que nunca enseñó, porque para ella no había nada que enseñar, si era tan fácil y obvio. Se llevó también sus berlines con corazón de membrillo, su mazamorra de manzanas chilotas, pero nos dejó los chapaleles con miel y mantequilla para enfrentar las tardes de invierno. Después de haber estado luchando con una leucemia, que la adelgazó y le robó la fuerza, se dejó dormir en una sala del viejo hospital de Angamos. Doce años antes, también en invierno, también con nieve y lluvia, de la que azota las ventanas, se había ido mi abuelo.

Yo lo recuerdo, con mis 11 años, acostado en su cama de enfermo, procurando mostrarnos siempre lo bien que estaba. Lo recuerdo dormirse sin reclamar. Se fue con solo sesenta y seis años, cansado de recorrer calles cortas con gente ruidosa, habiendo conocido la inmensidad de la pampa y tratando de descifrar los silbidos del viento. No era vida para el hombre libre, una ventana con vista a otras ventanas, sin ni siquiera un perro que le siguiera los pasos en las dos cuadras que caminaba a diario, para ir a almorzar a mi casa y, así, irse un ratito al campo, mientras saboreaba las chuletas de cordero con papas cocidas o comía lentamente una sémola con vino. Se transportaba a 300 kilómetros con una cazuela de cochayuyo o de ave, con una cucharada de pebre, con el olor del perejil recién picado, el mismo que crecía a la orilla de la casa patronal.

Lo recuerdo como fotogramas cortados entre nubes, así como él debe haber recordado sus largos días de soledad, dedicado a escuchar los sonidos de la naturaleza y sus alas. Queltehues, tiuques, bandurrias y caranchos eran los habitantes que acompañaban su silencio, tras las huellas que iba dejando su caballo.

Sus ojos grises se pusieron tristes, cuando ya no hubo guanacos saltando alambradas y las horas vacías eran eternas. Y lejos de la tierra que los presentó, una vez que la mixtura se hizo de autos y gentío, el milagro se esfumó y debieron separarse.

Y separarme a mí de él, mi compañero de dominó a media tarde, mi tata profesor de silencio, de risa pícaro y andar lento.

Y separarme a mí de ella, mi freidora de sopaipillas, mi máquina de empanadas fritas, mi cómplice de adolescencia.

Se separaron y me separaron también de la tierra y el viento de mi infancia. Ahora ese tiempo nos queda lejos y se nos borró el camino de retorno. Los tengo unidos en mi memoria, en mi cuerpo y en el temple que me mueve. Los tengo unidos en la mesa diaria, cada vez que amaso, sancocho o frío y, en este siglo XXI que no conocieron, los tengo unidos en una foto y mil sabores, aunque ahora, todos aprendimos a andar separados.

Con mi pluma y mi pilchero

Carlos Burnes Torres

Segundo lugar regional

Punta Arenas

67 años

Nació pobre. Niño pobre, siempre con hambre ¿por qué los otros tenían y él no? Tenía sed de riquezas, de oro, aprovecharse de la fiesta dura y, a veces trágica, que estaba sucediendo en las estancias de la Patagonia, en tiempos de la esquila, en la que se enroló como parte de la última comparsa. Antes de partir, junto con el abrazo cálido, sentido y profundo, tan pleno de ricas cualidades escuchó las palabras que solo una madre puede entregar a sus predilectos más cercanos:

—Hijo mío recibe la bendición de tu madre, que rezará por ti durante tu ausencia y cuídate, mira que he escuchado que la gente que hay allá no es de la mejor ralea.

—¡No te preocupes madre, seré una buena persona! —dijo con firmeza, y agregó—, si algún revoltoso se cruza en mi camino, se las verá conmigo —y Pancho abrazó tiernamente a su madre. Nunca lo había hecho antes.

Los pocos y arrugados billetes solo le alcanzaron para pagar la tercera clase. Sus manos temblorosas sujetaron la casi vacía bolsa pilchera, en cuyo interior llevaba, envueltos en algunas ropas, una pluma, frascos de tinta y unas pocas hojas de papel. Por primera vez pisó la cubierta de la nave marinera, que para muchos era el símbolo de huidas, fugas, pero también de vida y libertad. El frío que le calaba los huesos y el ruido de las máquinas lo aturdió, se arrinconó en la cubierta y allí se quedó dormido, solitario y acurrucado en un viejo poncho de lana trenzada a mano.

El apacible viaje cambió bruscamente. El repentino zarandeo y las fuertes marejadas que baldeaban la cubierta, les indicaba que habían entrado al Mar de las Penas. Todo pareció cambiar, se transformó en un viaje maldito, surtido de vómitos, de insomnio y de sed. El rezongo de algunos marineros se confundía con el crujir de las cuadernas⁵⁵, que estoicas resistían los embates del feroz oleaje contra la vieja carcasa, la cubierta empapada de proa a popa, con las bodegas con olor a encierro y humedad, donde se apiñaban hombres y mujeres, cuyos ojos desorbitados atisbaban hacia arriba por las escotillas el cielo de intenso azul, que parecía ajeno al infierno que allí se estaba viviendo. Ante la desolación y la proximidad de la muerte, las mujeres, en voz alta, hacían fervientes rogaciones y plegarias, mientras los hombres, con las cabezas entre sus manos, parecían dormir, pero igual oraban, solo que, en silencio, para no parecer menos viriles.

⁵⁵ Cuaderna: en lenguaje marino, cada una de las piezas curvas de una nave, que forma las costillas del casco (nota de la edición).

El súbito silencio y el graznido de los petreles y gaviotas indicaban que habían salido del golfo y estaban próximos a la costa. La calma era tal que parecía que la embarcación, por breves momentos, parecía estar suspendida en el calmo remanso. Este casi mágico momento se interrumpía a cortos intervalos por el chasquido de las ramas al ser oprimidas por el barco contras las rocas de los angostos vericuetos o por los gritos distantes de los canoeros chonos que, aprovechando el lento navegar, se acercaban para trocar pieles por charquicán, comestibles y licores.

Lo esperaba la pampa, esa que en ambos lados era la misma, solo que, al otro lado del alambre, en una época fue teñida de rojo por los espíritus arrancados a fuego a muchos valientes, que se atrevieron a levantar sus tímidas voces, suplicando unas migajas más de pan y abrigo. Fue la represión, con sus hijos de los bajos fondos, donde no hay padres, maestros ni pan. Únicamente lodo y malas palabras. Allí donde crece la miseria, como la mala hierba entre la basura, con hambre, como los perros del barrio. Fue el precio del pan. Pan que, en ocasiones, fue manchado con gotas de sangre sin sanción de la justicia.

Una vez que la vapuleada nave quedó surta en la bahía, Pancho se bajó y anduvo hasta que las suelas de sus zapatos quedaron tan delgadas como una hoja de papel. Primero lo hizo a pie, después sobre el lomo suave de un cansado y casi tuerto caballo, transitó por un camino largo, polvoriento y lleno de abrojos, en medio de la nada, hasta que, repentinamente, observó a lo lejos unas manchas de color rojizo; eran los techos de los caseríos de las grandes estancias, que comienzan a recobrar vidas en los días de bonanzas y con la aparición de la estación de las flores. La llegada de la primavera espléndida, con un cielo roto de aguaceros y vientos, es el comienzo de las actividades en las haciendas. Allí se unió al resto de la comparsa de esquiladores. Nadie preguntó algo y siguió el mismo camino de los demás, entre viejos y jóvenes, todos hombres mansos.

Aquí se dio cuenta de que las riquezas obtenidas no eran asunto que el peonaje manejaba, se resolvía en las bolsas extranjeras, el signo económico era la lana y la carne cosechada por las manos agrietadas, ateridas y, a veces sangrantes, por el abrir y cerrar de las tijeras laneras inglesas. Allá en la bolsa se dictaminaban los precios del producto obtenido por el trabajo sacrificado de aquellos hombres.

Se terminó el tiempo de la esquila. Después de tanto trabajo, el joven debía dejarlo todo y volver a su lejana isla, desde donde había salido hacía mucho tiempo, casi un año, en busca de una mejor vida, de arduos trabajos, madrugando, prensando o recogiendo el sucio y aceitoso vellón, con semanas enteras tumbando ovejas para quitarles el abrigo, embrutecido, nostálgico y sin ver mujer alguna, venciendo el frío, la lluvia y el viento, acarreado el ganado que no era suyo y, obligado por las circunstancias, a vestir pantalones abombachados, con pañuelo al cuello y boina de lana gruesa y usar la palabra *che* en sus conversaciones. Nunca entendió por qué aquel gorro llevaba colgando dos bellotas de la misma lana.

El sol de la Patagonia no mata, tampoco quema, es tibio, amarillo, algunas veces rojo, pero no mata; lo que mata es solo pensar, de imaginarse a muchos pequeños con el hambre pintada en sus rostros, esperando a sus padres, muchos con la bolsa vacía y casi sin dinero, porque una buena parte se quedó en la cartera de alguna cortesana de algún burdel en la noche de despedida. La esquila estaba terminada.

Con sus sueños cumplidos, ya no navega, tampoco esquila. Solitario en su isla, recuerda sus años mozos. Sus ojos muertos y casi apagados parecen brillar, al plasmar con la tinta de su añosa pluma, el recuerdo de los antiguos tiempos de las esquilas y comparsas, que ya no volverán, porque la pampa dejó de moverse, porque se devoraron sus riquezas, se acabaron las vacas y los becerros, las ovejas y los corderos y, después, se discutieron las parcelas; solo cosecharon y nunca sembraron. Los blancos vellones fueron desapareciendo hasta quedar solo unos piños pobres, raquíuticos y escasos, que se niegan a crecer, quizás ofendidos porque la mano divina los repartiera en esta tierra tan lejana, pero a la vez tan cautivadora. Ya no habrá más comparsas, porque ya no son necesarias, tampoco Pancho. La pampa se quedó definitivamente triste, vacía y sola. El manto gris y ciego de la noche la cubrió junto a sus rebaños. Pancho fue sorprendido por el oscuro y tenebroso brazo de la muerte y siguió su último viaje hacia la paz y la felicidad eterna. Todo parece haber concluido.

Aquellos que se atreven a desafiar las intensas lluvias, en las noches chilotas, con el viento y la oscuridad, podrán ver en las lomas lejanas la silueta de un hombre grande, que camina encorvado con su poncho flameando al viento, sin destino fijo... en busca del derrotero que lo lleve de viaje a su Patagonia querida...

Dicen que Pancho se convirtió en un *alma en pena* y que muchos chilotes han desaparecido, porque quedaron atrapados bajo el poncho de aquel hombre solitario, pleno de sueños y de vivencias y cuya alma viaja por siempre en los más recónditos y agrestes lugares de la Patagonia o donde haya una historia que contar, escuchar o leer.

Así, tras su primer viaje por mar y con tiempo de borrasca, llegó a Magallanes el ovejero y escritor chilote Francisco, Pancho, Coloane Cárdenas en la década de 1920.

La cruz del faro

Pedro Gospodnetic Velásquez

Tercer lugar regional

Porvenir

27 años

Volvían de Punta Arenas. Su niño dio exámenes para ver si quedaba en el Colegio Salesiano. Era bueno para jugar a la pelota y allí daban cabida a los deportistas. Tenía diez años, buen porte y un juego técnico; demostraba condiciones. Ella también fue por exámenes. De su corazón. Desde hacía un tiempo sentía unas punzadas al hacer fuerzas bruscas y, con menos constancia, si se paraba deprisa. Por su trabajo, *estiró el chicle* todo lo que pudo antes de acudir a un médico, hasta que las dudas la asustaron. Aún recuerda el primer apretón en el lado izquierdo de su pecho. Una mañana estaba apurada avanzando su pega⁵⁶. Ese día le pidió autorización al jefe de su sección para salir unas horitas antes, para realizar un trámite. Trabajaba en el galpón de empaque del frigorífico de Porvenir. Armaba cajas de varios cortes, para exportación, y recuerda que aquel día le encargaron empaquetar chuletas francesas. En su alocada carrera por terminar antes, juntó cinco cajas de doce kilos, que intentó cargar con una mala postura, y una extraña contracción, bajo su pectoral, fue el primer aviso de que algo no andaba bien.

A sus 32 años había trabajado en casi todas las áreas del frigorífico, al igual que sus hermanos. Su padre, un chilote que residía en Tierra del Fuego hacía más de medio siglo, estaba cerca de cumplir cuarenta años como el guachimán⁵⁷ del portón de los camiones. En la empresa había durado más que las compras y las ventas. Vivió los aires enérgicos del proyecto popular del frigorífico estatal fueguino, lanzado por el Chicho Allende, y recordaba enardecido las palabras de Fidel Castro, en la ocasión en que se dirigió a todos los trabajadores del pueblo. Guardó silencio en los años del miedo, pero nunca negó cómo subastaron a precio de migas el *frigo*, enterrando las esperanzas de transformación social. Vio llegar a los inversionistas que levantaron como castillos de arena las concesiones de los rabinos, los brasileños y los nacionales. Todos fracasaron. Ninguno supo reventar un mercado.

El viejo quellonino metió a todos sus hijos a trabajar con él. A Marito, primero, su hijo mayor. Hábil con el facón, abría los muñones de los corderos con la delicadeza de un pintor que golpea el lienzo. Estaba entre los primeros cinco de la línea en matanza; era su franco orgullo. No como los dos varoncitos que le seguían. Dieron bote en todas las secciones por chicheros⁵⁸ e impuntuales. Al final encontraron lo suyo manejando camiones, acarreando ganado y controlando sus tiempos. Partieron desde abajo en un camión tres cuartos, transportando cincuenta ovinos, hasta llegar a un camión con carro para quinientos ejemplares de carga.

⁵⁶ Pega: en Chile se refiere al trabajo, empleo (nota de la edición).

⁵⁷ Guachimán: en los puertos chilenos es el empleado que cuida los barcos, también es el rondín o vigilante (nota de la edición).

⁵⁸ Chichero: aficionado a beber chicha (nota de la edición).

La última en entrar fue su pequeña beba, que nunca quiso faltar un día a laburar, porque no solo perdía los bonos de asistencia; también era una falta con su viejo apatronado y eso nunca terminaba bien.

Ya iban varios meses que sentía dolores y acalló sus lamentos. Un electrocardiograma significaba tener que viajar desde Porvenir a Punta Arenas, cruzando el estrecho a bordo de la *Melinka*. La barcaza solo tenía el cruce de las nueve, desde Punta Arenas, y a las catorce, desde la isla. Saliendo después de almuerzo, desde Porvenir, llegaba tarde para hacerse exámenes el mismo día. Al día siguiente, luego de que se los hicieran, ese día no alcanzaba a devolverse a primera hora. Un examen de rutina son tres días para un porvenireño. Los patrones de afuera no lo entienden y a nadie le perdonan las —mínimo— tres jornadas laborales ausentes.

De los bombeos de su pecho, se desprendieron punzadas en la parte anterior de su brazo y la falta de aire para respirar. Supo priorizarse e ir a ver su salud, y también, quiso darle la oportunidad a su niño de ingresar a un colegio y jugar en más canchas; quería que se fogueara con más chicos. Él dio las pruebas de ingreso a sexto básico y ella entregó la carta de recomendación del presidente del Club Social y Deportivo Tierra del Fuego, que respaldaba el talento innato del miembro de su equipo de inferiores, categoría sub doce. La madre, también fue con un médico particular para que le examinara los dolores de su corazón. Tenía una arritmia cardíaca. Debía evitar realizar fuerzas. Tenía que disminuir el consumo de café y los embutidos. Debía despedirse de los milcaos, los panes con chicharrón y la grasa de capón. Debía cuidarse. Esa misma tarde pasaron al mercado chilote. Sería su despedida de los pataches⁵⁹. Ella pidió un curanto para compartir con dos platos de cazuela de luche, que alimentaran bien a su niño.

A la mañana siguiente se embarcaron en la *Melinka*. En el camino al terminal portuario no sintieron viento alguno. Recién lo notaron al subir las escaleras del barco y desfilaron desde la proa hasta la popa, donde estaba la cabina de pasajeros. Eran brisas marinas que no tocaban tierra. El cruce comenzó normal, una travesía hermosamente típica con el sol amaneciendo desde el Estrecho de Magallanes, a primera hora. Los niños corrían por los pasillos, en el mesón del kiosco los mayores jugaban al truco⁶⁰ y, detrás de este, el finado Chichino calentaba los panes en el horno, para vender sus desayunos.

Los cruces desde Punta Arenas a Porvenir siempre demoran menos, ya que lo común es el viento empujando la popa de la *Melinka*. Esa mañana, en la mitad del trayecto desde el continente a la isla, un viento sur, contrario al habitual, sorprendió a todos, desde la cubierta alta, hasta a los pasajeros que venían en la superficie, dentro de sus vehículos. Una ráfaga de olas opuestas a la dirección en que navegaba la *Melinka* provocaba la fuerza que movía la embarcación y la hacía surcar con vaivenes. El capitán, por los altavoces, pidió a sus pasajeros que se dirigieran a sus asientos y alertó que el tiempo de llegada se retrasaría brevemente. Para no impactar las olas de frente, la maniobra del capitán fue acercarse más al norte de la isla y, desde esta improvisada ruta, encararla bordeando la costa, hasta llegar a la bahía de Porvenir.

⁵⁹ Patache: en Chile, comida abundante y condimentada (nota de la edición).

⁶⁰ Truco: juego de naipes, que también se conoce como truque (nota de la edición).

La táctica del capitán no lograba contrarrestar la fuerza de las olas. Los constantes y repetitivos vaivenes de babor a estribor mareaban a los pasajeros. Varios comenzaron a vomitar y el pánico iba borrando de la escena el grato ambiente familiar pueblerino. Los más creyentes, tomados de las manos, comenzaron a elevar sus plegarias. Llegando al faro, solo quedaban veinticinco minutos para atracar en el puerto isleño. De pronto, un fuerte golpe de las olas en la nave hizo caer a algunos pasajeros, botó abarrotos de los estantes y provocó que autos colisionaran en el espacio de cargas. La barcaza, que iba por una ruta que no era la oficial y periódica, topó con su quilla un desconocido material en el fondo acuático, que la detuvo de inmediato. Hubo un silencio completo en la cabina de pasajeros, hasta que entró un caballero gritando que estaba empezando a entrar agua al barco, consecuencia del impacto. Estaban a trescientos metros de la costa y a ocho kilómetros del pueblo. El capitán llamó por radio a la capitanía de puerto, para que los socorrieran botes de la armada y pescadores voluntarios, que pudieran acercar a los pasajeros, desde la *Melinka* a la costa fueguina. Primero descendieron los niños y los ancianos. El pequeño besó a su madre y se fue con la instrucción de esperarla en la playa. Ella, que por orden del doctor debía cuidar su corazón, estaba al límite de un infarto. A sus mozos treinta y dos años fue del último grupo en bajar. Los marinos le pidieron que se sacara sus tacos, para no pinchar el bote Zodiac. Llegó bien empapada con agua salada a encontrar a su niño. Él le preguntó si se asustó mucho. Ella, con el corazón apretado, con la fuerza y el coraje que solo una madre posee, le respondió que fue entretenido andar en un bote rápido. El niño se rio y la abrazó fuerte.

Hoy, junto al faro que guía a los navegantes, está la cruz que agradece que esa mañana cualquiera, con un temporal típico de septiembre, no hubiera decesos que lamentar, y ruega a Dios que bendiga a todos los habitantes del pueblo insular y los proteja en sus viajes al continente.







Poesía del mundo rural

Obras escritas por todo público

*En memoria de Ramón Ruiz, Queilen, región de Los Lagos,
ganador del tercer lugar de esta versión*

JURADO NACIONAL CATEGORÍA POESÍA



ELICURA CHIHUAILAF

Es poeta, escritor y oralitor mapuche. Es el primer poeta mapuche en recibir el Premio Nacional de Literatura (2020). De profesión obstetra, se ha dedicado a la labor literaria y cultural desde 1977. Su infancia la vivió en la ruralidad y la cosmovisión mapuche, como narra en sus libros *Recado confidencial a los chilenos* (1999) y *La vida es una nube azul* (2016).



JORGE CID

Es poeta y doctor en Lengua y Literatura Romana por la Université de Poitiers. Como poeta ha publicado *Labia Larvaria* (2009) y *Éxodos* (2019). Recibió el Premio Juegos Florales (2005) y la Beca de Creación Literaria del Consejo Nacional del Libro (2006). Fue becario de la Fundación Neruda durante el año 2015. Como investigador ha editado *Una lengua en trance: Carmen Berenguer y Reynaldo Jiménez, poetas que nos interpelan* (2019) y coeditado *Contrarreforma Católica, implicancias sociales y culturales: Miradas interdisciplinarias* (2019).



CAROLA VASELY

Es doctora en Literatura Hispanoamericana de Vanguardia y Posvanguardia por la Universidad de Salamanca (España). Docente e investigadora especializada en Literatura latinoamericana, Poesía, Lenguajes multimodales, Literatura Infantil y Juvenil y Mediación de la Lectura. Es parte de IRSCL (International Research Society for Children's Literature), socia colaboradora de IBBY Chile y miembro del equipo coordinador de La Otra LIJ.

PALABRAS DEL JURADO
CATEGORÍA POESÍA

Abro los ojos, estoy solo. Abro las cortinas, ha recommenzado el canto diverso de los pájaros del amanecer. Aquí en mi comunidad (en Kechurewe), en medio de la neblina del verano, poco a poco recobran su nitidez los árboles de la memoria. Bebo un vaso del agua de la vida y retorno al sueño poético de nuestra Wallmapu y de este territorio hoy denominado Chile. Y en el círculo del tiempo miro..., y leo.

Y, mientras aguardo los primeros rayos del Sol, sigo leyendo porque es como andar y tropezar entre las hierbas y las plantas de los bosques que abrazan a mi Casa Azul: “Constelaciones oscuras, Pasos invisibles, Luna y danza de las raíces, Despedida de una hoja de canelo, Canción de viento y arena, Sueño de Atacama, Entre valles y volcanes, El paisaje de la Pampa de Huara, Mi abuela lavandera, Carretas en el recuerdo, En el alma de mi abuelo, Tu canción me obliga, Mi Ñuke Mapu, Un canto de amor y resistencia, Sin olvido ni perdón”. Gracias a Historias de Nuestra Tierra por regalarnos la siempre nueva oportunidad de escuchar. Es este el Chile profundo con el que deseo acrecentar mi conversación.

Elicura Chihuailaf

Presidente del jurado



Constelaciones oscuras

Aída Santelices Kostopolos

Primer lugar nacional

Primer lugar regional

Región de Antofagasta

Antofagasta

64 años

El cielo es espejo de lo que mora en la Pachamama¹
aquí los vivos, allá los ancestros.

Somos peregrinos entre la tierra y el cielo
desarrollamos nuestros amores sembrando el desierto.

Atacama fue engendrada y coronada de estrellas
un juego de constelaciones, arco cíclico y divino.
El universo es solo uno y la cosmovisión, un lienzo
un lienzo donde se han consagrado vernáculos cuentos
creencias del hombre atacameño, hijo y amante del universo.

Un portal que se abre cada año es el Gran Río del cielo
por donde bajan las almas a compartir un místico festejo
festejo donde se dan la mano, brindando vivos y muertos
como los cometas que visitan el desierto.

Dicen que los animalitos felices en el vientre celeste
tatuaron sus gracias, figuras y plumas en el firmamento.
Los hombres del origen sentían que la dicha venía del cielo
y entre los vacíos sin estrellas, “Constelaciones Oscuras”, descubrieron.
Y bautizaron como la gran fauna andina: llamas, perdices y zorros.

El cielo es calendario luni-solar que indica tiempos
de siembra y cosecha, de rituales y coloridos carnavales.
De los cielos de invierno, la llama desciende cada noche
a beber de los ríos para devolver las aguas como lluvias de estío.

La mitología andina es oscuridad dentro y entre la luz.
El cielo de los patriarcas es el mismo cielo nuestro
que con luz zodiacal de polvo-fuego nos anima.
Rondas de *haalar*² y *haalar'cap'pin*³ al amanecer anuncian
que viene Tata Inti⁴ mientras detrás de los *mallkus*⁵ andinos
aparecen los luceros dibujando buenos días.

¹ Pachamama: madre tierra (nota de la autora).

² Haalar: estrella (nota de la autora).

³ Haalar'cap'pin: lucero (nota de la autora).

⁴ Tata Inti: padre sol (nota de la autora).

⁵ Mallku: espíritu y fuerza de las montañas (nota de la edición).



Ilustración: Valeria Araya

Retrato de una mujer aymara

Walter Flores Velásquez

Segundo lugar nacional
Primer lugar regional
Región de Arica y Parinacota
Arica
37 años

Descansa sus pasos aquella mujer
sobre la escalinata de piedra antigua
resguardada por el *pucará*⁶ que vigila el norte
esperando los labios tácitos de aquel pincel color canela.

Una mujer que vestía el color mismo de la tierra
llevando en sus vestidos la danza
como un sutil murmullo que retrataba
no solo las aguas vírgenes de aquel humedal,
sino que al viento.

Era una mujer serena e indómita
que entre sus mejillas se esculpía el brillo del Inti⁷
y en sus manos que, tejiendo un aguayo⁸ de virtud,
acariciaban la piel de la tierra que germinaba sus flores.
Mientras al caer el ocaso, su cabello
se dejaba ondular buscando la luna.

Una mujer que se retrataba en piel morena
una mujer de la cual ansiaba bosquejar
más que solo un retrato perdido
entre las heridas de antiguos verdugos
que bajo una sotana negra y la espada ensangrentada
quisieron borrar.

Pero esta mujer era única.
Llevando su *chuspa*⁹ y su cabellera de mirra negra
parecía haber sido bendecida por los mismos andes altísimos
que siendo hija de señoríos andinos de antaño
dejaban bosquejar perfectamente cada uno de sus pasos.

⁶ Pucará: fortificación hecha de piedra, realizada por pueblos originarios andinos centrales. Desde el actual Ecuador hasta el Valle Central chileno y el noroeste argentino (nota del autor).

⁷ Inti: sol, en lengua aymara (nota del autor).

⁸ Aguayo: del aymara, manto, rectángulo de gruesa lana multicolor que las mujeres utilizan para llevar bebés o cosas a la espalda (nota de la edición).

⁹ Chuspa: bolso de forma cuadrada que se usa para transportar hojas de coca, generalmente usada por los pueblos de la zona Andina (nota del autor).

Y su mirada suave y esbelta como el vuelo de los cóndores
dejaba libre la desnudez de sus ojos
que por sí mismos retrataban aquel paisaje
que el mismo Wiracocha¹⁰ tejió de su *wila*¹¹.

Una mujer que siendo hija de la tierra
había encargado por sí misma
el fondo perfecto para su retrato
ya que en dicha tierra virgen coronada por el blanco sepia
se mezclaba con aquellos espejos de agua
en donde los príncipes de antaño juramentaron amor eterno.

Como si aquella mujer fuera la hija
de aquellos unidos en el cosmos.
Mujer que mirando con ternura
dejaba encantado dicho lienzo.

¹⁰ Wiracocha: deidad superior y creadora de la mitología preincaica e incaica de la región de Los Andes en Sudamérica (nota del autor).

¹¹ Wila: sangre o color rojo en lengua aymara (nota del autor).

Las islas se mueven

Fernando Valenzuela Ruiz

Tercer lugar nacional

Primer lugar regional

Región de Los Ríos

La Unión

42 años

Las islas se mueven
 al compás de la música
 que el viento
 toca con el mar.
 Las islas se mueven —me dijo—
 y salen por las noches
 con la luna como faro a navegar por los fiordos.
 La isla Huar
 se mueve cada vez que nace una nueva vida
 —me dijo—
 dibujando en una hoja blanca
 un mapa de navegación
 rutas náuticas
 que solo la infancia
 puede leer.
 Las islas se mueven
 en silencio
 y se juntan con otras islas
 como piezas de un rompecabezas
 y nadan y se sumergen
 como en una coreografía
 de nado sincronizado.
 Si ella se descubre
 y se retira con la luna llena
 para la cosecha
 y nos arremangamos
 de pies y manos
 buscando sin mirar
 lo que en la arena se esconde.
 La sal
 en los labios marinos
 las toninas suspendidas en el aire
 los arrayanes anaranjados
 como el atardecer.
 Las islas se mueven —me dijo—



como se mueven las montañas
 con su tiempo sin horas
 solo tiempo
 de estrellas y sol.
 Las islas se mueven
 y se cruzan ante los pescadores
 para fondear el temporal.
 Las islas se mueven
 y nunca están solas,
 si de ellas eso se cree
 “malamente”.
 Las islas se mueven
 si antes bailaban
 cuando pescadores
 ofrendaban a la mar
 lo que de la tierra crecía.
 Treputo¹², le llamaban,
 y el mar degustaba
 el sabor de la tierra
 y la infancia
 podía ver
 las dalcas¹³ fantasmas
 sobre los pliegues de la mar.
 Las islas se mueven —me dijo—
 mirándome como si yo fuera un gigante
 y yo la miraba
 como si fuera una gigantea.
 Las islas se mueven
 al vaivén de la marea.
 Las islas se mueven
 al compás del viento.
 Las islas se mueven
 y me voy con ellas.

¹² Treputo o cheputo: rito y regalías vinculadas a los corrales de pesca (nota de la edición).

¹³ Dalca: barco cosido, liviano, que empleaban los indígenas del sur de Chile (nota de la edición).



Lihuén: de pétalos y sangre somos

Marianela Cayuqueo Becerra

Premio especial Pueblos Originarios

Región de La Araucanía

Temuco

20 años

Lihuén, tus soles rebosan un tono caramelizado,
¿danzarás, Lihuén?
Presumo iridiscencia entre tus cabellos.
Renuevan las hojas y sobre ellas
cantan las aguas, Lihuén, brota otro comienzo
que ávido espera, ¿cantarás?

Susurré a las aves antes del crepúsculo
tonos dulcisonos que suavemente aclaré
y estremecieron sus plumas.

El diamantino membranófono anuncia la venida.
Lihuén, sumérgete
entona melodías cantoras la machi¹⁴
y nueva vida empapa nuestras raíces.

Tierra perlada, la tierra de nuestra sangre
mana flamante gracia y nuestra esencia
se compromete con la savia.

Tu bezo confiesa la hermosura del arrebol
honra y conmemora la sangre derramada
por nuestro linaje
Lihuén.

Gotas del celaje mueren al caer sobre tu tez
y una nueva temporada ahora hospeda
sobre nuestra tierra, tierra nueva,
y tierra de valientes.

Los graciosos herbazales que cubren
los colores rubescentes serán alabados
con reverencia y honor.

Pues hombres de la tierra somos, Lihuén,
quienes a la savia nos redimimos
y a nuestros vientos secretos confiamos,
pues de pétalos y sangre somos.

¹⁴Machi: figura central de la medicina mapuche y puente entre el mundo material y espiritual (nota de la edición).



Ilustración: Valeria Araya

Tata

Luis Ibarra González

Premio especial a la Trayectoria

Región de O'Higgins

San Fernando

74 años

Comprar el pan por la tarde,
 pasear al perro de casa,
 regar de a poco las plantas,
 donar trocitos del alma
 son las tareas más simples
 del hombre llamado Tata¹⁵.

La luz que ilumina las viñas,
 frutales y sembradíos
 viene asomando del monte
 con sus mensajes amigos;
 entonces yo me levanto
 a despertar las gallinas,
 a dar comida a los cerdos,
 a contemplar la campiña.
 —¡Pero Tata, es muy temprano!
 —reclama la compañía.

Yo soy el Tata del campo
 el que sostiene el arado
 quien planifica los surcos
 y cubre del sol las semillas,
 el que elimina malezas
 con las manos embarradas
 pinta de amor las espigas
 para segarlas mañana
 y retornar por las noches
 al descanso y a la calma.

¹⁵ Tata: denominación afectiva para abuelo en algunas partes de América (nota de la edición).

El Tata es el consejero
la espalda para el transporte
un confidente oportuno
la matriz de los consuelos
un payaso distraído
el guardián cuando se duermen
un refugio ante el regaño
el olvidado en las fiestas
un mocito en los mandados
el cojín para el reposo.

Tata, camina derecho
que se te encorva la espalda;
no tomes más, por favor,
la bebida te hace daño;
te mojaste el pantalón
has manchado tu camisa;
súbete bien el marrueco
abróchate la chaqueta;
siempre nos cuentas lo mismo;
¿Cuántas veces lo has narrado?

Nos tienen que recordar
se nos olvidan las cosas.
Nuestra mujer es la madre,
nos corrige, nos reprende.
Nuestros hijos, nuestros nietos
son el sustento del alma.
En ellos está el cariño
que nos entregan a diario.
Para todo está el abuelo
el Tata dueño del campo.

Comprar el pan por la tarde
pasear al perro de casa
regar de a poco las plantas
donar trocitos del alma
son las tareas más simples
del hombre llamado Tata.

Qala phurk'a¹⁶

Gustavo Tapia Araya

Premio especial Cocina Tradicional

Región de Antofagasta

Antofagasta

71 años

Entre chamantos¹⁷ y aguayos¹⁸, tras los telares del ayer pasado, en la urdimbre de indias en trenzas de dulce y suave espiga surgió ante las parinas¹⁹, por la turquesa aguada de las vegas, la *qala phurk'a*, con una piedra hirviente en guiso navegado.

Receta milenaria de la Pachamama y lapidaria en su cocción. Pollo incluye, vacuno también. Maíz molido, *mahís*²⁰ desde su cuna, linaje *taíno*²¹ defienden en Bahamas, o a los *arawak*²², hurtada la palabra. No, que no profanen tu venero bautismal: fuente de la vida *nelhuayotl*²³.

Y humilde, sudamericana y de dotes subterráneas, agrégase la papa. Hija de la trifonía que, en beso a Chile, al Perú y a Bolivia los traslapa. Llamada *Visviri*²⁴, *Charaña*²⁵ o *Ancomarca*²⁶, a tres versos esa canción, allí hay un obelisco, ferias y *ñustas*²⁷ y a *tota*²⁸, bebés en ensoñación.

Hablo escribiendo de un puchero, de simposio de carnes y verduras, el cucharón listo y la sopera que calientes humean en el estofado. Y añadido otro detalle: que sangre sangra la roja sangre del morrón y la naranja zanahoria de betacaroteno, criolla dicen, de Afganistán.

¹⁶ Qala phurk'a: voz aymara, guiso preparado con piedras ardientes (nota del autor).

¹⁷ Chamanto: manto de lana fina con muchas listas de colores, usado en el campo (nota de la edición).

¹⁸ Aguayo: del aymara, rectángulo de gruesa lana multicolor que las mujeres utilizan para llevar bebés o cosas a la espalda (nota del autor).

¹⁹ Parina: flamenco andino, ave rosada de la puna en lagunas salobres del altiplano (nota del autor).

²⁰ Mahís: indígenas taínos del Caribe bautizaron 'mahís' al actual maíz, "fuente de sustento" (nota del autor).

²¹ Taíno: de tribu indígena extinta del Alto Orinoco y las Antillas (nota del autor).

²² Arawak: lengua arahuaca o arawak, también llamada 'maipureana'. Extendida por las montañas centrales de la cordillera de los Andes en el Perú y en Bolivia, atravesando la llanura amazónica, al sur en dirección de Paraguay y al norte, en países de la costa del norte de la América del Sur, como Surinam, Guyana y Venezuela (nota del autor).

²³ Nelhuayotl: de la lengua náhuatl de los aztecas. Sustantivo que significa "lo que contiene la verdad" o "cosa que suena bien". Pesquisas remiten hasta dos mil años antes de nuestra era en la región suroeste de Norteamérica, lo que hoy es Nevada, Utah y Colorado (nota del autor).

²⁴ Visviri: del aymara 'wiswiri', "zumbido del viento", capital de la comuna General Lagos, provincia de Parinacota, región de Arica y Parinacota (nota del autor).

²⁵ Charaña: estación ferroviaria en la provincia de Pacajes, departamento de La Paz, frontera con Chile, a unos cuatro 4000 m.s.n.m. (nota del autor).

²⁶ Ancomarca: meseta de Los Andes a 4115 m.s.n.m. donde se haya el hito fronterizo tripartito, punto de encuentro de los límites geográficos de Perú, Bolivia y Chile (nota del autor).

²⁷ Ñusta: nombre quechua para las princesas en el Imperio Inca. También podrían ser las esposas secundarias del inca, equivalentes a concubinas; por extensión, a mujeres andinas jóvenes en edad de procreación (nota del autor).

²⁸ A tota: localismo nortino chileno para "llevar a alguien en la espalda" (nota del autor).



Ilustración: Valeria Araya

La primera metáfora es la mano, bronceadas manos de curanto²⁹ morrón para la memoria, ajo antimicrobiano y por condimento la pimienta, el comino y el ají rocoto³⁰. Jamás olvido el cilantro y adentro también carne de llama y de conejo, rico el alimento.

Repito. Comienza cuando la cebolla alba desprende su vientre luz. Son sus láminas, hechas de transparencia como escamas de cristal. Se entrega al fuego la obrera leña de la *queñoa*³¹ sitiada por pedernal y abrigados a lo Inti³², pétalos del fuego que tiznan la paila en rededor.

Ascienden desde el barro de la olla, verdes y calistos aromas de la tierra; en peregrina procesión asoma lento el hervor, una aborígen tradición. Mitológico crisol, coral de la serranía, entre montes y quebradas, caricia de malaquitas, lapislázuli, ágatas del altiplano multicolor.

Paladeas el marfil que esconde el ajo como luna en ascendiente la cebolla que roba cobre al color, u oro al oro según su madurez, la sazón de la chachacoma³³ para la *puna*³⁴ y oriunda de la altura, el tomate sumergido en su furioso arrebol como sangre disidente.

Cae el manjar como crema desde la cuchara cucharón en las tierras del indio likanantay³⁵. ¡Aléjate *zupay*³⁶ *zupay*! del inframundo demonio dueño de las sequías y la maldad cantamos los pastores, hijos de la piedra y aún del azadón.

Ya navegan en el plato los auquénidos (preferentemente alpaca). Carnes y verduras revuelvo junto a una piedra alba de tanto arder. Hablamos del boloco³⁷, que usted sabe no se cultiva ni doméstica. En el agua necesaria, la alba piedra hecha hirviente horno de calor.

²⁹ Curanto: del mapudungún 'kurantu', que significa "pedregal", método tradicional de cocinar mariscos, papas, milcao, chapalele, carnes, embutidos y crustáceos, originario del archipiélago de Chiloé. Ocupa piedras calientes en un hoyo que se tapa con hojas de pangue y tepes (nota del autor).

³⁰ Rocoto: ají andino (en Perú, Chile y Ecuador), locoto (en Bolivia y Argentina). Estas voces provienen del quechua 'rukutu' o del aymara 'luqutu' (nota del autor).

³¹ Queñoa: 'keñua', queñoa del altiplano; queñoa de Tarapacá, kewiña o kiwiña. Árbol siempre verde, de copa alargada y abierta. Mide entre 3 y 7 metros de altura. Su tronco llega a medir hasta 60 cm de diámetro y, al igual que las ramas, se caracteriza por su forma retorcida. Respecto de su edad, existirían individuos con una edad superior a los 200 años. Es el árbol que crece a mayor altitud en el mundo. También crece en el sur de Perú y Bolivia, siendo este último el lugar donde se ha registrado hasta los 5.200 metros de altitud. En Chile se encuentra en el altiplano de las provincias de Paríacota, Tamarugal y El Loa, entre los 4.000 y 4.800 metros de altitud (nota del autor).

³² Inti: Dios Sol, deidad de la mitología incaica y de los pueblos andinos (nota del autor).

³³ Chachacoma: planta aromática perenne o bienal del norte argentino, centro-norte de Chile y algunos sectores del Perú. Hierba de 20 cm, de hojas pequeñas; flor amarilla. Crece a los 4000 m.s.n.m. Uso medicinal en asma, bronquitis, gripe, resfrío y mal de montaña, con efecto sedante (nota del autor).

³⁴ Puna: en quechua, región de altura. Como efecto alude al mal de altura o soroche (nota del autor).

³⁵ Likanantay, likan-antai, likanantai, apatamas, alpatamas o kunzas: etnia del norte chileno, noroeste argentino, suroeste de Bolivia, de lengua kunza. El gentilicio es traducido como "los habitantes del territorio" (nota del autor).

³⁶ Zupay: en quechua, diablo o demonio, señor de las sombras, de los maleficios, de las pestes, de las inundaciones y las sequías (nota del autor).

³⁷ Boloco: piedra redonda, más grande que una normal para la mano (nota del autor).

Llegan los amigos, traen frutos y algarrobo. Arreo llamas en soledad bebo mi chicha; se acerca el *talantur*³⁸, zampoña y charango, quena *huaynos*³⁹, *tinkus*⁴⁰ y trotes, asoma la nariz una fiesta de Huachinango⁴¹. Oigo carnaval, que presta lichiguayo⁴² y moseño⁴³ a la andina gravedad.

Se oye la luz de la *qala phurk'a* sahumando un sol cocido en llamas, cactus en el horizonte, elevando en la lejanía brazos al cielo antepasado, rogativa que, al pasar el indio silencioso, reverente besa la apacheta⁴⁴, pastorea con una quena, mastica coca y guía la majada de sus llamas.

En las alturas, enseñanza antigua, el agua hierve con lentitud. Apuramos el hervor si añades al caldo la piedra de un fogón. Cordillerano el aire enfría el calor y Turi, Toconce y Toconao. Mi cuchara mira hacia Quítor y Lasana, entre *pukarás*⁴⁵ y altitud.

Recuerdo bien. Dos veces Wiracocha⁴⁶ ha hecho del hombre piedra, *apachetas* que anclados en las alturas otean el Andes, andino pasado, rito de los tiempos, el indio respetuoso que besa humilde la apacheta. Los hexagramas de los *apus*⁴⁷, cerca la nieve y el horizonte *puís*⁴⁸ osado.

Recuerdo a Neruda: “Antes de la peluca y la casaca fueron los ríos, ríos arteriales fueron las cordilleras, en cuya onda raída el cóndor o la nieve parecían inmóviles”.
Recuerdo a Borges: “Antes que el sueño (o el terror) tejiera mitologías y cosmogonías”.
Recuerdo mis palabras: “Antes que la luz y el metal fueron los cuarzos y pedernales”.

De la piedra vinieron los pedernales, los cuarzos de nubosos esponsales. Trescientos cincuenta siglos, milenios en cada chispa de los pedernales. Veo un piño de animales y mientras la mujer camina, va hilando con la *puska*⁴⁹ la memoria del agua, piedra, carne, *qala phurk'a*, arriba en los pastizales.

³⁸ Talantur: canto ceremonial atacameño durante la limpia de los canales (nota del autor).

³⁹ Huayno: baile popular en que cada pareja efectúa giros y movimientos al compás de un trote rápido y ligero (nota de la edición).

⁴⁰ Tinku: baile vinculado a la fiesta preincaica e instrumentación para la fiesta que incluye charango y flautas. Pelea ceremonial en homenaje a la Pachamama (nota del autor).

⁴¹ Huachinango: carnaval mexicano. Se realiza en Puebla (nota del autor).

⁴² Lichiguayo: quena grande y de sonido más grave, con la cual se consigue un efecto similar al aire susurrante (nota del autor).

⁴³ Moseño: instrumento aymara de viento o aerófono de tamaño considerable, dotado de cinco orificios en su cara anterior. Emite sonidos graves al tiempo que dulces. Debido a su longitud, se sopla a través de una caña adosada en paralelo, que hace que el aire llegue hasta la boquilla del instrumento (nota del autor).

⁴⁴ Apacheta: término del quechua-aymara. Alude a un montículo de piedras colocadas en forma cónica, una sobre otra, como ofrenda a la Pachamama y/o deidades del lugar, en las cuevas difíciles de los caminos (nota del autor).

⁴⁵ Pukará: pueblo fortaleza en piedra para proteger las aldeas. Cuenta con subdivisiones internas para vivienda, acopio y funciones religiosas y administrativas (nota del autor).

⁴⁶ Viracocha, Wiracocha, también escrito Huiracocha: Dios creador del mundo, del sol y de la luna (nota del autor).

⁴⁷ Apu: del quechua, montañas tenidas por vivientes desde épocas preincaicas. Se les atribuye influencia directa sobre los ciclos vitales de la región que dominan (nota del autor).

⁴⁸ Puís: forma andina de 'pués', en peruano 'pe' y en chileno, la conjunción 'poh' (nota del autor).

⁴⁹ Puska: huso tradicional altiplánico (nota del autor).

Las hijas del sol

Estefanía Bernedo Plazolles

Segundo lugar regional

Arica

36 años

El sol. Interminable sol. Moneda vieja.
 Me pregunto cómo se forja el carácter de una mujer en esta tierra
 y ahí está el sol.
 El sol que es un río generoso que hidrata el espíritu,
 que moja el alma,
 que empapa el corazón de fresca fuerza.
 Los rayos son así, como espadas de cristal evanescente que contornean el andar de esas mujeres
 figuras que parecen haber descendido de la luz.
 No hay otra energía para ellas.
 No basta nombrar la belleza para cantar a esos cuerpos menudos que pasan
 que atraviesan kilómetros como caravanas breves
 síntesis de un carnaval
 derroches de color y pirotecnia.

Así es como el sol desemboca.

Encuentra su destino justo ahí:

En esa anatomía que semeja una cadena montañosa.

Seguramente el fuego se vierte en la redondez de una cholita⁵⁰ camino al centro.
 Porque una cholita es como una ampollita que transforma el calor en humildad.
 Así se reparte la luz, entonces:
 a través de esa hidalguía que recorre los mercados
 las calles, las carreteras y se deja ver como un florecimiento.

Una chola es una estrategia del sol para encender o sembrar el calor.
 La brasa que viaja hundida en los aguayos⁵¹
 los sombreros y las bolsitas matuteras⁵²
 la lumbre que navega escondida en ese tronco enorme donde cabe el corazón de una ballena.
 Y aunque entonces venga el invierno
 la noche como un alud de ideas prófugas o la fría guadaña del ocaso
 ese andar seguirá intacto.

⁵⁰ Cholita, chola: mujer de clase social humilde, generalmente de origen campesino, que viste pollera, manta y sombrero (nota de la edición).

⁵¹ Aguayo: del aymara, manto, rectángulo de gruesa lana multicolor que las mujeres utilizan para llevar bebés o cosas a la espalda (nota de la edición).

⁵² Matutera/o: bolsa con artículos para comerciar (nota de la edición).

No habrá eclipse que imponga vértigo a su labriego luminoso
pues será siempre posible oír el eco de sus zapatos abastecer
un silencio que nunca más será silencio.
Porque una chola es elpreciado lenguaje de los astros.
Es la voz del *Taita* Inti⁵³, acariciándonos.

⁵³Taita Inti: padre sol (nota de la edición).

El huerto soñado del campesino azapeño

Hernán Chávez Cabello

Tercer lugar regional

Arica

68 años

Entre todos los sueños que un campesino azapeño tuvo prevaleció uno que, para hacer realidad, parecía perfecto.

Entonces, su terreno preparó y la semilla sembró y, como en años anteriores, a esperar se dispuso.

Que la semilla germinara y las plantas crecieran a medida que agua y luz recibieran, más su cuidado. Y en época justa y en justa medida su almacén aumentara compensando así, con la ganancia de la cosecha, su esfuerzo.

Con el tiempo, aquel campesino azapeño confiado cultivar su huerto soñado, obtuvo como resultado.

Fue la fe en la estabilidad de las leyes naturales que el universo gobierna, la base de sus planes.

Esa misma estabilidad hace que salga el sol, fulguroso, cada mañana y que, jadeando al atardecer, llegue al lugar poniente prometiendo al día siguiente, fulguroso, volver.

El tibio sol de otoño mientras el día declina en el cielo se eleva y se reclina sobre el huerto.

El astro rey, correr hace, la danza de las horas en tanto entra en agonía, su luz va a desfallecer.

Sus postreros rayos, con dificultad, descienden en el huerto, validando, el mito del sol invencible. Sumido en las sombras, en el horizonte desaparece mas, desde las sombras, fulguroso reaparece mañana.

Y cuando el sueño del campesino azapeño vida propia parecía haber encontrado los sueños de otros hombres despreciables a quebrantarlo, incansables, se han esmerado.

De aquel huerto soñado, rompieron la estabilidad
y la viabilidad de los demás sueños, quebrantaron.
Aire, agua, suelo, microclima y salud de la tierra
contaminando y alterando, sin cansancio, todo.

Para la biodiversidad, una amenaza apremiante es,
que, a pasos agigantados, va perdiéndose.
Las estaciones, sin previo aviso, siguen cambiando
y el diseño del huerto azapeño dejan en el suelo.

Aquello, no ha sido para las plantas trivial ni indiferente
ni para aves migratorias ni para polinizadores que se han ido.
El pobre campesino azapeño así lo ha sentido
y, añorando su sueño, gime y llora su desdicha.

El huerto como fue soñado ya no es tal
¿quién lo restaurará y lo hará aún subsistir?
El tiempo pasa como el agua en las nubes, aprisionada,
que, sobre la tierra, volviendo a su origen, se precipita.

Mientras el tiempo, río abajo, sin parar
su torrente hacia el mar, no deja de impulsar
¿quién sabe si el huerto soñado a ver, volveremos?
El torrente del tiempo no se detiene, es sabido.

Todas las costumbres y tradiciones de Azapa
como letra muerta se han quedado.
Solo el huerto soñado del campesino
revivirlas, reflotarlas y reproducirlas, podría.

Por ahora, el corazón de los hombres viles
ha multiplicado por miles a las semilleras
que el diseño del huerto, siguen quebrantando
mortificando arteramente al campesino azapeño.

Desierto vivo

Edna Fernández Sánchez

Primer lugar regional

Iquique

67 años

El viento ruge con fuerza en mi pueblo fantasma
me envuelvo en él y recorro cada esquina
cada casa.

Allá vivía la Eulogia, la que leía las cartas
cuando el tren que las traía, por fin llegaba
Lorenzo, que al fin volvió de la caravana
y pudo sacar sus zapatos
los que dejó debajo de la cama
cuando bajó a Iquique aquella madrugada.

Corrió a abrazar a su madre, que aún lo lloraba,
aquí mismo, en medio de la pampa.
Y dónde estará ahora la dulce mujer que esperaba
a ese retoño, que bien decía ella
era hijo del viento y la escarcha.

Lo contaba por las noches
mientras el cielo era una gran canasta
de frijoles de plata.

En esta casona blanca aún ahora casi intacta,
se juntaban unos cuantos
a cantar, a recordar;
quizás ya intuían que no volverían más.

Todos ya se marcharon
el patrón y el empleado, el fogonero,
la *misía*, la profesora y los niños...

El cosmopolita pueblo se va borrando
entre el tiempo, la chusca⁵⁴ y la camanchaca⁵⁵.

Pero yo quise quedarme.

Ahora que ya no muero
puedo viajar ligera
entre casas derruidas, risas rotas y lamentos
cuando cada tarde, entre las calaminas,
con ese rítmico acento, se pasea el viento.

⁵⁴ Chusca, chuca: finísimo polvo que forma bolsones difíciles de atravesar. El viento suele levantar enormes polvaredas en los chuscales (nota de la edición).

⁵⁵ Camanchaca: neblina costera que se produce en el norte de Chile (nota de la edición).

El primer paso

Héctor Barraza Ahumada

Segundo lugar regional

Iquique

33 años

Se dice que el tiempo aquí no existe; nada es novedoso todo es irreal, abismantemente tranquilo. Cada elemento de su presencia es el simple despertar de la luz en el juego de los hallazgos. ¡La tierra gime!, se escucha en el silbar del viento... Su danza susurra, al fervor de los palacios de una quimera, en el relámpago de un beso, ardiendo en emanaciones sobre los impulsos, emerge el ave sin nido, amante del destierro. Fundido con destellos de lava y ceniza de su mundo, vuela a donde nadie quiere ir, irradia magia, rito de su propio vuelo... —¡Todo aquí es silencio y memoria! —vuelve a gritar el aliento de la montaña en cada paseo por sus barrios. Trozos de huesos pintando nubes, se apoderan de la imagen del extinto reloj; rayos de lluvia limpiando lamentos son la sospecha de un buen clima y el rebelde manto de la piedra que esculpe el eco, es el ritmo macizo del andar de los pastores. El polvo fluye sin curso las arenas se humedecen con el sudor de la nieve. Cada tejido es un verso compartido y, en las conversaciones con la impaciencia, las palabras 'muerte' y 'vida' asoman como festejo. Las carcajadas se entretienen con el sonido de los carnavales las tonadas son exclamaciones paridas en voz, germinadas con agua de castigo que no llegan a puerto o ribera, sino que se apoizan en los matorrales haciendo sacudir el cuesco del fruto por sobre el forraje. Las compañías aquí ¡sí! existen visitante con cueros de extrañeza. La oscura ausencia está impregnada en cavernas. Una aldea, es el refugio atormentado de las nulas compañías donde un puñado de niños ven pasar al viejo borracho del pueblo sobre la maleza invadiendo el decoro, insultando su pasado, jugando a ser él sin remordimiento alguno, en una noble tarde cualquiera, en que el azul del cielo se viste de tonos rosas y hace multiplicar otras estaciones en el gritar del ojo...

En campos de totora⁵⁶

Camila Ramírez Novoa

Tercer lugar regional

Iquique

33 años

Entre mayorales⁵⁷ y cañas de totora
abrazadoras son las llamas que acompañarán este ritual.
La fatiga curtiendo la piel negra
entre las silenciosas quebradas
montañas guardan el secreto de la esclavitud.

Mezclados han sido los rituales de negros y blancos.
Astuta es la negra con obediencia maldita
vistiendo y mostrando devoción a santos
de los cuales sus rezos jamás han dirigido.

El mandinga⁵⁸ manchando la Noche de San Juan o de santa Cecilia
cuando la negra solo espera el diálogo con lo divino
atraer lo bueno y que lo malo deje de rondar
a ver si entre tumbes y faldones el dejo de la esclavitud deja de husmear.

Bajo la gota de rocío, va la negra directo a su labor.
Ya se ha secado su sudor con las hojas del olivo, descansando bajo su sombra.
Si el mondongo⁵⁹ lo permite, varios se reunirán bajo el alero de su fiesta.
Templados los cueros y preparados para la tertulia
no quede nadie fuera de este tumbe que les depara jolgorio y disfrute.

Manos incansables que trenzan y trenzan la totora
carga que carga lo que han trenzado
vacía va la canasta, liviana como pluma
no hay rastros del jolgorio que el tumbe⁶⁰ acompañó.
El mondongo se entibió
y aquel faldón manchado de fiesta, el sol pronto secará.
Volveremos a ver a la negra disfrutar en la Noche de Juan santo o Cecilia la santa...

⁵⁶ Totora: del quechua 'tutura'. Planta perenne, común en esteros y pantanos. Es utilizada en la construcción de techos y paredes (nota de la edición).

⁵⁷ Mayoral: que cuida y gobierna todos los hatos de ganado de una cabaña y manda a zagales y pastores (nota de la edición).

⁵⁸ Mandinga: diablo en algunas regiones de Sudamérica, con apariencia humana, amigable (nota de la edición).

⁵⁹ Mondongo: en Chile y Ecuador, plato cuyo ingrediente principal son trozos de estómago de res (nota de la edición).

⁶⁰ Tumba o Tumba Carnaval: danza afrodescendiente que se baila en el norte de Chile (nota de la edición).

Canción de viento y arena

Cristian Cabrera Muñoz

Segundo lugar regional

Ollagüe

43 años

*Dedicado a la señora Carmen Achí,
encargada del Museo Antropológico Leandro Bravo Valdebenito, comuna de Ollagüe.*

Lejos, tras las montañas, salares y desiertos
la distancia se hace hogar junto a las piedras
que por milenios fueron moldeadas por el viento.
Más tarde, moradas esculpidas con roca y arenas.

Abuelos de los abuelos levantaron las rocas
buscando un alero para su descendencia
pastoreando animales y cultivando la tierra
entre viento y arena dejaron su presencia.

Ganaron del zorro sagacidad de movimiento,
de las tímidas llamas se hicieron sus amigas
admiraron al cóndor rey del bravo viento
compartieron el agua con las aves parinas⁶¹.

Miraron en el azul cielo el sol que los alumbraba
agradecieron al Inti⁶² su gentileza y calidez.
La luz desde los cerros los abrazaba y deslumbraba
lo llenaron de ofrendas alegres de embriaguez.

Nunca pueblo fue más libre en tierra habitada,
nunca perdieron la paz de sus nobles corazones.
Todo se lo daba la naturaleza generosa, encantada
con sus alegres y benditas, coloridas, tradiciones.

Mas, la codicia llegó a estas suaves arenas
y el cantar de las aves lo destruyó el vapor
infectó las aguas que corrían en sus venas
y la cicatriz de sus salares les causó temor.

⁶¹ Parina: flamenco andino (nota de la edición).

⁶² Inti: sol, deidad de la mitología incaica y de los pueblos andinos (nota de la edición).

Clavaron estridentes rieles en blanco manto
y el sonido alegre de sus silbatos se apagó.
—Lo llaman evolución —los convenció un santo.
Picando rocas, en las minas, su alma se nubló.

Un puñado de familias llegó en vagones
construyendo su vivienda en los alrededores.
La esperanza de trabajo arribó de las regiones
engañados por la promesa de tiempos mejores.

Lloraron al Inti para que la dicha les devolviera.
Les indicó a sus hijos y el sueño que él anhelaba
la grandeza de los niños, la esperanza que viera
y decidieron todos levantar la primera escuela.

Cuidados por su santo de Padua, su patrono,
se aferraron a sus sueños de los cuales eran dueños.
Le pusieron por nombre Colegio San Antonio
y de tanta ilusión y cariño se llenó de pequeños.

En sus ojos el anciano vio un nuevo amanecer
para que el olvido no se comiera sus tradiciones.
En la tierra, con su sangre, la arena iba a florecer
la paz, con el viento, los liberaba de sus temores.

Al oír su lengua, con voces tiernas infantiles
inundó de lágrimas sus viejos corazones
al revivir la palabra de sus ancestros gentiles
que en quechua cantaban sus emociones.

Felicidad de las familias y ¡que sea en buena hora!
llevando en andas a su querido santo que anhelase juntan a las puertas de la escuela que
adoran orando en su idioma la canción de viento y arena.

Río Loa

Rodolfo Marangunic Miranda

Tercer lugar regional

Calama

93 años

Río Loa, hilo de plata
que emerges en la montaña
juguetón como un niño
a los pies del volcán Miño.
Te enriquecen los afluentes
del San Pedro y El Salado;
para acompañarte en tu peregrinaje
vas corriendo, vas de viaje.
Vas viajando la montaña
cantando las quebradas,
y en el remanso de agua clara
vas descansando de tu viaje.
En tu largo peregrinar
vas recogiendo murmullos
vas recogiendo silencios
vas recogiendo cantares.
Peregrino de alta montaña
que rompe soledades
como el *chasqui*⁶³ bajas a la costa.
Tus aguas también retornarán.
Hijo del Inti⁶⁴ que te guía
padre de pueblos y culturas
padre del pueblo andino
quechuas y aymaras.
Vas desgajando tu cuerpo
en alfalfaes de valles
floreciendo en espigas
mazorcas y alfalfaes.
Tu surco, sinuoso y eterno
enlaza las dos cordilleras,
tejiendo con hilos de plata,
tejiendo las cordilleras.

⁶³ Chasqui: en el imperio incaico, mensajero que transmitía órdenes y noticias (nota de la edición).

⁶⁴ Inti: sol, deidad de la mitología incaica y de los pueblos andinos (nota de la edición).

Sueño de Atacama

Andrés Pulgar Marín

Primer lugar regional

Vallenar

41 años

Lanzamos laurel al fuego
como una bengala hacia el abismo
para entender el canto de las becacinas⁶⁵.

Noche sin luna
sobre tu sueño sembrado de ñañaucas⁶⁶
tu abuelo cuenta la leyenda de los Payachatas⁶⁷.

Navegas por el Chungará y el Cotacotani
en la barcaza de los vientos.

Terminan su vino navegado
cazadores de guanacos
espantados por el relincho
que no quieren encontrar a Coquena⁶⁸.
Lían el tiempo los baqueanos
que hoy solo podrían arrear sombras.

Zampoñeros convertidos en piedra
pondrán música a tus deseos.
Mineros de distintos otoños
te llevarán desde el sombrío nido del Alicanto⁶⁹
a las llanuras de Tololo Pampa⁷⁰.

⁶⁵ Becacina, agachona: en Chile, 'Porotera'. Ave de cabeza y dorso pardos con líneas blancas, flancos blancos con líneas y manchas negruzcas y garganta y abdomen blancos (nota de la edición).

⁶⁶ Ñañauca: planta herbácea perenne, bulbosa, endémica de Chile (nota de la edición).

⁶⁷ Payachatas: dos montañas volcánicas en la Cordillera de los Andes, entre Chile y Bolivia. El volcán norte, 'Pomerape' y el sur, 'Parinacota' (nota de la edición).

⁶⁸ Coquena, Yestay, Yastay o Llastay: ser mitológico benigno vinculado al norte de Chile y de Argentina. Es el protector de los animales de los cerros, en particular, vicuñas y guanacos (nota de la edición).

⁶⁹ Alicanto: criatura mitológica de la región de Atacama. Se dice que se alimenta de metales preciosos, lo que explicaría su color dorado (nota de la edición).

⁷⁰ Tololo Pampa: ciudad encantada que aparece en medio de la noche, parte del imaginario de los habitantes del Valle del Huasco (nota de la edición).

Escribes con la tipografía
de los ausentes
se enroscan entre tus dedos
las cosechas de antiguos frutos
mientras tu primo toca esta noche su guitarra
bajo la higuera de una casa abandonada.

Escribes ni en nombre de todos
ni de nadie
escalas a tu seudónimo
para poder llegar a ti mismo.

Mañana las sombras de los que amaste
llegarán hasta tu puerta
buscando un puñado de sal.

La mujer de los aromos

Carlos Zepeda

Segundo lugar regional

Copiapó

41 años

Dicen que llegó cuando las flores se marchitaban
con las hojas descalzas y viejas de los aromos
cuando yacía intacto bajo la luna
con sus cabellos de trigales y de otoño.
Dicen que decidió quedarse un tiempo
echar raíces y nunca más sentirse solo.
Vivir no es solo la existencia
que siempre trae sufrimiento y odio.

Entre valles y campos invernales
enamorado iba a la mujer de los aromos.
Parecían solo estrellas consteladas,
reflejándose en la oscuridad de un pozo.
Hay quien dice que ella lo esperaba antes
de conocer su entristecido rostro.

Cada tarde vagaban las orillas
de incansables senderos y barriales.
Sabían de sus huellas las estrellas
conocían su voz las golondrinas.
Parecía el tiempo detenerse
entre lloviznas de aires invernales.

Pero a aquella aldea de provincia
llegó la escasez que embriaga todo.
Sin trabajo los hombres marcharon
y la enfermedad hizo al extraño lo que a otros.
Debió partir con su corazón herido
y abandonar por siempre un sueño hermoso.
Amar y tener que apartarse
es el dolor más inmenso de todos.

De ella dicen que no escapó más sonrisa
y que durmió su pena bajo un aroma.

Algunos cuentan del extraño su muerte
otros que se le vio muy lejos solo.
Yo prefiero creer que regresó por ella
y la encontró esperando bajo un aroma.

Volvió cuando aún lo recordaba
una tarde de mayo en otoño
cuando ella peinaba sus cabellos
imaginando con dejarlo todo.
Tomó entonces su mano pequeña
y besó su entristecido rostro
cuando las últimas flores se marchitaban
en la penumbra de los aromos.

Fantasma de la pampa

Elian Fuentes Barrera

Tercer lugar regional

Copiapó

9 años

Cuenta la leyenda de Atacama
que en plena pampa sucedió
a los mineros de mi región
caminantes de sol a sol.

Tololo Pampa⁷¹ la llamaron
por su encanto e ilusión
que al forastero invitaba
a la fiesta y a la diversión.

Fantasma de luces que aparece
que te invita a la diversión
llena de colores y de vida
al visitante una atracción.

Al día siguiente sale el sol.
Fue un sueño o realidad
solo queda la experiencia
Tololo Pampa ya no está.

⁷¹ Tololo Pampa: ciudad encantada que aparece en medio de la noche, parte del imaginario de los habitantes del Valle del Huasco (nota de la edición).

Amor diaguita

Luis Herreros Infante

Primer lugar regional

Coquimbo

60 años

Te recuerdo envuelta en mis brazos en un paño de luz
es la orilla del río que baja por el valle sagrado.

Trae agua de la cordillera andina
se desliza sobre tu piel de miel asoleada.

En un caudal de arena blanca que se arremolina con el frío
formando diminutas playas como ojos que ven durante la noche.

Mi corazón fotosensible se abre
cabén tus pies y en el cielo no sé cuántas estrellas.

Se va la luna envuelta en perigeos y apogeos⁷²
entre la máxima y nula correspondencia del blanco y negro
el color entre brillos y contrastes muy altos
demasiado altos.

En tus ojos mueren y nacen enanas blancas
gigantes rojas en agujeros negros
como nebulosas desgasificadas.
Nuestro sol, corazón, ¿cuántos hubo?

Las colas de zorro fueron arrasadas por el fuego
nosotros también nos volvimos cenizas
cada uno montó su caballo de viento
dejando atrás besos quemados.

Hoy construyo mi propio sistema de zonas
en un set de colores inventados
combinaciones cromáticas diferentes.
No afecta mi percepción fragmentada.

Se devela el azul plata del río que navega en el Valle de Elqui
la sin belleza del llantén mal llamado mala hierba
propaga semillas curativas cicatrizantes
en el testamento otoñal del corazón.

⁷² Perigeo y apogeo: son, respectivamente, los puntos más cercano y lejano de un objeto que gira en una órbita alrededor de la Tierra (nota de la edición).

Elegía

Ismael Rojas Carvajal

Segundo lugar regional

Combarbalá

61 años

No hay agua en el APR⁷³
 en esta zona rural
 que está a la vera del río
 que ya no tiene caudal.
 El tiempo ya transcurrido
 para bien o para mal
 apura en el calendario
 un deslucido final.

Los cielos del Norte Chico
 abortos sin condición
 ya no conocen la lluvia
 el tiempo, bajó el telón
 modificando el paisaje
 de verde vegetación
 dando paso a la sequía
 que duele en el corazón.

Hoy recordando el pasado
 que ya no habrá de volver
 ni entre cerros la riqueza
 de ver el agua correr
 como elegía en el tiempo
 que fue mejor el ayer
 cuando la tierra fecunda
 fiel nos daba de comer.

No hay agua en el APR
 ya parece una canción
 como martillo en la roca
 que golpea la razón.
 No hay agua, yo lo recito
 lo declama el corazón
 con la esperanza hecha verso
 esperando un chaparrón.

⁷³ APR: Agua Potable Rural (nota de la edición).

Susurros rurales, poesías y delicias en tierra chilena

Johanny Calderón

Tercer lugar regional

Los Vilos

15 años

En los campos del sur, en Chile querido
donde los versos fluyen al compás del trigo
se tejen poesías de aromas campesinos
y se saborean sabores de tiempos antiguos.

En la tierra fértil donde el huaso cabalga
y el viento susurra notas de guitarra
se despierta el alma con sonidos ancestrales
mientras la cocina exalta sus manjares celestiales.

Se levanta el humo de un asado en el fogón
mientras se cuece a fuego lento la tradicional cazuela
con trozos de carne, maíz y calabaza
un plato que reconforta y nos abraza.

En el campo chileno, el pebre se despliega
con ajíes picantes y cilantro en rama
acompañando empanadas, delicia criolla
rellena de carne, cebolla y oliva.

Y en los dulces campos de Chile central
las frutas maduras brillan con su dulzor natural
las manzanas y peras se visten de caramelo
en cada bocado se siente un cielo.

Las tortillas de rescoldo hechas con amor
se doran al fuego listas para el sabor
con mermelada de frutas o con pebre suave
un bocado que en el paladar se engrave.

Las humitas en hojas con maíz tierno
envueltas en hojas verdes como un invierno
un manjar delicioso con suave masa y queso
que conquista corazones con cada bocado impreso.

Así en los campos chilenos, se entrelazan versos y sabores
en cada plato típico, en cada rincón de amores
la poesía rural con su encanto ancestral
nos regala la esencia de Chile, inmortal.

En los sonidos rurales, en las comidas típicas
se funde la tradición, la cultura y la música
y en cada verso y sabor, encontramos el arraigo
que nos une como chilenos, con amor y prestigio.

Tesón

Pablo Molina Guerrero

Primer lugar regional

Valparaíso

34 años

Ensoñaciones extrañas
a las faldas del Llaima
fantasmas de tiempos pasados.
Tinieblas se abren camino
ante el mutismo de las estrellas
recuerdo otra vida y escribo:

La cocina a leña crepita
el suave silbido de la tetera
el huerto rebosando colores
el hacha incrustada en madera
al alba desde las gargantas de bestias
y aves, surge una sinfonía innata.
Tras las nieblas del tiempo está
el eterno tesón de mi madre.

Mirar directo a los ojos del puma
sin torcer la vista —por ninguna razón—.
Hay que soportar con abnegación
un día cualquiera los elementos
el hambre, el esposo, la mala suerte
pueden conspirar contra ti.
Desastre tras desastre
te caes y paras por instinto.

Aquí estoy en el hogar desvencijado
dando cabezazos contra la pared
por tiempos que no podré recuperar
migajas de un ayer que se diluye
frente a mí sin poder hacer nada.
Tu mano —entre las mías— desfallece.

Mirar directo a los ojos del puma
reflejarse en él y estar en comunión,
pero no olvido —nunca olvido—
la luz del Llaima despertando
un hilo de agua rasga la noche
mientras recuerdo fantasmas.

Despedida de una hoja de canelo

Mario Pino Contreras

Segundo lugar regional

Valparaíso

36 años

Otoño de mí tan solo
 podrás desertar la vida
 ya soy hojarasca herida
 legada al oscuro polo.
 Y no es culpa tuya o dolo
 tornar la brisa en verduga,
 pues todo latir corruga
 su tibia carcasa leve
 y en plazo tardío o breve
 el tiempo impone una fuga.

Mas, ríndete otoño mío
 si juras que tu soplar
 sobrado sabrá talar
 mi tronco de magma umbrío.
 Si aun el más hosco y frío
 ardid invernal o peste
 hachar no han podido aqueste
 canelo de nervio andino
 muy menos podrá el destino
 segarle su savia agreste.

Otóñame entonces muerte
 desgájame de mi fronda
 despósame con la honda
 raigambre dormida y fuerte.
 Los días de hundida suerte
 en agua me harán ensueño
 y frágil será el empeño
 de izar un eco en la rama:
 por mí la hoja temprana
 habrá de heredar un sueño.

En el alma de mi abuelo

Ruth Barrales Chapa

Tercer lugar regional

Valparaíso

72 años

La carreta de mi abuelo
era muy reconocida.
Los bueyes en la subida
corrían como chicuelos.

Mi abuelo era de cien años
cuando abandonó este mundo.
Tengo un recuerdo profundo
de su carreta y escaño
de sus historias de antaño
quedó vestido este suelo.
Dejó huellas y consuelo
como transporte de esa era.
Era firme y de madera
la carreta de mi abuelo.

Vivíamos en la hondonada.
La carreta era el transporte
por lo tanto, era el consorte
de mucha gente aislada
de subida o de bajada
presta para la partida
corría por cualquier vida
aguantaba a otro nivel
la carreta por lo fiel
era muy reconocida.

Dos lindos bueyes overos:
el cura y el sacristán
como ustedes los verán
padre e hijo compañeros
envidia de ganaderos
seguros en la ascendida
muchas misiones cumplidas
diría mejor que caballos
pues eran como dos rayos
los bueyes en la subida.

Obedientes y ordenados
sin temor a la picana
de temprano en la mañana
caminaban por los prados
siempre bien alimentados
no formaban ni un revuelo
laburaban pelo a pelo
nunca hicieron un berrinche
como eran bien compinches
corrían como chicuelos.

Ya con esta me despido
esto es parte de una historia
que me trajo a la memoria
a mi abuelo tan querido
un campesino aguerrido
oriundo del interior
dejó su sangre y sudor
sembrados sobre la tierra.
Hoy mi alma es quien se aferra
al recuerdo de su amor.

Vástagos y visitas

Argania Inostroza Álvarez

Primer lugar regional

La Florida

30 años

*A nuestras abuelas, a las que seremos,
y a Alicia, que nunca fue abuela, y ya lo es.*

Cuando en lunas como esta
magnéticas memorias mareales
con la suma abigarrada de las sangres
nuestros rostros se restriegan
y la noche es un ramal brumoso
que pasa ululando en lo cercano
esos cantos del confitero alegre que,
de pequeño, mi padre soñaba ser
mientras recién, hoy y ahora,
alrzales ancianos en derredor ardían
(todo era terruño y mendrugos cenicientos
vías férreas en las palmas de la vida).

Entonces
con pleamares
y sabores de nuevas lunas
en viernes vienes nuevamente
con tu labia y con tu *pilgua*⁷⁴
y esa tierna, sempiterna,
latencia de semillas.

Y vuelve con ello tu vaivén
a ser en carne vivido
el vaivén que nos devuelve
a la cadencia germinal de nuestras edades
y rebrota en otro tiempo
y desde allí oye *pifilkas*⁷⁵ y Antonio Aguilar
La consentida y La cueca sola⁷⁶
violencias varias de todo *setiembre*
(*setiembre* sin Pe, con pe de pues y pertinencia).

⁷⁴ Pilgua, chupón: bolsa de fibra natural originaria del pueblo mapuche (nota de la edición).

⁷⁵ Pifilka: especie de flauta rústica corta de madera. Tiene origen precolombino y en sus principios se construyó de piedra (nota de la edición).

⁷⁶ Cueca sola: modalidad dancística de la cueca tradicional, creada por la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos de Chile (nota de la edición).

El vaivén de los porvenires subterráneos
al fin de toda cuenta
aquí donde nos hacemos melga⁷⁷
y aporcamos⁷⁸ todavía la chancha
cuando premunidos —no siempre— de contras
esparcimos magmas, memorias vegetales
azules ventisqueros, abonados
criterios frente al futuro ya cuajando.

Quiero decir
sostenerse como alga entre légamos aciagos
es legado vivo de tu alma:
ser sutil limo liminal
coral sereno de sueños y *sures*
¡y a esparcirse!

Saberes y suelos
dichos que contigo
están siempre naciendo
abuela.

⁷⁷ Melga: franja de tierra que se marca para sembrar (nota de la edición).

⁷⁸ Aporcar: técnica en agricultura y horticultura de apilar tierra alrededor de la base de una planta (nota de la edición).

Tu canción me obliga

Javier Almeida Gálvez

Segundo lugar regional

La Cisterna

47 años

Al fondo de la tierra, la simiente calla.
Duerme el pesado sueño de la siembra.
La han puesto allí, en el surco, las manos ásperas
del hombre que canta y la mujer que enseña.

Cansancio no es tonada, ni agravia la pena
(hay campos y vides para alargar la mirada).
Se espera con ansias esa lluvia pasajera
lo mismo si es cosecha o invernada.

Así el hombre y la mujer, su semilla siembran
y van haciendo en nombre de su raza:
carácter, ardor, la voluntad férrea
imponen a los montes, el llano o la quebrada.

Dime tu nombre, para que aquel pueda recordarte
allí, donde vive sin presentir tu figura:
hormiga laboriosa de generosas manos
que dan sin el propósito de recompensa alguna.

Dime tu nombre y lo colgaré de las paredes mías
hasta que los cerros y la pampa
se revelen en cada sílaba, como el canto de las aves
surge de la noche oscura.

Porque tu plegaria es canción desconocida
y tu tiempo es tan ajeno, a veces, en las mentes ocupadas.
El sonido del guitarrón en la fogata encendida
nos llega de rumor, cuando la noche calla.

Tu canción me obliga.
Sí, tu canción al alba, en los caminos anegados
por la indómita afrenta del agua desbordada.
Me obliga la mano que trazó el surco
¡tu mano!, para sacarle el gemido natural
a la entraña dura.
Me obliga tu costumbre de amar los elementos
y leer en el viento
el presagio de otra temporada.

Dime tu nombre
en honor al fruto y al zapallo
que has puesto en mi mesa.
Dime tu nombre... hombre, amigo, campesina.

Tu canción me obliga.

Alerce

Bernardo Grez Quintanilla

Tercer lugar regional

Peñalolén

52 años

Alerce dice, me llamo Alerce
en un dialecto ronco como el mundo
cuando cruje lejos de la vista
lento desde lo alto
o lo apretado y nudoso
como un obelisco envigado que sube
para mirarse de nuevo, remotamente
en techos con textura de lenguas
en iglesias de overol impermeable
en artesanía de vetas redundantes
donde venció el hacha con su labio rígido
o el aserradero inmigrante de rudos molares.

Alerce, dice Lahuán
antiguo de pocos hijos
perennes y angulosos de cara oblonga
y tenue rumor desde los ápices
hasta sus flores cilíndricas
o estróbilos globosos solitarios
en escamas longevas
que saludan estirando una mano
desde lo aborigen en lo alto.
Monolito de sangre fría en la cúspide esquiva
acostumbrado al granizo mordedor
con afilados dientes cayendo
desde el entretecho sureño
resiliente al tajo foliar del viento
al desganche de costillas y clavículas
a la pérdida de las ataduras.

Lahuán, dice Alerce
con voz de árbol enroscado
envuelto en cúmulos grises
y corona de piña soberana
un emperador que reina sobre los otros
ya que sobrevivió a la guerra fiera
bípeda contienda desigual
del coligüe y torso desnudo
de los pies correteados a hierro extranjero
acostumbrados a la piedra de canto filoso
y se mantuvo erguido
estoico de pie en el bosque de batalla
con su ceño vegetal fruncido
y sus puños rojizos enroscados.

Resistió la guerra de las brasas
y cenizas andantes por barrancos y hondonadas
al rescoldo que bajaba a galope
por la oreja del caldero
desatando vómitos de ceniza y escoria en estampida
llamaradas lacerantes como machetes amarillos
abriendo morrenas y espinazos glaciales
cauterizando a llama viva
la hemorragia del xilema.

Sobrevivió a la guerra ebanista
sobre techos y tejuelas
en balsas empalizadas
bateas de cara partida y aserrín
cayendo al suelo como sangre seca
entre las manos que lo cercenaron
amordazaron, lo confinaron a su féretro
de veta reluciente y decorativa
mientras se desangraba
su albura delgada y amarillenta
profanado su duramen o tabernáculo del tiempo
contado en anillos.

Resistió el ataque aéreo de lepidópteros estratégicos
aguerridos dípteros
planeadores kamikazes
adictos al des follaje
a la arremetida de la infantería
de acorazados coleópteros
entrando en su corteza
decididos a cortar puentes
y canales de savia lenta
a los isópteros de incisivos aserrados
y espolones venenosos
saboteadores de capilares y brotes nuevos.

Yo me inclino ante su señoría
atiborrado de medallas
coníferas insignias *cupressoides*
de condensadas epífitas y condecoraciones
ante su columna corintia de frondoso capitel
a la altura de sus vértebras resinosas cervicales
ante su majestuosidad sumeria
de nativa realeza y abolengo
pongo mis rodillas apegadas a su pedestal amaderado
y lo miro hacia arriba
subido al cielo del hombre
que es verde claro tupido arborescente sin estrellas
pero con flores y estambres alargados y tristes
con algo de brillo botánico
todavía en la mirada.

Campesino, no huaso

Francisco Castro Soto

Primer lugar regional

San Vicente

28 años

Campesino que trabaja
 la tierra y los animales
 no huaso que abusa
 de todos sus gañanes.
 Con ojotas, no zapatos
 con chupalla, no sombrero
 agricultor de buena fruta
 que cuidó siempre con esmero.
 Mi tradición no es el rodeo
 a veces son las domaduras
 y si una bestia yo tuviera
 sería para la tierra y sus verduras.
 Si la tierra es *pa'* quien la trabaja
 todo este fundo sería mío
 y mi patrón tendría nada
 ni una choza junto al río.
 Así que no se me confunda
 si un día me topa en el camino
 jamás me grite que soy huaso
 ¡Soy un orgulloso campesino!

El niño de las alturas

Alexandra Hormazábal Rubilar

Segundo lugar regional

Rancagua

26 años

Carlos, niño de Sewell en las alturas,
donde la minería forja sus aventuras.
Cobre en las venas de la montaña latía
y en la historia de la ciudad se escribía.

Jugaba entre escaleras, un minero futuro,
inspirado por el trabajo puro y duro.
Exploraba túneles con mirada curiosa
la escénica de Sewell, minera y valiosa.

Conocía la importancia del metal en la tierra
el cobre que relucía como una estrella.
Las manos de los mineros, labradores del suelo
forjaban riquezas desde el subsuelo.

Pero llegó un día un cambio en su rumbo
la partida inminente, un adiós en su cumbre.
La minería quedaba en su mente y corazón
mientras marchaban nuevos horizontes en acción.

Carlos, niño minero con esperanza en su ser,
lleva consigo el legado de aquel ayer.
Sewell, la ciudad de escaleras y cobre en flor,
permanece en su historia, para siempre en su interior.

A la huerta de mi abuelo

Tomás Marambio Retamal

Tercer lugar regional

Pichidegua

82 años

Una cebolla en pelota
algún tomate envidioso
de un poroto cariñoso
que a la caña así acogota.

En la huerta de mi abuelo
muchas plantas conocí
la frutilla carmesí
arrastrándose en el suelo.
Los choclos mirando al cielo
rabanitos en patota
observando están al sota
que se deshace llorando
eso le pasó mirando
una cebolla en pelota.

Vi zapallos redonditos
buscando ya sin demora
encaramarse a las moras
donde les va dar solcito.
También yo me felicito
por el pimentón precioso
de rojo y verde sabroso
de verlo tan firme y duro
en salsa se fue seguro
algún tomate envidioso.

Con su vestido salmón
descubrí la zanahoria,
porque la agüita de noria
le llegó hasta el corazón.
De igual manera al morrón
hizo crecer tan hermoso
con su tallo poderoso
al lado la coliflor
que le regala una flor
de un poroto cariñoso.

Nombro frambuesas y brevas
pepinillos y lechuga
el higo siempre madruga
para pasar esa prueba.
Porque no hay nadie que mueva
al ají que ya se nota
corriendo al huerto uno trota
a ver paltas y limones
el arvejón da razones
que a la caña así acogota.

En la siembra no hay esquinas
sólo surcos derechos
donde el apio está bonito
duraznos y mandarinas
llegarán a la cocina
junto al damasco o pomelo
que servirán de consuelo
para dar la despedida.
Yo no olvidaré en la vida
la huerta de mi abuelo.

Un sábado de feria en coplas y décimas

Paulina Sepúlveda Barra

Primer lugar regional

Longaví

36 años

A los feriantes de Longaví.

Un sábado cualquiera
antojadísima de ají
me fui a dar una vuelta
por la feria de Longaví.

¡Lleve manzanas, casera!
dos kilos por mil quinientos
y solo por ochocientos
le tengo naranjas y peras.
La fruta acá es de primera:
kiwis, *pa'* bajar la panza
o llene *usté* la balanza
de granada, bien rojita
(que la pasión resucita).
¡Eche no más con confianza!

¡Yo le ofrezco, mi señora
conservas *pal'* tiempo frío!
Tengo dulce de membrillo
y mermelada de mora.
¡Le digo que en una hora
ni una cosa va a quedar
y va a perderse el manjar
de mis pasas de ciruela
pa' la guagua o *pa'* la abuela!
¡No se me haga de rogar!

Casera pase a comprar
los ricos choros maltones
almejas hay por montones
pal' curanto o mariscal.
Tenemos merluza austral
¡Se la damos fileteada!
así usted no limpia nada
¿le empacamos las cabezas?
¡Mire por Dios la belleza,
de nuestra noble pescada!

¡Lana de oveja le ofrezco!
tonalidad tengo harta
vendo gorritos y mantas
calcetines y chalecos.
En mi puesto, tejo y tejo,
boinas y gorros chilotes
calzones largos, por lotes.
¡No se ande *usté* entumiendo!
¡mire que es largo el invierno,
y los resfríos pegotes!

Y así volví *pa'* la casa
con peras y achicorias,
pero ni rastro de ají.
¡Válgame, Dios qué memoria!

Traductor de olas

Pablo Fuentealba Peñailillo

Segundo lugar regional

Empedrado

31 años

Paz en el mar a las olas de buena voluntad

Paz sobre la lápida de los naufragios (...)

Y si yo soy el traductor de las olas

Paz también sobre mí

Vicente Huidobro, Monumento al mar.

El marinero que saca fuerzas
de sus más terribles tormentos
para gritar, a todo pulmón:
¡tierra a la vista!
Es el primer hombre de la tripulación
que, absorto,

impávido
y descalzo

comienza a añorar
con todo lustre de frenesí
un pronto regreso a la mar.

Sabe que cuando cruce
el umbral de la costa
la tierra lo abrazará con tal quietud
que adormecerá su cuerpo
y atiborrará de tristeza
su melancólico corazón.

Por lo que para deshacerse
de los hastíos y hondos pesares
que abruman su piadosa alma
se dispone a buscar
algún retazo de mar.

En el fondo de una botella
bajo las faldas de una mujer
en el humo de un cigarrillo
y en las primeras luces
de un nuevo y efímero amanecer.

Las sinfonías, los aromas
y las luces del océano
caen de reajo
sobre la tostada piel de los marineros
que engrillados a un trozo de madera
regresan nuevamente a él.

De sus agrietados labios
se despega un trémulo suspiro
que anuda sus gargantas
y encrespa sus maltrechos corazones
para elevarlos por sobre
el graznar de las gaviotas
y, junto a este,
 conjurar
 al unísono
a los éteres
que sobre el océano descansan
temblorosos
 amargos
 y expectantes
ante la llegada
de los irascibles y siempre fastuosos
traductores de olas.

Carretas en el recuerdo

Nelson Fuentes Vásquez

Tercer lugar regional

Longaví

84 años

Los vio crecer la montaña
hombres de rostros curtidos
por vientos fuertes y fríos
que contagian la mañana.
De usar hachas hacen gala
los hualos⁷⁹ ya están cortados
y hay que llevarlos trozados
a meterlos al hornillo
y cumplir con mucho tino
el proceso del quemado.

Van bajando la montaña
hombres, carretas y bueyes
y al bullicio de los queltehues
se despierta la mañana.
Dejan atrás la cañada
los viajeros y un destino
cruzan barriosos caminos
con el anhelo y la esperanza
de observar en la lontananza⁸⁰
casas de un pueblo vecino.

Los bueyes llenos de vida
van devorando senderos
y en la orilla de un estero
garzas emprenden la huida.
Que se va acabando el día
anuncia el chuncho⁸¹ en su canto
hombres, bueyes al descanso
y a disfrutar en familia
el mate y ricas tortillas
que trajeron de sus ranchos.

⁷⁹ Hualo: árbol endémico de la zona centro sur de Chile, distribuido de manera discontinua entre las regiones Metropolitana y del Maule (nota de la edición).

⁸⁰ Lontananza: a lo lejos. Cosas que por estar lejos, apenas se distinguen (nota de la edición).

⁸¹ Chuncho: del quechua, 'plumaje'. Búho que se encuentra en Chile de Atacama a Tierra del Fuego (nota de la edición).

La aurora llega radiante
en esos días de estío
del carretero el silbido
y hay que seguir adelante.
La caravana ya parte
y en las casas junto al camino
esporádicos vecinos
las carretas van vaciando
mientras las otras entrando
al pueblo de sus destinos.

¡Compre mi carbón señora
de puro hualo casera,
le dura la noche entera
y en apagarse demora!
El pregonar ya funciona
poco carbón va quedando
y ellos alegres, voceando,
solo sienten la alegría
de saber que un lindo día
mañana irán añorando.

La faena ha terminado
y en almacenes del pueblo
dejan parte de ese sueldo
que la gente les ha dado.
Evocan emocionados
a la vieja y los chiquillos
que recuerdan con cariño
y esa mañana de estío
los bueyes con nuevos bríos
se pierden en el camino.

Los carboneros se han ido.
Nunca vendrán a los pueblos.
Solo quedará el recuerdo
de aquel brasero encendido
donde pasamos los fríos
durante crudos inviernos.
Y en este mundo moderno
los caminos se asfaltaron
y los camiones dejaron
carretas en el recuerdo.

Inquilino

Rolando Mancilla Veliz

Primer lugar regional

Colemu

57 años

La brisa helada de la madrugada
se abre como portal del tiempo
al cuerpo terroso del puño cerrado
donde guarda olvidada la historia.

La echona⁸² levantada del surco
bajo el alero de miradas campesinas.
Duros los ojos como la tierra
como las manos callosas tras las encinas.

Como las tristes fronteras indignas
el *huacherío*⁸³ por los caminos de la justicia social
el señor y su derecho a la pernada
inquilina y resentida la mirada.

Entonces la luz del sol
cuando el trigo se viste de rojo.
La larga marcha de los rotosos
florecida en la semilla
pone fin a la pesadilla.

Llamando Reforma Agraria⁸⁴
levantan bandera con gran hazaña
y el viento desata por los campos floridos
derribando cercos de terrenos mal habidos.

La familia campesina se levanta
la tierra para el que la trabaja.
Se empuñan las espadas del trabajo
hermanas con hermanos se abrazan.

⁸² Echona: hoz para segar (nota de la edición).

⁸³ Huacherío: hijos no reconocidos por el padre (nota de la edición).

⁸⁴ Reforma Agraria: proceso vinculado a la redistribución de tierras a favor del cultivador (campesino con o sin tierra). Se inició durante el gobierno de Jorge Alessandri y continuó de Eduardo Frei Montalva y de Salvador Allende. Luego del golpe de estado se realizó una contra-reforma (nota de la edición).

Asentamientos de las esperanzas
postales de historias enterradas
donde los ríos se tragan
el amargo quejido de los rebeldes.

Sobre la mesa, rústica madera
los tibios rayos de sol de septiembre
dejan caer sus largas y encendidas pestañas.
La cebolla para el pino recién picada,
porque la cosa es con vino tinto y empanadas.

Son cincuenta años de:
Chile larga lágrima de la derrota que se come y se traga.

Décima encuartetada por mi tierra

Luis Araya Sepúlveda

Segundo lugar regional

San Nicolás

43 años

Se me nubla el corazón
se me rompe la cabeza
de ver *tantita* belleza
que se transa por millón.

I

Cuando chico me bañaba
en el canal de mi *pobla*⁸⁵
la memoria me desdobra
mientras la historia pasaba.
Alguien la llave cerraba
que maldita decisión
hoy el agua es ilusión
que me quema las entrañas.
Ya no son de las montañas
se me nubla el corazón.

II

Cercenan nuestro monte
ríos, valles y desiertos
multiplicando los muertos
desde aquí al horizonte.
Ya me siento un polizonte
hasta dentro de mi pieza
me aflora la tristeza
cuando veo las noticias.
Viendo tantas injusticias
se me rompe la cabeza.

⁸⁵ Pobla, población: vecindario (nota de la edición).

III

No es que quiera aparecer
como un tipo amargado
mucho tiempo me he tardado
pa' mi tierra conocer.
Desde el fondo de mi ser
se los digo con franqueza
más allá de la torpeza
del dinero que amenaza
me renace la esperanza
de ver *tantita* belleza.

IV

Ya no sé si es por maldad
o por simple avaricia
que dejan pura inmundicia
en el campo y la ciudad.
Mientras que la autoridad
sigue corta de visión
escondiendo en un cajón
la platita negociada
la conciencia silenciada
que se transa por millón.

Despedida.

Pero sé, llegará el día
que podamos disfrutar
de los cerros y del mar
sin ver tanta porquería.
Al aire, como gritaría
hincharía mis pulmones
sobrarían las razones
de abrazarnos hermanados.
Que se grabe en todos lados
y en *toditos* los rincones.

Mamá gallina

María Reyes Díaz

Tercer lugar regional

San Ignacio

51 años

En el fondo del gallinero
muy tranquila y silenciosa
con un tono muy sereno
sobre sus huevos reposa.

Toma un pequeño respiro
para comer un poquito
pero vuelve como un tiro
a calentar sus huevitos.

Al romper los cascarones
se escucha un suave piar
y aunque es un canto ligero
inunda todo el lugar.

Las alas de la gallina
son una hermosa vitrina
para mostrar los pollitos
que, subidos sobre ella,
disfrutan el calorcito.

Corretean muy curiosos
para explorar el lugar
pero ella los vuelve a juntar
con su cacareo amoroso.

Abriga la gallina
uno a uno a sus pollitos
los mete bajo sus alas
para que estén calentitos.

Muy orgullosa y mañosa
vigila su gran tesoro
¡una parvada preciosa,
amarilla como el oro!

El mortero⁸⁶ del abuelo

Cecilia Muñoz Franulic

Primer lugar regional

Concepción

61 años

El río rompe majestuoso
atrapa bolones⁸⁷ bajo el sol
humedece mis pies
susurra con su caudal
refresca los memorables de antaño.
Recuerdo el mortero
esa piedra peculiar
que el abuelo cargó aquella tarde
junto a su caballo.
Hoy reposa incólume en el mesón
el aroma a especias aún se puede oler.
La maneta⁸⁸ arranca con ímpetu y llega
como bálsamo a mis oídos, la niñez.
Cosechar de la mata el fruto
—¡el ajo hay que pelar! —decía el abuelo.
La enjundia⁸⁹ roja se machaca
ají verde picante
con aceite y gruesa sal
la luna cóncava
los aderezos macera al compás.

⁸⁶ Mortero: instrumento redondo y hueco, de piedra o madera, que sirve para machacar en él especias, semillas u otros (nota de la autora).

⁸⁷ Bolón: piedra de regular tamaño que se emplea en los cimientos de las construcciones (nota de la edición).

⁸⁸ Maneta: mango, asa (nota de la autora).

⁸⁹ Enjundia: gracia, picardía (nota de la edición).

Doña Tocha

Arturo Belmar Monares

Segundo lugar regional
Chiguayante
72 años

Una vieja sartén, una vieja cocina
un piso de tierra, en el techo calaminas
la olleta de fierro humeando *que se las pela*⁹⁰
colgada de una vigueta de pino ennegrecida.

Doña Tocha y su melena en un moño recogida
con un pañuelo blanco limpia su cara enrojecida.
A la hora de cocinar nadie le pasará por encima
aprendió de su madre y aprendió de su madrina.

Tiene su puestecito a la vera de aquel camino
donde trafican los futres⁹¹ y los pobres campesinos
unos con sus viejas pilchas⁹² deshilachadas
y los otro con aperos relucientes y finos.

Alcanzarán para todos, las cazuelas sabrosas
los porotos con rienda y longaniza casera
las tortillas de rescoldo de arena de río, negra
y de postre el trigo mote con duraznos de la huerta.

Atrás quedarán las penas que el corazón oculta
nadie ya se acuerda del porqué de las animitas
que, a la orilla del camino, en la bajada del cilantro
alumbran invierno y verano dos solitarias velitas.

Doña Tocha lleva en el alma el pesar de la tristeza
cuando en la bajada aquella asesinaron a su pareja
un par de bandoleros para quitarle la yunta de bueyes
y la cosecha de temporada que llevaba en la carreta.

⁹⁰ Que se las pela: expresión idiomática que significa “con vehemencia” (nota de la edición).

⁹¹ Futre: que viste elegantemente (nota de la edición).

⁹² Pilcha: prenda de vestir (nota de la autor).

Ella era joven y buenamoza, valiente y luchadora
de a poco fue sacando información del delito cometido
y, en menos que canta un gallo, vengó el agravio sufrido
metiendo un tiro en el pecho a cada uno de los bandidos.

Diez años la tuvieron *encaná*⁹³; nunca renegó su crimen.
Cuando volvió a su rancho sacudió el polvo y las penas.
Con unos cuantos ladrillos y una porción de paja y barro
y unas velitas, construyó la animita en la bajada del cilantro.

Buen dar doña Tocha, pucha que la aporreó⁹⁴ la vida
ni siquiera un hijo tuvo para que la cuidara de abuela.
Pero diosito santo sabrá entregarle algún consuelo, porque
la mujer que vengó el amor de su vida, esa... es una heroína.

⁹³ Encaná: en la cárcel (nota de la edición).

⁹⁴ Aporrear: dar golpes, machacar (nota de la edición).

Mi rancho tengo en el cerro

Oscar Torres Jara

Tercer lugar regional

Penco

86 años

De la llanta de una rueda
 tengo un brasero en mi rancho
 para secar yo mi ropa que,
 lloviendo se ha mojado
 por reunir los terneros
 que habían quedado melgados
 allá lejos en la loma
 por conseguir nuevos pastos.
 Mis viejos ya están dormidos
 fatigados y cansados
 por las labores del campo
 por las siembras y el ganado
 por los surcos de la tierra
 y la mancera del arado.
 A la orilla de este fuego
 mi ropa se va secando
 entre el humo de los palos
 y el sollozo de mi llanto.
 Me voy sirviendo de a poco
 de la olla, un plato de caldo
 que quedó del mediodía
 y hasta para darle al gato.
 Debe ser la medianoche
 y los gallos están cantando
 los perros ladran a veces
 las gallinas, cacareando.
 Debe ser por los ratones
 o por zorros acechando.
 Me voy quedando dormido
 mientras el fuego va expirando
 se van quemando los troncos
 que con bueyes hemos cruzado
pa' dar calor a mi rancho
 aquel que con gran esfuerzo
 con mi viejo hemos parado.

Llegada la amanecida
vendrá el alba a despertarnos
de nuevo a correr el cerro
a corretear el ganado
a sacar la rica leche
esa que nadie ha comprado
por vivir acá en el campo
y sentirse *amontañado*
no tener ningún recurso
pa' poder movilizarnos.
Habrá que cocer un poco
pa' poder desayunarnos
el resto hacerlo quesillo
para echarlo en un canasto
y salir de madrugada
ir por cerros caminando
viajar a la feria del pueblo
por si alguien quiere comprarlo.

La epopeya de Juan Meripil poeta

Mario Valenzuela Rojas

Primer lugar regional

Cholchol

69 años

El tiempo sordo a los aguaceros silenciosos nos lleva a la ruca⁹⁵ silente
brotada en trigos superpuestos, en cenizas de sangre
en vientos que apresan besos perdidos.
Ahí está la choza con olores a pasado llorosa de humo.
Érase una vez... una familia silenciosa como el sol naciente.
Un padre que brotaba trigos, una madre que cuidaba gallinas
un hijo que besaba el futuro, nada más.
Una historia que se fue despejando en la fragua del tiempo
un recuerdo, un canto redivivo, un algo que pasa como una sombra...fugaz...
y que se posa en el papel, realmente compungido y triste.
¡Ahora vamos sombra, ayúdame con tus desdichas!
¡Ea!, sea lo que Dios quiera; ahora vas, Juan Meripil poeta:

—¿Qué pasa madrecita? ¿por qué esa dolorosa tristeza?

—No es nada— gime la vieja y se entra a conversar con las gallinas.

El
niño
se va cantando
ya lejos queda
la ruca.

Por entre las peñas y la garúa llega a la sierpe helada.
El río lame su cintura, aferrándose como perdida criatura, mientras llora
espumas preñadas de noche y futuros de algas marinas.
Con las ropas acañutadas en ristre el niño vadea el agua
domando vientos y despeñando fríos
el viento le rompe celadas, el niño le rasga lamentos.
¿De qué valen inclemencias si henchida volverá el alma?
No es importante la gresca diaria con el aire
ni el temblor de los muslos dormidos o las piedras, que... hieren...
Él vive un porvenir plagado de flores y sabidurías
de cuadernos cuajados con palabras olorosas, con ciudades encantadas
y amores de princesas dormidas.

⁹⁵ Ruca: vivienda mapuche (nota de la edición).

Es un canto al amanecer de la tierra, un despertar de raza oprimida.
Colocase la ropa y sigue la estrella.
De la mano del futuro, va sembrando perlas de agua
en las huellas imborrables de antepasados indóciles.
Trizado el río llora la pérdida, mientras solitario piensa: "*Ya llegará ese día*".
Juan Meripil poeta, vas hollando caminos de mapuches ignotos
no olvidas que más allá está la luz que brilla
y caminas guiado por ese rayo del cielobrotado de entre nubes encanecidas.
Saludas a tu paso pájaros dormidos y flores llorosas de tantas estrellas ya idas.
Miras a lo lejos casas que fuman maderas olorosas
y el campanario de algodón mojado.
Apuras el paso, buscando el abrigo de otras sonrisas.
Alcanzas al Pancho, al Lucho y la Rita.
Comentas el día y las tareas de la víspera
las ovejas aladas, los pastizales de dicha
los olores a guano preñados de vida.
La Rita, de ojos rasgados, te sonrío, queriendo algo de tu vida
y tú miras queltehues que pasan rasantes cuidando sus crías.
La luz del alba comienza a pregonar: ¡Se *levantaaaaa el diiiiiaaaa!*,
Las casas se desperezan brotando niños peinados que presurosos caminan.
Juan Meripil poeta, la rosa que florece en tu pecho
la besa tu escuela, esperándote de rodillas en la puerta.
Llegas brindando caricias de cuerpo entumecido por caricias frías.
Ajustos profesores, de llorosos ojos, por cansancio y tiza,
te miran compungidos; saben de la odisea diaria,
y de tus bostezos y de tu banco de sueños mecido...
Ya pasan los días sonrientes e idos
no saben que un alma se muere por tanta helada caricia
aunque la gente no lo crea... ¡El río!, ¡sí, el río!
aunque a medias, cumplió su profecía.
Es que era un solitario que aferrarse a alguien quería
y encontró el cuerpo de Juan, aquel niño porfía
ese niño pasajero entre las risas, niño soñado, como sueño de un día.
Juan Meripil poeta, diagnosticado de feroz enfriamiento
tu cuerpo bajaba a la tierra, buscando paz y consuelo.
He rozado tu nombre y creado estos lamentos
un nombre y un adiós, caricias a un muerto
un alma pasajera que de Dios bajó a este suelo.

Semilla de la raza primera, renace tu madre, queja y lamento
rosa gritando silenciosa hacia dónde se van los buenos:
—¿Por qué, mi Juan?, ¿qué castigo del cielo!
No entiende que sólo fue un suspiro, un suspiro de niño bueno
un lucero perdido más acá del firmamento.
Se durmió... se durmió... Juan, el niño ajeno; no le olvidéis
no era como nosotros, era un canto nuevo.
Aquel que rozaba la noche rota por amantes desesperados
se fue entre suspiros, entre gritos de aves y pastos.
Fue Meripil poeta, el niño que quiso ser más, mas no le dejaron sus pasos.
Te he recordado con estos versos, versos de río, que aún espera tu abrazo
a pesar de no quererlo el cielo, de algún día haber secado tus manos
desde lejos te digo adiós.

—¡Adiós!

Trova para el buey

Álvaro San Martín Mera

Segundo lugar regional

Loncoche

49 años

No hay silencio
más silencio que el del buey obrero.
Miro a distancia dos corazones
que llevan nombre fogueado:
“Mano-devuelta”
“Corazón-enamorado”.

Con la cara con moscas
entienden que viene el yugo
saben sus nombres
y cuando hay que echar para atrás
¡andar y parar!
entienden sus apodos,
pero ¿quién los entiende a ellos?
Al prodigio en medio de los silencios
hablar con el lenguaje del mirar.
Y siempre juntos
tirando un carro de palos
con ruedas de auto
cadenas y ganchos
¡crujiendo como fantasmas y espantos!
Motores de balanceo
colores con barro, negro y cuero.
Con un día de trabajo suyo
seguro quedo muerto
la garrocha y los retos
el quejido de generaciones
el paso de los muertos.
Y me pregunto:
¿qué dirá tu silencio?

Desde joven
 recibes corona de madera
 amarrada con cueros a cada cuerno.
 Mil kilos en las espaldas
 montaña de cochayuyo
 ¡cerro de pastos secos!
 Y tú siempre en silencio.

De niño
 te vi feliz en el cerro
 te conocí sin arrastre
 con saltos al viento
 hoy adulto, casi viejo
 exijo: ¡no le vendan al matadero!

Caminantes pacientes
 caminantes lentos:
 que en la juventud fueron bravos
 se asimilan al paso del hombre y al tiempo
 les queremos, los criamos
 adiestramos y llamamos como a un amigo
 ¡pero qué amigo siniestro!
 ¿qué clase de raza seremos?
 y me pregunto: ¿qué dirá tu silencio?

Nombrados como amigos
 les llamamos con cariño
 los usamos y sometemos
 y ya viejos les comemos.

Quiero compartir desde el corazón del buey
 el poema del silencio
 por los golpes a tus suspiros de nobleza
 ahora, ¿quién será la bestia?
 Sólo te invito a versar
 que se acaben las carretas
 en honor del buey obrero
 ¡que dio su vida entera!

Mis raíces

Marlene Torres Cañupan

Tercer lugar regional

Galvarino

18 años

Mi abuelita me contó
que la mujer mapuche
es esforzada y luchadora
aguerrida y trabajadora.

Símbolo de lucha
fuerte y capaz
que saca de su sangre
la fuerza para progresar.

Mi abuelita me contó
que la mujer mapuche tiene
el don de plantar, que hace que la
tierra sea fértil y se pueda cultivar.

La mujer mapuche es como el copihue
rosa y blanco son sus colores, nacida
en esta tierra indómita llena de
naturaleza y fulgores.

Mi abuelita me contó que era ella
la mujer mapuche del poema.

Visitante iridiscente

Angélica Beltrán Barraza

Mención honrosa

Temuco

40 años

Soy la visitante iridiscente
la oruga de plata que desciende desde las altas rocas
a los túneles fámélicos de otras dimensiones y de luz.

Vienes a mi encuentro en el viento
alas y olas / cielo y mar.

Nacer al agua
rasgar la oscuridad
recordar mis otros rostros.

Desando los pasos de niña
y en este recorrido indómito
los hilos azabaches del recuerdo temen ser desraizados por completo.

Hoy, riego mis piernas *lafquenches*⁹⁶ para habitarte como un gran pez
como una luna llena en las noches cálidas de enero.

Soy la visitante iridiscente
vengo al mar para recordar mi nombre
para impregnar las arterias de ti
para sentirte en mis tímpanos, constante y poderoso,
para envolvernos en este rito sagrado del origen.

Porque me has dado a luz, volveré a ti
siempre y por siempre.

⁹⁶ Lafquenche: parte del pueblo mapuche, actualmente habitan en la franja costera entre Cañete y el río Toltén (nota de la edición).

Cosecha

Edmundo González Umaña

Segundo lugar regional

Mariquina

75 años

La esperanza está sembrada y regada con sudor se está convirtiendo en granos que son de miel y de sol espigas de oro peinadas por los suspiros del viento por el hombre acariciadas con sus manos de silencios.

Las cabelleras del surco hecho de hermosas estrellas que emergieron de la tierra en antorchas encendidas dejando sobre la mesa nuestro pan de cada día. Las abejas se marcharon y llevaron su maquila⁹⁷.

Madre de la entraña abierta por el surco generoso que como nido celoso has escondido la siembra que regaron los obreros con el sudor de su frente para esperar la respuesta de los granos lentamente.

La ciencia puso sus dedos, el campesino su afán la lluvia mojó con besos los macollos⁹⁸ incipientes para que llegara el pan en cantidad suficiente y el campesino saciara la sensación de su vientre.

Luego empezará la fiesta como un gesto agradecido a la generosa tierra que al alimentar el trigo nos regala como madre, nutriente y mineral que satisfacen el hambre del hombre y su animal.

Las cuerdas lloran y cantan por tan hermosa ocasión en la era están las aves en un festín sin igual brindan por la buena trilla, por la lluvia y por el sol que en un fugaz matrimonio dieron a luz una flor.

⁹⁷ Maquila: porción, medida (nota de la edición).

⁹⁸ Macollo: modo de propagación vegetativa a través de tallos secundarios (nota de la edición).

Cuando juntemos las manos por nuestra naturaleza
protegiendo sus encantos, sus ríos y sus vertientes
disminuirá la pobreza, todos seremos conscientes
de que la mayor riqueza es nuestra tierra y su gente.

Suena, alegre la guitarra, al trote giran las yeguas
la china⁹⁹ muestra la enagua y el huaso trina la espuela
y como blanca paloma los pañuelos sobrevuelan;
el campesino hace un brindis por la tierra y la cosecha.

⁹⁹China: sirvienta o criada. También puede hacer referencia a vestimenta tradicional de campesinas (nota de la edición).

Luna y danza de las raíces

Oscar Díaz Antillanca

Tercer lugar regional

Valdivia

34 años

I

El campo bueno se puso contento y sus raíces
se transformaron en pájaros.
Los misterios y leyendas se liberaron de su celda lunar.
Pájaros y cuatro vientos soplaron galopes
desde la costa hasta la cordillera nostálgica.
Me danzan y no les respondo aún
porque en mi lengua de murta y maqui
no habitan las palabras desdobladas.
Les responderé, cuando en ternura
me despierte el zorzal, que porta el amanecer.

II

La vieja tierra se engalana de azules
florece de ríos, se peina de arboles, se viste de ventoleras.
La leña también vuelve a su raíz con aroma a lluvia y mate
decorando el fondo del coliseo verde del monte templado.
Los remos se sumergen en el espejo tardío del tiempo.
El bosque sureño se enamora y sonrío tan fuerte
sobre nuestras cabezas y espaldas
que la imagen queda nítida en la memoria.

III

Es una huella sonora dejada por los ancestros
dicen, por las lomas del pasado.
Luna y danza de las raíces, que convertidas en pájaros silentes
también escuchan la sinfonía de madrugada
y la sonata alegre del pan se vierte.
La raíz de primavera extiende sus homenajes
en los árboles floridos del alma.
Sueño de huertos y semillas que se soñaron a su vez
distantes del invierno.

IV

La furia de la ternura
una vez más
me invitó a danzar con ella.
Rugir, vibrar, sanar
crecer hasta vernos bosque
pescar hasta los sorbos viejos
orbitando y enseñándonos desde lejos
—desde lo antiguo—
recordando la palabra estero en el fuego de lo vivido.
Arcana de la dulzura y mística de lo bello
encantadora de lo violento
Iluminada de lo suave
frágil de silencios y emperatriz del vacío.
Luna y danza, danza y luna,
de las raíces olvidadas
en los espejos del barro y su diadema.
Los pájaros azules del canto mío
se hacen tierra y brote.

Circular

Juan Pablo Huirimilla Oyarzo

Primer lugar regional

Calbuco

50 años

Manuel Chamorro Llaguel:

El río baja orillando los árboles
trae la memoria de mis abuelos
que se reflejan en el agua.

Pedro Llanco Catrinelbún:

El canto de pájaros anuncia
que el silencio de la noche
ha terminado.

Víctor Molfiqueo:

Bajo con mis mayores a buscar
fuerza del agua
pido al ser que la cuida permiso para beber.

Alberto Colpihueque:

¡Oh ser de Contaco río!
he escuchado tu murmullo
en mis sueños celestes.

Luis Melimán Marín:

Nos alimentamos antes de salir
conversamos con el anciano que cuida las olas
te traemos harina y *muday*¹⁰⁰.

José Tranamil Pereira:

Los peces dan vuelta por la borda
en las rocas de *Pukatxiwe*¹⁰¹
arrojo el primer espinel¹⁰² al mar.

¹⁰⁰ Muday: del mapudungun, bebida hecha mediante la fermentación de granos de cereales como maíz o trigo o semillas como el piñón (nota de la edición).

¹⁰¹ Pukatxiwe: estero ubicado en el sector de San Juan de la Costa (nota de la edición).

¹⁰² Espinel: cuerda gruesa utilizada para pescar congrios y otros peces grandes (nota de la edición).

Francisco Lincopán Calfulaf:

Un tiburón rodea la embarcación
oigo a mi abuelo decir:
¡arroja hijo botellas para que se vaya!

Jaime Millanao Canihuán:

El sol está arriba de nuestras cabezas
señales para el descanso
la naturaleza libera energías.

Pedro Colpiante Caihuán:

Levantamos pesca
los primeros ojos de CaiCai¹⁰³
los anzuelos no se enredan.

Héctor Marillán Becerra:

Salir en busca del agua
en las costas
el sol declina de su circular.

Humberto Rantul Gotchlich:

Buscamos el puerto de Bahía Mansa
antes que aparezcan estrellas
entre lo oscuro y claro.

Alfredo Levicoy Emelcoy:

El lucero de la noche aparece
la luna menguante bajo su cabeza
alumbra su brillar.

Francisco Millahuinca Araya:

Bebo el líquido recogido en la mañana
y escucho aconsejar a mis abuelos:
¡no salgas de noche muchacho, está sensible la naturaleza!

¹⁰³ Caicai-Vilu: ser mitológico, serpiente que aparece en los relatos mapuches. Habita en el mar (nota de la edición).

Juan Raimindo Colipán:

Sueño con el río del cielo
el agua de los estanques
que van hacia el mar.

Celia Malihuén Trivilao:

En los techos de Maicolpi
la garúa¹⁰⁴ cierra el puerto
la neblina se levanta entre rocas.

José Pichún Cayul:

Se nubla el lucero del amanecer
tomo hierbas dejadas
en el sereno.

Post scriptum: los nombres enunciados corresponden a detenidos desaparecidos arrojados en los ríos Rahue; Bueno (Wenulewfû) y Pilmaiquén.

¹⁰⁴ Garúa o garuga: llovizna (nota de la edición).

Las canoeras del Rahue/ *Malen wamputufo Rahue mo*

Sara Aucapan

Segundo lugar regional

Osorno

27 años

“**N**avegar en los ríos por largos días era habitarlos”
así lo entendían las *shumpall*¹⁰⁵ que cantaron en el Rahue.
El brasero y las lanzas hacían del *wampu*¹⁰⁶ un otro hogar.
Ayer se fueron en el recuerdo a peinar otras algas
que bailan intranquilas en remolinos de aguas dulce.

Yo desperté un día en la voz de una canoera
y ella cantaba el paso misterioso por el Rahue.
Me heredó el canto y un paño con semillas de ofrendas
para salir a escucharla y calmar mi pena.

Yo anduve con la razón perdida
embarcada sin remos en nuestras creencias
mientras veía la balsa de mi fe
diluirse con balseros hacia las estrellas.

Y las *shumpall* no estaban y los *wampu* no estaban
y las mujeres navegantes en sus canoas ya no estaban.
Suspiros cuentan que hacen tratados de poesía
en otras aguas canoeras.
Hoy nosotras las descendientes también nos vamos,
porque en intersticios de ripio, barro y desechos
no sobreviven peces, ni se ocultan secretos.

¹⁰⁵ Shumpall: espíritu protector del agua con forma humana en la cosmovisión mapuche (nota de la autora).

¹⁰⁶ Wampu: embarcación mapuche también conocida como canoa (nota de la autora).

Nuestras islas

Ramón Ruiz

Tercer lugar regional

Queilen

63 años

Más de treinta islas tenemos
quiero contarle de Chiloé
San Pedro está por el sur
y por el norte Caucahué.

Cansado de tanta minga¹⁰⁷
yo quiero hacerme a la mar
encargué por la ribera
un bote de buena madera
para poder navegar.

Ya boté mi chalupa¹⁰⁸
estoy impaciente por navegar
mis amigos me dijeron
primero hay que bautizar.

Pincoya¹⁰⁹ le pondré
en honor a la reina del mar
no vaya a ser mi mala suerte
que me toque naufragar.

Hay muchas islas por aquí
me dijeron los vecinos
haga correr la voz
para que vengan los nortinos.

Ahora paseo turistas
por la isla de Quinchao
voy recorriendo Quehui
y desembarcando en Alao.

¹⁰⁷ Minga: traslado de casa en trabajo colaborativo, principalmente, pero no únicamente en Chiloé (nota de la edición).

¹⁰⁸ Chalupa: embarcación pequeña, con cubierta y dos palos para velas (nota de la edición).

¹⁰⁹ Pincoya: de la mitología chilota, mujer del mar que en su aparición señala si la pesca será abundante o escasa (nota de la edición).

Como atraído por encanto
lugareños que hacen curanto¹¹⁰
cada vez más exquisitos
me *aguacharon*¹¹¹ para quedarme
a cultivar choritos.

Desde Chiloé me despido
de todos los que nos visitan
y sean siempre bienvenidos
a esta tierra bendita.

¹¹⁰ Curanto: del mapudungun 'kurantu' que significa "pedregal". Método tradicional de cocinar mariscos, papas, milcao, chapalele, carnes, embutidos y crustáceos, originario del archipiélago de Chiloé. Ocupa piedras calientes en un hoyo que se tapa con hojas de pangue y tepes (nota de la edición).

¹¹¹ Aguachar: en Chile, acoger a alguien (nota de la edición).

El velorio del Efraín

Judith Toro Soto

Primer lugar regional

Aysén

54 años

Efraín vino *pa'l* mundo
muy querido y chiquitito
con dulces ojos castaños
y gracioso andar de patito.

Comenzó a enfermar de pronto
fue decayéndose en el sueño
la piel se le puso maganta¹¹²
y la fiebre lo abrazó con empeño.

Ya estaba por cumplir el año
el *taita* le iba a dar su ovejita
pero el destino quiso otra cosa
y le agachó su cabecita.

Falleció un día de mayo
un día de lluvia y frío viento.
Toda la tarde lo lloró mi madre
y mi padre se puso bien serio.

—Esto no es cosa de Dios —dijo mi padre
entre abrumado y desconfiado.
Mientras le armaba su ataúd, decía:
—Yo creo que esto es del otro lado.

Y se vino el velorio a la antigua
para ayudar al alma en su vuelo
y se iban abriendo las ventanas
para que volara derechito al cielo.

Al Efraín lo vistieron de angelito
todo de blanco y con alitas de papel.
En la mesa grande llena de flores
dormía tranquilito, con su cascabel.

¹¹² Maganta: triste, pensativa (nota de la edición).

Se preparó un gran asado, harto vino
 harta chicha y un curanto¹¹³ de harto peso
 y se vinieron las lloronas¹¹⁴ con sus llantos
 y métale y póngale, al canto y al rezo.

Estábamos todos en pleno velorio
 cuando de pronto, en la primera noche
 por la puerta principal, en medio de la gente
 un tremendo perro negro entró, sin boche¹¹⁵.

Negro retinto, bien prieto, esquelético
 que no se le veían los dientes ni los ojos
 y las patas le sonaban como piedrazos;
 iba arrastrándolas por el piso y a su antojo.

Sin mirar a nadie se fue directo *pal'* cajón
 donde estaba descansando mi hermanito.
 Afuera cantó un pájaro, de puro mal augurio
 y se echó bajo la mesa, bien tranquilito.

Los concurrentes se *persinaban* sin parar
 y empezaron a quedarse como *adormilaos*
 no decían ni jota, la lengua como un trapo,
 todos medios lesos, igual que los *curaos'*.

El perro se fue temprano en la mañana
 ahí todos empezaron a despertarse muy asustados
 después se supo que había sido un encargo
 uno de la familia que nos quería ver desmejorados.

Se desquitaron con el más débil, con el más chiquito
 por eso le tocó al Efraín que era sólo un angelito.
 Así que, si usted no cree, empiece a creer no más
 que dicen que no los hay, pero de que los hay, los hay!

¹¹³ Curanto: del mapudungún 'kurantu', que significa "pedregal", método tradicional de cocinar mariscos, papas, milcao, chapalele, carnes, embutidos y crustáceos, originario del archipiélago de Chiloé. Ocupa piedras calientes en un hoyo que se tapa con hojas de pangue y tepes (nota de la edición).

¹¹⁴ Lloronas: mujeres contratadas para velar a un difunto (nota de la edición).

¹¹⁵ Boche: en Chile, alboroto (nota de la edición).

El bagual

Moisés Araneda Galarce

Segundo lugar regional

Coyhaique

33 años

Traigo el odio a medio pecho
como estaca en tierra seca
arañándome las carnes
recomiéndome esta pena.

De que usted jinete altivo
piense así domesticarme
quitándome hasta el agua
y por ser bagual golpearme.

Si me equivoco, perdón.
Guarde ese rebenque¹¹⁶
nadie aprende a la primera
no me amarre al palenque¹¹⁷.

Confíe en mí, mi buen amo
prometo, no corcovearé¹¹⁸
sáqueme el freno de la boca
y le juro, jamás le morderé.

Quite esa montura
que mi lomo es firme
retire esas riendas
que no pienso irme.

Ya verá cuando lo lleve
hasta su rancho sin voltarlo
cuando de copas se pase
mi buen amigo, mi hermano.

¹¹⁶ Rebenque: látigo (nota de la edición).

¹¹⁷ Palenque: valla de madera o estacada (nota de la edición).

¹¹⁸ Corcovear: levantarse o dar coces un caballo (nota de la edición).

Escuela rural

Juan Carlos Bahamonde Gómez

Tercer lugar regional
Coyhaique
68 años

La campana es el pregón
donde el conocimiento inicia su viaje
de cordillera a mar se siembran verdades
la mente en blanco presta atención.

Traigo ternura en mis alforjas
dejando espacio para las ciencias
plasman alegrías, tizas multicolores
mientras un borrador quita verdades.

Se iluminan los pupitres
con semillas del saber
ellas germinan inteligencias
ahora que todos podemos leer.

La cosecha es abundante
cuando se quiere estudiar
testigos de nuevos semblantes
conviven felices con el verbo educar.

Viajé a pelo en el zaino,
porque no quería ser mandado
así construí mi historia
en esta escuela con internado.

Pingo¹¹⁹ y aperos¹²⁰, sombras del pasado
guarda mi memoria la luz del camino
suelto el lazo a los recuerdos
con el mismo que amarré amistades.

El profesor fue nuestro guía
en el arte de enseñar
mi cabecera fue una montura
aquel día que aprendí a soñar.

¹¹⁹ Pingo: caballo ágil, brioso y de muy buen aspecto (nota de la edición).

¹²⁰ Apero: herramienta para la labranza (nota de la edición).

Gusano del silencio

María Barrientos Bahamóndez

Primer lugar regional

Punta Arenas

57 años

Como si bastara deshojar
una absurda margarita y alcanzara con repetir:
“te recuerdo mucho, poquito, nada”.

Escutaré la huella de mis recuerdos, los pondré patas arriba, me desharé de sus tristes
espinas
les quitaré sus plumas de olvido, rasgaré las telarañas de sus horas muertas
arrancaré sus páginas aguafiestas, lloviznaré en sus paisajes baldíos
hermanaré su cielo viejo y su primavera risueña.
¿Cómo negar que esta tierra me parió
entre las melgas¹²¹ del tiempo y los anhelos de mi madre
si soy semilla de sus vientos?
¿Cómo amordazo la sinfonía de sus distancias
y las de mi pecho
el hálito ancestral, el crepitar de los fuegos, el rumor de las sendas
el impetuoso tambor de la vida que rompe la costra del silencio?
¿Cómo renunciar al abrazo caritativo
del gran espíritu de la pampa
y a la mansedumbre ambigua
de sus noches de nieve
si soy retrato de sus espejismos?
Fui feliz en esa zona de mí, provincia de brazos abiertos, mediodía.
Quiero habitarla de nuevo, que retoñe su nido, su borrachera de yerros
su paz y sus cosquillas, su oasis en flor.
¿Cómo desvanecer de mis ojos impregnados de lozanías y memorias
los ojos verdes de mi padre, sus manos curtidas de frío y riendas
y toda esa gente, sus artes, los labios preñados de brujos y hados
si resucitan los tiempos salpicados de algarabía de pájaros?
¿Sabes cómo se puede derretir el acero de los buenos recuerdos?
El olor de la lana, de la leche hirviendo, de la tierra y su piel mojada
el resuello de la primavera, de la menta silvestre, de las frutillas de campo
y el perfume intenso de la mañana.

¹²¹ Melga: de amelgar, hacer surcos con igual distancia para sembrar (nota de la edición).

¿Cómo se disipan en las manecillas del presente fortuito?
¿Sabes tú, acaso
cómo se deshacen
miles de alegrías y risas
que apiñadas todas
forman un rebaño de gloriosa felicidad?
No, no es tan fácil borrar
los tatuajes de las horas buenas
ni me voy a resignar
a que los carcoma el maldito gusano del silencio.
Por eso, no pidas que mis latidos no galopen
encabritados en estos caminos que
alborozan con su calor y color el feliz continente
que habita
mi corazón patagónico.
Soy sangre caliente de sus horas siempre vivas.
No quiero olvidar ese lugar
donde el sol se encumbró victorioso en mi ventana
donde fui luna llena
y fui paleta carmesí en el cielo de la tarde
y fui estepa empapada de lluviosas melodías.
Fui
todo un planeta incendiado de viento.

Entre los ecos de aquellos

Claudia Paredes Navarro

Segundo lugar regional

Punta Arenas

37 años

*Dedicado a los primeros, aquellos que amaron
incondicionalmente esta tierra austral.*

Aún con el ruido y fulgor
y bajo un cielo de fuego
se perciben latentes
los ecos de aquellos...

Son los dueños de la mar
caminantes de la estepa
audaces cazadores y
diestros en la marea.

Nacieron del frío
y crecieron con el viento
resistiendo al hielo perpetuo
que los forjó desde adentro.

Sin más que ramas y rocas
pieles, hierbas y frutos
sobrevivieron al mundo etéreo
que amaron sin rumbo.

Pero el encuentro "civilizado"
concluyó su existencia
mermando sus fuerzas
socavando su presencia.

Y aunque la nieve borre sus pisadas
la lluvia lamente su ausencia
y aunque la escarcha refleje a otros
serán aquellos los que trasciendan.

Hoy siguen resonando
entre la ciudad y el olvido
los ecos de aquellos...
hombre, mujer y niño.

El viento y yo

Moira Aicon González

Tercer lugar regional

Punta Arenas

48 años

Nací del soplo del viento de la helada Patagonia
sobre un puñado de tierra y semillas.
Yo era solo la ilusión de maestra y él
el alma de esta tierra enfurecido a la siga
de una manada rebelde de chulengos¹²².
Había estado esa tarde de cacería
había acompañado a las zarpas de una puma solitaria
que había abierto el vientre de una hembra
y se había devorado con hambre sus entrañas.
Yo no tengo hambre de Dios, pero él siente todavía
necesidad vital de paz y para atraer sosiego a su itinerario sin fin
nos enloquece en las noches de mayo con su rugido de furia.
Siembra terror en los recién llegados, allegados
que no permanecerán, que no están dispuestos
a enterrar aquí sus restos.
Pero yo me quedaré aquí:
mis cenizas serán desperdigadas en el estrecho
y ese viento que dio alma a mis huesos
será el que las reparta sabiendo muy bien
qué pasará con ellas.
Mi vida no será en vano.
No habrá desvelo que no haya valido la pena
no habrá silencio que no encuentre eco en el porvenir
no habrá cansancio que no alimente el trabajo
de quienes hereden mis sueños
aun creyendo que les son propios.
Es el mismo viento que me sopló la vida
el que desenmascara a las estaciones
y les enseña a bailar unidas cada día.
Mi piel blanca se quedará en el verano
en el bendito estío sin sol y en los largos días de enero
para charlar frente a frente con Dios Padre.

¹²² Chulengo: cría del guanaco (nota de la edición).

Será una nube solitaria en el cielo sin vergüenza
y será su reflejo en el estrecho
recibiendo los susurros de las conversaciones
de los caminantes y las piedras juguetonas
saltarinas, haciendo patitos en el mar.
Mi carne será otoño en un futuro lejano
y bailará en forma de hoja de parra
creciendo apegada al cerco de la casa
del barrio que me vio nacer.
Mis restos serán invierno, reposarán bajo
una pátina de escarcha en la que se mirará
alguna estudiante despeinada por el viento.
Mi estructura ósea se desmoronará
cuando se haga lluvia fría, nieve y hielo
colgará de los techos como estalactita llorona
y se derretirá en las manos de un niño travieso
que la corte para hacerla espada
y atacar a dragones y fantasmas.
Pero mi sangre se secará en la tierra y será primavera
recobrará el rojo cada año en los chilcos¹²³
del sur que miran a isla Dawson
ayudándola a superar el duelo
y será el lápiz rojo de las manitos de kínder
pintando la bandera y el lápiz labial de alguna bailarina
en el Teatro Municipal y será la sangre corriendo
de una jovencita que corra apurada a atrapar
al tiempo en sus bolsillos y tropiece en las raíces
de un ciprés y se rompa la rodilla para que el viento
le seque la herida y así muestre que salvaje
famélico y desquiciado, es también ternura mansa.

¹²³ Chilco: arbusto de Chile y Argentina que crece cerca de cursos de agua y se cultiva como planta ornamental (nota de la edición).







Categoría Dibujo

Obras creadas por estudiantes
de Educación Básica y Media

JURADO NACIONAL CATEGORÍA DIBUJO



LORETO SALINAS

Es ilustradora con más de 12 años de experiencia. Se ha dedicado a la ilustración de libros infantiles, desarrollando distintas publicaciones como *Animales Chilenos* (2010), *Jardín de Chile* (2016), *Animales Mexicanos* (2015), entre muchos otros. Ha sido distinguida en dos ocasiones con el Premio Colibrí (Chile) y con el Destacado ALIJA (Argentina), ambas sedes del IBBY (International Board on Books for Young People).



SOL DÍAZ

Es dibujante y Diseñadora Gráfica de la Universidad de Chile. Diplomada de Arte con mención en pintura en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Autora de libros de humor gráfico, independientes e infantiles. Su último libro se titula *La Rabia Negra* (2023) publicado junto a Penguin Random House. Ha sido publicada en el extranjero con su libro *¿Cómo ser una mujer elegante?* (2010) en Francia, por editorial Warum, Italia por Red Star Press y en España por editorial Avenauta.



ALFREDO CÁCERES

Es ilustrador con más de diez años de trayectoria en diversos medios y editoriales nacionales. Ha trabajado para diarios, revistas, videojuegos y libros infantiles. Autor de los libros *Los intrusos* y *Los visitantes* (2017), ilustrador de los libros *Rescate en el jurásico* (2010), *La ballena jorobada* (2015) y coautor de *Historia gráfica de Chile para pequeños ciudadanos* (2020).

PALABRAS DEL JURADO
CATEGORÍA DIBUJO

Dibujar es una forma de contar historias. Es algo que para algunos de nosotros es casi más natural que hablar. Se corre el telón de la hoja en blanco, aparecen personajes, escenarios, colores y formas. Cada escenario planteado varía de persona a persona, cada dibujo, cada pintura y cada ilustración es un universo personal de elecciones basadas en experiencias únicas.

Las obras que elegimos nos hicieron conversar sobre lo que significa crecer en Chile, la relación de los niños, niñas y jóvenes con su entorno y su capacidad innata de elevar un relato con una obra pictórica. Quisimos, además, ver mucho más allá de una obra terminada para fijarnos, en particular, en el proceso de la persona que hay detrás de cada uno de sus proyectos. Esperamos de corazón que estos no sean los únicos dibujos que algunos de estos artistas van a hacer y que se conviertan sólo en un árbol más, dentro de un inmenso bosque creativo.

Nuestro foco estuvo puesto en temáticas menos comunes, obras que se sienten muy personales, contando mucho con muy poco, mostrándonos a alguien que disfrutó haber creado y terminado una obra que muestra su forma de ver el mundo. Y es que, ¡qué mejor edad de la vida para atreverse, cometer errores y aprender que la que tienen las y los participantes!

Por último y como dibujante, me gustaría decir algo sin palabras para felicitar a quienes participaron y decirles que por favor nunca dejemos de dibujar.



Alfredo Cáceres
Presidente del jurado

PRIMER LUGAR NACIONAL



El león de fuego

Daniela Opazo Menares

Región Metropolitana

Melipilla

12 años

Mi dibujo se trata de la leyenda del león de fuego de mi amado Melipilla. Según la leyenda y los muchos relatos que existen, se indica que, cuando se inicia un incendio en las noches, es el león de fuego quien lo provoca. Este león tiene su cuerpo cubierto de llamas y va quemando el pastizal a medida que avanza. Desde lejos se ve como un animal resplandeciente pero cuando uno se acerca se puede ver que es un león cubierto de llamas.

SEGUNDO LUGAR NACIONAL



Un lobo aullando en luna llena

Natanael Constanzo Loncomilla

Región de Los Ríos

Corral

9 años

Solamente quise hacer el dibujo.

TERCER LUGAR NACIONAL



La historia de mis abuelos

Sofía Farfán Moreno

Región de O'Higgins
Rancagua
13 años

Al investigar en la historia de mi familia pude rescatar muchas imágenes que están representadas en este trabajo. Olga y Guillermo son mis abuelos que se conocieron en Coya, pueblito cordillerano cerca de Rancagua. En sus memorias está el tren, las micros, el paisaje, la casa que habitaron en Coya, las herramientas de trabajo de mi tata, las noticias del diario de la época que mi abuelita leía cada vez que podía. Recuerdos maravillosos que ahora quedarán en mi memoria por siempre.

PREMIO ESPECIAL COLOR



La oveja

Elizabeth Herrera Melipillán

Región de Los Lagos
Calbuco
8 años

La oveja que está en el huerto,
oveja de mi abuela,
que reflejas las siembras, y
el trabajo de la abuela más linda del
campo florido.

PREMIO ESPECIAL DIGITAL



El Alicanto

Lissy Hernández Toro

Región de Arica y Parinacota
Arica
14 años

Una leyenda originada en el desierto de Atacama, Arica, es la de los mineros que seguían al Alicanto. Es un ave de plumaje de oro, plata y diamantes, los llevaba a su tesoro en las minas, pero los mineros que el Alicanto descubra tomando su tesoro los mata en seguida o los ciega de por vida.

PREMIO ESPECIAL MITOS Y LEYENDAS



Ritual de conjuros

Matías Yáñez Calderón

Región de Los Lagos

Quellón

13 años

Esta pintura esta realizada con técnicas mixtas. Relata un espacio místico dentro de una caverna a la orilla del mar. A través de este trabajo quiero que el espectador se sienta parte de la escena y por ende del ritual que se desarrolla, que pueda sentir el frío y el temor al estar frente a una reunión de brujos de Chiloé.

PREMIO ESPECIAL PAISAJE



Cosechando trigo

Florencia Werner Silva

Región de Los Lagos

Llanquihue

8 años

En el sur de Chile en un día de verano, las grandes máquinas cosechadoras, tractores y carros de carga se unen en la titánica tarea de cosechar el trigo. En perfecta armonía, se entrelazan la tecnología y la naturaleza. El campo se llena de colores dorados y las vacas pastando observan curiosas como las espigas de trigo desaparecen en las bocas de estos grandes animales verdes.

PRIMER LUGAR NACIONAL



El Tue Tue de los porotos

Aiko Mejías Nishimura

Región Metropolitana

Vitacura

16 años

"Martes hoy, martes mañana, martes toda la semana". Guardese esta frase para cuando esté caminando por la noche y escuche el canto distante de un Tue Tue. De las gallinas no hay nada que temer, aunque a veces se ponen molestosas y picotean por el plato como si fuera un gallinero. El plato mismo es tan colorido, tan lleno de vida y sabor que es más que un plato de porotos con riendas, es el sabor de la tarde, de veranos calurosos y campos largos y verdes, de inviernos al lado de la chimenea y el olor a leña. Armada con pintura y pasteles de óleo, esto fue lo que traté de representar.

SEGUNDO LUGAR NACIONAL



Siete millas mar adentro

Agustín Zapata Lorca

Región de Los Ríos
Río Bueno
16 años

Mi obra es imaginaria, junté todas las escenas que tengo en mi mente de los viajes con mi familia al mar. Aunque he vivido desde pequeño en el campo siempre me ha llamado la atención el mar y los pescadores, la gran riqueza de productos naturales que existen en esta zona y en respeto que ellos tienen con la naturaleza y los seres vivos que ahí conviven. Es un homenaje a la vida en el mar y mostrar que es posible vivir en comunidad, humano y naturaleza.

TERCER LUGAR NACIONAL



Bastián y el pato

Elealdo Zieballa Ahumada

Región de Los Lagos

San Juan de la Costa

16 años

Bastián es mi hermano de cuatro años, todos vividos en el sector rural de Loma de la Piedra, perteneciente a San Juan de la Costa. Mi hermano acostumbra normalmente a alimentar las aves que tenemos en la casa por las mañanas antes del desayuno junto a mis padres, es donde lo ví y decidí retratarlo, ya que es algo muy característico, la cercanía con las aves y animales que criamos en el campo.

PREMIO ESPECIAL COLOR



Caminata ancestral

Sofía Zúñiga Rodríguez

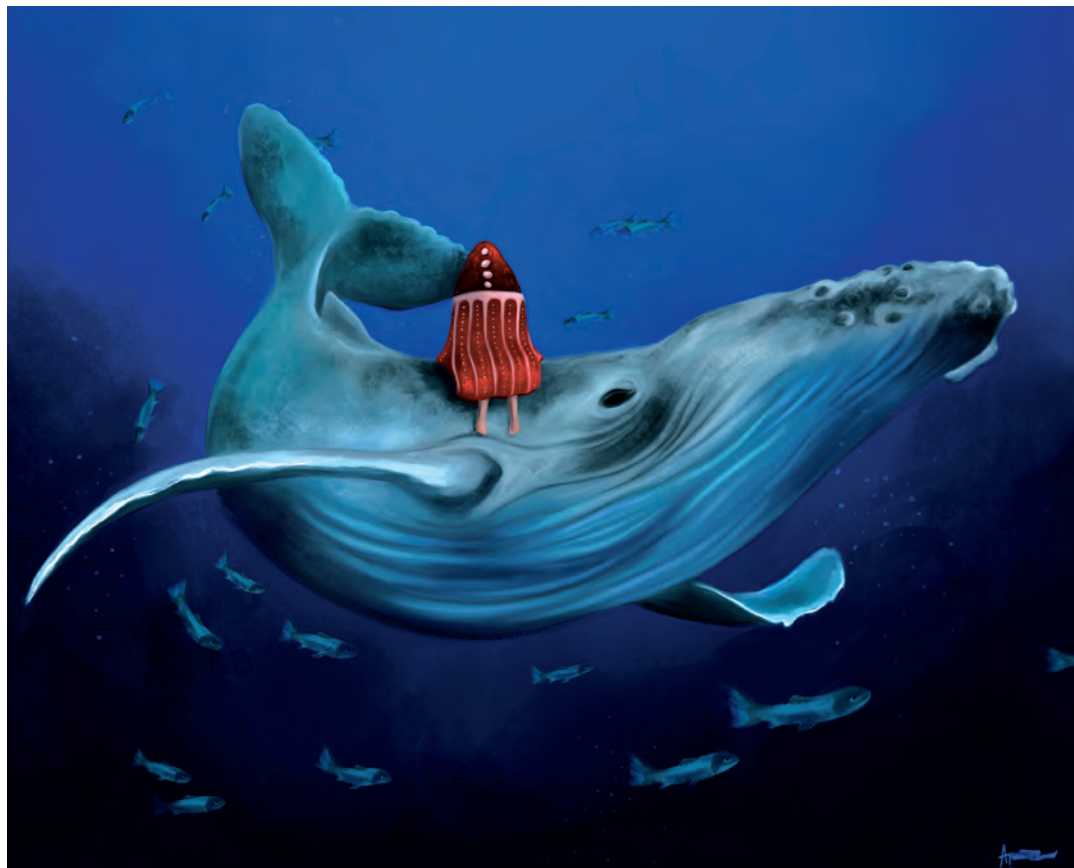
Región Metropolitana

El Bosque

16 años

Quise capturar la esencia de la vida rural en el norte de Chile, donde las experiencias se entrelazan con las tradiciones como las constelaciones en el firmamento. Es un tributo a la perseverancia de un pueblo que ha aprendido a vivir en armonía con un entorno desafiante y a apreciar la belleza de las estrellas que iluminan sus noches.

PREMIO ESPECIAL DIGITAL



El último espíritu femenino Selknam

Antonia Gómez Oyarzún

Región del Biobío

Los Ángeles

16 años

Hace mucho tiempo en Tierra del Fuego se realizaba un ritual llamado Hain. Se representaban distintos espíritus pertenecientes a la cultura Selknam, uno de los más peculiares era Tanu el único espíritu femenino, que aún persiste. Cuenta el relato que la mujer que la representaba se convirtió en una ballena magallánica. Tanu quien caminaba de espaldas es la representación de la libertad y autoridad de uno de nuestros pueblos indígenas.

PREMIO ESPECIAL MITO Y LEYENDAS



El muelle de los brujos

Camila Yakasovic González

Región de Valparaíso
Quillota
17 años

Hace unas semanas atrás, realicé un viaje con mi familia al archipiélago de Chiloé. Uno de los lugares que visitamos fue el muelle de Los Brujos, que se encuentra en el cerro más alto de la isla Lemuy. Se dice que, en las noches de luna llena, los brujos volaban con sus macuñ hasta la punta de ese cerro para discutir sobre sus magias. Es la historia en la que me inspiré para realizar esta ilustración.

PREMIO ESPECIAL PAISAJE



El Gigante de Tarapacá

Franz Parrado Arnez

Región de Tarapacá

Pica

15 años

Yo dibujé al Gigante de Tarapacá, porque de niño fui de visita al desierto y tuve la oportunidad de ver al gigante; fue una experiencia increíble e inolvidable. Además, cerca de donde yo vivo hay un mini gigante de Tarapacá. Mi dibujo demuestra lo diminutos que somos al lado del gigante y representa la antigüedad de este. Por otro lado, es un gran centro turístico que todo visitante debería presenciar.

31° Concurso

Historias de NUESTRA TIERRA





31° Concurso

Historias de NUESTRA TIERRA



FUNDACIÓN
FUCOA